Antología

de letras, dramaturgia, guion cinematográfico y lenguas indígenas

TROD

SCREA

ELSIS

Jóvenes Creadores
G 2019-2020

Antología de letras, dramaturgia, guion cinematográfico y lenguas indígenas

JÓVENES CREADORES
G 2019-2020

Sistema de apoyos a la creación y a proyectos culturales (Fonca)

Primera edición

© de cada obra (textos): propiedad del autor

D.R. ©2020, de la presente edición:

Secretaría de Cultura
Sistema de apoyos a la creación y a proyectos culturales (Fonca)
Complejo Cultural Los Pinos, edificio Bicentenario, Parque Lira s/n, Bosque de Chapultepec 1ra. Secc. Alcaldía Miguel Hidalgo, C.P. 11850, Ciudad de México.

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura / SSistema de apoyos a la creación y a proyectos culturales (Fonca).

Impreso y hecho en México

Antología de letras, dramaturgia, guion cinematográfico y lenguas indígenas

JÓVENES CREADORES
G 2019-2020

Con los comentarios de:

Magali Tercero
Antonio Malpica
David Toscana,
Élmer Mendoza
César Silva Márquez
Tanya Huntington
Naief Yehya,
Bruno H. Piché
Luigi Amara
Anamari Gomí
Ana Clavel
Isaí Moreno
Humberto Guzmán
Joaquín-Armando Chacón
Claudia Hdez. de Valle Arizpe
María Rivera
José Javier Villarreal
Petrona de la Cruz Cruz
Sol Ceh Moo
Armando Sánchez Gómez
Alán Coton
Busi Cortés,
María Fernanda Valadés
Raúl Busteros
Amaranta Leyva Pérez Gay
Pilo Galindo

FONCA
(Sistema de apoyos a la creación y a proyectos culturales)

GOBIERNO DE MÉXICO | CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

Secretaría de Cultura

SECRETARIA
Alejandra Frausto Guerrero

SUBSECRETARIA DE DIVERSIDAD CULTURAL
Y FOMENTO A LA LECTURA
Natalia Toledo

SUBSECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL
Marina Núñez Bespalova

TITULAR DE LA UNIDAD DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS
Omar Monroy

DIRECTOR GENERAL DE COMUNICACIÓN SOCIAL Y VOCERO
Antonio Martínez

Sistema de apoyos a la creación y a proyectos culturales (Fonca)

SECRETARIO EJECUTIVO
Erick Pérez Velasco

COORDINADORA DEL PROGRAMA JÓVENES CREADORES
Saitiela Ruiz López

COORDINADORA DE ARTES ESCÉNICAS
Ana García

COORDINADOR DE ARTES VISUALES
Daniel Limón

JEFA DE DIFUSIÓN
Brenda Salazar González

DISEÑO DE PORTADA
Jorge Alejandro Bautista Ramírez

COORDINADOR DE CONTENIDOS
Salvador Jaramillo

ÍNDICE

Presentación 12

CUENTO

Prólogo de Cuento 16
Oficio de difuntos 20
Lola Ancira
Blanco 28
Bernardo Barrientos Domínguez
Los perros 34
Emanuel Bravo Gutiérrez
App. Euthanasia 44
Martín García López
Recientes hallazgos en la historia
del futbol (fragmento) 48
Fernando Jiménez
Esperando audiencia en una noche
de primavera. Los últimos casos del Juez
Di en la China del siglo VII 54
Atzin Nieto
Guerrilla (fragmento) 62
Selene Carolina Ramírez García
Espíritus de tomar 72
Aniela Rodríguez
Caldo de zopilote 84
Josué Sánchez

Muros transparentes 96
Krsna Sánchez Nevárez
Disparo 102
Fernando Yacamán

ENSAYO CREATIVO

Prólogo de Ensayo creativo 110
El ensayo en medio de la adversidad
Música de espaldas: Ensayos y partituras
para el trabajo sedentario 114
César García Campos
Santuarios (fragmento) 122
Ana Emilia Felker
El orden caótico. Sobre el carácter ritual de la junta
en el Bajo Antropoceno (fragmento) 128
Anuar Jalife Jacobo
Otras formas de conocerte
para el proyecto Se acabó el futuro 142
Sara Martínez
Algunas verdades están afuera
pero de otras es imposible saberlo 152
Luis Reséndiz
Las asesinas de los voladores de Papantla 162
Diego Rodríguez Landeros
Laura fue dinamita 172
Patricia Salinas

NOVELA

Prólogo de Novela 184
Sobrevivir al fuego 198
Alejandro Aguirre Riveros

Departamento de marketing 210
Alberto Álvarez Alejo
Poza Rica, tierra hermosa 216
Zazil Camet
Papá, no me salves del incendio 224
Sergio Ceyca
Velocidad de reacción 230
Andrea Chapela
Este vacío que hierve 238
Jorge Comensal
El inconcluso 250
Ricardo Guerra De La Peña
Electrodoméstico o manual
de superación personal 262
Pedro J. Acuña
El Rinoceronte 268
Mariano Moreno Santa Rosa
Rabia 274
Rafa
Este lugar es la muerte 280
Samuel Segura
Estetitanic 288
Leonardo Teja

POESÍA

Prólogo de Poesía 298
Q.E.D. 304
Cruz Flores
Solo para ver sirven mis ojos 310
Yamilet Fajardo
1969 318
Arturo Loera

Cuerpos de casa 324
Iveth Luna Flores
Tierra paterna 330
Daniel Miranda Terrés
Caza de murciélagos 336
Marco Antonio Murillo
Autorreferencialidad
del abismo 344
Melissa Niño
Vidas fantasma 356
Michelle Pérez-Lobo
La Carne del Cielo 366
José Pulido
|declarado desierto| 372
Ángel Vargas
Genealogía de un plato 380
Adriana Ventura

LENGUAS INDÍGENAS

Prólogo de Lenguas indígenas 386
Ch'aybilik ta o'ontonal antsetik 394
Susi Bentzulul
Kuänkuyjääm 406
Félix Hernández Cardoso
Jamk: jyomejkupä'is mapasyäkyuy 426
José Kordero Jiménez
In cafetzin momoztla otlahtlapiazti tepozhuihcol 432
Jaklin Icnitzin
Miltsin uan Pilnemílis 446
Araceli Vázquez González

GUION CINEMATOGRÁFICO

Prólogo de Guion cinematográfico 456
A veces sueño con matar personas 464
Édgar Beltrán Sandoval
Adiós a la carne 478
Selma Cervantes Aguilar
Santiago de la Luna 488
Pía Gómez Escalante
Aquí no hay playa 500
Juan H. Villar
Al fondo a la derecha 506
Marta Hernaiz Pidal
Dentro 516
Ana Luna
Entre más delgada, más letal 524
Arisbeth Márquez
Pérez Dahlmann 534
Pablo Pérez Lombardini
Mudanza 544
Raúl Sebastián Quintanilla
Pez León 554
Sandra Concepción Reynoso Estrada
Niña de agua 564
Omar Robles
El fin de las primeras veces 574
Rafael Ruiz Espejo
El lugar sin bestias 588
Carlos Tello De Meneses
Azul verde 598
Paulina Urreta Torres
Seis 608
Viajera

DRAMATURGIA

Prólogo de Dramaturgia 624
Rehab 628
Obed Galindo
Manatos 638
Javier García Vidal
Corregidora Sur 644
Gabriela Guraieb
La herida del territorio 660
Imanol Martínez González
El lugar seguro 670
Estefanía Norato
Su nombre era Abril 682
Tony Ortiz
Cabeza de Poni (Proyecto, animales de granja, dramaturgias de la infancia) 688
Talia Yael

PRESENTACIÓN

El acto de la escritura es un proceso riguroso, persistente, ya que no está condicionado únicamente por la inspiración; es un quehacer que implica disciplina, rigor, técnica y crítica. La escritura es un trabajo constante, que exige valentía a pesar de las adversidades y momentos complejos, como el que se vive ahora con la pandemia del COVID-19 a nivel mundial. Es por ello doblemente loable el quehacer artístico de los jóvenes que se encuentran reunidos en esta Antología; su trabajo literario realizado en un escenario mundial tan complejo nos llena de orgullo y satisfacción y da cuenta del carácter, profesionalismo y genio de la comunidad artística joven de México.

Cuento, ensayo, novela, poesía, letras en lenguas indígenas, guion cinematográfico y dramaturgia son los géneros en los cuales trabajaron los 68 becarios de la generación 2019-2020 del Programa Jóvenes Creadores. A partir de sus inquietudes artísticas, poéticas e intereses, los becarios concibieron obras sobresalientes y diversas en las que plasmaron las preocupaciones cotidianas; así como también temas contemporáneos y trascendentales que muestran la realidad que se vive en estos momentos.

Esta Antología muestra las distintas maneras de enfrentar la distopía actual; a través de los textos que la componen se abordan temas descarnados como la orfandad en la vejez, el abandono, la angustia y el suspenso. La ficción se presenta alterando la percepción sensorial en los lectores. El desarrollo de los personajes dentro de las obras es preciso e impecable: algunos llenos de bondad, otros desbordan humor irónico y

otros son espejismos que dejan un sabor agridulce. Pero en todos los casos se evidencia el poder creativo para descifrar la nueva realidad.

Es importante destacar que hay obras bilingües (lengua indígena-español) que rescatan la raíz de la cultura mexicana, la cosmogonía y las distintas formas de ser y de pensar el mundo; con expresiones actuales y temáticas contemporáneas que visibilizan la riqueza cultural y lingüística de México.

Esta Antología es una muestra significativa de la calidad y el compromiso de quienes inician una trayectoria sin importar las adversidades y que, seguramente, serán en el corto tiempo ejemplos significativos de la nueva creación literaria.

El Sistema de Apoyos a la Creación y a Proyectos Culturales celebra a los jóvenes creadores, reconoce y agradece su labor y seguirá impulsando sus procesos creativos para la consolidación de proyectos que serán el referente del mañana.

Todo el agradecimiento a la colaboración y compromiso de los jurados y tutores de este programa, muchos de los cuales en el pasado también han sido beneficiarios del mismo, y hoy son creadores destacados a nivel nacional e internacional: Alan Cotón, Amaranta Leyva, Ana Clavel, Anamari Gomís, Antonio Malpica, Armando Sánchez, Bruno H. Piché, César Silva Márquez, Claudia Hernández de Valle-Arizpe, David Toscana, Edu Molina, Elmer Mendoza, Elva Macías, Francisco Hernández, Xavier Robles, Gonzalo Rocha, Humberto Guzmán, Isaí Moreno, Joaquín Armando Chacón, José Javier Villarreal, Juan Hernández Ramírez, Luigi Amara, Busi Cortés, Patricio Betteo, Magali Tercero, María Rivera, Fernanda Valadez, Marisol Ceh Moo, Naief Yehya, Petrona de la Cruz, Ramón Salas "Salas", Raúl Busteros, Ricardo Peláez, Tanya Huntington y Yásnaya Aguilar.

Esta Antología, conformada por textos seleccionados de manera conjunta entre becarios y tutores, es pues, una invitación a conocer lo mejor de la literatura joven de nuestro país, sus abordajes, intereses y estilos, sus preocupaciones, obsesiones y ocupaciones. Los invito a dejarse sorprender con la lectura de tan notables autores.

Erick Pérez Velasco

PRÓLOGO DE CUENTO

El demonio de la escritura

Ver, imaginar, conocer, contar, escribir cuentos es estar en una habitación sin ventanas ni puertas. Sin techo. Se escucha ruido, es el que genera un grupo de once cuentistas, becarios de la promoción 2019-2020, que construye escaleras, túneles, drones, robots, abre boquetes y se preparan para salir. Han creado historias fantásticas, de ciencia ficción, humor, suspense, denuncia y de esa realidad descarnada que en los últimos años ha ennegrecido nuestro país e inevitablemente, muchas ideas creativas de los escritores jóvenes.

Están Selene Ramírez, Lola Ancira, Aniela Rodríguez, Josué Sánchez, Emanuel Bravo, Martín García, Bernardo Barrientos, Fernando Jiménez, Atzín Nieto, Krsna Agustín Sánchez y Fernando Yacamán. Jóvenes creadores que consiguieron la beca con proyectos de sumo interés y alto grado de dificultad. A los tutores nos agrada que todos intentan trascender las formas clásicas del cuento, que buscan ir más allá de los patrones seguros. Sus atmósferas emocionales son intensas y provocadoras. Para conseguirlas se valen de un lenguaje preciso, un discurso bien calculado y no dependen del final sorpresa para lograr una historia redonda que deja una sensación entrañable de estar ante un texto donde hay maestría narrativa. Es claro que tienen un compromiso con la literatura y saben que la incertidumbre es un componente insoslayable de este arte exigente como el que más. Contar una historia es un juego perverso donde todas las reglas

te inducen a permanecer en acogedoras zonas de confort; no obstante, este grupo está dispuesto a prepararse para ganar. La mayoría de ellos cruzarán el pantano, se mancharán, pero eso no los marcará como fracasados, sino como innovadores; entonces estarán listos para matar a papá sin el menor remordimiento. Los grandes cuentistas pusieron los cimientos y levantaron un lindo edificio. A ustedes les toca construir el siguiente piso.

Selene Ramírez denomina a su proyecto "Villa Paraíso", y lo que ha hecho es desarrollar una serie de cuentos sobre la orfandad de la vejez. Sus personajes se sienten abandonados y con la amenaza de la muerte. Escribe con tanta seguridad y paciencia que el impacto estético se siente enseguida. Fernando Yacamán ha compartido textos duros, casi punk, donde la violencia, la desesperanza, el sentimiento de perder, el sexo y otros detalles de la vida, se combinan para mantener al lector en vilo. Por su parte Martín García López, presenta cuentos necrofílicos tremendos, con una significativa carga de angustia y suspenso que mantienen al lector indefenso. Atzín Nieto intenta cuentos policiacos. El escenario de la China del siglo VII es aromático, colorido e interesante. Su investigador, el juez Di, es deductivo e inteligente, de tal manera que sostiene el misterio en cada caso. El proyecto de Krsna Sánchez se llama "Espejismos a prueba de rayaduras". Se advierte que busca impactar con textos de ciencia ficción donde no le importa correr riesgos. Contar bien y alterar la percepción sensorial es una de sus ideas narrativas. Por su parte Josué Sánchez, escribe cuentos estremecedores donde las relaciones familiares se encuentran en el punto más comprometedor. Sus temas, son enfermedades terminales. Aniela Rodríguez, con un estilo limpio y directo, nos pone ante el México negro como gran personaje crucificado por la violencia. No teme al lenguaje duro y sus personajes femeninos son muy intensos. Fernando Jiménez, trabaja la Enciclopedia humana del chango, donde aparece un humor corrosivo que tiene como centro per-

sonajes posibles y actividades como la guerra y el deporte. Son textos breves que cuestionan hábitos que poco significan en el progreso humano. Emanuel Bravo ha creado textos sobre una saga familiar, desde los bisabuelos, utilizando atmósferas extensas donde la narración fluye despacio y con cierta elegancia. Lola Ancira es fiel a su proyecto "Despojos", formado con textos sobre el caos que genera la corrupción. Es una escritora cuidadosa y definida. Textos próximos al *noir,* donde además utiliza recursos misteriosos, sobrenaturales y provocadores. Bernardo Barrientos ha desarrollado un proyecto muy humano. Se trata de cuentos que aparecen en botellas en el mar que pueden utilizarse en Educación especial, después de interpretarse al lenguaje de señas y al sistema Braille. Realmente es un material muy necesario para reforzar el proceso de aprendizaje en las Normales especializadas.

Una generación en formación es una papa caliente. Un atado de sueños con que construirán y proyectarán el futuro literario. Ese futuro que es un cuento del cuento que cuenta un cuento. Que lo escribe. Serán testigos de una época muy tortuosa. Por eso los tutores sugieren no retardar su desarrollo. México tiene enormes crisis de salud y económica: una calamidad. Entonces, no permitan que se genere una crisis estética. Ustedes son el fénix, los testigos que contarán lo que tuvo que pasar para que este país ubicara su nuevo destino. Que digan: nunca una generación de escritores expresó tan bien momentos tan aciagos de la historia. Desde luego, con gran habilidad y una notable vocación artística.

Magali Tercero, Antonio Malpica, David Toscana,
Élmer Mendoza, César Silva Márquez.

Oficio de difuntos

LOLA ANCIRA

Oficio de difuntos

Diez cincuenta. Josefina abrió los ojos de repente y se descubrió en la penumbra. Sintió un dolor punzante en el cuello y se pasó la mano por la nuca para tratar de aliviarlo. Miró el reloj en su celular y la pantalla no mostró notificación alguna. Aunque se alertó por la hora, trató de tranquilizarse pensando que Dalia seguía celebrando sin notar lo tarde que era. Lo único que Josefina sabía hacer con su rudimentario celular era recibir y hacer llamadas, así que marcó el teléfono de su nieta, uno de los escasos números registrados. El sonido de llamada se extendió hasta que escuchó varias veces el buzón de voz activarse.

Se quedó mirando los sepulcros más altos del San Francisco, donde los fantasmas estaban tan viejos y cansados que ya ni espantaban, frase que ella repetía si un parroquiano mostraba temor del camposanto. Les hablaba de los espíritus de cientos de quemados del teatro incendiado hacía más de cien años, de Raulito, un bebé que obraba milagros; de las madres que fallecieron un 10 de mayo en un accidente de carretera cuando viajaban para celebrar su día en otro municipio. «Espíritus exhaustos e inofensivos. Miedo hay que tener de los vivos», aseguraba.

Acompañada por unas moscas zumbando sobre la verdura picada, siguió marcando el número hasta que su brazo izquierdo y su oreja se entumieron. Pensó qué más hacer, a quién contactar. En la policía le dirían que tendría que esperar a que apareciera el cuerpo de su nieta, nunca actuaban. Ya no había taxis en servicio y caminar los casi tres kilómetros que la separaban de su nieta era una proeza imposible. Salió sin pensar siquiera en cambiarse las sandalias de plástico por los zapatos de tela. Diez minutos después, regresó cojeando por el dolor insoportable en la rodilla.

Tuvo que pasar dos veces sobre una banqueta en la que un grupo de hombres bebía. La mayoría guardaba silencio ante su presencia, mas había quienes le escupían un «pinche Bruja» al estar cerca. A veces hasta les prohibían a sus esposas, madres o hermanas acercarse a la casa de Josefina, orden que tarde o temprano terminaban por desobedecer, pues tenía fama de tratar cualquier tipo de mal con sus hierbas. Incluso tenía un brebaje especial para las mujeres embarazadas que no querían tener al bebé: ese era uno de sus secretos mejor guardados. Tras la muerte de su madre, dejó de poner mesas en la calle y prender focos amarillos, de encender el comal y dorar tortillas. El luto se volvió permanente al descubrir que el color negro aminoraba el calor tropical y se dedicó por completo a la herbolaria; hierbas frescas y secas, semillas, raíces, hojas y flores invadieron su hogar.

Le llamó a su comadre y le pidió de favor que le mandara a su hijo en la camioneta porque tenía que salir a buscar a su nieta. La mujer, alarmada, le dijo que este había salido de la ciudad, regresaría hasta el domingo. Luego trató de calmarla asegurándole que la muchacha estaba bien, que llegaría de un momento a otro. Josefina colgó.

A Dalia la encontró como a sus gatos, en una de sus constantes expediciones por los alrededores del cementerio. Esa mañana sofocante, le llamó la atención que unos perros movieran la cola cerca de un bulto en una bolsa de plástico negra. Su instinto la hizo tomar un palo y acercarse agitándolo. Los perros huyeron. Al acercarse un poco más, notó que el bulto se movía. Pensando que era una camada de *miztlis*, abrió la bolsa. Dentro había un bebé de días de nacido. Tomó el bulto y regresó de prisa a su bosque.

Su celular comenzó a sonar en cuanto cortó la llamada anterior. La pantalla anunciaba «Dalia». Sus nervios se dispararon al intentar oprimir el botón verde y el celular cayó al suelo. Lo levantó y

la llamada seguía esperándola. Contestó, mas no escuchó la voz de Dalia del otro lado, sino el oleaje intenso del mar alebrestado por la luna. Poco a poco comenzó a identificar voces. Se esforzaba por entender lo que decían, sin embargo, estaban a una distancia considerable. Solo logró distinguir las voces de dos hombres y dos mujeres.

Clavó la vista en la tina de metal donde colocaba los trastes limpios, la que llenó con agua tibia, romero y manzanilla para bañar a Dalia por primera vez. La llamó así porque su cabello delgado y claro tenía el color de su flor favorita. La alimentó con papillas y leche de fórmula que le regaló su comadre. No había por qué sorprenderse, la niña era hija de uno de sus sobrinos que vivía en la Ciudad de México. Se la había mandado para criarla en provincia. En un esfuerzo por mantener viva su lengua materna a través de lo poco que podía recordar, Josefina le enseñó a llamarla *sijtli*, no madre ni abuela.

Doce quince. La llamada llevaba diez minutos en curso cuando pudo identificar las voces. Tenía los ojos cerrados y la radio apagada para evitar cualquier interferencia. Quería escuchar cada detalle. Sabía que las mujeres eran Dalia y su amiga, que uno de los hombres era el hijo del mecánico, compañero de escuela y vecino. Era imposible confundir la voz grave y su apodo, el Cuija. Josefina se volvió de piedra al alcanzar a escuchar que las apedrearían porque las acusaban de ser lesbianas.

Los ojos miel y las pecas de Dalia fueron motivo de burla entre los otros niños. Josefina le dijo que amenazara a cualquiera que la molestara diciendo que su *sijtli* se encargaría de ellos. La mujer de rostro duro, de ropas holgadas y negras, se cubría la cabeza con un velo oscuro para llevarla y recogerla, lo que reforzaba la amenaza. Sólo Dalia y los hijos de sus clientas sabían que la Bruja era inofensiva, que la madre bosque, como la seguían llamando los más pequeños, era buena.

—¡Sijtli! —alcanzó a escuchar entre gritos desesperados la angustia desbordada de aquella voz.

—¡Tráete más piedras, cabrón! —gritó el Cuija.

Sin soltar el teléfono, Josefina se puso de pie. Se sentó de golpe al sentir una punzada en la cabeza tan fuerte que casi pierde el sentido. Seguía aferrada al aparato, al llanto, a los gritos. Luego, un rechinar de llantas. Imperó el silencio. Vio la pantalla del celular para cerciorarse de que la llamada siguiera en curso. El nombre de Dalia en letras grandes seguía ahí. Cinco minutos después, la llamada terminó como inició, con el sonido del oleaje enfurecido.

Josefina tomó su bastón para ir al ayuntamiento. Recorrer el kilómetro que la separaba de la justicia le tomó menos de lo habitual. No se detuvo por el dolor ni en los semáforos, avanzaba como si de ello dependiera su propia vida. El guardia apostado en la entrada principal, tan viejo como ella, le dijo que las oficinas abrían hasta las nueve, que regresara a su casa y volviera después. Josefina se sentó a esperar en las escaleras de cemento. Minutos más tarde, el guardia le aseguró que si no se iba, llamaría a una patrulla. Josefina respondió que eso era justo lo que necesitaba.

Los oficiales no entendieron las palabras atropelladas de la mujer. Rompió en llanto mostrándoles el celular, pidiéndoles que escucharan la llamada de su nieta en la que claramente uno de sus vecinos terminó con su vida. Uno de ellos se rio con fingida discreción al señalar que estaba ebria mientras el otro soltó que, si no quería irse a dormir a su domicilio, la llevarían a un albergue.

Desesperada, pidió hablar con el gobernador, asegurando que lo conocía. La pareja de policías optó por ignorarla. El guardia, sentado en su silla, poco después comenzó a dormitar. Josefina se mantuvo erguida en los escalones pensando en una sola cosa hasta que el canto de las aves citadinas anunció el alba. No echó en falta su chal porque el dolor y la rabia la calentaban. Vendedores ambulantes de tamales y jugos comenzaron a invadir las esquinas.

No tenía hambre ni sueño. Entró en cuanto abrieron la reja y preguntó en dónde denunciar un asesinato a cuantas personas encontró. Los que le prestaban atención respondían con parcos «aquí no es», otros le pedían que saliera. Una joven se le acercó. La llevó afuera, la subió en un taxi y le dijo que debía poner la denuncia en la agencia del ministerio público, que el auto la dejaría ahí. Le sonrió, le tocó el hombro y con la otra mano le entregó un billete de cien pesos.

Interponer la denuncia significó otro suplicio. La única prueba que tenía era la llamada, misma que no había grabado. Ella insistía en que debían encontrar la forma de acceder a la evidencia. Aún escéptico, el funcionario que la atendió tomó su declaración porque la mujer era persuasiva y porque era la primera esperando ser atendida. Además, otro de los compañeros aseguraba que era la Bruja, la señora hierbera que trataba la hipertensión de su madre.

Ella insistía en hablar con el gobernador. Le dijeron que era suficiente con la denuncia, que trabajarían en el caso cuanto antes. Le pidieron que se quedara tranquila y que se fuera a descansar. Con el resto del dinero que recibió por la mañana, tomó otro taxi para volver a su hogar.

Caía la tarde cuando entró a la cocina. La recibió el zumbido incesante de las moscas y el olor acedo de la carne y el caldo. Fue vaciando de a poco el contenido en un bote de plástico que después arrojó en la coladera. Los restos sólidos los tiró en una bolsa de basura. Habían transcurrido casi veinticuatro horas sin que probara alimento. En el ministerio aceptó una botella de agua. Sin embargo, no tenía hambre ni sed. Tampoco estaba cansada. La rodilla, que tendría que estar matándola, no le dolía. Era como si, a lo largo de la jornada, se hubiera convertido en uno de los fantasmas que deambulan por el San Francisco.

No dejaba de escuchar los gritos de Dalia entre las olas, los ruegos. El odio en las voces de los otros. Trató de comprender la

razón. La noche cayó de nuevo y el trance la llevó a recostarse a su habitación.

El domingo despertó casi al medio día. Se convenció de estar viva porque los dolores habían vuelto y el estómago le ardía por falta de alimento. Percibió un aroma agrio y notó que venía de su pecho. Nunca antes había pasado. Se dio un regaderazo. Al secar su piel apergaminada, el olor a ruda persistía.

Entró a la cocina y vio a Miztli durmiendo sobre la pequeña silla. Tomó dos huevos de la canasta de metal y los frio con aceite de oliva. Una pizca de sal y otra de pimienta negra. Un poco de cebolla y perejil. No prestó atención a los olores. Se sentó a comer y descubrió que el primer bocado no tenía sabor. Pensó que no había revuelto el huevo bien y tomó otro bocado. Lo mismo. Roció el resto con sal y probó de nuevo. Nada.

Su celular no anunciaba llamadas perdidas. Buscó una figurilla de serpiente negra con franjas de puntos amarillos tallada en madera, se colocó el velo y salió a la calle ayudada por su bastón. Caminó en dirección al taller mecánico.

Los autos averiados seguían apiñados alrededor, el portón estaba cerrado. No había ni rastro de los perros que solían vigilar la zona. Una de las vecinas salió y le dijo que en la madrugada del sábado se habían ido con todo y triques. «Rarísimo», aseguró. Josefina se quedó clavada en su sitio hasta que la otra desapareció. Avanzó hacia el portón, se agachó y colocó la figurilla detrás de una piedra, dijo tres palabras y regresó.

El lunes acudió al ministerio de nuevo. Uno de los trabajadores estaba desayunando y le comentó que durante el fin de semana no laboraron, pero que estaban por iniciar la investigación. «Mire todo el trabajo que tenemos», expresó en tono de súplica señalando un recuadro enorme repleto de impresiones a blanco y negro anunciando una cantidad de rostros de mujeres que le pareció infinita y le anunció la fatalidad propia de ser mujer. «Toneladas de trabajo», aseguró el hombre masticando aún.

A pesar de que este agitaba frente a ella una torta atiborrada de carne escurriendo grasa, ningún olor la asaltó.

Buscó de nuevo a su comadre. Le pidió el teléfono de la última mujer que atendió, una muchacha de diecisiete años que mandó el propio gobernador. No sabía a quién más recurrir, qué más hacer. La comadre le aseguró que aunque no tenía su teléfono, podía hacer que la visitara.

Una vez frente a ella, la muchacha le dio las gracias de nuevo y le dijo que, fuera de un leve sangrado, no tuvo complicaciones. Josefina le contó lo que había pasado y le pidió hablar con el gobernador, decirle que esta vez era ella quien necesitaba ayuda. Que debía concedérselo por tantos años a su servicio. De lo contrario, sabía dónde y con quién abrir la boca. La joven se fue sin despedirse.

Dos días después, encontraron el cuerpo de Dalia semienterrado en una duna. De nuevo, una cantidad inesperada de personas concurrió en un velorio en la casa de la Bruja. Ella permanecía sentada junto al ataúd cerrado recibiendo condolencias. La comadre y algunas vecinas se encargaron de servir café y mezcal. Nadie se atrevía a turbar el luto de Josefina, quien se mantenía en silencio, hasta que llegó la muchacha que llevó su mensaje con el gobernador. Se acercó a ella para darle un café y le dijo al oído que el asesino ya estaba preso; lo habían agarrado en una enfermería de Tecoanapa a la que lo llevó su padre porque lo mordió un cantil.

La noticia reanimó a Josefina. Tomó el vaso y, antes de darle un sorbo al oscuro líquido que intuyó insípido, la reconfortaron las notas de canela y piloncillo.

—*Mitztemoa noyollo*— pronunció.

«Mi corazón te busca» era la manera más acertada de dirigirse a Dalia.

Blanco

BERNARDO BARRIENTOS DOMÍNGUEZ

Cuando eres pequeño, el silencio significa que te están ignorando, que nadie está vigilando. Para unos, quizá podría representar una oportunidad, pero lo cierto es que en el silencio se oculta el horror, porque este, a final de cuentas, es una contestación monstruosa para un niño.

Leonel lo sabe. Aun así le habla dulce al oído. Le cuenta cosas que nadie sabe, que nadie jamás podría saber, sin embargo, al no encontrar respuesta se desespera y le grita, vacía sus pulmones, pero el silencio sigue sin escuchar.

— ¡Eres una menta!, ¿me oyes? ¡Eres una menta!

— ...

También el silencio es gordo, pesado.

Y una basura cuando tu voz rebota únicamente contra tu propia voz.

La historia de una gran amistad es la historia de un gran amor. Los astros se alinearon y Leonel nació el mismo año, el mismo mes, el mismo día y en el mismo hospital que Mateo. Crecieron a un par de edificios de distancia y compartían, extrañamente, el tamaño exacto de lonjas y el mismo grado de inclinación de panza. También se peinaban con mucho gel para obligar a su cabello rebelde a mantenerse en pico. Las familias tenían dos chihuahuas y habían establecido una rutina de sacar a los perros al mismo parque después de merendar. Pese a compartir un sinfín de cosas más y el hecho de que las mamás trabajaran en la misma oficina, no llegaron a cruzar camino hasta que el universo decidió de una vez por todas realinear los planetas para que esa amistad comenzara entre ellos.

El primer día de clases fue un día lluvioso, de modo que la maestra no dejó salir al grupo al recreo. En 5º, Mateo era el único chico nuevo. Además, pecaba del síndrome de los callados. Parecía ignorar todo cuanto sucedía a su alrededor, aunque lejos estaba de ignorar todo cuanto sucedía a su alrededor.

— ¿Cuándo podremos salir a jugar, Miss?

— Después.

— Miss, a usted puede que no le guste la lluvia.

— Ya les dije que no pueden salir.

Segundos más tarde, Mateo se levantó y caminó muy decidido hacia la puerta.

— ¿A dónde vas, Mateo?

Él ignoró a la maestra, abrió la puerta del salón y se fue directo al patio a chapotear. Miss Betty se quedó paralizada y el salón entero aprovechó para ir detrás de Mateo a zapatear en la lluvia.

— ¿Te acuerdas?

— ...

Evidentemente lo suspendieron una semana. Regresó un poco más callado y más ausente, como si en realidad ignorara todo cuanto sucedía a su alrededor, aunque Mateo nunca ignoró todo cuanto sucedía a su alrededor.

Leonel intentó armarse de valor y hablarle ese día, no obstante, justo en Matemáticas, Mateo hizo rabiar al profe Escalona porque no dijo "Presente" cuando bien sabía el profe Escalona que sí había asistido, que estaba justo frente a él...

— ¡CONTÉSTAME, MATEO!

Cuando eres adulto también puedes sentirte ignorado si alguien no te contesta. El profe Escalona experimentó algo similar, de manera que lo mandó a la dirección y ahí lo volvieron a suspender.

Pocos días después, lo mismo volvió a suceder con el profe Andrés, quien notó que Mateo no estaba prestando atención a las indicaciones, así que le gritó:

— ¡MATEO!

No era algo de maestros, pues las maestras también le gritaban. Quizá por eso su reputación ascendió rápidamente a una especie de leyenda. Su "rebeldía" era atractiva y Leonel coincidía. La gran mayoría quería juntarse con él, sin embargo, Mateo era como los gatos callejeros: en cuanto te ven salen hechos la mocha.

El tiempo avanzó lentamente como un partido de ajedrez y, aunque no se había formado una opinión definida, de pronto, Leonel se encontró inquieto si no veía a Mateo. Entonces tenía que practicar más duro el piano para distraerse o evadirse completamente en fantasías e imaginar el día en que podría acercarse a él, decirle "Quihubo" y que Mateo le respondiera "Nada, todo correcto" y, de esa forma, iniciara entre ellos la historia de una gran amistad que más adelante sería la historia de un gran amor.

Leonel lo sabe. Aun así le habla dulce al oído. Le cuenta cosas que nadie sabe, que nadie jamás podría saber, sin embargo, al no encontrar respuesta se desespera y le grita, vacía sus pulmones, pero Mateo sigue sin escuchar.

— Me gustas.

— ...

— ¡Hazme caso!

— ...

Incapaz de acercarse por la timidez, Leonel le mandó un papelito a Mateo que decía "Quiero conocerte", pero Belén, en lugar de pasárselo a Erik y este a Tere y ella a Mateo, Belén desdobló el papelito y lo leyó en voz alta. Miss Betty, quien se dio cuenta de inmediato, lo confiscó: "A ver... ¿quién quiere conocer a quién, Belén?" y sin chistar fue delatado:

— ¡A la dirección!

Fue el turno de Leonel de recibir un castigo, en pocas palabras, una semana sin ver a Mateo. Si hubiese sabido que vivían a un par de edificios, Leonel habría dedicado sus tardes a rastrear

el hogar de Mateo, a imaginar los ladrillos, la pintura del zaguán; a descomponerse en ilusiones, el cortejo de los tímidos. Y no le quedaba de otra. A la fecha, Mateo había sido sólo una colección de ideas, ensueños variados para que su corazón siguiera latiendo con fuerza porque lo real no era suficiente... Una realidad, imposible de evitar, como aquella que fue testigo de la muerte de Leonel una hora más tarde cuando iba de regreso a casa.

— Tampoco me gusta seguirte, Mateo.

Leonel lo sabe y por eso no quiere decirle nada. Se queda callado y cruza los brazos como si cruzando sus brazos pudiese cambiar el curso del mundo. Infortunadamente, Leonel no puede cambiar el curso del mundo y permanece fiel a Mateo aunque él permanezca sin escucharlo.

— No puedo dejar de seguirte.

Fue un acuerdo que ninguno de ellos firmó, un rasgo significativo de su relación. Previo a ello, antes de recibir el castigo en la dirección, Leonel tuvo tiempo de pensar qué le podría decir a Mateo después de la suspensión. También se preguntó si Mateo no habría hecho algo que ameritara otro castigo; pensó en cómo podrían alinearse los astros para que finalmente se conocieran e iniciara su historia de amistad. Por su mente cruzaron un sinfín de cosas, sin embargo, nunca llegaría a imaginar a un conductor pasándose un semáforo en rojo... De pronto todo cambia y una mosca pasa haciendo un firme 𝄐, que es una nota de un tiempo con un calderón, un signo que alarga la duración de las figuras musicales. El llanto de su madre lo escucha como tres notas de un tiempo, ♩♩♩, ♩♩♩, ♩♩♩. Sin embargo, Mateo continua sin atender. Leonel lo sabe. Aun así no deja de hablarle dulce al oído. Le cuenta cosas que nadie sabe, que nadie jamás podría saber, pero al no encontrar respuesta se desespera y le grita, vacía sus pulmones, sin embargo, su voz es como un claxon ahogado, una nota de silencio, un fantasma sin sonido.

– ▬

Los perros

EMANUEL BRAVO GUTIÉRREZ

Mi madre no quería perros en la casa. Por el contrario, mi padre insistió hasta tener uno, y así fue como un martes llegó con un cachorro de pastor alemán. Lobito, lo llamamos.

Al principio me producía desconfianza; no solo Lobito, sino todos los perros con los que me cruzaba. En realidad no temía a los animales en sí, sino sus ladridos. Ese sonido que yo era incapaz de entender y de abarcar con el pensamiento.

Mi padre detestaba mi fobia, no sabía cómo lidiar con ella, la consideraba impropia y contradictoria de un niño, porque todos los niños aman a los perros y viceversa. Y es que cuando yo tenía cuatro años, un perro me persiguió una mañana de sábado por toda la casa. No recuerdo qué raza era, solo que tenía mucho pelo y que era grande, aunque a los cuatro años cualquier cosa, ser o evento resulta desmesurado si escapa a tu voluntad.

Esa mañana había salido al patio y me encontré con aquel perro que había traído mi abuela, que quizá solo buscaba jugar conmigo, pero yo no lo entendí. Abrió sus fauces. Colmillos afilados. Ladró. Corrí hacia la casa y escuché cómo sus garras chocaban contra el piso para emprender la carrera. Fui hacia la cocina y doblé hasta mi cuarto, tomé una sillita a modo de escudo y me trepé a la cama. Él me siguió hasta ahí. Grité para que mi madre viniera a salvarme, para que mi padre me auxiliara. Recuerdo también las lágrimas de terror. Después mi abuela me diría una y otra vez que el perro sólo quería que le acariciara el lomo o le arrojara una pelota, pero en ese momento mi cabeza era presa de los ladridos, los colmillos, el torbellino de pelo, las garras arañando la superficie de la silla.

Mi abuela escuchó los gritos y sacó al perro de la habitación. Luego llegaron mis padres y me encontraron hecho un ovillo que lloraba de forma entrecortada. El perro lo asustó, explicó mi abuela. Y mis padres confiaron en que la mente de los niños es proclive al olvido. Supieron que algo andaba mal cuando salíamos a la calle y yo buscaba cambiar de acera si un perro se nos

acercaba o que, cada vez que escuchaba un ladrido, mi espalda se tensaba como el erizar de los gatos. Fue así como mi madre dictaminó que lo mejor era no tener perros en la casa, o por lo menos durante un tiempo, en lo que yo crecía y aprendía a lidiar con eso, pero mi padre buscó la manera de socavar la sentencia materna. Fue así como uno de sus amigos le regaló un pastor alemán para que yo aprendiera a sobrellevar mi miedo.

Avancé lentamente con mi afecto hacia Lobito, habían pasado unos tres años desde el incidente con el perro de mi abuela y para ese entonces me resultaba absurdo y difícil conservar aquella fobia. Lobito era un cachorro de moderado entusiasmo, lo cual ayudaba bastante. Aprendí a acercarme a él sin que saltara sobre sus dos patas, que permaneciera quieto mientras mis manos recorrían su pelaje, o sin que meneara la cola. Por otra parte, mis hermanos reaccionaban sin tiento y de forma espontánea, como corresponde a un niño comportarse con una mascota.

La placidez inusual de Lobito hizo sospechar a mi padre. Ese perro no está bien, comentó después de una comida. Tenía razón. Cada vez veíamos su ánimo más apagado. Rara vez salía de su casita, cada vez pasaba más horas durmiendo. Su avanzar se hizo lento, torpe.

Lo llevaron al veterinario. El diagnóstico fue moquillo.

Al cabo de unos días, Lobito dejó de comer. Y la noche siguiente lo vimos salir de su casita para vomitar en medio de irregulares estertores. Mi padre lo llevó a la veterinaria "El arca de Noé". No regresó hasta la mañana siguiente. Imagino a mi padre incapaz de dormir o regresar a casa pese a que los veterinarios le insisten que estarán pendientes del cachorro y realizarán una llamada por teléfono en caso de cualquier noticia. Mi padre, un hombre que aún no ha cumplido los treinta años, con un amor infantil y genuino hacia los perros, les dice que no es ninguna molestia estar ahí, que no puede volver a casa hasta que su mascota esté sana y así poder confortar a sus tres hijos. Sé

que aquella noche la pasó cerca de Lobito en una pose patética: sosteniéndole las patas, acariciándole la cabeza, el lomo que era presa de vómitos. Quizá Lobito se sintió seguro y agradecido de que su amo estuviera con él en ese lugar de superficies metálicas, frías, de aromas penetrantes, ácidos y artificiales, de manos enguantadas que lo examinaban sin cariño y que le introducían en la carne agujas y tubos.

Mi padre llegó a la mañana siguiente. Tenía el rostro pálido. Nos anunció que no había podido salvar a Lobito, pero que su muerte fue tranquila. No sufrió y ese hecho debía confortarnos. El cadáver lo enterramos en el patio trasero, el lugar donde vivía Torres, nuestro espectral huésped, y donde se enterraban a todos los animales de la granja. Debido a los numerosos árboles plantados ahí, recibía poca luz. Un muro de seis metros de alto, de ladrillo rojo y cubierto de musgo debido a la humedad reinante, delimitaba la propiedad vecina. Un espacio irreal en una ciudad desértica, siniestro a la hora del atardecer. De los mezquites colgaban como serpientes los tallos espinados de las pitahayas. Era ahí donde se enterraban las gallinas atacadas por la gripe o la viruela, las guajolotas violadas por machos que generalmente atacaban en grupo, los gatos envenenados por los vecinos, las placentas de las cabras que a veces morían en el parto o sus crías, muertas al nacer.

Habríamos querido que Lobito descansara en otro lugar, menos aterrador y lúgubre, menos cuajado del alma de otros animales. Y mi madre, que tenía que consolarnos a mis hermanos y a mí en ese momento, solo pudo reclamar: ¿ven?, por eso no quería perros en la casa.

Aquel comentario sirvió un par de meses, porque luego mi padre volvió con otro cachorro. En esa ocasión, no era un pastor alemán, sino un maltés hembra al que llamamos Pelusa por su pelaje sedoso y color nuez. Era muy pequeña cuando la trajeron dentro de una canastita de mimbre, hecha un ovillo sobre un

cojincito color chicle. Al verla dormir de ese modo, y con el recuerdo impreso de la vida breve de Lobito, me hizo querer prometerle que la cuidaría todos los días, que la defendería de cualquier mal y, por encima de todo, que no le tendría miedo, incluso cuando me ladrara.

Al principio permaneció en el taller de costura, guardada dentro de su canasta, en el cuello portaba un largo listón que la hacía parecer uno de esos perritos de calendario que regalaban en las papelerías. Temíamos constantemente por ella, que se nos fuera a morir mientras dormía, que se nos perdiera por ser tan pequeña y escurridiza. Al llegar de la escuela Pelusa era nuestra primera obligación. Cuando fue lo suficientemente grande, la sacamos al patio para que conociera el lugar en el que pasaría toda su vida.

Con los años, mi padre dejó de estar tan al pendiente de ella y, en general, de muchos eventos que transcurrían en el hogar. Tenía que trabajar más horas para pagar los nuevos gastos. No solo él, también mi madre, sobretodo ella. Sentados en sus máquinas de coser podían pasar hasta quince horas en la confección de uniformes de primarias y secundarias, trabajos de sastrería y composturas. Espaldas encorvadas, callos en los dedos, ojos irritados y desgastados por la luz de las lámparas, hemorroides ocasionales. Y aunque era un alivio para ellos, tanto como para nosotros sus hijos, que el taller de costura estuviera dentro de la casa, era doloroso atestiguar las jornadas, los reclamos de los clientes, muchas veces injustificados. Llegaron las deudas, los intereses, las cifras desproporcionadas e imposibles de pagar porque el dinero no llegaba constante. La impotencia de nuestros padres por no conseguir frenar aquella vertiginosa caída.

Mi familia no era la única que sufría de ese modo, las maquiladoras en Tehuacán habían dejado una dolorosa huella en la economía de muchos de sus habitantes. Salarios mal pagados, jornadas de diez o catorce horas, ninguna clase de seguro.

Cuando terminaron de succionar toda la energía de sus trabajadores, cerraron para dirigirse a otras ciudades donde podían pagar menos por un mayor trabajo. Fue así como el desempleo creció hasta convertirse en una amenaza en una urbe que durante muchos años había gozado de una relativa paz.

Una noche unos extraños entraron a la casa, pisotearon nuestras flores y se robaron nuestros tanques de gas. A la mañana siguiente, mi madre enunció la verdad respecto al siguiente paso a seguir: debíamos tener un perro para vigilar la granja, no bastaba con Pelusa.

Doña Celia compartía la misma opinión, y al ser la dueña de la casa, era la persona que tomaba todas las decisiones relacionadas a la propiedad. De ese modo, pasaron tres días para que trajera a Negro, un perro mestizo con rasgos de pastor alemán.

Negro creció para convertirse en un imponente espécimen cuyos ladridos advertían de cualquier intruso e inspiraban el temor necesario como para que ningún otro ladrón entrara a la casa los años que le restaron de vida. No obstante, otro fue el peligro.

Un fin de semana, mi hermana salió al patio para llenar el plato de comida de Pelusa. La llamó por su nombre una y otra vez. No acudió. Mi hermana tomó una lámpara y se dispuso a buscar. De noche la granja parecía más grande de lo que ya era. Metros y metros de espesa oscuridad, cuartos vacíos que funcionaban como bodegas. Mi hermana cruzó el primer patio, luego se dirigió hacia los limoneros, pasó la luz por encima del montículo de ladrillos de adobe que estaba colocado detrás de un mezquite. Escuchó un ruido inusual. Corrió hacia el montículo y descendió hacia el patio trasero. La luz resultaba insuficiente, necesitaba caminar un poco más. Como si emergieran de la oscuridad misma, estaba Negro apresando el cuerpo pequeño y compacto de Pelusa. Aquel miembro hinchado penetrándola. Y al momento en que mi hermana comprendió lo que observa-

ba, gritó de ira, porque ya era imposible separarlos. Negro quiso escapar, pero no podía separarse de Pelusa, estaban trabados quién sabe por cuántos minutos más. La lámpara cayó al suelo. Mi hermana corrió hasta el taller para decirnos a todos lo que pasaba en el patio. Mis padres permanecieron en silencio, quizá un poco culpables por no haber esterilizado a Negro o a Pelusa. No podíamos mantener otro perro. Había que regalar las crías que llegaran, pero qué tipo de crías serían, resultados de tan inusual cruza.

En primer término, no creíamos que Pelusa quedara preñada, llevaba ya varios años con nosotros. ¿Seguía siendo fértil, o a los cuántos años dejaba de serlo? Durante la siguiente semana no dejamos que Pelusa saliera al patio por temor a que el suceso se repitiera. De vez en cuando, yo le lanzaba piedras a Negro cada vez que se acercaba. Era un gesto infantil y tal vez innecesario. Negro no tenía la culpa de haber hecho lo que la naturaleza le ordenaba.

La preñez de Pelusa fue dificultosa y cara. Era demasiado pequeña y las crías le restaban fuerza. Comía mucho para sobrellevar lo que sucedía en su cuerpo que no estaba en su mejor época. Nos acercábamos a su lado, le acariciábamos las orejas y luego el vientre. Y ella gruñía por el dolor, gruñía de tal modo como si quisiera hablar, nos miraba en busca de ayuda porque era incapaz de comprender por qué el cuerpo le atormentaba y también para esconderse dentro de nuestros brazos, volverse pequeña, tan pequeña como cuando nos la trajeron en una canastita, y en ese momento éramos capaces de perdonarle el instinto.

Al cabo de unas semanas, mis padres encontraron a Pelusa cerca del corral de los chivos, semiescondida entre el zacate. Estaba acostada, parecía inconsciente. De su vientre se extendía una gelatina escarlata de bordes oscuros. En medio de ella dos fetos del tamaño de ciruelas. Pelusa advirtió la llegada de sus amos, levantó la cola, incapaz de levantarse.

Mi madre la llevó al cuarto donde se guardaban las herramientas, le preparó compresas y le hizo una papilla para que pudiera comer. Le inyectó un analgésico y la cubrió con varias sábanas. Mi padre enterró los fetos en el patio de atrás.

Cuando llegamos de la escuela, advertimos el silencio, la sensación de que algo nos ocultaban.

Ahorita ella no está bien, susurró mamá.

Fuimos al cuarto. No lucía grave, envuelta como estaba en las sábanas. Sin embargo, un olor herrumbroso y pesado nos puso en guardia. La siguiente tarde mi madre le tuvo que cambiar las sábanas dos veces porque las había manchado de sangre. Al término de ese día, Pelusa fue capaz de levantarse, pero cuando lo hizo notamos que algo colgaba de su vientre, una especie de racimo negro. Había sufrido un prolapso.

Durante la comida hablamos sobre lo que podíamos hacer. Para que ella estuviera bien habría que internarla en la veterinaria, pagar los honorarios de la operación, los medicamentos. Ahora estaba bastante débil, ¿cuánto tiempo tomaría aquello? Además, era una perrita ya anciana, o al menos eso buscamos creer. Llevaba con nosotros casi diez años. Era imposible estar seguros de que su cuerpo resistiera la intervención, eso argumentaron nuestros padres. Aquellas palabras desmoronaron cualquier réplica. No era un secreto que era imposible pagar lo que vendría, las deudas nos rebasaban. Quizá mis hermanos y yo pudimos haber dicho que trabajaríamos para pagar el tratamiento, pero hasta qué punto era verdad, en qué lugar habríamos conseguido hallar un empleo sin tener experiencia alguna o alguna habilidad para ello. Trabajo de qué, éramos inútiles; después de todo, vivíamos en una ciudad en donde el trabajo escaseaba. Éramos un grupo de todavía niños que quieren salvar a su perrita y que esgrimía cualquier argumento, ya inverosímil o de un optimismo exuberante, para evitar el dolor, la pérdida.

Despídanse de ella, concluyó mi madre.

Los tres hermanos nos acercamos. Nos arrodillamos. Extendimos nuestros brazos, la cubrimos, como si hubiera sido posible protegerla de lo que vendría. Lloramos sin hacer ruido, para no espantarla. Sostuvimos su cabecita de pelaje enmarañado, dejamos que su lengua recorriera nuestros dedos por última vez.

Ya, que papá se la lleve, dijo mamá sin esconder sus lágrimas.

Fue un pinchazo en las costillas. Nos separamos. Papá avanzó hacia ella, la cargó en brazos, llevaba una cuerda en los hombros. La llevó al patio trasero.

Mamá nos llevó al taller. Dentro de nuestras cabezas nos rondaban cientos de preguntas y de reclamos, no a nuestros padres, sino contra… ¿contra qué? ¿Por qué éramos tan pobres? ¿Por qué no teníamos dinero para salvarla? ¿Por qué tenía que ser de este modo?

Pese a que el taller tenía unas paredes altísimas, me parecían ahora tan diminutas, tan insuficientes y escasas para la pena. Así ya no sufrirá más tiempo, soltó en vano nuestra madre, intentaba concentrarse también en vano en su labor.

No podíamos dejar de imaginar a nuestro padre en el patio. Dejaría a Pelusa en el suelo, trataría de evitar mirarla a los ojos. Quizá en un arrebato de cariño la abrazaría y le pediría perdón. Porque si de él dependiera la habría salvado. O quizá no, tal vez se sobrepondría a esa tentación, mantener el corazón firme, para no llenarla de miedo. Pasar la cuerda alrededor del cuello, apretar lo más fuerte y rápido posible, hasta que dejara de luchar, hasta extirparle la vida. Una decisión firme como la que solían tomar los patriarcas bíblicos a los cuales mi padre tanto admiraba. Un sacrificio necesario que duele hasta los huesos, pero que atempera el alma. Quizá Pelusa lo agradecería, porque de no haber sido así, pasaría días y días en la misma condición.

Regresó al taller después de unos minutos. Se sentó en una silla sin mirar a nadie a los ojos. Aún no cumplía los cuarenta años, pero su rostro había envejecido tanto aquel día. Inclinó la

cabeza y ocultó el rostro entre sus manos y gimió como lo hacen los recién nacidos. Mi padre que amaba tanto a los perros.

Y al principio no quisimos consolarlo, porque sabíamos que era algo que tenía que pasar solo. Pero su lamento nos encogió. Papá, no estés así. Él nos miraba como si quisiera salir de un túnel. Nos abrazó con desesperación.

Tardó tanto en sosegarse. No recuerdo cuánto. Salimos al patio, eran las cuatro de la tarde. El sol brillaba con fuerza. Nos sentamos sin decir nada. La casa se sentía tan pequeña. Era asfixiante estar dentro.

Creo que fue mi hermana quien la notó primero. Era Pelusa. Avanzaba de forma lenta y torpe, con la cuerda entre los dientes. Se acercó como si nada hubiera pasado. Se acurrucó a nuestros pies, como esperando a que la sacaran a pasear.

Las manos de mi padre temblaron por lo que tendrían que volver a hacer.

App. Euthanasia

MARTÍN GARCÍA LÓPEZ

El fantasma de mi abuela

Anoche perdí al fantasma de mi abuela. La saqué a pasear, con su correa, por el mercado que le gustaba. La aferré a mí para preguntarle si el melón estaba maduro o si le gustaba el olor de las gorditas quemadas. Ella balbuceó mi nombre, el alzhéimer le avanzó aun muerta, incluso así, su voz me recordaba mi niñez. Pero, cuando la señora del jitomate me preguntó cómo llevaba lo de mi abuela, fue que la perdí. En ese momento apreté la correa para sentirla más de cerca, pero ya no la escuché. En cambio, sentí la inmensidad de la gente pasando y, entre tumultos, busqué su aroma a cobre, el escalofrío en la espalda de un desconocido, el grito de un recién nacido que mira a un fantasma. Pero ninguna pista me decía por dónde se había ido ni el porqué. Seguí caminando hasta la tarde mientras los vendedores guardaban. La del jitomate me preguntó por qué me veía tan ansioso. No le respondí, pensé: ¿Quién me va a robar al fantasma de mi abuela?

Esa noche, en la casa, dije la oración que me había enseñado de niño para atraerla, pero no funcionó. Me sentí culpable y me regañé a mí mismo. Pensé: Si mi abuela no tuviera alzhéimer, habría regresado a casa. Pero ¿y si el fantasma de mi abuela se escapó para dejar de ver telenovelas turcas conmigo? Repetí la oración que mi abuela me había enseñado de niño.

A ti clamamos los desterrados hijos de Eva;
suspiramos, gimiendo y llorando,
en este valle de lágrimas.
Ea, pues, señora, abogada nuestra,
vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos,
y después de este destierro muéstranos
el fruto bendito de tu vientre.
¡Oh clemente, oh piadosa, oh dulce madre mía!

Recordé cuando ella pasaba sus manos callosas por mis brazos y me pedía que orara hasta quedarme dormido. Mi abuela no había escapado, por qué me habría abandonado si había decidido amarrarse a mi lado. No, seguramente el alzhéimer la hacía vagar de calle en calle, buscándome.

Empecé a salir durante las noches para encontrarla. En esos recorridos, hallé fantasmas a los que les describí a mi abuela, pero la mayoría negaron conocerla, los pocos que lo afirmaron me dirigieron a otros fantasmas. Fue hasta la quinta noche, cerca del mercado, diciendo el verso: "vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos", que escuché a mi abuela completar la oración al otro lado de la calle. Corrí para amarrarla y no perderla. Pero, al acercarme, un niño gritó que me detuviera. Me apresuré a decir que ella era mía. Mi abuela balbuceó mi nombre y el niño y yo respondimos al mismo tiempo: ¿Mande?

Regresé a la casa dispuesto a beber hasta quedarme dormido. Recordé cómo mi abuela limpiaba mis uñas con un alfiler antes de entrar al kínder. Imaginé que ahora le hacía lo mismo a otro niño y ahí, en medio de la sala, pensé en asesinarlo. A la mañana siguiente, con dolor de cabeza, fui a buscarlo al mercado. Lo encontré en la banqueta con mi abuela. Dije una vez más que ella era mía, le pedí que me la intercambiara. Le mostré un Godzilla al que le faltaba una garra, un transformer sin cabeza, un equipo de luchadores quemados, una barbie sin cabello. El niño tomó una pistola láser, me apuntó con ella y disparó. No aceptó. No me quedó de otra que abofetearlo. Le coloqué la correa a mi abuela. No dejó de llorar y yo la jalé por la avenida mientras el niño gritaba.

Ya en la casa, con mi abuela, el olor a cobre era lo que menos me molestaba. La veía todas las noches, intentando traspasar la pared. La amarré frente a la televisión para que viéramos sus telenovelas turcas. Yo aplaqué sus gemidos con cerveza. Pero la observé tan ansiosa, sabiendo que el alcoholismo y el alzhéimer

se llevan en la sangre, que sus gritos me devolvieron a mi infancia. Decidí soltarla. Ella se quedó como un perro que no sabe si correr o quedarse. La dejé sola para que decidiera. Me acosté en la cama, sentí las manos de mi abuela sobre mi rostro como las patas de un gato. Aguanté la respiración para fingir mi muerte. Mi abuela salió traspasando la pared.

Recientes hallazgos en la historia del futbol

(fragmento)

FERNANDO JIMÉNEZ

435 d.C.

El imperio romárico, gobernado por Bebeto, sufrió los atroces y despiadados saqueos de Axila, el húnico, líder de la tribu de los húnicos. Hombre irascible, estratega brillante, corto de estatura y barrigón vigoroso. Un ente indescifrable que logró poner contra las cuerdas a uno de los imperios más grandes de la historia. Rivaldo, el historiador, asegura que los guerreros destacaron gracias a sus vertiginosas tácticas de guerrilla, su destreza como jinetes, el manejo virtuoso del arco y una portentosa voluntad para destruir ciudades.

Existe un consenso universal en que Axila fue, al mismo tiempo, uno de los generales más inteligentes y uno de los más sanguinarios de la antigüedad. Basta con mencionar su ataque a la ciudad de Melcocha, donde tomó un total de veinte mil vidas: incluidos ancianos, mujeres, niños y cachorritos. En los treinta años que duró su imperio, tras diferentes expediciones y masacres, le robaron al imperio de Romaria un total de dos toneladas de oro. Pero, entre esta historia de acero, ilícitos y desmembramientos, un detalle había permanecido oculto a los historiadores. De acuerdo a Ronaldo Nazario De Lima, notable revisionista del periodo Bebético del imperio, fueron los húnicos quienes, a través de sus prácticas militares, hicieron hallazgos en materia de actividad física y recreación que, poco a poco, terminarían por convertirse en el fenómeno que hoy llamamos balompié.

El balón

Axila, contratado como mercenario por Bebeto a través de Zico, uno de sus generales de confianza (se pensaba que mientras más cerca tuvieran a Axila, menos peligros correrían de ser saqueados por su ejército), atacó el Valle del Ahorcado, un pequeño poblado donde curiosamente nadie había muerto de esa manera. La operación daría inicio el martes quince de junio a las ocho de la noche y, valga mencionar, Axila era una persona muy puntual cuando de trabajo se trataba. Por lo tanto, un retraso de quince minutos, a causa de que uno de sus hombres había olvidado el estandarte en el campamento y tuvo que regresar por él (lo ejecutaron esa misma noche), hizo que el malhumor con el que llevó a cabo el ataque fuera un tanto atípico.

Por ejemplo, no le bastó con quemar "El sagrado corazón de Crosti", una emblemática panadería del pueblo (y lo más cercano a una atracción turística), sino que le ordenó a sus hombres meter a los panaderos en su propio horno y cocinarlos a fuego medio, cuestión que no dejó de ser un problema dado el índice de obesidad en Valle del Ahorcado, sobre todo si consideramos al dueño, quien tenía una barriga tan pronunciada que parecían dos: lo trataron de meter de lado, de cabeza, los brazos primero y nada. Pensaron introducirlo por partes, pero Axila había ordenado que fuera quemado vivo, así que Chamorro, uno de sus guerreros predilectos, le quebró las cuatro extremidades y, como si doblara un abrigo, lo compactó lo más que pudo y lo metió como si escurriera una almohada a través de una chimenea.

La marcha de los húnicos parecía destrozar los adoquines. Fuego, gritos, llanto. Niños llamando a sus padres, padres llamando a sus hijos. Cerca de las diez de la mañana, con más de la mitad del pueblo arrasado, las campanas de la catedral de Santo Nicasio del Tigre (patrono de los sonámbulos), repicaron furiosas. Se trataba del cardenal Alessandro Del Piero, quien pasaba su

primera noche en Valle del Ahorcado, solo de visita, para probar el pan que tanto le habían recomendado en el seminario.

Alessandro hizo sonar las campanas para que alguien viniera a rescatarlo, sin imaginar que su señal sería confundida con un llamado a la población para refugiarse en la catedral. La gente salió de sus hogares y corrió hacia las puertas del templo. Los arqueros húnicos, en pocos segundos, asesinaron a decenas y decenas inocentes en su camino a la iglesia. Las flechas, la carne expuesta. El cardenal, quien era una persona muy comprometida con su profesión, le gritaba a la gente que regresara a su casa, que iban a hacer que lo mataran.

De un portazo, la multitud corrió a refugiarse detrás del altar. Cerraron la puerta y entre varias personas bloquearon las ventanas con bancas, candelabros y todo aquello que tenían a la mano. Una señora se arrodilló frente a Alessandro Del Piero, le besó la mano y le rogó que intercediera por ellos. Él, como nunca antes en su vida religiosa, sintió que el llamado de Dios era tan potente y claro que no podía desoírlo. Le pidió a la señora que le volviera a besar la mano (para la buena suerte) y entró al cuarto donde iba a hospedarse. Revisó entre sus pertenencias, tomó su rosario favorito, de oro, regalo de la duquesa Ricarda León de Cacascas (una mujer que, si él no fuera religioso, ni veinte años menor, ni tan bajo (ella medía 1.90), ni tan tímido, le encantaría haber tenido como esposa), lo besó y lo ocultó al fondo del ropero, debajo de una canasta de medicinas. Tomó el cirio más grande (y por lo tanto más sagrado) de la habitación y regresó al altar.

Al abrir la puerta, se encontró a unos cuarenta fieles de rodillas, con los ojos cerrados, entregados a la oración. El rumor de sus rezos sonaba pálido frente a los aullidos de los húnicos, que merodeaban las puertas y amagaban con entrar por las ventanas. Axila, que antes que general era un entusiasta del espectáculo, esperó unos momentos (por aquello de la tensión dramática), antes de enviar a sus hombres más corpulentos a derribar la puerta. Los

supervivientes de Valle del Ahorcado gritaron de horror al ver que los húnicos entraban a la catedral.

Alessandro Del Piero se quedó detrás del altar, tembloroso. Axila, aún molesto por la demora con la que había comenzado el ataque, extendió los brazos y dos de sus hombres le cedieron sus hachas. Aprovechando la inclinación de los arrodillados, se aproximó al altar a la vez que lanzaba cortes que se convertían en manos y brazos voladores. Al instante que alguien se levantaba, recibía un flechazo en la garganta de cualquiera de la veintena de arqueros húnicos que vigilaban la escena. Alessandro del Piero comenzó a llorar y corrió hasta su habitación, tomó el rosario de oro y regresó al altar. Los ojos de Axila, a la vez calmos y furiosos, parecían una tormenta. El cardenal se arrodilló y le ofreció su tesoro más preciado. Axila, a quien le gustaba el oro pero no la iglesia, tomó el rosario, lo guardó en su bolsillo y decapitó a Alessandro del Piero, quien por lo menos murió con los ojos cerrados.

La cabeza de Alessandro rodó por el templo como un melón o una sandía o una papaya. En eso, impulsado por quién sabe cuáles musas, Axila corrió hasta la cabeza y le propinó un puntapié derecho (algunos estudiosos coinciden en que el general era zurdo) que la hizo volar varios metros. El asombro fue unánime, tanto de los supervivientes, como de los húnicos, quienes siguieron boquiabiertos el trayecto del proyectil. La cabeza salpicó de sangre a un niño, a una viejita y a un arquero húnico (este último aprovechó para retocar su pintura de guerra). La cabeza de Alessandro del Piero atravesó uno de los vitrales de la catedral.[1]

---

[1] He aquí una controversia. Aunque para muchas personas, la patada de Axila más bien inaugura las patadas del futbol americano (sobre todo porque el objetivo primordial, teniendo en cuenta la arquitectura de la catedral, era alcanzar la mayor altura posible), se ha llegado a la conclusión de que al atravesar un vitral de aproximadamente dos por seis metros, se habla específicamente de un rectángulo, por lo tanto, la cabeza de Alessandro del Piero atravesó, al menos conceptualmente, una portería de futbol soccer.

Chamorro levantó los brazos para festejar la hazaña. Fue el único, quizá porque para el resto era imposible explicar lo que acababa de ocurrir. Esa noche murieron un aproximado de tres mil personas. Por fortuna ninguna fue colgada, por lo que, al menos en ese sentido, Valle del Ahorcado mantenía el invicto.

Esperando audiencia en una noche de primavera. Los últimos casos del Juez Di en la China del siglo VII

ATZIN NIETO

La venganza del Rōnin

Contra el viento del oeste vuelan
gansos silvestres en parejas.
Al verlos me invade la tristeza.
Todas las noches estoy aquí,
a la orilla del río, esperando:
Los peces pueden, según las tradiciones,
traerme mensajes de mi amado.
A la orilla del río

Xue Tao

Faltan dos horas para que el sol se oculte. Las nubes dibujadas en el cielo anuncian la presencia de una fuerte lluvia, pero la mujer en el puente del Arcoíris sigue firme como si le hubieran salido raíces desde los muslos hasta el suelo, lo que asemeja una hermosa estatua que vigila y protege el paso entre la ciudad y el exilio. No parece inmutarse ante el torrente que se aproxima. Su rostro escondido debajo del sombrero de paja oculta la mirada de angustia e incertidumbre. La frugal sonrisa se ha ido borrando de sus delgados labios. La acompaña un viejo paraguas de bambú que sostiene con ambas manos como si de una promesa se tratase. No se moverá de ahí hasta que las flores de loto pierdan su olor.

Un mes antes

El juez Di decidió salir a caminar aquella noche sin luna. Por fin había escampado y necesitaba no sólo estirar las piernas sino también despejar la mente. Después de resolver el asesinato de su amigo el Maestro del Acantilado Oriental diez meses atrás, la melancolía había anidado en su frágil corazón y no lograba realizar sus actividades de manera normal en el tribunal de Cantón.

Quizá esa caminata nocturna le ayudaría a conciliar el sueño y encontrar algo de paz. Antes de salir tomó su espada *Dragón de la lluvia*, se colocó el sombrero de viaje y ató sus largas barbas.

Sin imaginarlo sus pasos lo llevaron hasta el noroeste de la ciudad, muy cerca de la humilde posada "La felicidad eterna" que regenteaba el anciano Hirata junto con su esposa. Antes de entrar notó una forma oscura que se deslizaba a través de la alta hierba gracias al claro de la luna. En un instante la sombra se puso frente a él apuntándole con una hermosa katana. Sorprendido el juez Di desenvaino su espada y en seguida arremetió contra el desconocido quien paró el ataque para después contestar con una serie de intempestivos golpes que obligaron al juez Di a retroceder hasta ponerlo contra la pared.

¿Quién demonios eres?, ¿Acaso no sabes que soy el presidente de la Corte Metropolitana en China?, espetó el juez Di mientras intentaba recuperar el aliento.

Sin embargo, el misterioso personaje parecía no tener intenciones de hablar ni mucho menos de ofrecer tregua alguna por lo que volvió atacar al juez Di, quien, a pesar de su hábil experiencia con la espada pronto se vio superado por aquel joven que desprendía un curioso aroma a clavo, canela y pachuli. El estridente sonido de los aceros chocando con vehemencia en esa remota parte de la ciudad era la melodía que armonizaba la noche. Poco a poco los intentos de poder defenderse y contratacar por parte del juez Di se iban reduciendo ante el feroz asalto de aquel oscuro ser que sin lugar a dudas sólo tenía una cosa en mente: matarlo.

Maestro, irrumpió a lo lejos una conocida voz. Era el fiel ayudante Ma Yung quien corría empuñando en lo alto su inconfundible *dao* sujeto por ambas manos. Antes de verse acorralado, el hombre de la katana trepó con felina agilidad hacia una de las paredes para después perderse entre los techos puntiagudos de tejas de las casas vecinas, no sin antes dejar escuchar un rugido prolongado que desgarró el silencio nocturno.

¿Se encuentra bien, maestro? Fui a buscarlo al tribunal pero Hung Liang me dijo que lo vio salir hace media hora. Recorrí tres de los cuatro templos que hay en cada lado de la ciudad hasta que escuché el sonido de las espadas y me alegro de haber llegado a tiempo. No sé qué hubiera pasado si…

¡Oh!, descuida, lo interrumpió el juez Di agitando una de sus manos para intentar calmarlo. No es nada. Quiso la buena fortuna que pudiera escuchar sus movimientos desde que salí del tribunal. Al parecer alguien sigue enojado con mi presencia aquí y desea mandarme a la tierra de los muertos antes de tiempo.

Pero, jefe, ¿tiene alguna idea de quién pudo haber sido?

No, al parecer son muchos enemigos los que desean terminar conmigo, sin embargo, él es un forastero del norte, lo sé por las ropas que llevaba, pero también usaba un perfume muy característico, ¿lo percibiste?

Al día siguiente

La Posada de las Nueve Flores es una casa pequeña de tres pisos que está situada en la esquina de una calle a las afueras de la ciudad. El lugar es famoso por sus fideos y macarrones, además de servir uno de los mejores vinos de todo Cantón. El primer piso funciona como restaurante y taberna mientras que los pisos restantes son usados como pequeños recintos que alojan a extranjeros. En uno de estos cuartos se encuentra el hombre misterioso de la hermosa katana quien habla en voz baja con otro personaje cuya identidad es casi imposible de ver por la poca iluminación que hay dentro de la habitación.

Has fallado en tu misión Hanshiro. El juez Di sigue vivo y todo parece indicar que reforzará la vigilancia en la ciudad. Pensé que sería un trabajo fácil para alguien como tú.

No te preocupes, la próxima vez no fallaré. Sabía que era fuerte y muy hábil con la espada, pero cuando fui tras él corrió

sin mirar hacia atrás. No importa lo bueno que seas, siempre das la vuelta para defenderte. Esperaba ese momento para atacar, pero él no permitió que eso sucediera. A pesar de su edad el juez Di aún es resistente y enérgico, no se parece en nada a todos los objetivos que me has asignado.

Claro y por eso ¿has decidido subir tu cuota? ¿Cuántas monedas de cobre serán esta vez? Recuerda que el dinero no es impedimento para este cliente pero no puedes volver a fallar. Además, en esta época es fácil encontrar a muchos como tú que incluso cobran la mitad de lo que pides. Por cierto, quiero preguntarte algo, siempre hueles muy bien: ¿llevas contigo un xiāngbāo?[1], ya que siempre que nos vemos percibo un aroma a...

Es una mezcla entre clavo y canela, lo hago porque no soporto el olor a sangre.

¿Cuántas vidas has tomado?

La verdad, desde hace mucho que perdí la cuenta.

Eres bueno Hanshiro, ojalá pronto encuentres al asesino de tu padre y puedas tomar venganza. Si no mal recuerdo han pasado veinte años desde entonces, ¿cierto?

Sí, he recorrido varias ciudades del imperio buscando aquel hombre, pero al parecer se ha esfumado. Así pasen otros veinte años no descansaré hasta encontrarlo. Quiero preguntarte una última cosa. ¿Me dirás quién es este cliente que quiere ver muerto al juez Di?

Solo ten en cuenta que es un cliente muy poderoso y desea verse libre de la presencia del juez Di, ya que al parecer ha estado entrometiéndose en varios asuntos que han molestado a más de uno y ahora tiene que pagar las consecuencias de sus actos.

---

[1] En la China antigua el perfume se contenía en unas "bolsitas perfumadas" llamadas (香包, xiāngbāo) los cuales eran pequeños saquitos de tela o de hilo de oro, rellenos de polvo y cuya fragancia provenía principalmente de diversas hierbas aromáticas.

Caminó hasta una pared que cedió al leve contacto de la mano derecha para mostrar un pasadizo oculto que conducía hasta una falsa salida a dos casas de distancia y por la que, la persona cuyo rostro permanece tapado, penetró segundos después subrepticiamente.

A esa misma hora, pero en el centro de la ciudad, el juez Di se reunía con sus hombres de confianza dentro del tribunal para hablar acerca del atentado de la noche anterior. En la sala de audiencias estaba: Hung Ling, su consejero íntimo y oficial de orden de los agentes judiciales, Chiao Tai, coronel de la Guardia Imperial, Tao Gan, secretario Jefe de la Corte, Pao Kuan, prefecto de Cantón y por último, Ma Yung y Chao Tai, los fieles ayudantes del juez Di.

En cuanto el juez Di se hubo sentado en el sillón, detrás de la mesa que está colocada justo en medio de la sala, el primero en tomar la palabra fue Chao Tai:

Jefe, ¿tienes alguna idea de quién era el sujeto que ayer te atacó?

Al parecer la única pista que tenemos es su perfume y esa peculiar katana propia de los guerreros que desde hace unos años se autodenominan: samuráis, respondió el anciano Hung Ling.

Tendremos que poner más hombres a vigilar las cuatro entradas de la ciudad, jefe, dijo Chiao Tai, ya me encargaré personalmente de eso.

El juez Di había estado taciturno acariciando sus largas barbas mientras escuchaba hablar a cada uno de sus hombres. No fue hasta que le tocó el turno a Ma Yung:

Maestro, en algunas tabernas me han dicho que ese sujeto ha estado en Cantón más de tres veces, también descubrí que él es muy reconocido en el negocio.

Ya veo. ¿Has podido descubrir cuál es su nombre?

En realidad, nadie conoce su nombre real ni tampoco su rostro. Dicen que él siempre ha matado a cada uno de sus objetivos. Por eso, maestro...

No te preocupes, Ma Young, ¿con quién crees que estás hablando? Soy Yen-Djieh Di, presidente de la Corte Metropolitana en China

Esa misma noche

A pesar de la ligera lluvia el juez Di decidió salir a dar un paseo. Estaba hospedado en la posada "La felicidad eterna", lugar en el que había ocurrido su primer encuentro con el rōnin. Desde los primeros casos, cuando lo nombraron jefe de distrito en Fu-lai hasta el día de hoy que ejerce como presidente de la Corte Metropolitana en China siempre había tenido que investigar los más extraños misterios, en los que, en su mayoría, las víctimas o estaban muertas o desaparecidas, pero, a ciencia cierta, ninguno en el que su propia existencia corriera en verdad peligro.

Antes de llegar a la esquina de la calle y poder doblar hacía la derecha con dirección al tribunal, allí a la sombra de dos altos robles, el hombre de la katana ya lo esperaba. Cuando lo vio pasar saltó sobre él con la intención de partirlo en dos, sin embargo, el juez Di bloqueó el ataque y con un rápido movimiento de muñecas acomodó un par de golpes secos en el rostro de Hanshiro, quien no esperaba tal recibimiento. El suelo mojado hacía difícil moverse con soltura.

El juez Di solo pensaba en poder atrapar con vida a aquel extraño sujeto por lo que empuñó a *Dragón de la lluvia* y arremetió contra su oponente, quien ahora tenía que defenderse de la furia del magistrado. Hanshiro no se percató, pero en un instante estaba rodeado por varios guardias listos para someterlo. Al sentirse acorralado derribó al juez Di con un fuerte patada que lo hizo caer de espaldas instantáneamente, solo tenía que darle la estocada final y acabaría con el trabajo, sin embargo, aprovechó la confusión para escapar encima de dos guardias y desaparecer bajo la noche.

Guerrilla
(fragmento)

SELENE CAROLINA RAMÍREZ GARCÍA

Yo no quería ir por el frasco de petróleo. Una voz me dijo que lo hiciera. La voz era fuerte y demandante, como la de una madre enojada. No quería escucharla. Por eso comencé a golpear mi cabeza contra el respaldo de fierro de mi cama. *Toma el frasco de petróleo. Toma el frasco del petróleo. Agarra el puto frasco de petróleo.* La voz no dejaba de decirme qué hacer. Quería que se apagara, por eso comencé a golpear, ahora, mi cabeza contra la pared. Al principio la movía de atrás hacia adelante como en un movimiento fuerte de afirmación, después tomaba vuelo,
uno,
dos,
tres,
cuatro,
cinco,
seis pasos largos en reversa y aceleraba con la velocidad de mis pies precipitados. Choqué contra la pared varias veces antes de sangrar. El Sr. B, el del cuarto número cuatro, perdió un dedo y no sangró. Yo comencé a sangrar antes de perder la razón. A veces quisiera volver a correr hacia una barda. Contra una barda. Dejar la vida pegosteada en una pared de bloques calientes. *Échate encima el puto frasco de petróleo. Ve a la cocina. Coge la caja de cerillos. Préndete fuego. Conviértete en el vehículo de la lumbre y quema todo contigo, a la verga*. Me sentía muy confundida, agobiada. Los golpes no me dolían. La sangre se sentía fresca. El cuerpo en conflagración, como si lo recorriera por dentro una jauría salvaje. *Préndete fuego y baila*.

Siempre tuve miedo de volverme loca. Todos nuestros miedos se vuelven realidad.

Todavía me duele la piel al recordar el momento en el que sucedió. No es que ahora no esté loca. Dicen que el solo hecho de tener conciencia de la locura nos convierte, al menos relativa-

mente, en personas estables de la mente. Tengo un conocimiento absoluto de mi demencia, del *ello*, y de todo lo que sucede en el terreno del inconsciente. Por eso, en ocasiones, confundo lo real con lo onírico. A veces, también, escucho voces que no son mías, pero se apropian de los actos que debo realizar. Las oigo clarito como si tú me estuvieras hablando. De la misma manera en la que una persona de carne y hueso emitiera sonidos. Ya sabes, el aire pasa por los pulmones hasta la tráquea y en la laringe se crea esa vibración que produce sonidos, y se emiten al igual que una bocina, desde la boca.

La locura también son los datos. ¿Cómo no volverse loca frente al funcionamiento perfecto de las cosas? La cordura es un estado de alerta donde prima la subsistencia. Estar cuerdos también es vivir al borde del pánico. ¿Quién dice que escuchar voces no es normal? Casi todos escuchamos. No quiero generalizar: la Termita (la del cuarto número doce) es sorda, pero en términos usuales, escuchar voces es natural. Algunos escuchan con los oídos. El sonido se captura por el oído, pasa al canal auditivo y llega al tímpano donde se convierte en vibración sonora. Otros escuchamos, además, con la mente. El sonido se recibe en forma de arena que cruje dentro del cerebro y crea imágenes auditivas que huelen a todos los colores juntos pero refractados. El sonido se convierte después en frases sentenciosas que adquieren, más tarde, la forma de cuerpos humanos.

La voz fue la que tomó el frasco de petróleo. Sí, la voz mutó hacia mi cuerpo y condujo mis movimientos. Dejó de ser arena que cruje en el cerebro y que huele a colores refractados. La voz tomó posesión de mí, así como en una de esas películas de exorcismos. La voz me llevó al cuarto de tiliches que estaba en el patio. Me dijo que el recipiente estaba enseguida del quinqué. Afuera jugaban unos vecinitos con las perras. Ellos me vieron encendida. La voz movió mi aparato locomotor hacia la cocina. Tomó los cerillos. Vertió el petróleo sobre mi cabeza dejando que

cayera lentamente por mi cuello, pecho, estómago. Echó el líquido sobre mis brazos y piernas. Prendió un cerillo. Lo posó sobre mis cabellos empapados en combustible. La voz bailó mientras todo ardía. La voz no me permitía gritar para pedir ayuda. Cuando la voz ya no pudo bailar –creo que se consumió por el fuego– corrí hacia afuera de la casa. Mi esposo estaba en el porche con sus amigos. Era Año Nuevo. Yo era la pirotecnia y los balazos. Me apagaron con el extintor de la cocina. Los niños y las perras no dejaban de emitir sonidos de pánico por sus bocas y sus hocicos. Dicen los doctores que estuve prendida cinco segundos. Ellos no saben que llevo toda la vida ardiendo, consumiéndome.

A veces soñaba, o no, a mi bebé de agua y lava, como si fuera un niñito de carne. Pequeñito. De treinta centímetros. Los testículos eran semillitas de trigo. La carita de Juan, los ojos míos. Todavía recuerdo sus mutaciones. De niño a elemento. De elemento a tritón. De tritón a magma. Recuerdo el olor a luz de sus piecitos. Al despertar, o no, una tristeza muy pesada, muy acuosa, muy acuosa pero de agua en ebullición, de fuego líquido, se apoderaba de mis días. Es imposible narrar con letras las tristezas que duelen en los sueños. De verdad quería ser madre. No como motivo autoimpuesto de la feminidad. Lo necesitaba para alcanzar la cordura. A veces los cambios sustanciales suceden al adquirir una plataforma de razones que se fundamentan en los orígenes. No creo en dios y necesitaba creer en algo. Ese bebé hubiera sido una buena razón para ser mejor persona. Para acallar las voces de la mente. De seguro se hubieran ido con los cantos de cuna y con los llantos nocturnos. Con las nuevas preocupaciones por su futuro inmaculado. Claro que así hubiera sido. Lo presentía. Presentir es como hacer magia. Presentir es como prometer. Anticipar la sensación. Anticipar la acción de dar nuestra palabra a futuro. Hubiera sido buena madre, necesitaba serlo.

Juan y yo hacíamos llamadas telefónicas muy largas cuando éramos novios. A veces se quedaba dormido y lo escuchaba

roncar del otro lado de la bocina. Me daba risa el sonido gutural de esas emisiones. Los ahogos. El regreso al mundo de los vivos con frases incongruentes, que buscaban la cortesía, cuando despertaba de manera abrupta. Niña linda, ¿sabes dónde guardé los documentos del establo? ¿A qué hora maullaron los gatos? ¿Qué día dejé la bicicleta en tu cuarto? Me decía Juan entre despierto y dormido. Yo me carcajeaba. ¿Dónde se deposita la risa del pasado cuando te vuelves loca? Ya no puedo reírme.

Los viernes lavaba a mano las camisas de Juan. Él no quería que lo hiciera, pero a mí me entretenía. Durante el embarazo, o no, estuve encerrada en casa por miedo a perder al bebé. ¿Cómo se pierde algo inexistente? Así es la locura. Pierdes algo abstracto. Pierdes la construcción de la idea de la normalidad. Recuerdo que todavía vivíamos en el primer departamento. Me gustaba lavar en la terraza. Colgaba las camisas del cerco negro que se ubicaba entre el margen del techo y el abismo. Gran parte del día me la pasaba reposando. No quería perder al bebé líquido. Esos viernes veía a lo lejos cuando Juan se acercaba a casa. Desde la esquina poniente avanzaba con pasos firmes mientras el sol se ocultaba detrás de él. Me imaginaba que su fortaleza inhibía al mismo sol. Me saludaba desde lejos y mi corazón se aceleraba dando brinquitos rítmicos. Era como si dentro de mí habitara la música orquestal que juntos habíamos escuchado en vivo tantas veces. La banda sonora interna de la espera. El concierto de viernes en la puesta de sol. Cuando me veía, corría hacía mí. En pocos segundos subía las escaleras de caracol que daban acceso a nuestro departamento. Se acercaba cantándome algo bonito que improvisaba, me daba un beso y otro al niño tritón de lava. Guardaba sus camisas. Sacaba la mesita del comedor, la limpiaba. Ponía el dominó sobre la superficie de la tabla pulcra. Prendía la grabadora. Preparaba botanas e iniciaba nuestra fiesta. Los amigos llegaban más tarde.

Cuando me hicieron la ecografía, en la pantalla del procesador solo se vio un agujero negro. En el centro de todas las galaxias

hay agujeros negros supermasivos. Mi útero es uno de ellos. Cargo en el vientre el vacío de la muerte de una estrella gigantesca. Cargo en el vientre vacío los átomos comprimidos de todas las eras. Una explosión líquida del anhelo fallido. No sirvo para dar origen y cargo en el vientre la marea y la fuerza gravitacional en su punto extremo. Mi bebé de agua era un disco de acrecimiento. La entropía no es sólo la transformación. Es la medida de organización de un sistema de energía interna. Mi bebé no medible se perdió en el agua estelar de una nube de gas y polvo cósmico.

¿Cómo te embarazas con la mente? Sí, de la misma forma en la que escuchas voces inaudibles desde el centro de la galaxia del cerebro. ¿Has visto un cerebro por dentro? Una tomografía es una foto del cosmos. Nunca tuve una foto de mi bebé de carne. Él era la materia oscura. ¿Qué haces con la imagen de la nada? Una ecografía crea imágenes a través de las ondas de ultrasonido. El eco de las ondas de alta frecuencia llega hacia el interior del cuerpo y una computadora convierte el sonido en imagen. ¿Entiendes la locura de esto? El proceso de la conversión sucede gracias al efecto piezoeléctrico. A veces pienso que viajo como el sonido en ondas invisibles. O que soy la luz transitando casi un millón de veces más rápido que el sonido. Y que me pierdo en el tiempo que recorro en un instante. ¿Qué es el instante sino la luz de la historia?

Antes de perder al bebé de núcleo acuoso compramos nuestra primera casa. Adornamos su cuarto con cenefas de globos aerostáticos. Pintamos las paredes de amarillo y compramos una cuna de madera blanca. Enseguida de ésta colocamos una mecedora para amamantar, que tenía unos cojines de color hueso, con encaje también amarillo. Pusimos repisas con discos infantiles y libros de literatura fantástica, de viajes y de ciencia ficción. En una de ellas colocamos exclusivamente las fábulas de Esopo. Anidamos antes de saber que teníamos un bebé de gotitas de llanto sideral. Después de la ecografía,

justo al llegar a casa, esa voz me dijo que me incendiara. Juan soportó mi locura porque entendió su origen.

No le importaron las cicatrices, ya te lo dije.

No recuerdo el momento en el que estuve a punto de matarlo. Solo tengo el destello del miedo que sentí ante su mutación de humano a monstruo. Los ojos me convirtieron a Juan en un monstruo. La voz me decía que mi esposo me quería comer viva y los ojos se encargaron de volverlo execrable, inhumano, bestial.

Desperté a tomar agua en medio de la noche. Una jarra de vidrio con el líquido helado aguardaba en el refrigerador. Serví un vaso para mí y lo bebí de un solo trago. Después volví a llenarlo para Juan. Abrí la puerta del cuarto con cuidado de no despertarlo. Me acerqué a su lado de la cama, despacio y en silencio. Coloqué el vaso en el buró. Destapé su rostro para darle un beso en la frente. A contraluz su cara parecía distinta. Regresé a la cocina, volví a encender el foco, dejé entreabierta la puerta del cuarto y me acerqué de nuevo a la cara de Juan.

Algo extraño le pasaba. No parecía él. Las facciones se habían endurecido. Las cejas se veían muy pobladas. Los labios secos y grandes. La piel vieja y escamosa. Me aproximé lo más que pude a su rostro y vi claramente cómo de la frente comenzaban a salirle unas protuberancias filosas, parecidas a los cuernos de un carnero adulto. Fui corriendo a la sala y prendí la lámpara de pedestal. También encendí los focos de la estancia. Regresé al cuarto y me acerqué otra vez a su cara. Los cuernos habían emergido en su totalidad de su frente hasta las sienes, y la cara se le había cubierto de un pelaje cobrizo muy tupido. Nariz, párpados, mejillas, estaba lleno de vellosidad. El miedo me invadía. Estaba segura de que se trataba de una de esas pesadillas vívidas, en las que todo parece muy real. Me di una cachetada. Me dolió. Grité. Juan abrió los ojos y los volvió a cerrar. Eran rojos

y brillaban como los de un gato. Seguía dormido. Se movió de posición en la cama y pude ver cómo su cuerpo había crecido. El pelaje estaba en todas partes. La espalda parecía una montaña rocosa. De las manos pendían garras afiladas, cual si fuera ave de rapiña. De la boca le salía un humo azulado y fétido. Expedía sonidos antiguos, de ultratumba.

Volví a golpearme, ahora con el vaso con agua. Era de vidrio. No se reventó en mi cabeza, pero el golpe se sintió muy fuerte. Juan volvió a moverse sobre la cama. Pude ver su lengua bífida. Corrí a la cocina y fui por algo para defenderme del monstruo. Tomé un cuchillo afilado. Regresé al cuarto y el monstruo seguía dormido. Mi única oportunidad de sobrevivir era atacándolo mientras no podía defenderse. No estaba segura de nada de lo que estaba pasando a mi alrededor. Podía tratarse de una pesadilla en la que era capaz de percibir el dolor. Pero tal vez no era una pesadilla, y realmente el monstruo existía. Lo escuchaba gruñir. *Si no lo matas tú, él te comerá viva*. Pensando solo en mi supervivencia, decidí creer que mi vida estaba en peligro. Ahora todo eso me parece absurdo. Así de horrible es la pesadilla de estar loca.

Me acerqué al monstruo, ahora sé que no era el monstruo. Que siempre fue mi Juan, mi Juan bueno. Le puse el cuchillo en el cuello, y antes de clavárselo en la tráquea, despertó. Sus ojos eran color canela, como siempre. Su voz, aunque asustada, tenía esa misma tonalidad conocida por mí. Tardé unos segundos en darme cuenta de que era el Juan de mis días. Forcejeamos en la cama, en el piso. Le pedí perdón. Él ya no podía estar conmigo. Yo era la pesadilla.

Me encontraron deambulando en la calle, dicen. No recuerdo cómo ni cuándo escapé del psiquiátrico. Como sea, me trajeron a este lugar. Habito, como te dije, el cuarto número diez. Otra extensión del cuatro por cuatro del psiquiátrico. Juan a veces me visita. Tiene tres hijos de carne. Otra mujer se los pudo dar.

La guerrilla es la paradoja. Es el amor y el miedo en una mirada de lumbre. La guerrilla es saber que eres vieja y que tienes miedo. Es saber que el miedo nunca termina.

Espíritus de tomar

ANIELA RODRÍGUEZ

Esto no tiene ningún pinche sentido, repitió frente al espejo después de bañarse, con la sangre escurriéndole de la entrepierna. Era la primera vez que se pensaba eso de dejarlo, pero luego volvía y recordaba que no, que la cosa no era así, después de todo él era el único cabrón que, según sabía, le había conocido las peores mañas y los rincones más secos de su cuerpo, a fuerza de cabalgarla tantas veces por el ansia de tener un hijo que nomás no llegaba. Para su buena fortuna, la imposibilidad del hijo ese y la terquedad de una mula se le fundieron en un mismo envoltorio y así, aterida por el ardor en la entrepierna de tanto coger y coger se había montado en un camión que la llevó a ver a la Damiana.

Es mucho decir que era una mujer, la Damiana; su naturaleza más bien se balanceaba entre la gracia de un azotador y el pasmo de una babosa. Vengo a que me ayude, madre, le dijo, traigo dinero suficiente, si eso es lo que quiere, y la Damiana, nomás levantando la cabeza, le agarró el billete de quinientos y le preguntó qué venía buscando, porque aquí según el sapo es la pedrada.

Ella pensó primero que esa mujer no le daba ni una pizca de confianza, pero luego se acordó de la ingle enrojecida, del sarpullido que no se controlaba ni a compresas tibias de manzanilla y ya no le dolió tanto sacar otro billete y decirle, vengo porque necesito que me deje panzona de mi viejo, que a lo mejor ya no me quiere o quién sabe, y la Damiana, que se negaba a hacer un solo gesto de aprobación o de enfado, tomó un par de frascos y le contestó, mira hijita, lo tuyo es un favor muy grande, y la Comadre cobra como si fuera nuevo, así que tú vete haciendo a la idea de que un día vas a tener que pagárselo y a lo mejor te va a doler un chingo pero no te vas a repentir, muchacha. Tráete una hoja y apúntale, que si no se te va a olvidar todo esto.

Cinco meses después el truco estaba hecho: había quedado panzona del Amado. Le puso así porque en el fondo sentía que necesitaba darle un nombre que le recordara que sí, que lo quería, porque era un milagro que vino a curarla de la hinchazón

y del enrojecimiento. Que había venido a bendecir esa casa con todo el amor que un niño puede dar, y no porque fuera el perro pretexto para que ese cabrón que le conocía las peores mañas se quedara a su lado.

Todo había sido como comprar un par de veladoras, decapitar un gallo con el cuchillo de la carne e inundar la casa con el aroma del copal y el romero achicharrándose en el sahumerio. Total, que cinco meses después llevaba el bulto en el vientre y hasta estaba comenzando a presumirlo a las viejas chismosas de la cuadra, para que vieran que sí, que a ella su viejo sí la quería, no como a otras, que nada más las tienen para que les alcen la casa y les tengan lista la caguama fría cuando vuelven.

Y cuando estuvo lista para ver nacer a su chamaco, y ya que el señor había vuelto a mirarla a la cara y que incluso le hablaba con un dejo de cariño entre los dientes, ella se había convencido de que la Santísima prometía y cumplía, y así se fue creyendo todo ese idilio del embarazo y el matrimonio feliz por un par de semanas, meses enteros, hasta que un día, mientras trataba de impermeabilizar el techo, el viejo dio un traspié y se cayó de la azotea, que finalmente no estaba tan lejos del piso, pero cayó de boca y el cráneo se le fracturó al instante, dejando un charco colorado que lo envolvió todo con su delicadeza.

Así se las cobra la Flaca, hijita, yo no hay nada que pueda hacer por ti: el chamaco se te dio, ¿a poco creías que era de a gratis?, le dijo la Damiana el día que fue a verla, puños apretados y el cabello revuelto porque no encontraba siquiera la gana de arreglárselo: ya no le importaba que nadie la viera, estaba hasta el huevo de escondérsele a las canijas chacoteras que no la bajaban de matamaridos, de ave de mal presagio.

Fue a visitarla no porque creyera que ella podría regresarle a su viejo, pendeja tampoco era, pero sí porque algo allá adentro se la estaba comiendo: esa necesidad de ver cómo funcionaba la chingadera esa de la Flaca, por qué cobraba tan de chingadazo,

y cómo se le llegaba a conocer de cerca. Ella quería ponérsele enfrente y dejarle saber que la admiraba. Que aunque se hubiera llevado al jodido ese, le había hecho entender que ella no necesitaba a nadie ahí metido rascándose los tanates, sin hacer nada. ¿A dónde le llamaba uno, en qué buzón podía echarle sus respetos y sus agradecimientos? La Damiana le dijo que a la Santa Muerte uno no la invoca así nomás: la patrona tiene su carácter, pero aquí estás ya, muchacha, y yo quiero que triunfes en la vida. ¿Tienes tiempo? Te voy a enseñar lo que es ponerse del lado bueno de la moneda.

Como no tenía nada que hacer, la mujer se quedó a platicar con la Damiana. Entre el olor a yerbas y a vinagre empezó a familiarizarse con los términos y las súplicas y los rituales extraños que pasaban hora tras hora en ese cuartucho. Miró los dedos ágiles de la vieja hacer de todo con una baraja; la vio restregarle un ramo hecho de saúco, estafiate y pirul a los cabrones que le llegaban con cualquier clase de peticiones inverosímiles: desde atraer al amor de su vida hasta darle un escarmiento a algún pelado que se había pasado de listo. La Damiana asentía a cada plegaria y para casi todas tenía una salida digna. Así fue aprendiéndole día a día; a decir verdad, no tenía otra cosa mejor que hacer.

Metida en la casa se habría vuelto loca: el recuerdo del marido estampando la mejilla contra el pavimento todavía lo sentía fresquito y ver a Amado no lograba regresarla al estado al que estaba acostumbrada: el de sobrecogimiento eterno, el de sentarse a pensar en algo todo el día, algo que uno entiende qué es pero que ocupa todas las horas del día como un parásito, y luego se va, sin más, y nos deja con las manos vacías y la cabeza toda enmarañada.

Reconvertida en una persona más sabia y más fuerte (o, al menos, eso era lo que ella pensaba), la Damiana la dejó partir después de un par de años. La Santa ya está reclamándome, hija,

y mejor que te encuentre lejos. Aunque a ella le dio harta pena despedirse de la vieja, supo que estaba lista, que ahora su vida tenía un propósito y por más que todavía no pudiera ver al Amado a los ojos sabía que su misión era, a lo mejor, seguir los pasos de la ruquita y tomar un camino con el que más o menos pudiera augurarle algo mejor al chavalo que ese cuartito en la Inalámbrica donde había aprendido lo que era el hambre, la sed, el miedo.

Puso sus esperanzas en la Niña Blanca: comenzó por comprar un par de estatuillas *made in china* que se vendieron como pan caliente en el tianguis de la colonia. Luego le dio por retacarse de medallitas, velas pa los milagros y pa los amarres, estampitas de *vario color*, todas con un significado o un propósito distinto. Y con el tiempo, la mujer entendió que el verdadero negocio estaba ahí, que la gente creía y que no iba a dejar de creer y a ella más le valía creer a su lado.

Y por eso después de un rato de andar vendiendo toda suerte de souvenirs de la Muerte, se dio cuenta de que necesitaba expandir su negocio, ser una visionaria, como dice la gente de dinero que sale en la televisión vestida con trajes sastre y joyas muy caras. Así, en aquel puestito donde apenas cabían sus carnes y sus menjurjes, comenzó ofreciendo limpias a un precio bastante razonable, que casi cualquiera podía pagar, y como había que peregrinar hasta el centro para hacerse un trabajito, a la gente le gustó tenerla disponible a tiro de piedra, por un servicio mucho más barato y que les dejaba el alma bien lisita por el rincón que uno se le asomara.

*

Es cierto: la mujer ya no recordaba verlo rondando por las tardes, esperando que cerrara el local, ahí parado nomás, sin hacer nada más que ver a la Santa vestida de blanco. Lo conocía de verlo paseando por ahí, acercándose a ver las estatuillas, de

decirle si no compra no venga a espantar a los clientes, pero el cabrón había desaparecido y aunque no era de aquellas que se asustan fácilmente, algo en su interior le había dicho que podía fiarse de un pelafustán como aquel. Porque, aunque a simple vista fuera un botudo entre muchos, había aprendido a vivir con su presencia jorobándola tarde tras tarde; a veces compraba algo, sí, pero más bien venía porque el olor del incienso lo hacía olvidar tanta podredumbre y tanta muerte que hay allá en la calle. También de repente le rezaba al altarcito de la Flaca que está en una esquina. Hace dieciséis años que la Damiana la dejó libre para seguir sus enseñanzas y ahí está, después de tanto: una vida dedicada a la devoción y a la esperanza, a los yerbajos y a las horribles mezclas avinagradas que nunca dejarán de provocarle náuseas.

Es cierto, también, que él ya le había echado el ojo desde hacía tiempo. En su movida la cosa estaba muy loca y en cualquier momento venían a quebrárselo, porque en estos bisnes donde se mueve el plomo, nadie es imprescindible. Bautizado bajo la fe católica, apostólica y romana, el muchacho no encontraba cómo sacarle plática a la rolliza mujer que se escondía detrás de un mostrador repleto de pura pendejada tétrica y olorosa. Había escuchado de la Flaca y le habían contado de su poder ante las causas perdidas, mucho más grande que el del dichoso San Juditas.

La mujer no entendía bien a bien qué se le ofrecía y tampoco se le ocurrió preguntarle. Dejó que el muchacho solito fuera abriéndose camino, porque si se le iba a dar la gana qué bueno, y si no, que se fuera mucho a la chingada, pero que no estuviera mosqueándole a los clientes. Eso le iba a decir un día, pensaba, cuando al fin terminara de sacarla de sus casillas. Pero no lo hizo y fue él quien vino hacia ella, ¿aquí también hacen trabajos de esos, oiga, de los más pesados?, le sentenció sobre la mesa y luego pensó que quizás había sido muy blando, nomás un puñetas diría algo así, entonces hizo lo que hombres como

él se espera que hagan. Se levantó la camisa y acarició la cacha de la pistola, nada más porque sí, porque podía, ¿para qué más iba a hacerlo? Pronto se dio cuenta de que eso a ella la tenía sin cuidado, depende de lo que ande buscando, reviró ella, con la mirada fija en la sonrisa del otro.

¿Qué iba a andar pensándolo? Se sacó la cartera y le dijo: hágame pues un amarre pa que a este cabrón se lo cojan pero bien duro. Dígale a la Flaca esa que le dé hasta por donde ya no aguante. La mujer lo miró con los ojos bien pelados, pero en este negocio el que manda, paga. Roció la fotografía del sujeto con sabe qué aceites, la sumergió en un líquido café y ahí la dejó, con una veladora que dejaba ver los huesitos de la patrona. Ahí ta, joven, dos mil pesos y vuelve ya cuando le haya cumplido el favorcito.

*

El primero al que tuvo que echarse fue al Jomi, un cholito de ojos caídos que llevaba rato de chapulín. Había escapado a la organización y con eso ya creía que podía construir su propio imperio y ser su propio jefe, puras mamadas que les enseñan ahora a los jóvenes y que creen tan fáciles como meterse un dulce a la boca. Total, que el cabrón le llevó la foto del Jomi y le pidió que se lo ofreciera a Flaca. Pagó por él una buena lana, porque no confiaba en hacerle un trabajo más pequeño que nada más lo sacara de la cancha. Dos meses bastaron para que el Jomi apareciera trozado en dos (o quién sabe en cuántos pedazos) encima de las vías del tren. Rebasado con un buen pasón de heroína, se había quedado dormido ahí encima. El tren no había alcanzado a detenerse porque el Jomi, que llevaba una camisa color terracota, se confundía de lejos con el paisaje desprolijo de la periferia.

Así que funcionaba. Y funcionaba como él lo había querido.

Por eso fue a verla unos días después, para agradecerle el

paro que le había hecho (un paro que, toda verdad sea dicha, le había costado seis mil grandes). A él le valía verga no seguir el método tradicional; finalmente, estaba protegiendo a su cuadrilla de no dejar un rastro de sangre. Los pendejos sicarios le importaban cuatro chingadas; lo que realmente quería era hacer el menor ruido posible, que no hubiera huella alguna de su paso por este negocio.

Así empezó un pacto con el que ambos salían muy bien parados. La mujer recibía una iguala mensual por sus servicios, por los que incluía una cantidad límite de muertitos y otra de chambitas, que casi siempre derivaban en enfermedades crónicas o en espíritus que, de tanto rondarlos, terminaban pirándolos de a tiro.

A la Blanquita, como le decían de cariño, le ofrendaban gallos, liebres, aves de rapiña; le prendían veladoras blancas y moradas; le dejaban mensajes de agradecimiento y la brasa del sahumerio se agotaba dejando impregnado su aroma por todos lados. Poco a poco comenzaban a caer las gentes, envenenadas por el vicio, muertos por situaciones inverosímiles, arrojados a la depresión o a la tirisia. Él supo que la mujer era buena en su trabajo: la había visto, año tras año, meterle enjundia a cada trabajo por igual y aunque no entendiera bien a bien si era la fe lo que terminaba por darles el último azote, o se trataba de un don que la mujer tenía, no podía negar que se había convertido en uno de sus soldados más valiosos.

Junto a los cadáveres y a los enfermos, llegaron también buenas noticias: la riqueza y el éxito para él; la oportunidad de salir de esa vida de mierda para ella, que ya no era una muchacha, pero tenía toda la vitalidad que necesitaba aún para salirse a los bailes y a las reuniones en las plazas. Se había convertido en una celebridad en su pequeña colonia, porque su pacto con la Santa era innegable: todo lo concedía, a todo le daba una solución, siempre y cuando el cliente estuviera dispuesto a entregarle algo a cambio y la verdad

de las cosas es que, ya encarrerado, a uno le vale siete chingadas lo que deba sacrificar para cumplir con sus propósitos: estamos cortados con la misma tijera, hechos con ese mismo ingrediente que nos avienta hacia la carroña.

No era ningún secreto que el imperio de la mujer había crecido hasta convertirse en una parada obligada para los creyentes de la Flaca: ella vino a calmar el ansia y a sacarnos del hoyo donde estábamos. Y a él le dio el poder que necesitaba, las manos limpias de sangre, la conciencia tranquila, un chingo de plata en el bolsillo. Pero el triunfo no es siempre de los que más tienen.

*

No sirve la sangre para limpiar con ella otro charco de sangre fresca: bien lo entendía pero ese día no quiso verlo, cuando el hombre le llegó con la fotografía en la mano y se la dejó plantada en la mesa, haga lo que tenga que hacer, le dijo y se marchó como si no supiera quién era el del retrato, como si incluso ignorara que ese de los ojos tristones y los labios hinchados era nada más que el Amado: un morrito precioso si es que se le quiere ver así, pero un hijo de la chingada que a sus dieciséis años estaba metido hasta las trancas en el vicio y nada más andaba cagando el palo ahí del lado de los contras.

Ella, que había sido su madre durante tanto tiempo, nomás no había sabido ver las cajas de zapatos retacadas de droga que había debajo de su cama y se había negado a preguntarse por qué todos los días llegaba a la madrugada y no se le volvía a ver durante días.

¿Quién chingados era ese jodido para cortarle así sus planes de vida que, al tiro, al tiro, eran casi todos por él? Amado, de todos los pinches morritos pendejos había sido *su Amado,* que tanto le había costado y por el que lo había arriesgado todo y ahora qué le quedaba más que verlo deshacerse ahí, achicharrada su

fotografía en una pila de leña verde o descarapelada por los tantos agujeros que se le harían en la carita y digo carita porque era todavía un niño: pendejo, sí, pero *su niño*.

Un trato es un trato, pensó la mujer, que tonta no era, y por eso, después de pensarlo un buen rato, colocó todos los ingredientes y preparó la mesa. No tuvo que preguntárselo dos veces: tomó los alfileres, encajó dos o tres en la cabeza de aquella fotografía todavía difusa y escribió en un trozo de papel algo así como *todo lo que hay aquí debe morir*, o quizás no era eso, pero la idea era la misma. Con el cuello hecho un nudo, atravesó de madrugada las calles hasta llegar al cementerio, donde echó el frasco en el que había puesto al futuro muertito, junto con un puñado de chiles secos y un círculo de sal que impedía la salida de los malos espíritus al mundo. Cansada, dolida por un trabajo que no habría querido hacer nunca, volvió a casa. Esa noche durmió a ras de suelo, repitiéndose una y otra vez que ahí abajo ningún espíritu iba a encontrarla para venir a jalarle las patas por lo que acababa de hacer.

La noticia tomó varios días en llegar hasta su puerta. En el fondo le gustaría haberse equivocado, haber errado las palabras del hechizo o meter la pata en la forma en que encajaba los alfileres. Pero no lo hizo, porque, ante todo, y por más que no quisiera, ella era una chingona en su negocio y su trabajo era impecable.

Por eso ese día le costó tanto prender la tele, que era su mueble de confianza, y ver el cuerpo ahí tumbado, al lado de una silverado negra, con la boca abierta como si todavía estuviera esperando gritarle a alguien; como si quisiera sacudirse y balbucear que él no era al que la muerte venía buscando. Que a él no le tocaba, que él estaba protegido por la Flaca y la mujer que lo cuidaba con sus limpias y sus pociones extrañas y sus círculos de sal. Le habría gritado, una y otra vez, que él no era su hombre, que esto tenía que ser un error de cálculo, yo no soy ese, carnalitos, se están equivocando: yo traigo a la muerte de mi lado.

La mujer se sentó a ver el noticiero de la mañana y ahí escuchó por primera vez su nombre: Arturo M, reportado muerto en una balacera en Puerto Perdido. Había ensayado ya la mueca de sorpresa y de horror que pondría frente a los demás al enterarse de la noticia y la repitió, segura de haber despistado a cualquiera que estuviera por ahí de chismoso.

En casa, Amado escuchó la noticia sin una nota de asombro. Su fotografía, la que había llegado con la instrucción de quebrárselo de inmediato, ahora relucía sobre la mesita de noche de la mujer. Aquel muchacho nunca entendería que, unas semanas atrás, a él también le correspondía un frasco, un amarre y diez impactos de una calibre 50 (dos de ellos, mortales). Que, en un acto casi de prestidigitación o de justicia divina o vaya usted a saber qué mierda, su madre había cambiado la condena de su hijo por la de un hombre normal, al que había visto día tras día los últimos diez años; Arturo M, se llamaba el hombre. Después de todo tenía un rostro y se parecía tanto al suyo y al nuestro, con la diferencia de que ahora, ahí tumbado junto a su camioneta, su boca no conocería más que el sabor amargo de su propia sangre.

Caldo de zopilote

JOSUÉ SÁNCHEZ

Zaira realizó el primer sacrificio poco antes del mediodía. El gallo amagado a sus pies la miraba con su ojo ámbar y aleteaba a ratos como si quisiera sacudirse el miedo. Ella acarició el plumaje por última vez y dejó que la memoria de su madre le atenazara músculos y huesos hasta guiarlos: asió las patas del animal y ahuecó el otro brazo formando un lecho donde dejó que su cuerpo reposara como un bebé. Fue al lavadero del patio y lo sostuvo a la altura de su cara. Formó un anillo alrededor del cogote con el índice y el pulgar. Cerró los ojos, apretó la mandíbula y separó cuello y patas de un tirón.

Esperó a que la cabeza pendiera, pero no fue así: el gallo batió las alas una vez más revolviendo el aire caliente contra su rostro.

Volvió a sentir la fuerza de su madre y esta vez el recuerdo le cimbró una parte dentro de la cabeza de donde manaba algo parecido a la lástima: tomó nuevamente cogote y patas y los jaló con la fuerza suficiente para sacarles un tañido sordo, como de ramas húmedas quebrándose al interior del animal.

Tendió el cadáver en el lavadero y mientras lo miraba se dio cuenta de que no había sentido lástima por el gallo, sino por ella, que aún tenía la esperanza de que todo lo que hiciera serviría para curar a Saúl, su hermano menor.

Quién sabe cuánto tiempo pasó así. Cuando se dio cuenta Cuco no paraba de pedirle comida a ladridos.

Esa noche le contó a Luisa, su tía, las condiciones que le había puesto la anciana: debes de matar un animal para que mis hijos y yo podamos comer. ¿Cualquiera?, preguntó Zaira. La anciana se limitó a asentir con la cabeza, la muchacha volvió a Yanga y compró el primer gallo que encontró en el mercado.

—Tengo que llevárselo en la mañana.

La tía dijo que aquello era normal, la vieja siempre pedía ese tipo de cosas.

—Cuando le pregunté qué necesitábamos para curar a tu mamá contestó lo mismo: un animal que puedas matar tú. Todavía no sé por qué tu papá no lo intentó.

Zaira no sabía qué responder a aquello. No estaba segura de que su padre fuera ese tipo de hombre que siempre le pintaba su tía. Al contrario, trataba de imaginar qué tanta fe le tenía a los médicos como para no probar cualquier otra cosa.

Luisa se despidió. Prometió que volvería temprano. Zaira le agradeció que cuidara a Saúl y fue a ver cómo estaba. Tenía fiebre y los ojos no dejaban de moverse tras sus párpados. Lo que fuera que soñara, se dijo la muchacha, seguro debía ser algo parecido a lo que soñó mamá días antes de morir. Se dejó caer en una silla y volvió a pensar en que ella tenía la culpa de que su hermano estuviera así.

Hacía cuatro años, Zaira deseó durante el funeral de su madre que Saúl hubiera ocupado su lugar en el ataúd. Horas antes su padre le había dicho que no volvería a la escuela, ahora tendría que cuidar a su hermano hasta que él tuviera la edad suficiente para ver por sí mismo. Esa noche, Zaira tomó un espejo y repitió su deseo tres veces en voz alta mientras se miraba; una amiga de la secundaria le había dicho que eso funcionaba para invocar algo o alguien que la podía ayudar. Al cabo de un rato, se dio cuenta de que no sucedía nada y se fue a dormir. Pero durante la madrugada, todavía con la gente velando el cuerpo de su madre en la sala de la casa, Saúl despertó a su hermana diciéndole que tenía frío y sed. Ella le sirvió un vaso de agua. Cuando volvió a acostarse le hizo gracia imaginar que su conjuro había hecho efecto y que no tardaría mucho en recuperar su libertad.

Ahora, con Saúl tendido en la cama, Zaira era consciente de que solo ella podía solucionar lo que provocó.

Su hermano despertó tosiendo. La muchacha preguntó si estaba bien y él apenas gruñó su respuesta. Ella se sentó al pie

de la cama, Cuco se asomó a la entrada del cuarto y le hizo una seña para que trepara al colchón.

—Me duele la cabeza. —Era lo más débil que había escuchado a Saúl en días. Ella le pidió que lo esperara, salió de la habitación y volvió con un paño húmedo. Mientras lo colocaba sobre la frente de su hermano, este siguió:

—Tengo lo mismo que mamá, ¿verdad?

Zaira guardó silencio. Se acostó a su lado y lo abrazó.

La muchacha se quedó un rato en la camioneta observando la casa de la anciana. Era un galpón de mampostería con techo de palma seca y no importaba la hora en que la visitara, le parecía que el lugar estaba siempre envuelto en una especie de luz negra.

Atravesó el patio de tierra y antes de tocar la puerta la anciana abrió. Con sus ojos velados volvió a indicarle que pasara.

Tomaron asiento en la mesa vasta del centro y Zaira ofreció la bolsa que contenía el cadáver. La anciana sacó al gallo por el pescuezo y con la otra mano le sujetó el buche para comprobar que aún conservara las vísceras. Enfiló hacia el fondo de la habitación, abrió una portilla que daba al solar trasero y ahí arrojó al gallo. Su golpe contra la tierra elevó una polvareda; aún no se disipaba cuando un par de zopilotes descendieron y ensañaron sus picos contra el cadáver.

La anciana cerró la portilla y volvió a la mesa. Trae la sangre fría, dijo. Zaira intentó explicar que las instrucciones de la anciana habían sido esas: vuelve mañana. No era su culpa que el animal estuviera frío. Puedo traer otro animal, remató. La anciana apenas contuvo la risa y preguntó si de verdad quería que Saúl se curara. Zaira nunca le había dicho el nombre de su hermano, pero ahora no estaba para darle vueltas a eso. Repitió que podía llevarle lo que quisiera. La anciana guardó silencio; el ruido que hacían los zopilotes al comer se coló al interior del galpón. Enseguida explicó que podría conseguirle doce ratas, gallos

o bueyes esa misma tarde, pero todos iban a tener la sangre fría. Mejor tráeme solo uno. Pero uno que sí quieras. Zaira dejó que las palabras de la anciana pendieran en el aire. Quería volver a reclamarle que nunca había dicho eso la tarde anterior, aunque la serenidad que envolvía a la mujer le pareció una advertencia o una amenaza o ambas. Además, si quería la cura, lo de menos era seguir las reglas para obtenerla. Prefería cualquier cosa a ir por la vida con la muerte de su hermano a cuestas.

—Tráeme a tu perro. —Por primera vez, Zaira percibió el olor a hojas podridas que despedía la boca de la anciana—. Hoy.

La muchacha no quería creer aquella orden. Incluso pensó que se trataba de una prueba, algo que la mujer le pedía solo para ver hasta dónde era capaz de llegar. Por eso Zaira asintió sin saber realmente a lo que estaba accediendo y esperó a que la anciana dijera algo más. Pero la mujer se mantuvo seria, los ojos velados y fijos en la muchacha, como si pudiera contemplar el cúmulo de ira que iba reptándole desde el estómago hasta casi derramársele por la boca.

Al final, Zaira enfiló hacia la salida al tiempo que se clavaba las uñas en un brazo para no llorar.

Mientras iba por la autopista se hizo a la idea de que la anciana estaba loca. Pedirle a su perro. Al día siguiente le pondría una condición más. Y después otra y otra y otra. Nunca le daría el remedio. Quizá su padre estaba enterado del asunto y por eso nunca acudió a aquella mujer. Aceleró y el reflejo del sol en el asfalto la hizo parpadear.

Luisa salió a recibirla apenas había escuchado el motor de la camioneta. Zaira se apeó y la expresión de su tía la hizo correr hacia el cuarto de su hermano. Saúl seguía tendido en la cama con los ojos cerrados. En esta ocasión no soñaba. Las encías hinchadas casi le cubrían los dientes.

Su tía entró a la habitación y le dijo que ya había alistado una mochila para el hospital.

—Tu papá llamó después de que te fuiste. Llega hoy.

Zaira no pareció escuchar. Se quedó contemplando a su hermano y pensó en su madre, en lo poco que había hecho por ella. De pronto un olor a hojas podridas le volvió a llenar la nariz e intuyó que, matara o no a su perro, ese olor estaría en su vida durante los años que le quedaran por vivir.

Su tía la llamó por su nombre dos veces hasta que reaccionó. Zaira le dio las llaves de la camioneta y le pidió que llevara a Saúl a su casa. Ella la volvería a buscar. Luisa obedeció: había sentido en la voz de su sobrina la misma determinación con la que su hermana le anunció que iba a morir.

La muchacha salió al patio trasero y Cuco brincó para recibirla. Era un mestizo color hueso, cruza entre labrador y otra raza de la que nunca estuvo seguro el veterinario cuando lo llevaron a vacunar por primera vez. También les había advertido a ella y a su hermano que el perro podría alcanzar los 40 kilos, pero ahora, mientras removía con su patita el plato vacío de comida, Zaira deseó que al menos pesara la mitad con tal de que se pudiera defender.

Cuco golpeó el plato de metal una vez más. La muchacha fue por las croquetas y desbordó el recipiente cuando le sirvió.

Dejó al perro comiendo, entró a la cocina y revolvió una cajonera de plástico. Los cebolleros y tenedores eran demasiado pequeños. La luz que entraba por la ventana restañó sobre un juego de cuchillos encima del lavabo. Zaira contempló su cara en el cromo de las hojas largas y gruesas. Alargó una mano hacia los cuchillos y una sensación parecida al asco le enjutó la piel.

Cuco asomó la cabeza a la entrada de la cocina. Olisqueó a Zaira y ella lo alejó de un manotazo. El perro salió corriendo y el crujido de las croquetas regresó.

La muchacha se recargó contra la pared y se empujó las sienes hasta sentir el dolor cerca de los ojos. Enfiló hacia el garaje y tomó el bate que usaba para comprobar el nivel de aire en las llantas de la camioneta.

Cuco seguía comiendo en una esquina del patio trasero, dándole la espalda. Zaira dio un paso y otro más.

Respiró hondo y el aire le estrió las entrañas. Cerró los ojos. Blandió el bate.

El primer golpe alcanzó la cabeza y un aullido caló las costillas de Zaira. Apretó aún más los párpados como si así empozara la oscuridad, blandió el bate otra vez y el pequeño trozo de algo duro cedió. Las croquetas rodaron por el suelo. Un gemido tenue llenó el patio. La muchacha sintió las lágrimas calentándole la cara y percibió el temblor de Cuco: era como si los huesos del perro vibraran en el aire y lo cargaran de un olor imposible de inhalar.

Escuchó el jadeo. Sintió el olor de la sangre. Percibió cómo una pata raspaba el adoquín.

Zaira sabía que el perro, como ella y su hermano, había cargado en su lomo los años que llevaba muerta su mamá, y ahora, algo de ese tiempo o peso, una fracción minúscula e inmensa a la vez, lo cargaría ella, sola, con lo que acababa de hacer.

Abrió los ojos: Cuco la estaba mirando. Sus patas aún temblaban, pero no porque quisiera huir.

Regresó de Mataclara con las mismas instrucciones: vuelve mañana temprano. Era la tercera vez que veía en su vida a la anciana, pero le daba la impresión de que nunca salía de casa: lo más expuesta a la luz que la había contemplado fueron las veces que la recibió a la entrada. Si alguien le pidiera una descripción de las facciones de la mujer, no podría recordar más de lo que le permitía la penumbra. Quizá por eso, ese día, cuando la anciana recibió el cadáver de Cuco con una sonrisa burlona, la luz que se colaba por los resquicios de la ventana daba la impresión de carcomerle la cara.

Zaira pasó a casa de su tía cuando ya había caído la noche y enfiló hacia el cuarto donde descansaba su hermano. No había mejorado, pero podía hablar y preguntó por Cuco. La muchacha

apenas logró disimular el temblor de su voz. Le explicó a Saúl que estaban en casa de su tía. No me lo traje porque estaba inquieto. ¿Qué le pasó? Nada, tal vez está así porque sabe que viene papá. Su hermano asintió y cerró los ojos.

Luisa entró a la habitación con un vaso de agua y su sobrina le preguntó por qué aún no llegaba su padre.

—Dicen que la carretera de Tabasco está tomada, hija. —A Zaira le pareció mejor. No quería dar más explicaciones de lo que estaba haciendo. —¿La mujer te ayudó?

La muchacha se quedó callada. Luisa entendió y le dio agua a su sobrino.

Su tía les pidió que se quedaran aquella noche. Zaira aceptó, no quería dormir sin la seguridad de que cerca de ella y su hermano había alguien más.

Al día siguiente estacionó la camioneta frente a la casa de la anciana. Faltaba poco para que amaneciera, pero en los alrededores no cantaban los gallos ni se escuchaba el ruido de otro animal. Atravesó el patio de tierra y tocó la puerta varias veces hasta que cedió.

Se asomó al interior. La portilla del fondo permanecía entreabierta: en el solar un zopilote metía y sacaba el pico de un pequeño costillar que sostenía con las patas. Zaira apartó la vista. Con los ojos en el suelo distinguió los ruidos de cartílago y vísceras separándose en la penumbra. Las náuseas aumentaron cuando captó el olor a humo y guiso inundando el galerón.

Unos pasos revolvieron la tierra. La anciana atravesó la portilla y la cerró. En una mano llevaba una botella de plástico y en la otra una cacerola. Se detuvo un momento como si pudiera reconocer la respiración de la muchacha. La saludó con un "buenos días" y alcanzó la mesa del centro.

—Le das una medida diaria. —Rodó la botella hacia Zaira.

La luz del amanecer se filtró por los bordes de las ventanas: iluminó la botella y la muchacha comprobó que el caldo de zopilote

era del mismo rojo sucio que cubría los caparazones de los gorgojos; por segundos, la luz también reveló los pequeños tumores en la mejilla de la anciana. Esta, quién sabe cómo, descifró la mirada de Zaira y le aseguró que su hermano estaría bien. Enseguida añadió: "Yo sigo aquí" y descorrió su vestido encima del hombro para mostrar las protuberancias viejas que bajaban hacia su pecho.

Zaira se preguntó cuántos tumores más tendría la anciana por el resto del cuerpo. Dio las gracias, enfiló hacia la salida y la voz de la mujer pareció retacar el galpón:

—El mes que viene nos traes un animal más grande.

La muchacha se volvió con la intención de insultar a la anciana, dejarle claro que hacía todo esto por su hermano y no por darle gusto a ella. Pero la mujer ya le había dado la espalda mientras enfilaba hacia el solar. Iba comiendo una pieza de algo que había sacado de la cacerola de metal.

Bajó de la camioneta con la botella y entró a la casa de su tía. Esta permanecía sentada a la mesa de la cocina, con ambas manos sujetaba un pocillo medio lleno de té. Zaira le preguntó si estaba bien. Su tía no contestó. Antes de repetirle la pregunta se dio cuenta de que había estado llorando y enseguida imaginó que su padre acababa de llegar.

Llegó hasta el cuarto donde descansaba Saúl y su padre le atajó la entrada. Bebía café en una taza, sus ojos parecían más pequeños enmarcados por las ojeras y su ropa olía a sudor. Quién sabe cuántas horas había manejado el tráiler sin dormir.

—Alístalo. Nos vamos al Puerto —Bernardo avanzó hacia la salida de la casa y se detuvo al ver que su hija no lo seguía.

Su padre le ordenó que le entregara las llaves de la camioneta. Ella lo ignoró y antes de que pudiera entrar en el cuarto de Saúl, su padre volvió a pedirle las llaves alzando la voz. Zaira se volvió y con una autoridad y volumen que iban creciendo no paraba con que, en el hospital no les interesa mi hermano,

lo van a arrumbar en el último piso y nos van a volver a decir cosas sobre la calidad de vida, nuestra decisión y el tiempo con la familia, hasta que nos corran para traerlo otra vez aquí, todavía más enfermo. Bernardo chasqueó la lengua, la sujetó por el antebrazo y ella se zafó de un jalón. Entonces Zaira sacó el tema de su madre entre gritos, como tantas otras veces, sin saber muy bien por dónde empezar. Enumeró rencores, lo estúpido de cada decisión. Al final, volvió a rematar a su padre con un "nunca quisiste hacer más".

Las últimas palabras le hincharon a Bernardo las venas del cuello y arrojó su taza contra la pared: los pedazos astillaron el aire y Zaira alcanzó a cubrirse la cara. En ese momento él reconoció lo que su hija traía en la botella.

—¡Le dije a tu tía que esa vieja era una charlatana —gritaba él—, le dije y ahí van! Pide y pide animales. Al rato ya no vas a saber qué hacer. Si por mi fuera, le hubiera llevado más, pero no pude, ¿de dónde sacas tantos gatos, perros, niños?

Zaira guardó silencio mientras decidía si su padre estaba diciendo la verdad.

—Tu tía sabe que tengo razón. —Añadió Bernardo y enfiló hacia la salida de la casa. Luisa observaba la escena recargada en un sillón. La muchacha le sostuvo la mirada, pero su tía agachó la cabeza y volvió a la cocina.

Zaira tuvo la idea de salir tras su padre, pedirle explicaciones, detalles sobre lo que había hecho, pero Saúl era más importante. Entró al cuarto y levantó su cabeza con un par de almohadas. Tomó el vaso del buró, sirvió el caldo y se lo dio. Apagó la luz y se sentó en una silla al lado de la cama. Al cabo de un rato, oyó cómo la respiración de su hermano se acompasaba con la suya. Le tocó la frente y comprobó que la fiebre iba cediendo por primera vez en semanas.

A eso de la medianoche, oyó al otro lado de la puerta una escoba reuniendo los pedazos de la taza. Pensó en su tía, en cómo

había evitado mirarla hacía unas horas. También pensó en su padre, en todo lo que quizá ella no supiera de él.

Tomó la botella con el caldo y lo contempló en la penumbra de la habitación. Era cierto, duraría un mes, pero ella, desde ese momento, ya sabía lo que iba a hacer. No necesitaba la ayuda de nadie más. Si era necesario, se largaría de ese pueblo con su hermano. Estaba sola. Y lo que fuera que la anciana le pidiera, bestia o humano, ella lo podía conseguir. Bastaría con pedirlo tres veces, en voz alta.

Muros transparentes

KRSNA SÁNCHEZ NEVÁREZ

Yeremiah despertó bocarriba. Lo primero que vio a través del policarbonato fue a la pareja del piso superior teniendo sexo. Disfrutaban haciéndolo de pie a un costado de su cama, como solían practicar cada dos o tres días. A Yeremiah le resultó hipnótica la oscilación sincronizada de los senos y los testículos. Apartó la mirada del techo y se incorporó de inmediato. Su premura se debió a la hora que era, no por causa del pudor.

Tendió la cama, se quitó la piyama y la guardó en una cajonera. A través del suelo cristalino divisaba la abismal sucesión de los dormitorios inferiores, donde los demás habitantes realizaban las mismas acciones que él. Los departamentos guardaban una sucesión vertical en estricta disposición simétrica. Quizás ese acomodo contribuía a que la rutina de los ocupantes coincidiera puntualmente.

Yeremiah entró en el baño, sacó del botiquín un frasco de diazepam y tragó un puñado de pastillas sin contarlas. Se cepilló los dientes y tomó una ducha. Al meterse bajo el chorro de la regadera, saludó con un ligero ademán a su vecino, el señor Marfán, sentado en el retrete al otro lado del muro traslucido. Yeremiah le permitió continuar con sus asuntos sin distracciones y se enjabonó rápido el rostro.

La cortesía y la discreción eran dos cualidades indispensables cuando se habitaba en el centésimo piso de un rascacielos donde incluso las cañerías eran transparentes. Con algo de imaginación, el lugar se asemejaba a un castillo de hielo. Pero el encanto se desvanecía muy pronto dentro de esa carcasa hermética.

Yeremiah, envuelto en una bata de baño, cruzó su departamento. En la cocina, encendió el procesador de café y abrió un empaque de galletas verdes. Mientras comía ruidosamente, hojeaba un catálogo de aves extintas. Advirtió la ausencia de su vecina Lucila. Ella acostumbraba cocinar una olla de avena para desayunar los domingos. Yeremiah echó un vistazo por la diáfana barrera sin encontrarla por ningún lado.

Lucila era la única que le simpatizaba de sus vecinos. Ambos se encontraban solteros. Jamás habían mantenido una conversación más allá de un escueto saludo en los corredores del edificio, como designaban los códigos de convivencia vecinal. Pero Yeremiah disfrutaba beber su café dominical con la sobria compañía de Lucila del otro lado. Suspiró en su soledad y continuó con el desayuno echándola de menos.

Más allá de su edificio, Yeremiah apreciaba solo la espesa bruma que dominaba el paisaje citadino. Ni siquiera diferenciaba los rascacielos de enfrente, engullidos por un perpetuo crepúsculo de smog turbio y grisáceo. La megalópolis se encontraba sumergida en un denso manto de contaminación atmosférica que reducía al cuarenta por ciento la luz solar.

Yeremiah terminaba de beber la segunda taza de café cuando Lucila apareció con varios paquetes y rollos bajo el brazo. Fingió que no le prestaba atención. Llenó de nuevo su taza y siguió pasando las hojas del catálogo. Apreció de reojo que ella desempacaba cosas y alistaba un bricolaje.

Lucila sumergió una brocha en una lata de pegamento y embadurnó el reverso de los pliegos que había desenrollado. Subió a una escalerilla para adherir la tira de papel en el centro del muro. El largo rectángulo mostraba un diseño de flores con tonalidades apasteladas. Yeremiah observó despreocupado cómo ella fue añadiendo más tiras a la franja floreada que se extendió lo suficiente para ocultar la mitad de su figura. Entonces la verdad lo golpeó por sorpresa. ¡Lucila se proponía empapelar la otra cara del muro!

Se levantó sobresaltado y fue a prisa a llamar al departamento contiguo. Vio a través de la puerta cómo Lucila dudaba en abrirle hasta que su insistencia la hizo desistir.

— Buenos días, Lucila. Disculpa la intromisión. Yo estaba bebiendo café y...

—Y leyendo un catálogo de aves. Lo sé, te vi.

—Yo... vine a recordarte que el contrato de condóminos nos

prohíbe colocar cuadros o estampas que obstruyan los muros.

— ¡A la mierda el contrato! Estoy en mi casa y puedo hacer lo que se me antoje.

— ¿No te importa oscurecer la mitad de mi departamento?

—Encuentra una manera de leer ese catálogo a oscuras, querido vecino— dijo al dar un portazo con la lámina acrílica de forma irrebatible.

Yeremiah regresó a su departamento. Entró en el baño y tragó un nuevo puñado de pastillas. Fue a sentarse a la sala. Levantó la vista para observar el fondo de los muebles en la planta superior. El estrecho panorama lo conformaban motas de polvo, pelusas entreveradas y cadáveres de insectos. A los vecinos no les interesaba la existencia del tenebroso microcosmos en la base de su mobiliario. Cualquier otro les habría exigido que mantuvieran limpios aquellos recovecos, pero a Yeremiah le agradaba ese sucio panorama que ayudaba a calmarlo de alguna forma extraña. Inhaló profundo, acompasando el ritmo de su respiración con el suave rumor del surtidor de aire.

Estudió cómo progresaba el empapelado desde su asiento. Una cuarta parte del muro había sido cubierta por las fatales florecillas. Lucila no mostraba señales de cansancio. Yeremiah creyó notar un frenesí enfermizo en la manera que colocaba los parches de papel. "¡A la mierda el contrato de condóminos!" Para Yeremiah esas palabras evidenciaban que era víctima de una aguda histeria. Él jamás hubiera esperado que ella tuviera un arranque de esa naturaleza.

—¡¿Qué te pasó, Lucila?!— se atrevió a gritarle sabiendo que los muros eran a prueba de ruido.

Cuando solo faltaba un corto tramo para que el empapelado concluyera, Yeremiah se aproximó con discreción al muro. Lucila se asomó por el espacio libre y le dedicó una breve mirada con sus ojos aperlados. Sin mostrar clemencia, pegó el último pedazo de papel. Y el departamento de Yeremiah quedó cubierto por sombras. Para él fue como una afrenta personal.

Por primera vez en veinte años, se enfrentó a un muro que rechazaba su mirada. Le pareció una cosa abominable. A partir de ese punto, Lucila se convertiría en una incógnita punzante. ¿A qué iba dedicarse ahora? Él no tuvo las agallas para imaginar las actos abominables que cometería más allá de tal barrera visual.

Resolvió que su obligación moral era seguir en contra de la rebelión empapeladora de Lucila. Ella no tenía derecho a imponerle ese repentino capricho de privacidad. Podía alegar en el tribunal civil que lo orillaba a incrementar su consumo de alumbrado eléctrico. Dicha conducta se catalogaba como un crimen ecológico. Eso provocaría una intervención de la autoridad. Se regodeó imaginando que la policía obligaba a Lucila a retirar el tapizado. Pero, para llegar a eso, antes tenía que organizarse con los demás vecinos para ejercer mayor presión jurídica.

Mientras ideaba una reunión vecinal, el señor Marfán apareció cruzando el pasillo con unas extrañas estructuras de tela y metal. Yeremiah salió a abordarlo sin demora.

—Buenas tardes, señor Marfán.

—Te ves preocupado, muchacho.

—Se trata de Lucila. Ella empapeló una pared.

—Ya lo había visto.

— El contrato de condóminos nos prohíbe pegar cualquier cosa en los muros.

—¡Es cierto!

— Tenemos que hacer algo al respecto.

—Yo pensé lo mismo, muchacho.

—Las reglas ya no significan nada para esa mujer.

—Teniendo en cuenta las reglas, yo fui a comprar biombos.

— ¿Qué?

—Biombos, míralos. Las tiendas del tercer sótano empezaron a venderlos hoy. Si quieres puedo decirte cuáles, pero tienes que...

Yeremiah se escurrió de regreso a su departamento mientras el señor Marfán continuaba hablando.

Fue al baño y vació el frasco de diazepam. Notó que seguía con la bata puesta. No le dio importancia a ese descuido. Divisó que en el exterior soplaba un viento vespertino que arremolinaba el smog, creando la impresión de que el rascacielos estaba sumergido en un océano espumoso. Yeremiah fantaseó con que se encontraba en un iceberg navegando por las aguas polares. El señor Marfán se interpuso en la imagen desdoblando un biombo frente al muro.

Abatido, Yeremiah alzó la mirada y encontró la visión de una vieja alfombra extendida por encima de su cabeza. La idea de cubrir las superficies se había propagado con una virulencia sobrecogedora. Se tiró de rodillas para asomarse a las plantas inferiores. A lo largo del edificio, los habitantes iban de aquí a allá dedicados a cubrir las muros de sus departamento. Colocaban cortinas improvisadas, pegaban hojas de periódico con cinta adhesiva, apilaban los muebles para formar parapetos o se valían de cualquier método que funcionara para velar los muros. Yeremiah quería seguir contemplando toda aquella decadencia, pero fue interrumpido por el vecino que encasquetó un trozo de lámina oxidada en su techo.

Yeremiah entendió que era el único que conservaba la cordura. Si aquello continuaba así, la histeria se contagiaría a los edificios cercanos y eventualmente al resto de la urbe. El caso de Lucila había sido el foco de una epidemia.

En apenas unas horas, el departamento de Yeremiah terminó sumido en una profunda oscuridad. Parado ahí experimentó una mezcla de aislamiento y soledad, igual que un prisionero confinado en un remoto calabozo. Habría caído en la desesperación de no ser por los elevados niveles de diazepam en sus venas. Se despojó de la bata de baño. Tomó el catálogo de aves y lo deshojó lentamente. Arrugó las páginas y las arrojó hechas bolas contra la pared.

Sacó del armario un bote de pintura y una vieja brocha. Calculó que si trabajaba el resto del día y de la noche acabaría de pintar los muros antes del amanecer.

Disparo

FERNANDO YACAMÁN

"El dios cayó del cielo una y otra vez y cuando se rompió las rodillas indicó al pueblo la altura precisa en la que debían construir su templo."
Creencia popular sobre el dios roto en San Miguel de la Costa.

Desnudo sobre el colchón me pierdo al no encontrar tu calor ni tu esencia a malva, Aurora, solo quedó mi olor a semen y a sudor. Los rayos del amanecer atraviesan la ventana e iluminan la silla de madera donde está la pistola con la que hoy te mataré, Aurora, también se encuentra el único saco que tengo, la corbata horrible que me regalaste, la camisa negra que usaré aunque el sol chamusque y la botella de mezcal que me tomaré, porque me chingaré las botellas necesarias para olvidar la tarde en que afuera del templo del dios roto, Porfirio (que desde escuincle fue mi mejor amigo y un culero) me confesó que tú, Aurora, te casarías con el extranjero que llegó hace unos meses. Aquí, en San Miguel de la Costa le apodan, el Muégano, porque en vez de nariz tiene un muégano.

Yo sé que a Porfirio le andaba por contarme lo de tu chingadera, Aurora, porque como buen culero que es, le hacen feliz las desgracias ajenas. Me lo encontré saliendo del templo, como de costumbre llevaba el bigote tupido, la camisa desabrochada; el sol brillaba en su piel y en el arete dorado que cuelga de su oreja izquierda.

—¿Sabes que Aurora se casará con el Muégano? —Arqueó las cejas de azotador. Pensé que era otra de sus pendejadas, porque él es de los que habla más con pendejadas.

—Su boda será aquí, en el templo del dios roto, dentro de un mes.

Conozco a ese cabrón y en su mirada descubrí la verdad.

La sangre golpeó mi pecho como el aguardiente cuando uno se extravía en la noche. Las nubes se metieron a mis ojos, eso sentí y me desplomé de rodillas.

"Sólo en San Miguel de la Costa existe un dios roto que se encuentra hasta debajo de las piedras". Eso creía como todos los hombres del pueblo hasta que me contaron tu chingadera, Aurora, y al rezar de rodillas, ahí afuera del templo, escapó humo por mi boca.

El amanecer ilumina la pistola como un sol diminuto y sabes, Aurora, que no soy de los hombres que arreglan los problemas a balazos. Solo disparé la vez que una serpiente dorada salió del mar y como un relámpago se arrastró hacía nosotros; abrió su hocico en el que podían caber mis pesadillas... También disparé la madrugada que Porfirio y yo nos pusimos hasta la madre. Él me amenazó porque no quería que lo dejara en la fiesta para irme contigo... Volví a disparar aquella noche que nos acabamos la botella de mezcal, y tú, Aurora, me dijiste que el baile del dios roto te aburría, porque la gente chupaba para acabar estúpida y además preferías la cumbia y no las rancheras. Me llevaste al mar que en mi borrachera me pareció la lengua de un toro.

Tu costumbre era decirme secretos al oído y te acercaste.

—Dispara hacia el mar.

Sentí tu mano en mi pecho y yo apunté al horizonte.

—¿Qué sentido tiene una bala perdida?—Deslizaste tu mano por mi vientre hasta llegar a mi verga.

—Dispara.

El sonido de la bala me ensordeció.

La noche y el mar fueron la misma marea.

Los cohetes del dios roto iluminaron la noche y regresaste al baile; enterré mis pies en la arena y sé que no fue por el aguardiente, pero sentí que al disparar algo entre nosotros se acabó. No habrá otro hombre que recuerde tus palabras como yo; yo hago de tu nombre un conjuro, ¿quién se duerme llevándote en el pensamiento? Pinche Aurora.

¿Qué le habrás visto al Muégano además de la nariz picada?

Me obsesioné con encontrar una respuesta y la obtuve entre meados, alcohol y música; en la Alegría.

Porfirio bebía conmigo y me decía no sé qué chisme, hasta que entró el Muégano acompañado por una morena que tenía el rostro como de cartón.

—¿Aurora qué le habrá visto a ese güey? Es feo como la chingada, más feo que tú, Porfirio.

—La verga, dicen que la nariz del Muégano es proporcional al ancho de su verga.

Porfirio desde hace más de veinte años me tenía hasta la madre, pero me seguía juntando con él porque los pendejos me reconfortan.

—¿Y por una verga puedes mandar a la chingada un amor curado en años?

Pedí otra caguama, no sé por qué esa noche preferí cerveza. Porfirio prendió el cigarro al revés. El Muégano bebía mezcal como teporocho, la mujer cara de cartón se le acercó para decirle algo al oído y pensé que en cualquier momento lo besaría; quería que lo hiciera.

—Obvio cabrón, la verga es la verga y por el pedazo de medio chile del Muégano cualquiera se abre.

Y como Porfirio es medio maricón, entonces, le creí. El Muégano se levantó de su asiento. Yo tomé mi caguama y lo seguí. En la rockola sonó no volveré, te lo juro por dios que me mira. El baño estaba vacío. Entre machos se orina a cierta distancia, si hay mingitorios se deja uno vacío, en tugurios como la Alegría, donde sólo hay una tarja a punto de caerse, también se respeta el espacio, pero esa vez no lo hice. Orinaríamos frente a esa pared con rayones de puchas y pitos y sueños cachondos. El Muégano se sacó la verga; era una bala con escamas. Yo también me la saqué. Su meada salió en un chorro espeso. Una cucaracha blanca se atravesó y la oriné sosteniendo la caguama con una mano. La bala del Muégano se erguía aun meando, sus escamas se hincharon y cuando la tenía bien parada me miró a los ojos. No logré ahogar a la cucaracha. Y cuando acabé de orinar le quebré una caguama en la cabeza.

La serpiente dorada como un relámpago salió del mar para meterse en mis sueños, se arrastró entre mis piernas, se deslizó sobre mi sexo herido por sus escamas, reptó hasta mi cuello y desplegó su hocico. Sus colmillos erosionaron mi piel y en mi oído escuché tu voz, Aurora, dijiste que me querías y desperté cuando se me acabó el aire.

El amanecer ilumina la pistola como un sol diminuto sobre esa silla donde tú, Aurora, te arreglabas para la noche; en esa silla te encontré la madrugada que preguntaste si sentía la brisa del mar, yo había soñado contigo y en ese instante no entendí si ya había despertado; en esa silla abriste las piernas para que devorara tu universo. Ahora, en esa silla quedó tu fantasma, porque sólo aquí, en San Miguel de la Costa, existen fantasmas de los que no han muerto (Aurora, tu fantasma se queda en el filo de la cama, aparece en mis sueños para decirme que me quieres, es la arena que enciende mis pies, el atardecer en las miradas de los novios que se han dejado, es la sombra de una serpiente que me sigue); pero las balas, estas balas curadas en tabaco, aguardiente y sueños rotos; acabarán contigo, Aurora.

¿Piensas en mí? ¿En la última vez que cogimos? Detrás del templo, tú con el rostro hacia la noche, señalaste el cielo y juraste que viste los ojos del dios roto, dos huracanes que se aproximaban a la tierra.

Desnudo sobre el colchón me pierdo al no encontrar tu calor, ni tu esencia a malva, Aurora; sólo percibo mi olor a semen y a sudor. El sol llegó a su punto más alto y los rayos atraviesan la ventana e iluminan la silla de madera donde está la pistola con la que hoy te mataré. Las primeras campanadas anuncian tu boda; resuenan en San Miguel de la Costa, en el quiosco, en las calles, en estas paredes.

Me levanto.

La camisa apesta a humedad. Sin ti, Aurora, no regresaré a esta casa ¿En qué momento dejaron de quedarme los pantalones?

No volveré a esta casa. No dejan de sonar las campanadas. Una cucaracha blanca atraviesa el cuello del saco.

Sentado en esta silla apunto hacia el horizonte y es imposible, Aurora, no odiar la noche que la serpiente salió del mar para alimentarse de mis sueños, y recordar cuando a mi oído mencionaste que disparara hacia la noche, ¿qué sentido tiene una bala perdida? Siento tus manos fantasmas en mi pecho, tu aliento es el aire que sopla hacia el norte; quédate aquí. Nuestra historia son las aves que se clavan en el mar y desaparecen. Las segundas campanadas del dios roto suenan en San Miguel de la Costa. El sol sigue en su punto más alto y su luz nos envuelve.

Mi dedo en el gatillo.

Disparo.

Camino rumbo a tu boda con la pistola en la mano, la arena quema los pies y en el mar flota la silla de madera, detrás de ella navegan los barcos que no anclarán en esta tierra.

"En San Miguel de la Costa existe un dios roto que se encuentra hasta en las sombras de las nubes." Eso yo también creía, como todos los hombres del pueblo hasta que tu ausencia devoró el cielo.

Camino rumbo a tu boda con la pistola en la mano, los pies arden, la silla de madera se hunde y los barcos desaparecen en el horizonte.

La tercera campanada suena en San Miguel.

Abro las puertas del templo. La humedad de los años ha roído la pintura del dios roto. A pesar del mediodía las sombras inundan las paredes. No me sorprenden los contados invitados que asistieron a tu boda, en San Miguel de la Costa no te quieren, están de espaldas y reconozco a Porfirio porque desde hace años, en las fiestas viste el mismo traje dorado. Al fondo te encuentras tú, Aurora, con una corona de flores y un vestido que te hace ver como una sirena; antes decías que el blanco era el color de los hipócritas. A tu lado se encuentra el Muégano, no me sorprende verlo pelón y con una cicatriz en el cráneo.

La imagen del dios roto arriba de ustedes.

—Elevemos nuestras oraciones hacia Dios y esperemos que escuche nuestras plegarias hacia los futuros esposos, roguemos al Señor.

No reconozco al sacerdote, pero sí los rezos, los mismos de cualquier boda para un par de pendejos que deciden pisar un altar, Aurora, cuando te propuse casarte conmigo, respondiste que no necesitabas la aprobación de nadie para quererme, no me importó y otras noches volví a pedirte que fueras mi esposa.

—Te rogamos, Señor— Contestan los invitados. El sacerdote alza las manos para acercarse a Dios.

—Porque la mujer casada está sujeta por la ley al marido mientras este vive. Oremos al Señor.

Aurora, ¿Y si mato a estos pendejos y nos quedamos solos una vez más?

—Te rogamos, Señor.

La gente en San Miguel de la Costa puede repetir las mismas palabras hasta la muerte.

Porfirio me ha visto y el sacerdote continúa leyendo la Biblia.

—Las mujeres casadas están sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer.

Cierro los ojos y veo tu cuerpo, Aurora, con el rostro picado del Muégano; al abrirlos observo a Porfirio caminando hacia mí.

—Así como Dios es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su salvador.

Bajo mis párpados veo tu cuerpo, Aurora, con la verga del Muégano. Al abrir los ojos encuentro el rostro de Porfirio frente a mí, se ha quitado el bigote y tiene la oreja perforada por una espina de maguey.

—Aunque no me abrías la puerta de tu casa yo te busqué y en las noches me tumbaba el sueño pensándote.

Porfirio no para de reclamarme no sé qué chingaderas. Aurora, te has dado cuenta que estoy aquí y me ves a los ojos. Entre

tus manos llevas un ramo de flores rojas, tus labios son del mismo color y los abres para decirme.

"Dispara".

Ahora, el Muégano también me observa, aunque no le hayas hablado de mí, él sabe quién soy, no sólo porque en San Miguel de la Costa se habla con chismes, también porque nos conocimos en la Alegría, en el baño, y cuando acabe de orinar le quebré una caguama en la cabeza.

"Dispara"

Vuelves a mencionar.

El Muégano viene hacía mí, el sacerdote se quedó sin palabras.

Disparo.

Disparo en el momento en que Porfirio me empuja.

Una bala perdida más.

PRÓLOGO DE ENSAYO CREATIVO

El ensayo en medio de la adversidad

Durante este ciclo, los becarios del programa de Jóvenes Creadores dentro del rubro de ensayo creativo tuvieron que confrontar una realidad que obstaculizó las estrategias de investigación tradicionales. Con recursos admirables, a partir del encierro encontraron distintas maneras de desarrollar temas que abarcan la corporalidad de una columna dañada y la de mujeres que se dedican al boxeo, una estancia enajenante en el país vecino y el estado universalmente alienante de la burocracia, un futuro que se acaba y un pueblo que nos vigila. Sobre todo, han logrado enfocar la mirada durante esta larga cuarentena en aspectos sorprendentes de una realidad que, aunque la hayamos tenido que dejar extramuros por el momento, sigue siendo fuente inagotable de nuestra fascinación.

La escritura de Ana María Felker es un viaje, muy probablemente sin retorno, y también un regreso a ciertos territorios de la infancia, de la esquiva memoria familiar, de imágenes personalísimas que proponen una multiplicidad de miradas macroscópicas: la vida en la ciudad de Houston, los humores de uno y otro país, México y Estados Unidos, la vida en un campus donde casi todo parece ajeno, ecos de cuanto va quedando rápida y atrozmente atrás, el país donde no hay tiempo ni memoria, ni paz ni tranquilidad. Del viaje que emprende resulta una escritura que arroja una densa sombra en la cual se entreven el asombro, la luz y el rechazo, el odio y la violencia en esa extraña

nación que existe más allá de los límites que imponen la geografía y el conflicto, en un lugar que ocurre por encima y al interior de cualquier noción de frontera.

En una búsqueda que desborda la página y se conecta con el arte contemporáneo, César García Campos explora la relación entre la corporalidad del texto y el cuerpo de quien la escribe, para centrarse en la figura mitológica del sedentario, ese centauro con patas de silla y aquejado por dolores de espalda. Tanto se olvida que al escribir interviene el cuerpo, tanto se empeñan en borrar las huellas del acto de la escritura —las condiciones materiales que la hacen posible—, que al voltear la mirada literalmente a la columna vertebral y planear una serie de partituras y coreografías para aliviarla, parece que se ha descubierto una terra incognita.

Entre los personajes que trajo consigo el mundo industrializado, a primera vista, los funcionarios en todo su grisáceo esplendor figuran entre los más subvalorados. Anuar Jalife ha decidido enfocar su mirada contracorriente en héroes antiépicos tan aparentemente olvidables como el maestro Castillo —con un suéter marrón como epíteto— para fijarlas entre letras que resultan a veces nostálgicas, a veces satíricas, pero siempre distópicas. Esta versión contemporánea del everyman se levanta como un espejo irreverente que revela aspectos distorsionados de nuestra realidad burocratizada que, gracias al ingenio de Jalife, trascienden lo cotidiano para convertirse en la materia prima de mitologías aún distantes.

Imaginar el fin del futuro durante una pandemia se antoja inevitable, sin embargo, desde antes que iniciara la crisis planetaria del Covid-19, Sara Martínez exploraba con una prosa poética, un estilo versátil y una aguda mirada el colapso de los mundos híbridos que habitamos: territorios inmateriales y profundamente reales de pantallas que reflejan y extienden la experiencia, las emociones y percepciones. En sus textos la

corporalidad se desintegra, se reconfigura y se vuelve objeto de vigilancia incesante. Para Martínez el fin del futuro no es un callejón sin salida, sino la convergencia luminosa y angustiante de la carne y sus representaciones.

Luis Reséndiz utiliza la idea del extraterrestre para meditar sobre el conocimiento y el sospechosismo —la incertidumbre compulsiva y desconfianza patológica hacia casi cualquier discurso con autoridad—. Pero Reséndiz va mucho más allá: emplea el misterio y la curiosidad de lo desconocido para reflexionar en torno a su familia y su propia enajenación. Su deseo de creer tiene más que ver con establecer vínculos con el padre y los compañeros que con sus propias dudas. Su ensayo es una espléndida mirada cósmica que se vuelve introspectiva y gira en torno a la frase: "Nunca vio nada", como la esperanza que no se apaga ni se satisface.

Dado su pretexto —los voladores de Papantla—, podría pensarse en una escritura que avanza en espiral, en giros cada vez más amplios, pero la prosa de Diego Rodríguez Landeros prefiere irse por las ramas, por desvíos y caminos laterales. A tal grado confía en la digresión, que llega al oasis del arte del paréntesis: dejar que otro libro crezca dentro del libro. Sus temas predilectos, en apariencia antojadizos o desfasados (el drenaje profundo, el Antropoceno y la crisis ecológica, el amor y la muerte bajo un cielo apocalíptico), se entrelazan como ríos subterráneos para dar cauce a una escritura fascinante, tan psicodélica como rica en sugestiones.

Patricia Salinas cuenta una historia que es muchas historias. Su trasunto es el boxeo, en este caso el boxeo de mujeres, mal llamado femenino. Su investigación se expande hacia el deporte mismo, pero va también en busca de todas las combinaciones posibles: el cuestionamiento de los cánones de género, especialmente rígidos y atrabiliarios en el box; las anécdotas de mujeres boxeadoras que se tornan crónica deportiva por la pa-

sión, disciplina y empeño que revelan; los autores y la literatura que han tomado al box como propósito, hasta llegar a la transformación de un deporte y quizás del cuerpo de quienes participan en él. Mientras que todo —los roles de género, el peso de la historia contada por los hombres— parecería indicar que las mujeres llegaron tarde a esta pelea ritual, Patricia nos recuerda que asistimos a un trepidante primer round.

Tanya Huntington, Naief Yehya,
Bruno H. Piché y Luigi Amara

Música de espaldas:

Ensayos y partituras para el trabajo sedentario

CÉSAR GARCÍA CAMPOS

Capítulo 1

Tomar asiento

Estoy en un momento de pasmo desde hace algunos meses y tiene que ver con la imposibilidad de plegar mi esqueleto para hacerlo encajar en el contorno de una silla. No puedo sentarme; gracias o, a veces, un simple qué amable, es que más bien ahorita quiero estirar las piernas, sirve como declaración breve, a manera de protocolo gentil para evitarme entrar a negociar lo innegociable. Entonces me quedo apoyando las manos sobre el respaldo de la silla que me correspondería mientras dura la reunión, hasta que comenzamos a levantar los platos y despejar la mesa. Y no sé por qué.

Mis articulaciones funcionan bien, mis rodillas se pliegan con cierta fluidez y, aparentemente, poseen una soltura normal que puedo comprobar por las mañanas cuando salgo a correr, dos o tres veces por semana. Por ello imagino que no debería tener problemas al querer imitar el ángulo recto donde termina el asiento y comienzan las patas de la mayoría de las sillas: ya sean de comedor, plegables como las que acompañan los salones de fiestas infantiles o las llamadas «ejecutivas», poseedoras de la misma esencia pero con la variación resultante de haber fusionado las patas en un solo poste girable.

Tampoco he tenido lesiones en la cadera, de modo que podría decir que la pelvis cumple con el papel de enlazar el fémur de cada pierna e intercalarlos para que, continuamente, experimente el juego de tensiones que me habilita para bajar escaleras, cruzar los torniquetes o mantenerme estable esperando el metro para ir al trabajo hacia el metro Chapultepec.

Me resulta aún más extraño no lograr tomar asiento ya que hacia arriba el torso no parece tener desviaciones visibles ni

curvas drásticas que interrumpan la idea de una línea vertical. El fuego pirotécnico ascendente que deja una estela de chispas ardiendo antes de dormir. En las muñecas experimento rechinidos ocasionales sin que las comprometa al grado de atorarse, así como la cabeza mira libremente hacia los lados y tampoco tiene problemas para decir que sí. En resumen, mi cuerpo se dobla.

Mirando bien las cosas, en los diferentes espacios que he visitado desde la infancia he aprendido a combinar mis extremidades para alcanzar diferentes posiciones: desde quedarnos con mi hermana como pequeños ángulos rectos contra la cabecera de la cama mirando Toy Story en VHS, hasta cuando avanzaba a rastras por adentro del gusano de metal durante el último año de la guardería, y donde la vez del descalabro por incorporarme antes de tiempo bastó para que, todos los golpes en la cabeza hasta la fecha, acabaran por regresarme a esa primera sensación de sabor metálico inundando las encías.

Hay evidencia sobre estas flexiones tempranas. Como la vez que permanecí para una foto con mi mamá y mi hermana, sonriéndole a mi papá y a su voz que salía de la cámara. Estamos sentados en el sillón café del departamento donde crecimos. Mis piernas todavía no alcanzan la madurez de un mueble y por ello mis pies apenas vuelan por fuera del asiento.

Al final del día, la suma de estas escenas reproducidas en condiciones variables y adaptadas a situaciones diversas a lo largo de los años, me hace pensar que si abstrajera mi complexión en la figura mental de un maniquí de madera como los que se utilizan para modelar, podría manipularlo de tal manera que, al incluir un sillón a la escena, lograría empalmar ambos cuerpos solo con dejar caer al primero sobre el otro.

Sucede que me olvidaba del coxis, que dependiendo de la textura del asiento puede llegar a postrarse suavemente sobre un cojín o, por otro lado, enterrarse con perpendicular obstinación contra una rígida tabla de madera ligeramente curvada

con cada esquina conectada a una pata y por arriba al respaldo, durante ocho o diez horas diarias, como la que existe frente a la computadora en mi lugar de la oficina. Sin embargo, en todos estos casos el coxis sigue funcionando.

A lo largo de los últimos cuatro años ha ido evolucionando esta condición. En los últimos meses, ya no solamente me ha resultado ilógico ver una silla y querer probarla, atendiendo a aquella famosa teoría dentro de la psicología cognitiva, enunciada por James Gibson en el 77, según la cual los *affordances* se describen como las posibilidades de acción que nos sugieren los objetos con su mera presencia. No solo la suma de ensambles y giros que constituyen la médula de cualquier lugar para sentarse me ha dejado de parecer un espacio practicable, sino que incluso, durante mis ratos libres ya no consigo evocar la imagen mental de una silla.

Intento no olvidar su nombre. A veces, me propongo salir antes de las seis de la tarde de mi trabajo en la colonia Roma, donde colaboro en la gestión de un laboratorio de tecnologías aplicadas a las artes, junto a un grupo de personas, lo mismo talentosas y con una vocación de trabajo constante, que preocupadas por redirigir y malgastar ese talento en malabarear con la incertidumbre de cuándo llegarán los pagos. Esos sueldos que a veces demoran hasta medio año por condiciones ajenas a nosotrxs y más bien relacionadas con pasadizos burocráticos y estructurales. Cuando termina la espera simplemente hay otro flujo. Se reconfiguran las prioridades, existe la posibilidad de proyecciones y aparecen otros semblantes, en un orden de las cosas que no encuentro mejor manera de describir que como dice mi papá: con la panza llena se piensa mejor.

Salimos a fumar a mediodía después de enviar la primera tanda de correos de la jornada. Una hora después calentamos la comida y —cuando la premura de las entregas no nos orilla a abrir el tupper a un lado de la computadora— nos sentamos en

una mesa larga a compartir temas variados sobre el mismo mantel de todos los días, tan conocido que nos lleva a parecer retrato y que tiene que ver con hablar sobre cómo dividimos el presupuesto del mercado para alcanzar a cocinar toda la semana, con los cálculos necesarios para pagar la siguiente renta o las veces que hemos tenido que pedir prestado a familiares. La vida en la ciudad es ridículamente cara.

Al final apago mi computadora, subo las escaleras y en las ventanas hacia el exterior confirmo que se extinguió el cielo, que el atardecer ya se agotó. Me asomo a la oficina que está justo arriba de la mía y encuentro todavía algunas cabezas atentas a correcciones y respuestas a correos que van para largo. Veo algunas palabras sillas de personas que probablemente ya están cumpliendo con la segunda jornada de trabajo en casa para luego entrar al tercer turno del otro trabajo con el que completan para el gasto.

Espero dos trenes para encontrar un espacio en el vagón. Ya sobre la marcha trato de pensar en el acomodo de las palabras de madera que acabo de ver en la oficina pero no logro visualizarlas. Pienso en el espacio de mi habitación. En prepararme un carajillo apenas llegue, no solo para aflojar la jaqueca de la pantalla, esa que se queda entre las cejas, sino para mantenerme atento y despejado para leer.

Llego al fin a la sala y solo veo una mesa. Hellène está flotando a un lado mientras termina de teclear respuestas para los múltiples trabajos de curaduría, gestión cultural y clases de francés que imparte desde casa. Hay algunas tareas que nos dividimos para intentar hacerlas más rápido. Lavar ropa, separar los elementos para la composta, cocinar mientras platicamos sobre nuestras parejas y familias, o recoger en equipo las hojas mudadas de las plantas. Todo esto con la intención de que al final —y de una vez por todas— logremos *conseguir* tiempo para destinarlo a nuestro impulso creativo. A la pasión que nos lleva a pensar que todo esto vale la pena.

Mientras se cuece la pasta me pongo en cuclillas a un lado de la cocina, estirando el cuello en círculos y tratando de aliviar el dolor de la espalda. Me pregunta Helléne qué tal estuvo mi tarde y le contesto que normal, sin muchas novedades.

Terminamos de colgar la ropa mojada y para estas alturas del ardor en la espalda solo se me antoja acostarme sobre el piso de mi cuarto. El problema de no saberse _____ en una _____ está en que recibí una beca para escribir sobre problemas vertebrales relacionados con el trabajo sedentario. ¿Cómo puedo hablar de los síntomas que sobrevienen de jornadas prolongadas de actividades repetitivas, así como de la precariedad que conllevan y acerca de los dolores que finalmente aparecen, cuando uno se paraliza al querer nombrar el objeto y a la acción que lo ocasionan?

Cuando uno se fija demasiado en una palabra hasta perder su sentido, algo así me ocurre mientras veo las _____ del trabajo o las que me esperan en otros lugares a donde voy a juntas. Ninguna se mantiene estable. Y ahora que estoy pensando en esos espacios puedo encontrar en google los nombres de los elementos de una oficina y la digo: silla, silla, silla. Pero al otro día cuando me voy desplazando de vuelta a ese otro sitio, el mobiliario se desmorona.

Luego ya no hay imagen mental ni nombre ni objeto material. No puedo _____me.

Capítulo 2

Primeros estiramientos

Hemos comenzado inclinando la cabeza para enfocar este punto. Sintiendo cómo nuestro torso aún permanece erguido pero con la mirada ligeramente hacia abajo. Siempre, siempre, lo digo desde ya, con una respiración fluida, suelta. Pese a que te empiece a doler mantén la respiración constante. Muy bien. Inhalamos profundamente y al exhalar bajamos un poco más, despegando el tórax del respaldo. Es importante que no omitamos ningún paso. Los brazos ya cuelgan a los costados de las piernas, inertes, como si fueran de trapo. Nos detenemos de nuevo. Inhalamos. Y al soltar, bajamos más el cuerpo. Todo lo que ha caído ya queda relajado, colgando, como si estuviera dormido. En caso de que estés de pie, tratamos de llegar con nuestras manos hasta tocar la punta de los pies. Hasta donde tu cuerpo pueda. La idea es sentirnos bien. Me dejo caer sin poner resistencia en los músculos de la pelvis ni de las piernas. Inhalamos y ahora puedes expresar el dolor, puedes expresar el sufrimiento. Suspirar. Soltar un quejido. Resoplar. No guardamos nada.

Siente el peso de la gravedad sobre tu cuerpo, cómo tu cuello queda relajado, cómo tu espalda está en completo reposo, cómo los brazos cuelgan y cómo se estira la parte de atrás de la columna. Bien, ahora vamos levantándonos lentamente. Poco a poco. Despacio, despacio, respirando. Verás cómo sientes mucha más relajación. Ahora te sientes bien y tu cuerpo está listo para continuar con tus actividades del dia. Espero lo hayas sentido como algo rico, que lo practiques muchas veces y que me cuentes cómo te va con este ejercicio. De cualquier manera te animo a que busques más videos con ejercicios y automasajes, y no olvides suscribirte.

Lo entiendo y al cerrar la computadora ahora suena un poco más lógico que lo único que me haya dado el doctor haya sido esta triste fotocopia de ejercicios para la contractura. Era el único lugar abierto a las cuatro de la mañana y tenía que hacer algo para aliviar la hinchazón punzante que ahora sé que es un músculo enredado, según el diagnóstico del médico del deporte, que en ningún momento dejó de tratarme como a un jugador de americano «te vamos a mandar a la banca, campeón». Nada de hacer ejercicio de alto impacto. Ni correr. Trata de pasar menos horas frente a la computadora. Tampoco puedes cargar garrafones. Después de hablarme sobre algunas de las fotos en la pared donde aparecía al lado de equipos de los que había sido médico quedamos de vernos en dos semanas.

Y es que cualquiera que vea la secuencia de ocho cuadros con la rutina de un señor que sufre bocarriba, tratando de alcanzar desde una condición encorvada no se sabe qué —tocar sus pies, columpiarse sobre el coxis o levantarse como si fuera una tortuga atrapada— tendrá dificultades en reconocerse en ese enfermo. Y lo digo menos por la dramática experiencia de calvario ilustrada en su rostro que por el temor a saber su destino condenado al mundo de la postración. Mirar cómo se distorsionan el cielo, los edificios y los pantalones que pasan a un lado mientras yacemos en el piso, con la cabeza recostada sobre la oreja derecha y sintiendo cómo la eficiencia cotidiana nos deja atrás. Similar a la parálisis de los viajes astrales más espesos.

Ver alejarse la vida a la que ya no pertenecemos: el de las horas nalga frente al gmail en la misma silla gastada que dejamos con prisa para llegar a esa cita en plena hora del tráfico al otro lado de la misma ciudad de cuyo mercado regresamos caminando con las mismas cosas que después picaremos y herviremos probablemente haciendo algún baile durante los viajes entre la estufa y el refrigerador y todas las actividades del día que involucran algún desplazamiento en eje vertical.

Santuarios
(fragmento)

ANA EMILIA FELKER

En la primera ida fui feliz; en la segunda, se acabó la infancia, y en la tercera, quizá se acabe el mundo. Pero eso todavía no lo sé. Solo sé que vuelo hacia el norte cuando traigo en el cuerpo el sur. Hay lugares que atraen a ciertos signos zodiacales, me dirá una adivina en unos años; me dirá a qué se debe que algunos decidan irse, buscarse la vida en otra parte, y que para otros, la supervivencia esté en quedarse a pesar de todo. A mí me arrastra, una suerte de magnetismo terrestre; me ha traído aquí antes, es la tercera vez.

En la primera, tengo ocho años y estreno una mirada. Mi edad es una droga y lo que entra por los ojos me acelera el corazón. A cierta altura, desde la ventanilla, todo es forma y textura: pliegues del territorio, cuadrículas y círculos inesperados, contornos y gradaciones tornasoladas, la pronunciada curva de la costa, la cuenca de la mano que es el Golfo. El mar se apodera del paisaje y, perdido en él, protagoniza la delgada estela de un barco. Después, el agua entra a la tierra, pero desde aquí no tengo certeza de si se observa un lago, una bahía o un juego de brillantinas. Escribo todo esto con intensidad mientras el pulso retumba: veo por la ventana y vuelvo a encorvarme sobre mi cuaderno, sobre la endeble mesita frente a mi asiento. Casi llegamos, hay que ponerse el cinturón. Un sarpullido de puntos azules salpica la tierra. Conforme descendemos los puntos van develando sus formas varias. Es un color de fábrica, tan distintivo que se llama así: azul piscina. Ya se distinguen las calles que garigolean formando conjuntos y las cercas de madera que dividen los patios traseros. Desde aquí, solo da tiempo para detenerse en las manchas de agua clorada y no en los rectángulos de pasto que se pierden entre parpadeos.

Mientras el avión sobrevuela, estudio el territorio. Tengo ocho años y para mí Houston es una alberca, la de la colonia. Vengo con objetivos concretos y bien calculados: pasar el mayor tiempo del verano pataleando con fuerza hacia el fondo de la

fosa de clavados para rescatar ligas de cabello. Al final de las vacaciones, mis primas y yo moveremos la cabeza de lado a lado intentando sacar una especie de canica que se nos mete en el cráneo de tanto explorar las profundidades. Mi tía nos hará cucuruchos de papel a los que les quemará la punta para sacarnos las partículas de cloro y agua que se nos han quedado dentro.

Creo que en esta época mi tía trabaja en un restaurante y la recuerdo más de una vez organizando food stamps para poder pagar el próximo súper (food stamps: voy coleccionando palabras para llevarlas como recuerditos). Ella dejó México para proteger a sus hijas de una relación violenta con su exmarido. Ella y mis dos primas hacen hogar y cuartel en una pequeña casa al fondo de la colonia. Me basta este verano en que las visito para adquirir el gusto por la inmersión en las vidas ajenas; por ahora, las de mis primas creciendo en otra realidad y en otro idioma. Mientras en la entrada de la colonia se luce la escenografía esperada de casas grandes y el club con la alberca, al fondo, hierve la sección de casitas más modestas donde los niños llenamos las calles y dibujamos con gis una rayuela sobre el pavimento. Allá al fondo se marca el límite con el campo, las calles se truncan de pronto y sobre la interrupción del concreto, hay unas cercas de maderas anchas y horizontales sobre las cuales nos sentamos a platicar entre nosotras o con los demás niños, con los que hablan español y los que no, con los que tienen permitido ver televisión y los que no, los que son tan blancos que no les puede dar el sol, los que su casa huele a sopa recién hecha o a queso derretido en microondas. Recuerdo una sensación de comunicación total, no de hablar un idioma u otro sino de estar abierta al juego y a la mezcla.

Eso es Houston, la alberca de la colonia y el salvavidas del que nos enamoramos, reproduciendo el guión de esta realidad. También son las albercas de los vecinos de las casas grandes a la que nos metemos a escondidas por el backyard cuando vemos

que no hay autos (backyard: una nueva palabra para coleccionar). Houston es andar en traje de baño y mojadas todo el día, salir a buscar ranas, el sonido de las cigarras, jugar básquetbol y bañar al perro en la calle. Para mí, que solo he escuchado de tornados en el Mago de Oz, la posibilidad de ser barrida por el viento me vuela la imaginación. Con la alerta de tormenta eléctrica, hay que salir de la alberca de inmediato y correr hacia la casa. Alguna vez esquivamos charcos pensando que si el rayo caía sobre el agua, la electricidad nos atravesaría desde las plantas hasta el cerebro convirtiéndonos en seres de luz. Houston es refugiarnos del latigazo de un tornado que nunca llega y que mis primas y yo nos orinemos de risa y nervios en la penumbra de un closet. Me llena de nostalgia dejar este humedal para volver a México, a la vida normal de clases, departamentos sin albercas y calles en las que no se puede jugar.

Tengo diecisiete, escribo sobre mi cuaderno en el avión, pero la emoción de ver por la ventana se ha apagado. Veo hacia afuera como anestesiada de percibir cualquier cosa ajena a mi interior. Veo una nube encajada en una montaña con la punta cubierta de nieve. Una nube con hueso. Cuando se vuela sin instrumentos, existe el riesgo de adentrarse en una nube que se piensa vaporosa para encontrarse de nariz con una montaña asesina. Pienso entonces si Houston no será una de estas nubes engañosas.

Escribo lo que no estaba ahí antes y ahora late con fuerza: una idea, un cierto prejuicio o quizá una conciencia de hacia dónde estoy yendo. Houston ya no es una alberca sino el territorio al que se ha desplazado a cuentagotas mi familia paterna. Unas formas de ser y de hablar que han transformado a mis primas en personas muy distintas a mí. También es un país con dos palabras que me incomodan: ejército y guerra.

Se me escapa cómo tomamos la decisión de que me vaya un año de la preparatoria mientras mi familia nuclear se queda en México. Mi madre me recomienda que evite controversias en las

clases; que no critique la guerra, que no dé mi opinión; que no diga lo que pensamos de los gringos. No me dice pon a prueba tus ideas, me dice oculta. Quiere protegerme, pero nunca enuncia la amenaza real.

Si bien mis primas han cambiado al crecer, todavía nos unen nuestras tendencias anfibias. La práctica de natación comienza a las 6:30 de la mañana. Salimos semidormidas de la casa con una barrita de granola en la mano que comemos en el trayecto. Mi prima maneja y yo miro por la ventana los pastos debajo de la neblina. A veces hay que ponerse dos trajes de baño, uno encima del otro, para compensar el desgaste del nylon. Les hacemos nudos para apretarlos hasta que el traje no da más de sí. Los vestidores del natatorio siempre encharcados se llenan de cucarachas que, de cuando en cuando, trepan la pierna desnuda de alguna nadadora. Son cucarachas de humedad, enormes y voladoras, endémicas de este hábitat. Calentamos alrededor de la alberca y luego hay que tirarse a la orden de un silbato, sin tiempo para tantear la temperatura del agua y comenzar a dar vueltas a un ritmo tranquilo y sostenido, sin frenar en las orillas. Acariciar el agua. Ver el suelo. Contar azulejos. Ver el techo. Contar vigas. Estirar el cuerpo lo más posible en cada brazada. Acariciar el agua. Después de eso, ir a la clase de matemáticas con la gorra de plástico marcada en la frente, los ojos enrojecidos y un potente olor a cloro en la piel.

De niñas jugábamos a ser blancas, a cambiarnos los nombres por Stacy o Amy y fingir que no hablábamos español, pero ahora sólo quiero juntarme con mexicanos y las Amys me parecen anodinas. Mi preparatoria se vuelve highschool por un año y aunque yo siga jugando a estar en una serie en la que los niños se reúnen a platicar frente a sus casilleros, mis primas ya no; ellas ahora pertenecen por completo en sus cuerpos y sus palabras a este mundo ajeno a mí. Ahora Houston es una alberca y un casillero frente al que no pasa nada interesante, pero

el entorno sigue cumpliendo un encuadre televisivo. Por cómo terminaron las cosas ese año, quedaría claro que mis primas ya no estaban dispuestas a compartir su sueño americano.

Tengo 31 años y el paisaje se me pasó de largo entre dormir y leer. El avión se desliza sobre un puente por arriba de los automóviles. No logré escribir una palabra, pero avancé en los *Apegos feroces*. Estoy aquí de nuevo. Debí haber aprendido hace años que éste no es mi lugar, pero una nunca aprende.

Las maletas pasan sobre la banda, la mía es casi un clóset o el ataúd de un niño. Alguna vez conocí el entusiasmo, pero ahora estoy aquí sintiendo que ya no soy tan joven como para volver a la escuela. La fila de la aduana siempre toma tiempo, sigo la línea de los non-citizen aliens. Me ponen nerviosa los interrogatorios, siento que soy culpable pero todavía no me entero. Sí, vengo a la universidad. Traigo café y digo que no traigo, traigo mezcal y digo que no traigo nada, traigo un odio escondido y no digo nada, solo veo a la cámara que captura mi iris mientras entrego pasaporte y visa al oficial.

El orden caótico.

Sobre el carácter ritual de la junta en el Bajo Antropoceno (fragmento)

ANUAR JALIFE JACOBO

La junta antropocénica: entre el arte y la religión

Como sabemos, el Bajo Antropoceno se caracterizó por su devoción por el *trabajo irracional*. Pese a contar con los desarrollos científicos y tecnológicos suficientes —advertidos ya desde la segunda mitad del siglo XX— para que sus miembros pudieran dedicar la mayor parte de su tiempo al ocio, el juego o el cuidado de sí y de su entorno, las sociedades de entremilenios insistieron en su paradójica entrega a una serie de labores tan triviales como extenuantes, tan innecesarias como destructivas. Tareas que aparentemente los llevaron a la práctica autoaniquilación, pero a las cuales se consagraron con absoluta fe hasta el último momento, incluso durante la llamada Peste del Milenio. Un buen número de los absurdos trabajos de la época se organizaba mediante un entramado de prácticas con un fuerte arraigo simbólico y a las cuales ciertos grupos sociales parecían consagrar la mayor parte de sus fuerzas, a ese entramado se le conocía como *burocracia*. Todo parece indicar que las distintas manifestaciones burocráticas, donde se pueden contar actividades con los enigmáticos nombres de *auditorías, acreditaciones, evaluaciones, informes, procedimientos,* etc., poseían un sentido exotérico y otro esotérico, pues de los testimonios de la época se deduce que estas nunca cumplían con los fines para los cuales, teóricamente, eran llevadas a cabo.

Resulta evidente la necesidad de elaborar una visión de conjunto mediante una teoría general de la significación esotérica de las formas de la cultura laboral asalariada de estos siglos; sin embargo, el presente texto busca ser un acercamiento parcial a una sola de estas formas, la *junta*.

Las definiciones clásicas de *junta* las encontramos en los estudios pioneros de Susandaugther y Laskas. Para la primera, la junta era sencillamente una "reunión grupal a la que sus asistentes acudían para conferenciar durante periodos indefinidos de tiempo" (2910: 954), mientras que el segundo la considera un "encuentro lingüístico de amplia duración entre un grupo de personas que se tenían mala fe pero que parecían poseer un objetivo compartido" (2914: 765).

Derivado de estas perspectivas todavía prosaicas de las formas burocráticas, durante mucho tiempo fue un acuerdo común, en los estudios antropocénicos, que la finalidad de las juntas era la de organizar encuentros formales para que los miembros de una comunidad discutieran temas relevantes, encontraran soluciones a ciertas problemáticas y llegaran a acuerdos colectivos.

Sin embargo, como ocurre con la mayoría de las formas burocráticas, los testimonios sobre su absoluta inutilidad hacen suponer que, tras su fachada eminentemente pragmática, las juntas escondían un profundo sentido artístico o religioso.

La propia Susandaughter hacia el final de su vida vislumbró esta cuestión, así lo consigna en su biografía *One Thousand Steps back into the Past*: "The initial clarity with which I believed I was observing the lives of the men and women of the Anthropocene became more obscure as I delved deeper into their world. After nearly four decades of study, I can only say that if something characterizes the society between-millenniums, it is an impenetrable contradiction, a kind of double life filled with the most complex interactions, of which historians can only scratch the surface..." (2920: 543).

Aún hoy no se conoce ninguna fuente perteneciente a esos siglos que manifieste de forma explícita el significado oculto de dichas reuniones; no obstante, diversos documentos señalan claramente la existencia de este.

Un ejemplo diáfano de ello se puede encontrar al contrastar dos subgéneros literarios propios de la junta: el *orden del día* (ver 2.2b) que expresaba los fines de la reunión, y la *minuta* (ver 2.2c), que exponía los resultados de esta. Mientras la primera prefiguraba de manera puntual, clara y objetiva los derroteros por los cuales debía marchar el cónclave, la segunda rara vez guardaba relación alguna con aquella —de la cual supuestamente derivaba— y, más bien, recogía afirmaciones enigmáticas, rencillas personales y planes a futuro que nunca se realizaban pero que eran abordados en una nueva junta.

Más allá de las posibles interpretaciones que puedan darse a estos subgéneros, parece claro que la abismal falta de congruencia entre ambas formas no podía ser fruto de la casualidad sino parte de un plan oculto. Con ejemplos como este en consideración, los estudios veintenistas más recientes han trazado dos grandes rutas de interpretación que, desde nuestra perspectiva, resultan perfectamente complementarias. La primera concibe a las juntas como una suerte de ritual con una función catártica. Las juntas eran espacios creados para que los miembros de una colectividad, condenada normalmente al trato cotidiano y a un trabajo solo en apariencia comunitario, pudieran hablar sin ningún tipo de restricción hasta entrar en una suerte de trance lingüístico donde los demonios antropocénicos eran exorcizados.

Xing Jong, precursor de esta revolucionaria concepción religiosa del mundo burocrático, escribe en *La diosa incomprensible. Apuntes sobre la burocracia de los siglos XX y XXI*: "Espacio sagrado, ubicado al margen de toda convención social, en la junta el hablante experimentaba una liberación del yugo de la razón y podía dar rienda suelta al flujo puro de su conciencia mediante la asociación libre o la mera yuxtaposición de palabras, todo ello ante la mirada hierática de los restantes miembros del grupo, quienes, por lo general, esperaban respetuosamente a que llegara su turno para participar de la experiencia mística" (2970: 35).

La segunda ruta, defendida especialmente por Kapoor en *La última vanguardia: dramaturgia de la experiencia organizacional de entremilenios* (2989), entiende a la junta como una especie de espectáculo mediante el cual las sociedades elaboraban una autocrítica radical. Para el autor neosoviético, la junta, como la burocracia en general, era una más de las manifestaciones entremilenarias de fascinación inconsciente por el Medioevo europeo, una manifestación abiertamente contestataria, pero incorporada de manera paradójica a las dinámicas institucionales de su tiempo: "En una época signada por la velocidad, el utilitarismo y la practicidad, las juntas eran una puesta en escena de los antivalores de su tiempo. Morosas, inútiles y especulativas, las juntas cumplían una función transgresora al permitir a sus participantes ver el rostro del caos" (84).

Nexo con lo suprarracional y, acaso, mecanismo de resistencia social, lo que resulta evidente es que las juntas no se celebraban para cumplir con sus objetivos explícitos y que contaban con una estructura y unos caracteres prácticamente fijos.

Nuestra tesis es que se trata justo de formas con esa doble naturaleza, exotérica y esotérica, religiosa y artística; es decir, una práctica sagrada que cobraba forma mediante una puesta en escena, cuya estructura constaba de un orden narrativo y unos personajes prefigurados ancestralmente, pero cuya ejecución se realizaba mediante una mezcla de improvisación performática y posesión divina.

Siguiendo a Kumari, continuadora de los estudios jongianos, en *Tántalo o el primer burócrata* (2998), pensamos que las juntas estaban consagradas a Powerpoint y Excel, dos de los principales númenes tecnológicos de la época, los cuales, se creía, otorgaban los dones de la lucidez y la persuasión, de la elocuencia y la claridad.

La propia Kumari señala la multiplicación de figuras asociadas a Powerpoint y Excel, como adaptaciones de de estas divinidades pertenecientes a los paralelos E20-W180 —conocidos en

su tiempo como Occidente— que en distintos ámbitos geográficos adoptaban nombres como Keynote, Prezi, PowToon o Haiku Deck, en el caso de Powerpoint, y Think Free, Numbers o ZooSheet, en el caso de Excel.

Sin embargo, pese a la variedad de las nomenclaturas y de las particularidades que cada uno podía tener, las atribuciones mágicas concedidas a estas representaciones eran básicamente las mismas que las de sus figuraciones correspondientes a los paralelos E20-W180 (234).

Es conocida la versión de un antiguo mito de los hermanos Powerpoint y Excel. Hijos del gran Verbo, Word,[1] los gemelos poseían todos los dones de su padre; sin embargo, mantenían entre ellos una rivalidad fraticida. Como castigo a su falta de hermandad, Word decidió dividir sus poderes y los condenó a andar siempre juntos. A Powerpoint, conocido por su inteligencia y facundia, le arrebató las facultades de la comunicación discursiva y la profundidad de pensamiento, pero le permitió conservar cierta belleza; a Excel, famoso por su simpatía y amenidad, le castigó con una terrible fealdad y con la incapacidad para el buen trato, pero le dejó intacta su impresionante memoria.

En el Bajo Antropoceno no se tomaba decisión burocrática alguna sin invocarlo; no importaba si se trataba de pintar la fachada de una construcción o de iniciar una guerra, las decisiones se tomaban con base en una combinación de imágenes místicas, conocidas como *diapositivas* (ver 2.1), las cuales eran presentadas por una suerte de vate al que se conocía como *animador* (ver 3.1b). Aunque decir que se "tomaban decisiones" es impreciso, pues eran, más bien, simulacros colectivos donde se legitimaban decisiones unipersona-

---

[1] Sobre los mitos que integran la llamada saga de Microsoft puede consultarse el polémico, pero popular, *Songs of the Ancient Future*, de Redmond Gates VIII, historiador que en sus afanes por demostrar que es uno de los descendientes directos del principal bardo de la cultura del Microsoft, Bill Gates, recopiló en su monumental obra buena parte de los relatos míticos antropocénicos.

les, tomadas acaso por algún líder *ausente* (ver 3.1a) en momentos de arrobamiento diapositívico o donde, por el contrario, se destruía —con especial saña— cualquier posibilidad de acuerdo, siguiendo, tal vez, las caprichosas pero fatales señales que Powerpoint dictaba en el transcurso de las reuniones.

Con esto en consideración, y contrario a lo que señalan algunos estudiosos, creemos que las juntas no eran espacios de libertad absoluta, regidos por el caos y donde los asistentes se conducían de forma ingenua, sino que se trataba de formas rituales rígidamente esquematizadas, con una apariencia efectivamente caótica, en las cuales cada convocado cumplía con un papel específico —cuya definición, al no constar en ningún documento escrito, debió pertenecer al ámbito de la tradición oral—; una estructura básica lo suficientemente sólida como para poder repetirse sin alteraciones profundas pero lo suficientemente flexible como para admitir las ejecuciones espontáneas de sus actores y las contingencias propias de lo epifánico.

En los siguientes apartados haremos una descripción general de la estructura espacio-temporal de la junta y esbozaremos una caracterología mínima de los personajes que integraban el ritual. Esta descripción, como suele ocurrir en los estudios históricos dedicados al periodo, es meramente aproximativa, pues la información propia de la época —tras la Adquisición Universal de Derechos sobre el Conocimiento de Google & Amazon, conocida popularmente como la Gran Quema de Bibliotecas— es reducidísima. Sin embargo, para este estudio hemos podido consultar una muestra representativa de convocatorias de reunión, órdenes del día, minutas, presentaciones y algunas grabaciones, muchas de ellas pertenecientes a archivos de la Nueva California, conocida en ese entonces como Méjico, una región periférica donde la cultura burocrática parece haber calado con especial fuerza.[2]

---

[2] Agradezco especialmente al Centro de Estudios del Antropoceno de Kamchatka,

Tiempo y espacio sagrados de la junta

La junta constituía un tiempo y espacio ajeno a la cotidianidad, un cruzamiento sacro que poseía unas normas específicas, señaladas por una tradición invisible, y que procuraba entre los miembros de la reunión la plena asunción de los personajes ancestrales que les correspondían. A continuación, se describen de manera general ambas líneas que conformaban el cuadrante júntico.

Locum sacrum de la junta

Las reuniones se realizaban en espacios llamados *salas de juntas*. Estas, muchas veces, eran lugares construidos expresamente para tales fines, aunque la invocación de Powerpoint, la presencia sacerdotal de un *animador* (ver 3.1b) y la disposición de los asistentes formando un gran círculo podían envolver de sacralidad a cualquier espacio: un salón, un campo deportivo, una bodega.[3]

---

que me facilitó tres restauraciones de videograbaciones desconocidas hasta ahora. Dos pertenecen al Codex Neocaliforniano SXXI y en ellas se pueden observar la realización completa de dos juntas, con una duración de 4 horas 42 minutos y 7 horas 12 minutos, respectivamente. La tercera, elocuentemente titulada *Ikiru*, *'Vivir'* en dialecto japonés, cuyo género no hemos podido determinar, no da constancia precisamente de una junta, pero sí de las tareas ejemplares de Kanji Watanabe, un célebre burócrata japonés. La videograbación está atribuida a Akira Kurosawa, un destacado documentalista de aquella isla que hoy se encuentra sumergida en las aguas del Pacífico.

[3] Cabe mencionar que la junta era de tal importancia que, si debía realizarse en

Si las condiciones físicas lo permitían, las juntas se llevaban a cabo preferentemente en lugares cerrados, estrechos y lúgubres, adecuados para la experiencia mística y cuidadosamente dispuestos para la correcta ejecución del ritual. Esta espacialidad podía estar vinculada a ciertos rituales de paso donde se simboliza el tránsito de lo abierto a lo cerrado, de lo conocido a lo misterioso, de lo profano a lo sagrado. Este carácter ambivalente hacía de la junta un rito funerario, pero también una celebración de la natividad, sobre todo si se piensa que el ingreso a la *sala de juntas* como un regreso al vientre materno, donde Powerpoint literalmente *daba a luz* la visión de un mundo no sólo ajeno al real sino exactamente opuesto. De hecho, las más sublimes juntas eran justamente aquellas en las que se cumplía esta doble encomienda de que las discusiones dejaran atrás sus referentes y lograran constituir el anverso de lo real.

Las *salas de juntas*, por otra parte, solían ser espacios austeros, provistos únicamente de una mesa redonda o, en su defecto, rectangular,[4] con el *animador* fuera del círculo o el rectángulo, de manera que quedara consignada su importancia dentro del grupo como un representante directo del líder *ausente* y como un canalizador de las fuerzas burocráticas que se desatarían durante de la reunión. Esto no era un asunto menor pues, desde su ordenamiento espacial las juntas remarcaban el profundo carácter jerárquico de la burocracia, carácter expresado desde

uno de estos lugares, todas las actividades que se desarrollaban ahí eran suspendidas de forma inapelable y expedita, sin que ningún tipo de consideración pudiera afectar su ejecución; de tal suerte que podía darse el caso de que se interrumpiera la enseñanza en el aula de alguna institución para llevar a cabo una junta orientada a reducir la cantidad de clases suspendidas en las aulas (Cfr. Tareke, 2990).

[4] En los casos en que no se contaba con este mueble, bastaba con que los asistentes se sentaran en un círculo o semicírculo formado alrededor del *animador*.

el nombre de *Powerpoint*, que podría traducirse como 'Apunte de poder'; es decir, un designio superior e incontestable.[5]

En cuanto a la disposición de los asistentes, estos debían sentarse en sillas lo más incómodas posibles, las cuales eran colocadas con extrema cercanía unas de otras, esto con la intención de evitar que los asistentes cayeran en un sueño profundo —cosa que no pocas veces resultaba inevitable— y de procurar roces involuntarios entre los juntantes que eventualmente derivaran en agresiones verbales o corporales, como parte de un proceso de excoriación de los íncubos que acosaban a los y las burócratas durante sus extenuantes e infructíferas jornadas laborales.

La formación de un círculo tenía un sentido simbólico y otro pragmático. Especie de vórtice burocrático, el círculo remitía directamente a *Powerpoint* al crear un eco geométrico de las grafías o donde recaen los acentos del nombre divino, pero también de una manera conceptual, en tanto que el círculo no es sino la amplificación de un *point*, figura arquetípica asociada a lo primigenio, lo unitario y lo perfecto. Por otra parte, esa disposición fomentaba la mutua observación entre los participantes de la junta, quienes durante el acto eran vigilantes y vigilados, guardianes celosos de las formas y objetos de sospecha —prácticas predilectas de la burocracia—.[6]

---

[5] *Excel* o 'excelencia', que no sólo era el nombre de la deidad sino uno de los más oscuros conceptos antropocénicos, también connota una fuerte carga jerárquica, pues Faride Kevínez en su *Diccionario histórico-ideológico de términos antropocénicos* (2911) consigna dos acepciones del término: "Superior calidad o bondad que hace a algo o alguien digno" y "Tratamiento de respeto que se le daba a algunas personas pertenecientes a la nobleza".

[6] Algunos documentos indican que en los albores de la Peste del Milenio la forma de la junta se vio irremediablemente transfigurada al trasladarse de un espacio real a uno virtual, ubicado en el propio hogar de los trabajadores, donde los controles ejercidos eran menores. Kapoor identifica este periodo como un cisma en el culto powerpóintico que derivaría en la súbita emergencia de otras

Además del *animador,* ocupaba un lugar primordial el *cañón proyector,* artefacto finimilenar que, más tarde, en el periodo de decadencia del Antropoceno fue sustituido por un *televisor,* cuestión que a muchos fieles de la burocracia debió parecerles ominosamente vulgar. El cañón, aparato óptico asociado a la ligereza powerpóintica, disparaba haces de luz que literalmente daban forma a las diapositivas sobre una superficie plana, espacio al que todas las miradas debían dirigirse con máxima atención. Quizás, como una manera de preservar el carácter inefable, inasible de Powerpoint y su hermano gemelo, era común que la luz proyectada por el cañón fuera demasiado tenue o parpadeante otorgando a las diapositivas un sino evanescente o difuso propio de una visión mística.

Un elemento, que podría parecer menor pero que resultaba fundamental, tanto para la liberación de tensiones demasiado exacerbadas como para evitar desmayos entre los asistentes, era el r*epositorio de alimentos*. Este se colocaba en algún rincón de la *sala de juntas* y otorgaba a los convocados la oportunidad de regocijarse y salir parcialmente del círculo sagrado para reintegrarse con ánimos renovados.

Las cantidades y la naturaleza de lo que se ofrecía variaba de acuerdo con las circunstancias y el rango burocrático de los presentes, podía ir desde platos frugales hasta verdaderas comilonas capaces de producir un profundo sopor.

Sin embargo, como menciona Xing Jong, no queda duda de que, "si tuviera que elegirse un alimento como el típicamente burocrático, este sería una pasta seca de harina horneada conocida como *galleta*" (2970: 453). Sobre las galletas existe poca información. Sabemos de su extendida presencia gracias a documentos

divinidades, antes menores, como *Zoom*, *JitsiMeet* o *Voov*, las cuales compensaban sus limitaciones persuasivas, al carecer de un espacio ad hoc, con su capacidad para abrazar por completo la vida de los trabajadores, con sus días y sus noches, cumpliendo un anhelado sueño del orden burocrático antropocénico.

que demuestran la adquisición masiva que hacían las instituciones antropocénicas de este producto. Las galletas se ofrecían regularmente como un manjar propio de la junta y eran acompañadas con *café*, infusión de semillas tropicales del mismo nombre, que se consumía caliente y al que se le atribuían cualidades revitalizantes y fortificantes. Si confiamos en los testimonios entremilenares debía tratarse de una bebida exquisita y altamente adictiva. Al parecer, cuando los *animadores* de las juntas querían agasajar a los asistentes, en lugar de la infusión les ofrecían un maravilloso sustituto sintético en polvo, conocido en muchas culturas como *nescafé*.

Además del *repositorio de alimentos*, otro espacio, vinculado con el placer oral, funcionaba como umbral que permitía la entrada y salida del pacto powerpóintico: el área de fumadores. Situado al margen del espacio sagrado, se trataba de una especie de moridero al aire libre al que los burócratas acudían para inhalar humo de *cigarro*, un cilindro hecho de hojas secas de tabaco, mariguana o crack (plantas actualmente extintas).

Por los pocos documentos que se pueden consultar en el Archivo General de Anuncios Comerciales podemos deducir que el consumo de estos vapores estaba vinculado a actividades que poco o nada tenían que ver con el mundo burocrático, como montar caballos o manejar automóviles de lujo.

Algunos estudios históricos han encontrado que su consumo entre los antiguos pobladores de Norteamérica estaba relacionado con el restablecimiento de la paz, los cuales fumaban una *pipa*, una suerte de caña hueca, como símbolo de hermanamiento entre pueblos y como nexo entre los humanos y los dioses, una tradición que tras diversas alteraciones pudo llegar al ámbito de las juntas.

Una vez concluida la junta, el espacio de su realización se despojaba de toda verenabilidad y era transformado inmediatamente en un lugar profano. Para reafirmar esta mutación espa-

cial, los asistentes solían abandonar de manera atropellada sus lugares dejando tras de sí el mobiliario en desorden, así como una inmensa cantidad de despojos orgánicos e inorgánicos, como señalando "este que fue un sitio sagrado ahora es un lugar vil".

Otras formas de conocerte para el proyecto Se acabó el futuro

SARA MARTINEZ

La mayoría de los días pasan frente a la computadora. Una laptop enorme, ocupa casi la mitad de mi escritorio. Siempre se calienta y entonces hay un constante ruido blanco de fondo. A veces dejo de sentir mi propio cuerpo, por ansiedad o por inercia, porque se sienta de la misma manera, extiende de la misma manera los brazos, se acostumbra al material liso de la computadora y la madera del escritorio. Es el calor de esta misma computadora en los brazos o en las piernas lo que me regresa el sentido de corporeidad, de *estar aquí*.

El paisaje cambia todos los días. Hay veces que veo un atardecer rosa sobre un lago, el reflejo de las nubes sobre el agua y parece que así se queda el mundo: rosa-refractado-estático. Otras veces son montañas floreadas con pasto verde oscuro, imposiblemente contrastado, paisaje mudo, despojado de lo orgánico, un pasto hecho de pixeles, de plástico virtual, brillante. Estos paisajes no existen más que en la pantalla. *¡Hola Sara!*, me saluda y me da un dato del paisaje, pero nunca me dice dónde estoy. Me pide la contraseña para averiguarlo.

Estamos jugando. El cuerpo se adelanta: hay algún tipo de intimidad que he construido con esta pantalla y lo que está dentro y ahora responden mis manos, mis brazos, el cuello ligeramente hacia atrás. También soy parte de esa luz. También sus contenidos me habitan, se deslizan como intrusos a la imaginación, crecen como brotes tiernos, nuevos cuerpos posibles dentro del mío. Nos producimos mutuamente. Aquí es donde se concibe: el cuerpo virtual.

-

Otra forma de pensar el momento en el que Narciso ve su reflejo:

I imagine the second
before you took, before
the cells began to split,

before that flint
was struck, before the dna
began to twist,
that a colorless emptiness
suddenly inverted
and told the world that he, too,
once had a mother.

(*Landscape Made From Egg and Sperm*, Sandra Simonds)

-

El *body horror*, cuenta la escritora Alexandra Kimball, es un subgénero de ficción gótica cuyos monstruos surgen de los errores o emprendimientos tecnológicos, no divinos o naturales. Por ejemplo, el monstruo de Frankenstein. *"Cuando imaginamos lo que significa ser una persona, el cuerpo es lo que imaginamos"*, cita a Gregory Brophy, profesor de inglés en la Universidad Bishop. Ser mujer, imaginar el cuerpo, pensar que ~~ahí~~ aquí hay un monstruo, el error divino.

Este género, cuya cumbre fue en el siglo XIX, describía el miedo a que la tecnología deformara esa imagen, una imagen venerada por su evocación de lo completo, lo legible, una unidad[1]. El *body horror* consistía en destruirla: hacer un collage de piel, poner extremidades donde no debería de haberlas, vacíos o carne muda en donde sí debía de haber algo. El vampiro apareció al mismo tiempo que las transfusiones de sangre, extracción orgánica, ya no más un cuerpo íntegro sino un cuerpo extraíble, cuya materia puede ser transferida a otro. Un monstruo del *body horror* es un cuerpo atravesado por la manufactura, la interven-

[1] La relación con la imagen virtual está en que en las dos hay un cuerpo o no lo hay [1,0], pero la diferencia está en que la definición de un cuerpo es diferente. En la imagen virtual, si un cuerpo no está completo, sigue siendo cuerpo.

ción quirúrgica y maquínica: fragmentado, ilegible, criptocuerpo. ¿Qué estoy escribiendo? No estoy escribiendo, estoy rascando piedra, esculpiendo sobre lo monstruoso.

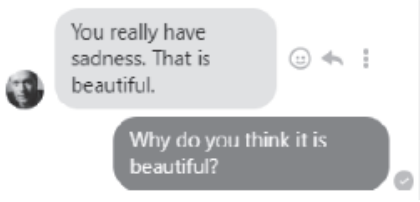
-

Lo que me interesa hablar de Narciso es del momento en el que conoció su imagen. El cuerpo virtual, escribe Roberto Diodato, es *cualquier objeto-imagen que en la actualidad se pueda ver en la pantalla de una computadora, que consiente una interacción que permita modificarlo, de constituirlo como evento específico.* Confrontarse con la imagen propia es volver a nacer, o para algunos otros, es, propiamente, *hacerse de sí*. Nacer porque se puede reconocer. Al reconocerse, reconocer el mundo.

Una infancia eterna, un niñx frente al espejo por primera vez, preguntándose si esos fragmentos que se unen en el espejo son yo. El espejo es el único espejo que no se mueve. El único espejo que refleja de manera estática y que nos da la sensación de estar unificados, porque no habría otra manera de saberlo con tanta certeza, porque nosotrxs solos nos vemos en fragmentos, en brazos y torsos y piernas. El espejo también regresa una imagen virtual – porque vernos completos constituye un evento en sí mismo. Narciso se ve en un espejo que se mueve, que le regresa una imagen que va y viene, *aquí estás ahora, ahora aquí estás, aquí estás, por acá hay más de ti*. Más en ti que tú o la imagen virtual, la imagen en constante peligro de ser modificada para darte más de alguien, formas infinitas de conocerte, como parásito de ti: mi tía, mi abuela, mi madre y yo o las cuatro, a veces, o solo yo, a veces. Pienso en el momento en el que Narciso se ve y encuentra en su reflejo una reiteración del yo, de su origen, de su *estar arraigado a algo*. Mi cuerpo, su cuerpo, nuestros cuerpos y en el resto del agua, lo que no nos reconoce. Este es un intento de encontrarnos en el reflejo acuoso, una y otra vez en lo que

regresan las ondas de agua, por capricho o porque me falta conocernos, o porque no me canso de hacerlo.

Las mujeres de mi iPad



En mi iPad tenía puras fotos de cuerpos de mujeres lastimados, algunos sangrando, algunos excesiva y dolorosamente delgados. Quería dos cosas: ser vista y no ser vista. Quería que ser vista fuera un escándalo, ser una reina del espectáculo de la tristeza. Ese espectáculo demandaba dolor como ofrenda.

Esos cuerpos no estaban humillados, eran bellos, bellísimos en como portaban el sufrimiento. Eran fotos que sacaba de Tumblr. Me gustaba ser libre. Mi papá me decía que podía hacer lo que quisiera. Cuando me quedaba sin dinero, le escribía y me depositaba. En ese entonces, tenía el dinero suficiente para no preguntar en qué me lo estaba gastando.

Un día amanecí en el barco de un inglés que trabajaba conduciendo barcos de gente rica de puerto a puerto. Otro día decidí que quería ir a algún barrio rico, entonces me encontré a un español que trabajaba en finanzas. Nunca entendí que significaba *trabajar en finanzas*. Ese español me decía que lo quería era abrazarme. Nunca le dije que no a un gesto de cariño. Pero quería ser vista de esa manera específica: un espectáculo del martirio.

Un martirio que correspondía a un cuerpo específico. Soportar el dolor, portar el dolor, hacerlo un accesorio. Antes tendríamos las revistas de moda en donde el único dolor posible era el del cuerpo imposible. Ahora teníamos a Tumblr, que escupía cuerpos blancos, mujeres flaquísimas, mujeres llorando, todas convencionalmente hermosas, todas mi marco de referencia.

Hay mujeres que no entendemos que esa ofrenda, la del cuerpo, nos condena más allá de lo que podemos imaginar. El cuerpo enferma porque no tiene de otra. Sara, la madre de mi madre, existe en una pintura solamente para mí y en lo que me cuentan de ella: que encontraron un casete con grabaciones de ella leyendo sus poemas y entonces le pregunto a mi madre si puedo escucharla y me dice que nadie recuerda donde están los poemas. Entonces le pregunto si tiene más fotos, o si tiene algo de ropa o algo material, que me confirme su existencia, la materialice. Pero nadie recuerda donde está nada, entonces Sara está hecha de fragmentos y una pintura, de detalles, como que tenía una mirada muy dura, como que un día le arrebató la navaja a un asaltante, como que el cuerpo estaba enfermo, constantemente, y un día mi madre me llamó y me dijo: ¿Pero por qué cometí esa tontería de llamarte Sara? Porque ella cree que cargamos con el dolor de nuestros ancestros, entonces Sara es un fantasma en el espejo, igual de tangible que los cuerpos en mi iPad, una idea que guardo como brote y entrego el cuerpo físico como si pudiera absolverme a través de la ofrenda, un cuerpo que no enferma o que enferma fuera de mí, lejos de mí, ahí en el agua.

-

No quiero hablar de la verdad. Me levanto como un monumento a la trampa. Pensé: si juego a que soy estatua, nadie me va a poder cincelar. ¿Qué otra alternativa tenía? A pesar de que siempre me ha gustado pensar que soy rebelde, que nunca me confor-

mo, obedecí la doctrina de la feminidad al pie de la letra. Me acurruqué en la vagina imaginaria, me inventé una madre, me inventé un vacío. No había nada más importante que verme así: como los cuerpos de las mujeres que guardaba en mi iPad. No los cuerpos, la imagen. Una Virgen María de la era digital: no se necesita dejar de coger para ser virgen, si no someterse a la imagen de mártir.

Desvaneciéndose

Fuimos a Mérida en familia, una familia que le encanta estar tomando fotos. Fotos de todo tipo, grupales, individuales, entre los primos, todos de blanco, alrededor del comedor, *voltea, güerita, Andrés, deja de hacer caras raras*.

La primera vez que me di cuenta de que no podía completar la imagen de la mujer martirizada pero hermosa, la estatua de la tristeza, fue cuando un novio me dijo que tenía un culo raro. *Cómo que tu espalda se acaba de súbito,* o algo así dijo, algo así recuerdo. Mis primas todas son altas, yo soy la más chaparra. Una vez un artista holandés me dijo *midget,* se cagó de risa, yo también, mis amigas se quedaron congeladas, después yo también. Es que, si vas a ser chaparra, tienes que ser flaca.

Una vez sí estuve muy flaca. Una vez tuve el cuerpo martirizado. Me salieron dos hernias en la espalda baja, la misma espalda que terminaba de súbito y en donde mi culo empieza sin avisar. Tengo una imagen, cuando estaba así de flaca, viendo hacia la luna en la playa. Las mujeres siempre luchamos contra las imposiciones de belleza. Esto no es nuevo para nadie, excepto para mí, siempre que me encuentro luchando de nuevo o resistiendo o sometiéndome al espejo y al ideal. Ya lo había dicho Margaret Atwood: *You are a woman with a man inside watching a woman,*[2] o John Berger: *Men look at women. Women watch themselves being looked at*.[3] Un hombre viéndome

[2] Se traduce más o menos como: *Eres una mujer con un hombre dentro viendo a una mujer.*

[3] Los hombres ven a las mujeres. Las mujeres se observan a sí mismas siendo vistas.

con las hernias: un cuerpo repugnante, rostro hinchado de llorar, nada me consolaba, no dejaba de doler en ningún momento.

La última vez que hablé con mi tía Lucía, la hermana de mi mamá, hablamos sobre lo horrible del dolor. Le dolían los pies, los nervios de los pies, le dolía caminar, le dolía ver su propio rostro. La última vez que vi a mi tía Lucía la vi flaca. Es la persona más flaca que he visto. Me recibió en su cuarto y me dijo que me sentara al lado suyo. Me enseñó fotos en su iPad: ella, con una corona de flores, pestañas virtuales, labios rosas chillones. Siguiente: ella, con una diadema, pestañas más naturales, labios rojos. Mi mamá la chuleaba: ¡Qué hermosa! ¡Qué impresionante la tecnología! Nos veía emocionada, había encontrado algo que la sacaba del cuerpo enfermo o tal vez no la sacaba del cuerpo enfermo, si no la situaba en él y todas sus variaciones virtuales posibles.

Cuando salimos de su cuarto mi mamá me dijo que seguía comiendo cosas con azúcar y que no se tomaba su medicina. La última vez que hablamos, su voz era suave. Lo que más recuerdo de ella, además de sus ojos preciosos, es la forma en la que tensaba el cuello cuando algo la hacía enojar. Después le seguían los labios, que se movían hacia abajo, apretaba la mandíbula. Las dos teníamos imágenes de mujeres en nuestro iPad que nos remitían a un mundo en donde podíamos ser otra.

Cuando era chica me gustaba ir a la casa de mis amigas para sentir otros espacios. Otras limpiezas, otra temperatura. Editar tu propio rostro en una aplicación se parece a eso, a cuando vas a la casa de una amiga tuya por primera vez y te imaginas viviendo ahí, el espacio nuevo como el sueño que exprime, formas nuevas de llenar un refrigerador, olores dulces, baños organizados. Trazar un rostro es imaginarlo en otro mundo.

Mi tía ganó peso, todos pensamos que estaba mejor, porque había ganado peso. A veces el cuerpo también es ilusión, espejismo. Cuando empecé a escalar me empecé a obsesionar con mi cuerpo de otra manera. Ya no era el cuerpo de la mártir. Sigo triste, pero ya no quiero ser un museo de la tristeza.

Algunas verdades están afuera pero de otras es imposible saberlo

LUIS RESÉNDIZ

Cuando era niño me aficioné a subir a la azotea de la casa donde viví de los seis a los catorce años. La residencia familiar tenía un pasillo lateral, que conducía del balcón frontal al patio trasero, con un sólido muro vecino de un lado y una pared con ventanas de oxidadas protecciones metálicas del otro. Parado en el pasillo, ponía los pies en una de las barras metálicas, empujando mi espalda contra el muro, y me impulsaba hacia arriba, aferrándome a las protecciones metálicas mientras trepaba hasta el techo. A veces me raspaba las palmas de las manos: la casa ostentaba filosos rebordes dentados de concreto, típicos de las construcciones edificadas con más interés en la funcionalidad que en la estética. Una vez de pie en la azotea, caminaba un poco por toda la extensión del techo, sintiéndome más despegado del mundo que nunca, casi como si por unos breves momentos existiera yo en una dimensión distinta a la de los miembros de la casa bajo mis pies, conmovido por la vastedad del vacío celeste que pendía sobre mi cabeza; tan aterrado como fascinado por aquello que cierto escritor llamaba "la impresión de abismo que causaban [los cielos], como si uno pudiera arrojarse a ellos, volar al cielo, caerse en él".

De vez en vez, había que subir al techo de la casa familiar no por motivos sensuales sino prácticos. En alguna ocasión, por ejemplo, un zanate se ahogó en el tinaco que teníamos en la azotea. De pronto, y sin razón aparente, el agua con la que nos bañábamos y lavábamos los dientes adquirió un insoportable sabor pútrido, tan intenso que parecía corpóreo. Tuve que subir a la azotea para levantar la tapa de lámina y madera que cubría el tinaco y encontrar, henchido y plumífero, el cadáver del ave ahogada. Mi padre y yo sacamos el cuerpo del pájaro, lavamos el tinaco y dejamos correr hectolitros de agua por las tuberías hasta que la intolerable peste terminó por difuminarse.

En ocasiones como esas no había observación del cielo: el trabajo —el bendito trabajo, ese lastre cuyo culto era lo único

que tenían en común mis padres— no daba tiempo para nada más que para sí mismo. Con todo, a veces, las menos, casi que ninguna, sí se creaba una minúscula rendija que dejaba pasar la pérdida del tiempo. Así sucedió aquella otra noche, cuando el agua dejó de caer del tinaco a la casa —los grifos tosían con aridez cuando abríamos las llaves, arrojando tan solo agrietadas porciones de aire— y tuvimos que subir, de nuevo, a revisar la cisterna, que resultó no tener nada más que un flotador ni siquiera roto. Mi padre lo compuso en un segundo. Ahí sí sobró tiempo, y además era de noche, así que el calor del sureste veracruzano no nos obligó a bajar de prisa so pena de sufrir una insolación. Padre e hijo vivimos un extraño momento de íntima paz entre los dos contemplando el firmamento.

Soplaba una tímida brisa nocturna —rara vez el viento se anima a otra cosa en aquel lugar capaz de alcanzar los 45 grados con la mano en la cintura— que agitaba las hojas del almendro que se prolongaba sobre nuestra casa. Encima de nuestras cabezas, el cielo nocturno de la ciudad, un degradado que del negro se despeñaba en un naranja amarillento producto de tanta luz encendida: en las ventanas de las casas, en las farolas callejeras, en las refinerías petroleras que le escupían fuego al cielo cuando el sol se ocultaba. Mirábamos el firmamento en silencio: un padre y un hijo, separados por un abismo de rencores en gestación, contemplando el cielo como si fueran los primeros bípedos homínidos que alzaban la cabeza para intentar descifrar la noche.

Súbitamente, mi padre, que hasta entonces estaba sumergido en un contemplativo silencio, rompió la quietud para preguntarme si lo veía. ¿Qué cosa?, recuerdo que pensé sin atreverme a contestar. ¿El cielo? ¿Las escasas estrellas? En su voz repiqueteaba el timbre del pasmo. Mi rostro de incomprensión lo orilló a reformular, pero ahora con la frase poseída por la autoridad, es decir, con una pregunta que sonaba menos a pesquisa que a mandato, una interrogante que ya prácticamente había abando-

nado su cariz dubitativo y que comenzaba a transformarse en una robusta sentencia sin signos de interrogación.

Una oscura ansiedad me anegó: yo no veía nada, o nada más que el infinito cielo y sus infinitas estrellas y su infinita negrura y, dibujada en ellas, mi no menos interminable soledad de niño, y mi padre entonces me espetó con una de esas frases secas que podían venir revestidas de considerable filo: "Es una nave", cinceló, así, sin que la incertidumbre se colara en su sentencia, sin que siquiera se abriera un mínimo boquete, una ínfima fisura por la que se pudiera deslizarse una poca o una nada de duda: "Es una nave", me repetió, más comandante que interrogante y yo, que era un niño y que a menudo me veía no intimidado sino desvanecido, invisible ante su autoridad totalitaria y sus gritos de corte militar y su didáctica de la golpiza, un niño blandengue con la desesperada necesidad de gustar, de complacer, de deleitar al pétreo adulto que tenía por padre, un niño que no veía nada en el cielo, o al menos nada que pudiera corresponder siquiera remotamente con lo que él veía o decía ver, le contesté fingiendo asombro, mintiendo cabalmente a fin de obtener una borona, una mirruña, una astilla de aprobación: "Sí, lo veo".

No hubo marcha atrás: a partir de ese momento, a fin de mantener el vínculo que tendí con mi padre a partir de esa mentira, tuve que fingirme un verdadero creyente de la vida en otros planetas.

* * *

En mi interior habitan, al menos, dos bestias de temperamentos notablemente distintos. Una me recuerda a mi madre: solitaria, un tanto cohibida, un tanto insegura, prudente hasta la exasperación e incluso la mezquindad, permanentemente ansiosa respecto al futuro. La otra me recuerda a mi padre: profundamente social, casi festiva, de una arrogancia prácticamente insoportable

y una impulsividad eléctrica que colinda con la negligencia. A lo largo de mi vida, y desde que era un niño, ambas bestias se han alternado para tomar posesión de mi personalidad: a veces soy apenas un poco más una que la otra; a veces soy decididamente una de las dos, y a veces, la mayoría de las ocasiones, podríamos decir, soy un híbrido de ambas.

Hay periodos de mi vida, sin embargo, que en retrospectiva puedo señalar con claridad como terreno de alguna de las dos bestias. Cuarto de primaria, por ejemplo, fue propiedad innegable de la calma bestia. Durante un año entero me sentí plenamente inadecuado; incapaz de entablar vínculos significativos con mis compañeros de clase; vetado sin remedio de la posibilidad de compartir algo con otro ser humano. El mundo entero me resultaba ajeno: mi existencia misma era una anomalía inexplicable. No me quedaba más remedio que seguir, pero mi deseo máximo era, sencillamente, dejar de estar.

A principios de ese curso escolar, no obstante, recibimos la visita de un forastero: un nuevo compañero de clases que había llegado a la escuela desde otro plantel y que no conocía a nadie. El sujeto era decididamente raro, y con el paso de las semanas, que a esa edad se sienten como largos lustros, en nuestra soledad encontramos compañía: comenzamos a platicar en los recesos y ratos muertos. Resultó, además, que vivíamos cerca el uno del otro, y que mi madre y su madre se llevaron bien. Comenzamos a visitar la casa del otro por las tardes, después de la escuela: compartíamos el gusto por las ciencias naturales, por algunos programas de televisión, por ciertos ejercicios matemáticos y por la vida en otros planetas, lo que a los diez años equivale, básicamente, a ser almas gemelas.

Así, nació entre los dos una natural amistad que me ayudó a sobrellevar el cuarto año. Los dos nos sentíamos exiliados en un lugar donde no éramos del todo comprendidos, y con el tiempo, gracias a esa facultad alucinatoria que tienen los niños, una idea

empezó a germinar entre los dos: nosotros, él y yo, éramos extraterrestres. Todos los indicios estaban ahí: nuestra acuciante soledad, la incapacidad quemante de relacionarnos con otros niños, la distancia evidentemente insalvable entre nosotros y el resto de los miembros de nuestra especie. La realidad era obvia y como todas las cosas obvias, se imponía: estábamos abandonados en este planeta por causas desconocidas, y nuestra única misión vital era, precisamente, volver a nuestro lugar de origen, que se encontraba detrás de las estrellas.

Descubrir mi origen extraterrestre fue la mejor cosa que me había pasado hasta entonces. Alcanzaba para explicar todo: mis rarezas, mi incomodidad social, mi dificultad para comunicarme con todos, pero especialmente con mi familia. Sobre todo, me daba un pretexto perfecto para explicar el insalvable abismo que me separaba de mis padres: nuestra mutua incomprensión no era culpa de nadie sino de mi origen alienígena. Mi padre, mi madre, yo mismo: todos podíamos ser perdonados por nuestras ofensas porque nadie había elegido voluntariamente como familia a un miembro de una especie extraterrestre. Todo había sido un accidente, una funesta casualidad que nos había unido por espacio de unos pocos años humanos pero que, ahora que era plenamente consciente de mi origen interplanetario, podíamos llevar a su natural final: una separación limpia e indolora.

De esa forma, el secreto de nuestra identidad extraterrestre se convirtió en una obsesión que abarcaba todo el tiempo libre que mi amigo y yo teníamos en conjunto. Los momentos entre clases, los recreos, las tardes en la casa del otro: cualquier oportunidad para conversar era suficiente para internarnos en la creación de nuestra propia mitología. Incluso teníamos un sitio idóneo, detrás de la biblioteca de la escuela primaria Licenciado Benito Juárez, donde nos sentábamos a conversar: nadie quería pararse ahí porque había una placa de concreto de la que se decía, como se dice de todas las escuelas de educación básica del mundo, que se trataba de una

lápida que delataba que la escuela había sido construida sobre un cementerio.[1]

Los recreos se evaporaban entre chetos naranja y teorías que explicaban nuestra estancia en este planeta: habíamos sido arrojados aquí por error, o no, por un experimento, ajá, por un experimento, o quizá ni siquiera llegamos juntos: ¿por qué habríamos? ¿Eso quiere decir que hay más *como nosotros*? Claro que sí: ¿por qué habríamos de ser los únicos en este planeta de seis mil millones de habitantes? Por supuesto, por supuesto: ¿habrá más aquí? ¿Aquí? ¿Dónde aquí? ¿En Coatzacoalcos? ¡¿En la escuela?! No lo sé: hay que estar atentos...

Un día, mientras nos encontrábamos en una sesuda disquisición acerca de la naturaleza de los poderes que podríamos tener o no en este plano de la existencia —mi amigo juraba que era capaz de crear esferas de energía, y yo estaba convencido de poder leer la mente de otros seres humanos—, fuimos interrumpidos por una presencia inesperada: una compañera de clase que se asomó a nuestro pequeño club de lo extraplanetario para curiosear y robarnos un par de chetos. Se sentó a nuestro lado, mirándonos alternadamente mientras nosotros sentíamos que nos petrificábamos, asombrados ante su audacia. La niña masticó un par de chetos mientras le daba sonoros sorbos a un boing de uva. Mi amigo y yo, tras unos segundos de meditarlo, y unidos por el vínculo psíquico que une a las personas que provienen de otros cuerpos celestes, decidimos en silencio contarle todo. "Te vamos a contar un secreto", le dijimos, inquietos, "pero tienes que prometer que no se lo vas a decir a nadie". "Ok", respondió nuestra compañera mientras apachurraba el bote de boing y se limpiaba los dedos cubiertos de polvo de queso en el pliego de la falda. "¿Qué fue, pues, a ver?"

---

[1] Años después, durante una reunión escolar, me acerqué a ver la dichosa lápida de cerca y con atención: era una tapa de la Comisión Municipal de Agua y Saneamiento de Coatzacoalcos.

Como es natural, le contamos todo lo que *sabíamos*: en términos generales, que no éramos humanos, que habíamos sido depositados en este planeta hace mucho tiempo y que apenas habíamos despertado a esa realidad insólita, que estábamos pensando en cómo regresar a lo que llamábamos casa. Queríamos volver, claro: era evidente que aquí no nos adaptábamos y que tendríamos que migrar de vuelta con los nuestros. El experimento había fallado. Los extraterrestres éramos, en efecto, ajenos a la tierra. La niña se nos quedó mirando fijamente por unos momentos, mientras digería el enorme torrente de información que le habíamos proporcionado. "Ya me lo imaginaba", dijo después de un rato que se prolongó de forma agónica. "Tu cuello siempre ha sido muy raro", me dijo. "Y tú tienes unos dedos muy extraños", terminó, refiriéndose a mi amigo. "Y bueno, ¿cómo le van a hacer para regresar a su planeta? ¿Van a dejar la escuela botada? Sus mamás se van a enojar".

A partir de ese momento, nuestra comitiva interplanetaria de la hora del receso la incluyó a ella. Fueron algunas de las semanas más felices que he vivido: el día valía la pena tan solo de pensar en la media hora que tendría para hablar con mis amigos, los únicos que me comprendían en el mundo y, acaso, en la galaxia entera. Arribábamos al escondite cargados de botanas, tantas como nos alcanzaba con el dinero que nos daban —cinco pesos al que menos, diez o quince a quien más— y conversábamos profusamente acerca de nuestra procedencia y nuestro destino, primero, y sobre las posibilidades de la vida extraterrestre, después. Nuestra amiga parecía especialmente interesada en entender los funcionamientos de la mecánica interestelar y juntos nos embarcábamos en prolongados razonamientos acerca de la naturaleza de las naves espaciales que transportaban seres de un planeta a otro.

A menudo, las conversaciones se desviaban hacia los problemas domésticos que vivía cada uno de nosotros: las infidelidades paternas y maternas, los golpes que recibíamos o presenciábamos en casa, la escasez de dinero, las exigencias y las presiones

insalvables que imponían nuestras madres y padres sobre nosotros. Cuando la conversación se ponía demasiado densa, siempre podíamos volver a hablar de nuestra vida extraterrestre y de la posibilidad de que nuestra amiga nos acompañara de vuelta a nuestro planeta. El júbilo se encontraba en la construcción de una ficción colectiva y escapista: acaso en el fondo siempre supimos que todo se trataba de una charada erigida en pos de la amistad. La ficción material del relato, sin embargo, no impedía que el vínculo entre los tres fuera menos real. Entre nosotros se tejía algo íntimo y sagrado, algo que no podíamos enseñarle a otras personas y que nos pertenecía únicamente a nosotros: un código secreto, como escribió Ricardo Piglia, a nosotros nos unía un lenguaje común, un idiolecto, un idioma privado que resulta una condición indispensable del amor.

Nuestro club terminó abruptamente. Acaso fue mejor así, antes de que los primeros aires de la adolescencia nos golpearan y terminaran de arrebatarnos la inocencia que nuestras infancias aún nos permitían conservar. Nuestro amigo se fue un día, tan abruptamente como llegó: su padre había sido trasladado de ciudad, de nuevo, y ahora debía marcharse en breve y terminar el ciclo escolar en otro estado. Nos despedimos sobre la lápida, con la cabeza gacha y sin poder dejar de mirarnos los zapatos sucios, arrebujados de tierra. No nos abrazamos. Quizá nos encontráramos de nuevo después, pensamos en silencio todos, o al menos eso fue lo último que alcancé a percibir con mis evanescentes habilidades psíquicas. El ciclo escolar terminó sin nuestro amigo, y también sin nuestro club, que no podía sostenerse solo con nosotros dos. Nuestra amiga volvió con sus amigas y yo terminé el ciclo escolar igual que como lo empecé: solo, garabateando dibujos en las mesas durante los recreos, añorando aquellos meses diáfanos en los que estuve convencido de ser un extraterrestre.

Las asesinas de los voladores de Papantla

DIEGO RODRÍGUEZ LANDEROS

(Fragmento XXVII)

A lo largo del siglo XX el petróleo y el gas sustituyeron, en parte, al carbón mineral en muchas de las actividades industriales, energéticas y de transportes. Debido a la emergencia del cambio climático, en lo que va del XXI se han puesto en marcha numerosas iniciativas ambientalistas como la Powering Past Coal (liderada por Reino Unido y Canadá y conformada por un puñado de países, regiones y organizaciones) para reducir o eliminar su uso. Sin embargo, existen industrias enormes y fundamentales que se niegan a hacerlo. La siderurgia, encargada de producir acero, es una de ellas.

El acero no es otra cosa que hierro con una pequeña proporción de carbono. Para fabricarlo se recurre a la combustión de coque, un tipo de carbón mineral que, además de servir para la fundición del metal, se incorpora como componente de la nueva aleación.

Debido a su mayor resistencia y maleabilidad, el acero permitió fabricar en el siglo XIX rieles cada vez más largos y eficaces para vías de minas y ferrocarriles (en siglos anteriores los rieles eran de madera, granito o hierro fundido, pero su vida útil era de pocos años o incluso meses), locomotoras y vagones, maquinarias fabriles, edificios, puentes, herramientas, vigas, muebles, barcos, máquinas de dragado para la construcción de puertos y, desde luego, armamento cada vez más sofisticado y letal.

La extracción, transformación y uso del hierro, existentes al menos desde el siglo XII a. C., experimentaron un crecimiento exponencial a partir de la siderurgia detonada por (o detonadora de) la Revolución Industrial y sus hogueras de coque. No resulta en ningún sentido exagerado afirmar que a raíz del perfeccionamiento de las técnicas acereras la faz del mundo cam-

bió. La aleación de metal y carbono que, mediante explosiones, combustiones y fundiciones, ha invadido la superficie de la Tierra y condicionado las dinámicas de transformación global representa una presencia digna de tomar en cuenta a la hora de postular un nombre significativo para el presente.

El Aceroceno

En la nota número 7 del capítulo "Generar parentesco" de su libro *Seguir con el problema*, Donna J. Haraway escribe: "¡El sufijo '*-ceno*' prolifera! Me arriesgo [se refiere a la acuñación de su propio concepto *Chthuluceno*] a esta superabundancia inspirada en los significados de la raíz '*-cene/kainos*', a saber, la temporalidad del espeso, fibroso y grumoso 'ahora', que es y no es antiguo".

Yo también me arriesgo a participar en este divertido y a veces profundo juego del lenguaje y el pensamiento consistente en resumir el "grumoso 'ahora'" en una palabra compuesta con el sufijo.

Advierto que Aceroceno no es mi carta fuerte, pero de todos modos con ella entro al ruedo, tomo el guante y lo lanzo.

En primer lugar, la datación. Mi *-ceno* comienza en la segunda mitad del siglo XVIII y llega hasta el presente. Época en la que el uso del acero se ha extendido a lo largo y ancho del planeta a tal grado que casi cualquier mueble o inmueble que utilizamos los humanos es de ese material, lo contiene como una de sus partes o se ha relacionado de alguna manera con él en los procesos de elaboración, almacenamiento, transporte o comercialización. Cerca de 250 años en los que la civilización moderna, capitalista e industrial ha levantado un cuerpo vigoroso que sin acero se quedaría huérfano de calaca, guango y escurrido, pellejo que el regenerador Xipe Totec espera un día

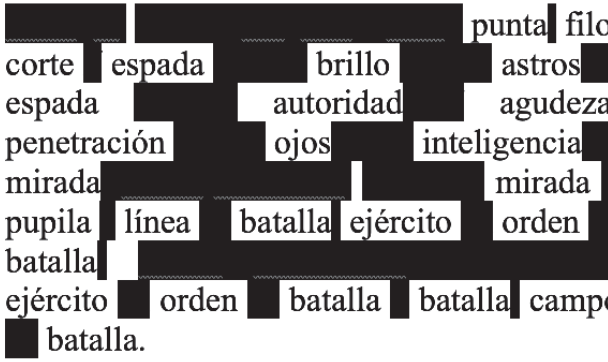
llegar a vestir, como antes vestía el cuero de los desollados para garantizar la continuidad de la vida.

En segundo lugar, el significado. Además de una aleación de hierro y carbono, ¿qué cosa es el acero? Para saberlo hay que leer la tarjeta perforada que se encuentra debajo de las letras. Utilizo un viejo aparato que guardo en el fondo de mi librero para ocasiones como esta: el *Diccionario latín-español* de Julio Pimentel Álvarez que me regaló la Güera Maurer, una de mis amigas de la Universidad. Localizo el origen del vocablo: *acies*, cuya entrada arroja la siguiente información:

> ăcĭēs, ēĭ, f. (gen. arc. *acii* y *acie*), punta, filo, corte // espada ¶ (fig.) brillo (de los astros) // espada (de la autoridad) ¶ agudeza, penetración (de los ojos, de la inteligencia) // mirada, *aciem intendere*, tender la mirada // pupila ¶ línea de batalla; ejército en orden de batalla; *aciem constituere*, disponer el ejército en orden de batalla // batalla; campo de batalla.

Pocas cosas tan bellas como una definición de diccionario latín-español. Se podría recortar de la página y enmarcar: podría ser un sello: podría ser la marca de hierro candente con que un mercader de esclavos identifica a los humanos de su propiedad. La caja de texto es hermosa y modesta: su tamaño permite una página a doble columna. Los signos tipográficos desbordan el repertorio de lo cotidiano sin incurrir en el emoji. Los acentos córneos y horizontales escanden las cantidades vocálicas. Las dobles barras diagonales despiertan las tensiones de un músculo. Las cursivas son corrientes marinas vistas desde una cima. ¡Y qué decir de la presencia totémica de los calderones: ¶ ¶ ¶, cesantes, enigmáticos, engolados!

Como se trata de la definición de un sustantivo, hay que fijarse solo en los nombres castellanos y tachar los otros elementos:



La lectura del QRL revela los siguientes datos. Hay 19 sustantivos en español distribuidos en 26 palabras, o sea que algunos se repiten. Los repetidos y su frecuencia son: espada (2), mirada (2), ejército (2), batalla (5).

Las palabras más repetidas (espada, ejército y batalla) remiten al ámbito de lo marcial y lo bélico, que evidentemente se perfila como el sentido dominante del código. Todos los otros sustantivos embonan perfectamente en la milicia y sus actividades. Desde la **autoridad** acatada hasta los **astros** que indican los rangos jerárquicos, pasando por la **mirada** de los **ojos** centinelas de **pupilas** con **filo** de francotirador y el **brillo** de las **espadas** de un **ejército** que **penetra** en el **campo** de **batalla**, **batalla**, **batalla**, **batalla**, **batalla**, haciendo con **inteligencia** un corte en la **línea** enemiga.

Primera conclusión: en el Aceroceno lo bélico se vuelve una característica central y se impone como medida de todas las cosas. Los valores principales son el esfuerzo, la obediencia, la lealtad, el honor y la resistencia, pero también la porosidad moral que permite violar todas las barreras éticas al instaurarse el estado de excepción. La guerra se torna praxis obligada a la hora de afrontar lo territorial, lo político, lo económico, lo científico, lo cultural, lo social, lo psicológico y lo corporal, como lo

demuestran, por ejemplo, los bisturíes médicos y las agujas.

Aquí las estrategias militares pautan las relaciones con la naturaleza y convierten cualquier aspecto de la realidad en una colonia penitenciaria administrada por el ejército, en un teatro de operaciones bélicas que se ha expandido hasta llegar a ser simultáneo, ubicuo, sistémico, productivo e hipertecnologizado. Culturalmente hablando, el Aceroceno es una gran guerra de los ejércitos brillantes de la productividad y la fortaleza contra la oscuridad holgazana y putrefacta del mundo. Una guerra del fuego contra la tiniebla, aunque paradójicamente el humo ha terminado por ensombrecer el cielo.

La otra palabra repetida en el QRL es "mirada", que postula un campo semántico regido por lo visual, lo retiniano y, extensivamente, lo racional, lo inteligible, lo parcelable. Figuras del pensamiento como la metonimia, la sinécdoque y la metáfora conectan "mirada" con *ojos, pupila, brillo, agudeza,* p*enetración, inteligencia* y, estirando las relaciones, con *autoridad, línea, orden, campo, ejército.* Eso postula un tipo especial de mirada: no la que se desliza, contemplativa y acariciadora, por el espacio y las formas, sino la que ordena y dispone relaciones de defensa y ataque: la visión de la torre, la atalaya, la cámara de vigilancia.

Segunda conclusión: el Aceroceno es el tiempo de una civilización que, infatuada por el sentido de la vista, se comporta agresiva y desdeñosa con otras formas de conocimiento y sensualidad porque escapan a los rectos lineamientos de su neurosis vigilante. La mirada del Aceroceno se concentra en interpretar el mundo según criterios visuales que orbitan en torno a abstracciones como el orden, la inteligencia, las relaciones de autoridad. Una gran pupila racional que encasilla los elementos de la vida en competitivos dameros de ajedrez.

Ahora bien, hay una palabra que refulge con semántica excepcional, como estrella solitaria en el cielo nocturno:

Lo que sucede cuando uno ve con atención una estrella solitaria es que descubre de inmediato que no es solitaria. Pronto aparecen otros puntos titilantes. Pronto el cielo se llena de astros, mundos, conjuntos. Y pronto, si uno tiene tiempo, paciencia y deseos de descubrimientos, surgen las relaciones. Los astros, siempre nocturnos y plurales, son el emblema y el modelo de toda relación, ya sea entre elementos del cosmos (constelaciones) o cosas terrestres (ecosistemas, sintagmas, amistades, ruidos). Los puentes entre las cosas, así como las consecuentes figuras que dibujan, nunca se advierten en el orden meridiano.

De día solo hay una estrella que monopoliza el sentido. Bajo el monolito solar, los elementos parecen existir ensimismados, polarizados entre las apariencias de lo lógico y lo absurdo propias de las cosas aisladas. Únicamente, después del crepúsculo comienzan a insinuarse los misteriosos vasos comunicantes que le dan organicidad a la dispersión. Solo bajo el auspicio de las estrellas nocturnas se puede atisbar el Gran Sentido del Universo, un sentido de poliedro múltiple, fractal, de avatares infinitos, irremediablemente parcial y cambiante según la posición desde la cual se observe, donde caben todas las interpretaciones y que resulta irremediablemente misterioso, oscuro, impenetrable, esotérico, mendaz pero verdadero.

Una de las relaciones más debrayadas y, al mismo tiempo, conocidas entre el lejanísimo e inalcanzable ámbito sideral y los cuerpos cotidianos es la química: la composición íntima de la materia, lo más propio y constitutivo. Que en la definición de *acies* se lea *astros* no extraña. El mismo hierro y carbono de nuestros utensilios de cocina abunda en los cuerpos celestes. Astronomía y química son, quizá, la misma ciencia, como el telescopio y el microscopio son el mismo aparato.

En marzo de este año 2020 se publicó la noticia del descubrimiento de un planeta llamado WASP-76b donde hay tanto hierro que la lluvia es de ese metal. Se trata de un cuerpo celeste que forma parte de la constelación Piscis. Se encuentra ubicado a 390 años luz de la Tierra, es gigante, ultra caliente y tiene dos caras fijas respecto a su estrella madre (como la Luna, cuyo tiempo de rotación dura lo mismo que el de su traslación, lo cual hace que siempre muestre la misma cara a los terrícolas). El lado diurno alcanza los 2,400°C. Con ese calor, el hierro no solo se funde sino se evapora. Convertido en aceradas nubes de tormenta que seguramente adquieren formas brutales, viaja por acción del viento hacia la cara nocturna del planeta, donde por efecto del cambio de temperatura (aproximadamente 1000°C menos) se condensa y se precipita como una lluvia de balas o cuchillos.

¿El Aceroceno nació bajo el auspicio del Gigante de Hierro? ¿El signo zodiacal de los terrícolas de este periodo es Piscis con ascendente en WASP-76b? ¿En algún momento del pasado un enviado de ese planeta vino a la Tierra a darnos el acero? A determinadas horas de la noche, cuando el insomnio, la marihuana y el algoritmo de Youtube me roban la sensatez y me introducen en conspiraciones alienígenas, recuerdo los relatos mitológicos que ubican el origen de la humanidad en un punto remoto del tiempo en que ciertas divinidades celestes bajaron y le dieron a un primer hombre –siempre un sujeto masculino convertido en héroe cultural– los dones del fuego, la palabra, las herramientas y las armas: el *acies*.

La consideración de ese regalo estelar como punto inaugural de lo humano postula una idea específica del **Ántropos**: un humano es *exclusivamente* un Hombre con herramientas, armas, fuego y palabras para cantar su propio mito celeste. El canto, repetido una y otra vez, no tarda en devenir programa, misión, tarea y justificación de todo tipo de atrocidades y reducciones mentales. Durante los breves descansos que le permite el onanista afilamiento de sus cuchillos, esa humanidad alza la mirada al cielo e, imposibilitada para ver las infinitas relaciones que se le presentan, se empeña en hallar la única estrella que no existe: aquella de donde bajaron las divinidades que le otorgaron los dones primigenios. Señala un lugar en el firmamento, miente y continúa con el trabajo: la construcción de un cohete espacial a bordo del que un día despega por fin con rumbo a la estrella inexistente. Pero la nave explota antes de cruzar la estratósfera: la vida reducida a chatarra chamuscada por el queroseno.

Entonces apago la pantalla, aburrido y decepcionado por el tiempo desperdiciado en una historia tan mala y me digo: ¡chale, qué pinche jalada! Una insensatez grandilocuente e innecesariamente fálica: eso me parece el deseo de ir al espacio a bordo de un cohete. Una mafufada de las malas. Para mí son mil veces preferibles los laberintos de la superficie o, ya si me pongo burbujeante, los descensos a las medinas oscuras de las alcantarillas.

Respeto a Rodolfo Neri Vela, el primer astronauta mexicano, objeto de ovaciones en cada auditorio donde se presenta, ungido por las universidades y el gobierno como ejemplo para la juventud estudiosa; sin embargo –y esto es mi declaración de principios–, si tuviera que escoger un personaje vernáculo con escafandra para su inmortalización en estatua o para convertirlo en personaje de novela me decantaría por Julio César Cu Cámara, el silencioso y tímido buzo del drenaje de la Ciudad de México, el rifado maestro órfico asiduo del anecúmeno.

Laura fue dinamita

PATRICIA SALINAS

En su libro *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador,* el sociólogo francés Loïc Wacquant afirma que los pugilistas pertenecen a una estirpe especial. Explica que la fraternidad que vive entre los peleadores de un gimnasio tiene su origen en saberse poseedores de fuerza, rudeza, resistencia y valentía, es decir, de las características que encarnan la "virilidad" que el boxeo exige, pero sobre todo, explica, esa hermandad se fortalece aún más por la notable ausencia de mujeres en los entrenamientos.

En el gimnasio del barrio negro de Chicago donde Wacquant entrenó y realizó sus investigaciones de 1988 a 1991, las mujeres solo eran toleradas como espectadoras, eran vistas por entrenadores y boxeadores como una distracción, como seres sexuales que una noche de lascivia podían echar a perder meses del valioso esmero de un varón. Ni hablar, por supuesto, de la posibilidad de que alguna entrenara junto a ellos. No había manera. En su sesudo ensayo, el sociólogo francés incluso llega a decir que la ausencia de mujeres es parte de la esencia misma del boxeo.

Me da un poco de gracia que lo creyera tan firmemente; a fin de cuentas, aún faltaba más de una década para que Don King considerara conveniente –o sea lucrativo– promover peleas de boxeadoras en los grandes escenarios de Las Vegas. El hecho de que apenas en los últimos veinticinco años las mujeres hayan podido ser protagonistas de este deporte –fue hasta Londres 2012 que compitieron en boxeo olímpico, por ejemplo– obedece a que debieron ir rompiendo las barreras que les impedían hacerlo, que no solo eran morales, sino hasta "médicas" y legales. Se argumentaba que en un cuerpo femenino, los golpes en senos y vientre podrían ocasionar cáncer y que claramente no resistirían una pelea, aun cuando las mujeres son capaces de casi partirse en dos para dar vida a otro ser humano y han soportado las palizas de sus parejas durante siglos con la salvedad de que nunca se les había enseñado a defenderse.

Las puertas de los gimnasios no se abrieron sino hasta que ellas las dinamitaron para derribarlas. Las restricciones legales para que boxearan profesionalmente fueron desapareciendo poco a poco en los distintos países gracias a que, en cada caso, hubo una mujer testaruda haciendo lo imposible por derogarlas. En México, quien emprendió esa batalla fue Laura Serrano.

En 1989, Laura estudiaba derecho en la UNAM cuando vio que una mujer menuda entrenaba en Ciudad Universitaria con el equipo de boxeo. Le sorprendió tanto que aquella chica en apariencia frágil se ejercitara tan rudamente, como el hecho de que en una universidad se enseñara una disciplina que era calificada por muchos como brutal y salvaje. Fascinada, Laura empezó a entrenar y pronto desarrolló las habilidades de una boxeadora de primer nivel. La gente la miraba extrañada cuando entraba a los gimnasios, donde ni siquiera había vestidores para mujeres, y la calificaban burlonamente como lesbiana o una loca en busca de novio. Era una rara. Laura tuvo que ser muy tenaz para conseguir entrenador y ganar reconocimiento, así como respeto dentro y fuera del ring.

"Mis inicios como boxeadora amateur –dice Laura– se caracterizaron por la clandestinidad de los combates, pues al no estar regulado nuestro deporte, las peleas carecían de legalidad y seguridad, por lo que tenían características muy especiales. Peleábamos con quien se pudiera, a veces las rivales eran más pesadas, otras, era a la inversa; carecíamos de supervisión médica, no recuerdo un solo combate amateur en el que nos hicieran un examen médico previo, mucho menos posterior a los combates. Teníamos que armarnos de valor no solo para subir al ring, sino también para adaptarnos a las condiciones insalubres, a los 'sanitarios' malolientes que, cuando teníamos suerte, podíamos utilizar, o nos cambiábamos en lúgubres intentos de vestidores; a la hora de subir a los cuadriláteros padecíamos por las paupérrimas condiciones en que algunos estaban".

Las chicas boxeadoras de aquellos años peleaban en rings improvisados, algunos sin lona y con una sola cuerda en su perímetro, a la mitad de una calle de la Ciudad de México o en pueblitos empolvados donde a veces no había alumbrado público y tenían que boxear en penumbras. La gente iba a verlas por morbo, para mirar con sorna y diversión su atrevimiento varonil. "Vamos a ver cómo se dan en la madre las viejas", decían; pero cuando veían que efectivamente se daban en la madre bien y bonito, la burla se transformaba en admiración y al final de la contienda los espectadores les pedían autógrafos y fotografías.

Una tarde de 1994, Laura estaba trabajando en un juzgado del Reclusorio Oriente de la Ciudad de México, cuando le avisaron por teléfono que su primer combate profesional estaba pactado: la cita sería el 7 de mayo en el hotel MGM de Las Vegas, en un cartel donde se disputarían cinco títulos mundiales (entre ellos los de Julio César Chávez y el Finito López) y su rival sería nada más y nada menos que Christy Martin. Martin era triple campeona mundial y la estrella de Don King, era por supuesto la cara más reconocida del boxeo femenil: con un récord de 31 peleas –21 de ellas ganadas por KO– tenía la fama de ser una versión femenina de Mike Tyson. Laura estaba consciente de que la querían como carne de cañón, aun así decidió aprovechar su oportunidad.

El calibre de su pelea de debut era espeluznante, como para deshacerle de miedo las tripas a cualquiera o por lo menos inducirle un ataque de pánico. Nadie le vaticinaba un buen final, la prensa llegó a afirmar que no tenía posibilidad de sobrevivir, e incluso su propio mánager le subrayó que no estaba obligada a ganarle a la norteamericana. "Solo Julio César Chávez creyó que yo podía derrotar 'a esa pinche güera'", dice Laura; unas semanas antes habían entrenado juntos en el gimnasio Nuevo Jordán y él pudo ver que su calidad de boxeo le daba posibilidades reales de dar batalla.

Laura llegó sola a Estados Unidos. Su entrenador no hizo ni el intento de tramitar su visa porque, si la acompañaba, corría el riesgo de perder su licencia al apoyar el boxeo profesional femenino, que estaba prohibido en la Ciudad de México. Un día antes de la función, en el gimnasio que le asignaron, Laura conoció a Adán Almaguer, un entrenador que tenía una hija también boxeadora; a falta de acompañantes, él fue quien gentilmente la auxilió en su esquina durante la pelea.

Con el corazón explotando en su pecho, Laura subió al ring del colosal MGM ataviada con un sarape blanco que llevaba bordada con lentejuelas la imagen de la Virgen de Guadalupe, a quien a esas horas su madre encendía una veladora para pedir por la protección de su hija. En la otra esquina, Christy se pavoneaba con su ya característico traje color rosa rodeada por su equipo.

Sonó la campana y Laura saltó al centro del ring con zancadas entusiastas. En los primeros dos rounds la mexicana tardó un poco en definir su ritmo y distancia, la conectaron varias derechas de Martin que la hicieron retroceder para plantarse bien en el suelo; la americana parecía sentirse a sus anchas cazando a Laura con la mordacidad de quien asume al rival como presa fácil y quiere terminar la noche rápido. Pero pronto descubrió que estaba en un error: varias combinaciones de rectos de izquierda y derecha rebotaron en su cabeza, una tras otra. Conforme pasaban los segundos Laura era más ágil y precisa, aun si los cabellos se le escapaban de la coleta y estorbaban su vista, ella se desplazaba con ligereza a lo largo de todo el ring y cambiaba de guardia derecha a zurda con tanta gracia que parecía el movimiento más fácil y natural del mundo.

A partir del tercer round la lona se encendió; ya completamente despeinada, Laura imponía el tiempo de la pelea y sus piernas le ayudaban a burlar los golpes de Martin, quien cada vez lucía más desconcertada ante la gran condición física de

su rival. A base de combinaciones largas de *uppers* y rectos de derecha e izquierda, con el público de fondo gritando "¡Duro, duro!", la mexicana no daba respiro a Martin, cuya victoria se tambaleaba peligrosamente. El combate terminó, con los ojos morados Christy sangraba de nariz y boca; Laura solo tenía un poco lastimada la nariz. Contra todo pronóstico los jueces declararon un empate, pero si la decisión hubiera dependido de los espectadores, la victoria habría sido para Laura. Esa fue la mejor pelea de la noche.

***

Ya trepada con toda justicia en las grandes ligas del boxeo profesional, en 1995 Serrano tuvo la oportunidad de pelear por el título mundial de peso ligero de la WIBF contra la irlandesa Deirdre Gogarty. Ambas tenían 25 años. La mexicana de nuevo llegó sola, otra vez fue acompañada en la esquina por el señor Almaguer, pero ahora subía al ring con un cabello muy corto que le ahorraba preocupaciones y un uniforme azul y oro con el escudo de los Pumas de la UNAM en un costado. Fue presentada con estridencia como la "Poeta del ring", pues además del boxeo era aficionada a la literatura e incluso escribía poesía.

Apenas sonó la campana la pelea inició con intensidad, nada de medias tintas o perezosa cautela. Esas mujeres pelearon cada round como si fuera el último. Laura se notaba segura, su ya pulida técnica ahora alcanzaba la más fina y violenta elegancia. Brincoteando con la ligereza de una bailarina de ballet, se desplazaba por todo el ring imponiendo su distancia, su cadencia y sus arranques de velocidad, mientras conducía a Gogarty al sitio que se le antojaba. Sus saltos de venadito y su cintura en alerta le permitían salir de las zonas peligrosas y, fiel a su estilo, intercalar continuamente su guardia derecha e izquierda.

Con los pies en punta Laura flotaba bucólicamente. Pero esto no era un paseo en el campo y esa tarde ella alimentaba una hoguera. La armonía de sus desplazamientos laterales y hacia atrás estaba lejos de ser dancística, su único propósito era atraer a Deirdre y encerrarla en combinaciones de golpes que subían y bajaban de la cabeza al torso, del abdomen al rostro, yendo de los volados a los ganchos con apabullante determinación.

La guardia de Laura era más bien baja, pero combinada con su refinado juego de piernas, le permitía ver a su rival, estudiarla y cazar el segundo exacto en que la confusión de recibir golpes por todos lados abría un espacio generoso para clavarle a Gogarty densos rectos de izquierda y derecha. Explayándose por todo el ring, Serrano cabeceaba y salía del ataque contrario aterrizando en su rival *uppers* y ganchos al hígado. Conforme avanzaban los rounds la intensidad se elevaba aunque cada vez parecía más imposible que se pudiera pelear mejor. Ambas boxeadoras arribaron a ese 20 de abril con una condición física fuera de este mundo.

Con las llamas de la pelea trepidando alto, Laura empezó a concretar combinaciones de golpes muy largas: si en el tercer round encadenaba unos diez o quince golpes seguidos, a partir del cuarto el rosario de ataques ya era de veinte o treinta puñetazos sin pausa alguna. La mexicana era omnipresente en el cuerpo de Gogarti, estrellaba su cabeza, su vientre, los costados. Cuando la embestía el huracán de fuego, la irlandesa no podía hacer otra cosa que quedarse casi inmóvil, aventurando intentos vanos de esquivar, aguantando estoicamente la tormenta. Y vaya que resistió. Al final del cuarto round, con un escandaloso "¡Chitiquitibum a la bimbombá!" proveniente de la esquina mexicana, Laura encerró a Deirdre entre las cuerdas y durante los diez últimos segundos no dejó de atacarla; cualquiera habría caído noqueada con los músculos deshechos, pero la resistencia de Gogarti se empeñaba en continuar y entonces la campana le concedió el descanso.

Laura inició el quinto round con una potencia asesina pegando con la sobrada frescura de quien empieza una pelea con los brazos descansados. Pero de nuevo su rival se mantenía erguida y dispuesta a seguir. El público ardía. "¿Cuál es la diferencia entre dos hombres campeones y dos mujeres campeonas? ¡Ninguna!", decía emocionada una de las comentaristas que narraba la pelea, "hoy estamos viendo dos campeonas aquí, y yo espero que a partir de hoy se les dé el respeto y aceptación que merecen, ¡deben ser mostradas al mundo porque ellas son verdaderas atletas!".

Todas las fuerzas de la tierra se despertaron en el sexto round; para sorpresa del público y los expertos, Laura continuaba brincando con esas piernas que parecían ser de metal elástico y ligero, rebotando como una goma infinita, mientras que Deirdre seguía convenciéndose de que podía resistir el maremoto de magma. Pasados unos veinte segundos del séptimo round, Laura decidió que era el momento de incendiar el MGM. Desde el centro del ring empezó a golpear a la irlandesa como lo hizo durante toda la pelea, atacó, esquivó, cabeceó, dio un paso hacia atrás y en el contragolpe tomó un impulso bestial para iniciar una de las más largas combinaciones de golpes de la historia. Arrolló a su rival hasta las cuerdas y la sometió en la esquina. Arriba, abajo, cabeza, hígado, *upper*, gancho, rectos, abdomen, nariz, volados, abajo, arriba de nuevo, estómago, boca, hígado, *upper*, hasta alcanzar una cantidad desquiciada de cuarenta o cincuenta golpes. Uno tras otro tras otro, como si en la ráfaga final los brazos de cualquier boxeador no fueran madera calcificada capaz de irradiarle el más profundo dolor.

"¡Serrano es una máquina!" gritaba un comentarista, "¡Es imparable!", decía la otra. "¡Estas atletas de campeonato merecen cada una diez millones de dólares!". El público gritaba eufórico, y en eso, la esquina de Deirdre arrojó la toalla. De no haberlo hecho ella no se habría rendido nunca pero era impo-

sible que resistiera con salud otro round más. Con los brazos en alto, Laura gritaba y lloraba de emoción desde su esquina.

Aquella tarde, con un espectáculo soberbio de técnica, determinación y resistencia física, Laura Serrano se convirtió en la primera mexicana y primera latinoamericana en ganar un campeonato mundial de boxeo. Al final de la pelea le preguntaron cómo es que había logrado su hazaña. Ella respondió orgullosa que entrenó muy duro por meses: había hecho 122 rounds de sparring con grandes campeones mundiales como Julio César Chávez, Miguel Ángel González, Aarón Zárate, el Ratón Jiménez y Marco Antonio Barrera.

Ese día Laura fue más poeta que nunca, y más poeta de lo que jamás serán muchos intelectuales atrapados en sus habitaciones. Pocas veces ha sucedido una pelea con la belleza y el nivel de espectáculo que lograron Laura y Deirdre. Sin embargo, si ese combate hubiera sucedido en sus respectivos países de origen, ambas habrían podido ser encarceladas al desafiar las leyes vigentes de entonces. Es triste pensar que en México, más allá del círculo más cercano de familiares y amigos, pocos se enteraron de su victoria. Y no despierta más que rabia saber que un famoso boxeador tapatío, que jamás ha peleado tan finamente como Laura ni con tanta garra ni deseo gane un número exorbitante de millones por cada pelea, mientras Laura solo obtuvo por su hermosa proeza un pago de dos mil dólares.

***

Tres años después, en 1998, Don King incluyó a Laura en una megafunción que sucedería en la Plaza de Toros de la Ciudad de México y cuya pelea estelar era la de Julio César Chávez contra Miguel Ángel González. El pago destinado para ella era de quince mil dólares, la bolsa más grande de su carrera. Era la gran oportunidad de Laura para ofrecer el espectáculo de su boxeo al gran

público: miles de mexicanos podrían verla y admirar la excelencia que logran las mujeres boxeadoras. Pero esto no sucedió. El reglamento de boxeo de la capital del país prohibía el boxeo femenil profesional y las autoridades decidieron respetar esa norma.

Laura hizo las gestiones necesarias, habló con funcionarios, delegados, jefes de oficina, con todo aquel por cuyas manos pasara esa decisión. Incluso Chávez pidió a su abogado que se encargara de que Laura subiera al ring esa noche. Sin embargo, los rivales se mantuvieron firmes. Preocupado, José Sulaimán exclamaba "la mujer es la dueña de la sociedad, la arquitecta de la familia, la patrona, la dulzura de la vida, por eso ni me la puedo imaginar, de veras, en un ring, golpeándose con otra". Por su parte, Ricardo Contreras defendía su postura con indignación: "mientras yo esté como presidente de la Federación Mexicana de Boxeo, en mi país no habrá boxeo femenil porque es el último rincón de masculinidad que nos queda". La escena es elocuente en su ironía. Por un lado un montón de señores con traje evitando que Laura peleara para proteger la virilidad del deporte, mientras que en el gimnasio una camada de los mejores pugilistas que ha dado este país entrenaba con ella codo con codo porque respetaban su talento y valentía.

Laura no peleó en la Plaza de Toros. Pero gracias a sus gestiones y al amparo que tramitó argumentando que el reglamento de boxeo violaba sus garantías individuales, al año siguiente legalmente las mujeres tuvieron el derecho de pelear como profesionales. Para celebrar el fin de aquella prohibición que databa de 1947, se realizó una función en la Arena México donde se enfrentaron Ana María Torre y Mariana Juárez, a la que Laura solo fue como invitada.

Laura continuó boxeando en Estados Unidos y siguió invicta hasta 2003. Algunos años después decidió retirarse. Sin embargo en 2012, al ver que la situación del boxeo femenino en México iba cambiando y el panorama rendía sus primeros fru-

tos, quiso regresar al ring. Y una vez más le prohibieron pelear. El nuevo argumento fue que su edad ya no era adecuada: tenía 44 años.

***

El 11 de julio de 2015, Laura Serrano fue reconocida como miembro del Salón Internacional de la Fama del Boxeo –máximo reconocimiento que se otorga a los mejores boxeadores del mundo– en la misma ceremonia que Laila Ali, Jeanine Garside, Deirdre Gogarty, Ann Wolfe, Terri Moss y Spark Lee, la primera réferi con licencia profesional en EUA. Esa noche, el sociólogo francés que afirmó que el boxeo no era un deporte para mujeres se tragó cada una de sus palabras.

PRÓLOGO DE NOVELA

En este periodo crucial, signado de retos para desempeñar todo tipo de tareas, la generación de Jóvenes Creadores 2019 en el área de Novela tuvo que asumir desafíos y dificultades para el desarrollo de sus proyectos, más aún en los que requerían investigación presencial y de entrevistas que se vieron, así, afectadas por el confinamiento a que nos ha orillado la pandemia. No pocas veces, la labor solitaria a que normalmente se ven sometidos los escritores, en particular los novelistas, los llevó a situaciones enrarecidas de aislamiento, a veces favorables a la neurosis y obsesión inherentes al trabajo de escritura, pero otras no tanto. Con todo, los proyectos de los doce becarios avanzaron, algunos con modificaciones a la propuesta original, según un avance con miras a tener por lo menos un primer manuscrito o un borrador adelantado de novela. Pero lejos de contar con las sesiones presenciales con tutores y el resto de Jóvenes Creadores de las otras disciplinas, que siempre enriquecen la experiencia creadora a nivel grupal e interdisciplinario, debieron adaptarse al trabajo de seguimiento por internet y a la revisión vía conferencia virtual, especialmente complejos en proyectos de extensión narrativa como son este tipo de obras.

Como lectores antes que creadores, elegimos estos proyectos por ser propuestas originales, reflejo del universo personal de cada aspirante al estímulo del FONCA, guiados por el rigor reflejado en los textos muestras, y marcados por una honda curiosidad de leer el resultado final.

A vuelo de pájaro, es interesante observar cómo el subgénero de la autoficción, tan en boga hoy en día, permite a tres de los

becarios avanzar en sus propuestas novelísticas, entremezclando biografía, realidad y egohistoria. Así, los proyectos de Ricardo Guerra de la Peña *El inconcluso,* Andrea Chapela *Velocidad de reacción* y Alejandro Aguirre Riveros *Sobrevivir al fuego,* posibilitan una exploración más íntima de vidas como la de la pintora Lilia Carrillo, o de un bisabuelo escritor del s. XIX amigo de don Alfonso Reyes, o de las secuelas de sobrevivir al Síndrome de Stevens Johnson, también conocido como Combustión interna humana.

Por su parte, Alberto Álvarez Alejo *Departamento de Marketing,* Pedro J. Acuña *Electrodomésticos o manual de superación personal,* Rafael Fernández de Castro Rabia, Mariano Moreno *El rinoceronte* plantean universos narrativos de corte realista pero con el sesgo de ficciones demenciales y delirantes, como suele ser el caótico mundo contemporáneo, ya sea a través del entramado de viciadas relaciones del personal de una empresa, o la desaparición de un hermano alienado que ve en los aparatos eléctricos claves y signos de inteligencia suprahumana, o de una anciana que se dedica a recoger cuanto perro encuentra en las calles de Tepoztlán y transformar su casa en una perrera demencial para desdicha de sus vecinos, o las noticias extrañas de un grupo de vigilantes conminados a la tarea de cuidar del último rinoceronte blanco sobre la tierra, mientras el mundo alrededor se cae literalmente a pedazos.

Zazil Camet incursiona en la novela histórica para narrar acontecimientos ocurridos en la anterior "capital petrolera" de Poza Rica en el periodo 1922-2018, pero lo hace a través de la mirada de personajes femeninos que acompañaron y fueron partícipes de su devenir de gloria y corrupción. Samuel Abraham Segura Moreno *Este lugar es la muerte* nos ofrece una narración de corte hiperrealista para develar el mundo de violencia de una ciudad llamada Hecatepec, con visos de nota roja y parodia perfectamente lograda.

Con propuestas más de corte fantástico, Jorge Comensal *Este vacío que hierve*, Leonardo Teja *Estetitanic. ¿De qué color son las paredes de este barco?* y Sergio Ceyca Papá, no me salves del incendio, nos ofrecen metáforas alucinantes lo mismo para dar cuenta de una Ciudad de México que se cruza con el mundo de sus cementerios y ya no sabe cuál es más cierto, que el viaje enrarecido de un grupo de turistas perdido en los mares solipsistas del desencanto, o el mundo atormentado por la culpa del padre de Kafka y una alucinante Ciudad de los Ratones contemporánea, en la que los seguidores del escritor checo integran un movimiento *underground* y disidente.

De este modo, las doce propuestas narrativas del grupo de becarios de novela, como lo verá el lector en esta antología, son una estupenda cala del panorama emergente y bullente de los jóvenes creadores que escriben hoy en día en nuestro país.

***

Comentarios específicos de Anamari Gomís sobre sus becarios

Este vacío que hierve de Jorge Comensal indaga en mundos posibles y en un futuro cercano: un incendio brutal consume casi todo Chapultepec, incluyendo el Panteón de Dolores. De ahí se derivan varias historias, que incluyen a una mujer y a su nieta huérfana, como personajes principales, junto con el universo que surge de pronto del cementerio, entre los enterradores, los vigilantes, y los fantasmas que lo habitan. Por otro lado, se abre una vertiente desconcertante: alguien se ha robado el cuerpo de "la maestra", que ha sido enterrado en la sección de Personas Ilustres y que alude a Elba Esther Gordillo, desde luego. El lenguaje avanza, se mezcla, y crece en signos y derivaciones, así como el mundo carnavalesco que se va fraguando.

Mariano Moreno escribe una novela tensa, con un discurso apretado y preciso. Un pequeño destacamento de soldados en África cuida al último rinoceronte vivo en el planeta. Uno de los cuidadores se pregunta de qué servirá tan inútil empresa si el animal morirá finalmente. Moreno impone una tensión filosófica a lo largo de su narrativa, que progresa hacia diversos lados: la ecología, un futuro desolado, la soledad y la lealtad a pesar de la desesperación, además de la aparición de un personaje inesperado que impone nuevas relaciones y aspiraciones entre la aburrida soldadesca.

***

Comentarios específicos de Ana Clavel sobre sus becarios

Alejandro Aguirre Riveros presenta el universo de padecimiento y dolor del Síndrome de Stevens Johnson —también conocido como Combustión interna humana, por el cual el paciente experimenta un incendio interior capaz de abrasar su propia materia orgánica—, desde la perspectiva de un sobreviviente que nunca ha de recuperarse del todo. *Sobrevivir al fuego* aúna al testimonio personal, un discurso documentado en fuentes médicas y terapéuticas, sobre la historia, orígenes, evolución y entretelones de una enfermedad extraña que en otros tiempos fue considerada un castigo flamígero de dios. Así, a caballo entre la novela de autoficción que reelabora literariamente las crisis y secuelas de esta singular enfermedad en la vida del autor, nos encontramos también ante un texto híbrido entre el ensayo y un libro de divulgación médica de tintes dolorosamente humanos.

El inconcluso es una novela de autoficción que avanza en dos planos: la vida de la pintora Lilia Carrillo, perteneciente a la generación de la ruptura, rescatada por la búsqueda de un nieto

que no conoció, y el mundo de conflictos personales y familiares del narrador que lo llevan a esa búsqueda familiar y existencial. Brillantes cuadros narrativos que dan cuenta de la vida de la artista con su mundo de amistades y desamores, a mediados del pasado siglo, se entraman con escenas implosivas que revelan la complejidad emocional de una familia clasemediera mexicana actual. De este modo, Ricardo Guerra de la Peña devela pulsiones y secretos que entretejen el mundo del pasado con su presente, hasta el punto de rescatarse a sí mismo a través del rescate íntimo de la figura de su legendaria abuela. Si bien *El inconcluso* es un cuadro de Lilia Carrillo, hay una conexión clave con la naturaleza inconclusa de la propia existencia del narrador.

***

Comentarios específicos de Isaí Moreno sobre sus becarios

Andrea Chapela ataca su tema con las armas de la autoficción, la literatura sobre la misma literatura y una revisión valiente de la narración íntima. *Velocidad de reacción*, su historia, reúne a los autores del Ateneo, sumando a uno más de cuyos periplos literarios en el pasado se encarga Andrea de indagar. El ejercicio se esta joven se nos presenta a la manera de un caleidoscopio facetado en el que cada configuración es una posibilidad del pasado, ese elemento volátil que Proust siempre creyó, y con razón, la materia prima de la literatura. Chapela es audaz en su exploración, tomando documentación de un autor peculiar y armando una pieza que, más allá de la semblanza, pretende otorgar nitidez a la propia identidad. Su novela es la investigación del yo en el otro.

En el experimento de Leonardo Teja vemos lo que ya nos había ofrecido en una novela anterior, felizmente finalizada con otro apoyo de Jóvenes Creadores: un atisbo a esas narraciones

que siguen un flujo cuyas reglas se dictan sí mismas, esta ocasión en una embarcación demente. *Estetitanic* es una novela paralógica en cuyos entresijos hay un testamento, un viaje hacia ninguna parte y la promesa de una vida que jamas se hundirá. La apuesta de Leonardo Teja de una prosa rarificada conlleva el tema inquietante de la muerte nominal del padre, acaso más terrible que el de la real. Teja, por otra parte, sabe mostrar con su escrito que dentro del alma hay una nitidez digna de revelar.

Comentarios específicos de Humberto Guzmán sobre sus becarios

El misterio de Laura

En las últimas dos décadas han surgido ciertas técnicas narrativas que se basan en la fragmentación de una historia y un nuevo ordenamiento, como una manera novedosa de narrar. En realidad, estas técnicas vienen desde los inicios del siglo XX. De facto, en las novelas contemporáneas se utilizan de un modo o de otro. En México, Juan Rulfo ya estructuró *Pedro Páramo* con recursos parecidos. Según algunos estudiosos, el origen de esta influencia, en Rulfo, es William Faulkner. Pero un caso extremo es *La feria*, de Juan José Arreola, que es un mosaico de fragmentos de una historia. O las novelas de Salvador Elizondo. Algunos autores posteriores también hemos utilizado estas técnicas narrativas. De ninguna manera digo que todos los autores escriban igual, pero sí es una presencia en la literatura actual. Una manera de lograr más agilidad a la hora de contar.

Es el caso de *Departamento de Marketing* de Alberto Álvarez Alejo. Él mismo lo ha manifestado. Su novela empieza a armarse con textos cortos: fragmentos, autónomos entre sí, que se componen de monólogos o relatos breves que competen a un personaje de la novela, que muchas veces se refieren a otros personajes. También aparecen los relatos de sueños y los de los primeros recuerdos. Un juego de audacia, para conocer a los personajes desde otros ángulos. La idea es que con todos los fragmentos reunidos se dé la panorámica de la historia que cuenta. Cada uno de estos fragmentos debe convertirse en una parte real, coherente, de la novela que nos ocupa. Por momentos son anécdotas, como dije, monólogos, en los que se refieren o no,

a Laura, el personaje central, o uno de los centrales, que desaparece, y los lectores vamos tras las pistas diversas para encontrarla junto con los otros protagonistas.

No deja de haber algo de alegre frivolidad del medio del marketing, muchos conceptos en inglés, pleitos entre los protagonistas, intrigas, confesiones, referencias a Laura. En este aparente desorden, el escritor debe de saber qué es lo que está contando, de lo contrario se pierden él y su historia. Al momento de escribir estas notas, falta una tercera parte de *Departamento de Marketing*, para desvelar todas las dudas y los misterios.

¿La novela trata de la desaparición de Laura?, sería la primera pregunta, que ya es un misterio.

El chamuco, justiciero de Hecatepec

El título de la novela de Samuel Segura Moreno es elocuente: *Este lugar es la muerte*. La desolación, la violencia, la marginación, la pobreza y, en efecto, la cercanía de la muerte. Así es en esta novela, como en el mundo que vivimos en estos días. En medio de este panorama, surge un héroe, que en realidad es un antihéroe por sus métodos, un vengador de su propia tragedia y la de las otras víctimas de todos los días. Ocurre en Hecatepec: por hecatombe, tal vez, y Ecatepec, una zona conflictiva de los alrededores de la Ciudad de México.

La narración parece de historieta cómica (por eso mete onomatopeyas, como apoyo, aunque no los dibujos), que datan de los años 30 y que ahora, en otra versión, llaman "novela gráfica". La lucha del bien contra el mal, y tiene que ganar el bien, la "justicia". La policía aparece detrás, siempre llega al final de los hechos, a esposar al delincuente. En tanto que en *Este lugar es la muerte*, la policía aparece no al final sino antes o después de los hechos, cuando el vengador, el justiciero, ha cobrado la factura.

También está presente la novela negra de la primera mitad del siglo XX. Incluso en la narración hay una línea de investigación, pero no llega a la trama policiaca. La figura del vengador encaja a la perfección en esta atmósfera.

El policía que aparece es un cínico, un tanto cómico (dos elementos recurrentes en *Este lugar es la muerte*); visita al justiciero, El Chamuco, como se dice él mismo, y le paga para que continúe con su labor profesional "limpiadora" de corruptos y delincuentes.

Son luchas a muerte las que se dan en las "micros" destartaladas de la carretera que lleva a Hecatepec; es el escenario donde con frecuencia hay asaltos, violaciones y hasta asesinatos. Lo cómico, el humor proletario, lo ha sabido aprovechar el autor. En

tanto que el lenguaje, que Samuel Segura Moreno conoce bien, se convierte en un personaje más de la novela. Por sí solo ya da la atmósfera a *Este lugar es la muerte*.

Con estos elementos, Samuel crea y recrea un ambiente propicio para esta historia del vengador.

Comentarios específicos de Joaquín-Armando Chacón sobre sus becarios

La labor novelística en tiempos de tinieblas

El género de la novela, desde hace ya un buen tiempo, ha sufrido muchos cambios y transformaciones. Desde principios del anterior siglo, ese siglo XX tan pleno de guerras y conflictos, así como de nacimientos experimentales en la tecnología, se han tomado muchas libertades para salirse del esquema clásico del inicio, desarrollo, situaciones y consecuencias y, para ello, se han ido compenetrando y aceptando una enorme cantidad de influencias de otros géneros, por ejemplo esos poemas intercalados por Julio Cortázar en la ágil prosa de su *Rayuela*, así como la aceptación y mezcla de otras artes. Las que también, favorable y astutamente, han aceptado recíprocamente la influencia de la narrativa en la prosa novelística, apropiándosela con inteligencia, como lo han hecho en las imágenes cinematográficas, (recordemos por ejemplo los sagaces cambios de punto de vista de Virginia Woolf en *La Señora Dalloway*).

El arte de la novela no solo no se ha detenido en sus temas, pues tampoco lo ha hecho en sus estructuras narrativas ni en sus exploraciones sobre la psicología humana, ya que todos estos sucesos en una buena parte tienen su relación con la actividad de las relaciones sociales de las generaciones de nuestro tiempo, de los finales de un siglo y milenio para entrar agresivamente a otro, aún más lleno de complejidades en lo social, lo económico y lo político. Hace ya un poco más de treinta años que se fundó el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, el ya famoso FONCA, que tanto ha ayudado a los creadores, hombres y mujeres, al desarrollo de sus aspiraciones artísticas.

En el ramo de la novela, quizás es necesario mirar un poco atrás, hacia los alrededores de treinta años atrás, para ver las grandes diferencias que existen entre esas obras latinoamericanas con las que actualmente se difunden en nuestro país, y que, quizás, llegaron a influenciar a los jóvenes que en años recientes se animaron a comenzar a intentar esa solitaria pero espléndida labor (me refiero, por ejemplo, a *Inventando que sueño*, de José Agustín; *Obsesivos días circulares*, de Gustavo Sainz; *Cumpleaños*, de Carlos Fuentes; *Morirás lejos*, de José Emilio Pacheco; *Cien años de Soledad*, de Gabriel García Márquez; *Conversación en La catedral*, de Mario Vargas Llosa; *Nudo*, de Sergio Galindo; *El gran solitario del palacio*, de René Avilés Fabila; *Acto propiciatorio*, de Héctor Manjarrez; *Boquitas pintadas*, de Manuel Puig; *El mundo alucinante*, de Reynaldo Arenas...).

"Una novela se escribe porque precisamente esa novela no la he leído", dijo un escritor importante, alguna vez. Y tenía razón. Los escritores de raza escriben su novela porque aún no existe y solo ellos, al iniciarla y en su desarrollo, solo ellos saben el qué y el cómo quieren contarla del principio al final, para después, como dijo James Joyce, "poder estrechar entre sus brazos a esa belleza que aún no ha venido al mundo".

El arte de la novela, más que ningún otro género literario propicia la libertad. En eso creo yo. Y por ello a mis cuatro jóvenes becados del año 2020 (Zazil Carvajal, Sergio Ceyca, Pedro Jafet Acuña y Rafael Fernández de Castro) les ofrecí esa libertad, solo recordándoles continuamente que una novela se escribe para que la lea alguien más, una otra persona, y con la secreta ambición o esperanza que sean muchas otras personas quienes se interesen por leerla y entren en esas situaciones y vidas y mundos a los que el autor los ha convocado. Pero esa libertad propiciada por el género novelístico tiene desde siempre, de todos modos, una sencilla regla bien definitiva: que el resultado final de esas páginas sea una novela.

Mis cuatro jóvenes creadores son diferentes entre sí, no pertenecen a una generación sino a un grupo que en solitario desplegó sus alas creativas para atrapar su novela. Los estudios previos y sus recuerdos casi no tienen relación, así como los proyectos que presentaron para obtener esta beca del Fondo Nacional de la Cultura y las Artes, y este año de labor ha sido completamente diferente, extraño y sombrío y acechante para ellos y para todo el país debido al coronavirus que nos marcó a todos con una distancia necesaria y protegedora para este tiempo de tinieblas, dentro del cual, sin embargo, Zazil , Sergio, Pedro y Rafael continuaron con su labor y su entusiasmo.

Zazil nos acerca a dos personajes reales, Vlado y Bladi y su amistad debida a sus firmes vocaciones de petroleros y la vida en Poza Rica, cuando era la capital petrolera de México, para adentrarnos en el desarrollo político y económico de la región. Mientras Pedro Jafet Acuña nos lleva, con una escritura que él la llama automática, a la búsqueda de su hermano gemelo y sus obsesiones con los electrodomésticos y sus manuales. Por su parte, con Sergio Ceyca viajaremos a Praga con un personaje femenino motivada por *La carta al padre*, de Franz Kafka, y encontrar entre los jóvenes de ese país, tanto la comprensión y punto de vista del famoso escritor sobre su familiar, como la realidad o lo ficticio de ese personaje llamado Herman Kafka, más allá de lo plasmado en esas universales páginas literarias y, quizás, con ello comprender la realidad de su entorno familiar y social en su existencia en Sinaloa, México. Esas búsquedas del pasado en los personajes de los anteriores jóvenes creadores, también existen en el personaje de la novela de Rafael Fernández de Castro, detonada por la sublevación de los habitantes de un poblado en el Estado de Morelos ante un hecho sangriento que los perturba. Y ese detonante conduce al autor a recuerdos en otro país, como antecedentes de la situación y tiempo actual en ese poblado del Estado de Morelos.

La novela actual en el mundo, por lo regular, no tiene un principio definido, ni propuesta o convenio con el lector tampoco. Y al menos en tres de estos jóvenes creadores, yo creo comprender la influencia de algo muy actual: las series de televisión, que de un capítulo a otro pueden cambiar de tiempo, así como los puntos de vista. Y las novelas no se cuecen a fuego lento (aunque finalmente el platillo especial y único lo requiere necesariamente), ya que la apuesta y el voto a favor o en contra siempre están en las manos del lector.

Así lo que sigue son fragmentos de las novelas de estos cuatro jóvenes creadores a los cuales he tenido el privilegio de acompañar en sus interesantes búsquedas estilísticas. Por lo tanto no olvidemos una sugerencia del autor sueco Henning Mankell y su Comisario Wallander:

"Lo que ignoramos o aquello de lo que no tenemos certeza puede esperar. No puedes componer el rompecabezas mientras la mitad de las piezas estén aún en la caja".

Sobrevivir al fuego

ALEJANDRO AGUIRRE RIVEROS

Tenía casi un mes hospitalizado y bastaba con echar un vistazo para entender que las cosas no iban bien: mi aspecto era el de un zombi o el de un sobreviviente a un derrame nuclear. Hundido en la cama del hospital tenía la pinta de haber sido bañado en ácido y lo peor era que por dentro no lucía diferente. Mi cuerpo estaba atrapado en un incendio invisible que achicharraba piel y órganos sin que los médicos lograran extinguir sus llamas. Fue así, como desesperados, que decidieron comenzar la alimentación parenteral en un intento por sacarme del profundo debilitamiento en el que me encontraba.

Todo mi sistema digestivo se había convertido en sangre, carne viva y poca cosa más. De acuerdo con el doctor, debía comer, aunque fuera un poco todos los días, para evitar que mi estómago se quedara pegado a fuerza de no ser otra cosa que un vacío envuelto en sangre y cicatrices. Por eso debía hacerlo trabajar y yo me esforzaba: daba dos bocados a la insípida comida de hospital que acercaban a mi camilla tres veces al día y me retorcía de dolor conforme intentaba tragar. Era como masticar vidrio y más tarde sentir sus afiladas orillas rasgando mi tráquea al abrirse paso hacia el tubo digestivo.

Quizás por esto la llegada de la alimentación parenteral marcó un antes y un después: de pronto tenía más energías y el proceso de cicatrización comenzó a disminuir. Para mi mala suerte esta mejoría vino acompañada de una infección bacteriana que se tradujo en una calentura de treinta y nueve grados. Las enfermeras en un descuido habían contaminado la aguja de la alimentación parenteral y ahora se veían obligadas a pasar paños húmedos por todo mi cuerpo.

Después de doce horas la situación se volvió crítica: una serie de espasmos y convulsiones me obligaban a retorcerme del dolor conforme varios mechones de cabello caían sobre la almohada. Con cada espasmo mi columna se tensaba en un latigazo de dolor que me azotaba contra la cama y me robaba la

respiración. Mis fosas nasales eran dos tapones de costra reseca y esto me obligaba a respirar agitadamente por la boca. El problema era que tenía la garganta tan lastimada que era como respirar a través de un pequeño popote y las convulsiones iban en aumento.

El agotamiento me hizo pensar que estaba por morir. Me parecía la culminación lógica tras la serie desafortunada de eventos: mi cuerpo invadido de llagas y cicatrices; los pies convertidos en dos ampollas lacerantes; la sangre que escurría por los ojos y oídos; el defecar mis vísceras sobre el blanco excusado y los orines sanguinolentos que salían de mi vejiga como punzantes hojas de afeitar; el quedarme sin labios, sin pezones, sin garganta, sin fosas nasales y sin estómago ante ese fuego invisible que me consumía desde dentro; la incapacidad de comer, el perder todas las uñas y por último la fiebre asfixiante y las convulsiones que se transformaban en una explosión de dolor una tras otra y que anunciaban el inminente final. El aire que lograba jalar en un esfuerzo por seguir respirando era cada vez menos y los doctores sabían que era probable que mis pulmones colapsaran a causa del daño recibido en las mucosas.

Yo intuía el peligro al verlos revolotear preocupados con sus batas blancas y sus rostros compungidos. Ahí estaba el internista, el reumatólogo, mi padre y mi hermano. Cuatro médicos dando instrucciones y mirándome fijamente conforme las enfermeras seguían esforzándose por bajar la fiebre. Nunca habían estado juntos durante toda la convalecencia y jamás se habían mostrado tan preocupados.

El miedo me hizo rogar aterrado con un hilito de voz para que hicieran todo por salvarme. No había llorado durante aquel largo mes hospitalizado y ahora finalmente me quebraba ante la cercanía de la muerte. Las convulsiones me ahogaban y apenas podía jalar suficiente aire para respirar. Era como estar ante un mar embravecido, incapaz de dar una buena bocanada de aire

antes de que la siguiente ola me revolcara bajo el agua, hundiéndome en sus profundidades hasta hacerme perder la noción del arriba y el abajo.

Y ahí, en las entrañas de la muerte, no hubo película alguna proyectando los mejores recuerdos de mi vida ante la pantalla blanca de mi mente. Ahí sólo existía el miedo a lo desconocido y el dolor causado por las promesas inconclusas. Fue entonces cuando escuché esa voz fría y calavérica preguntando con sus labios de hueso justo al lado de mi oído: ¿te vas o te quedas? Más que un viaje al más allá parecía que la flaca quería ofrecerme uno de esos raites de regreso que llegan demasiado pronto o justo cuando la borrachera está alcanzando su mejor punto. La vida había sido una fiesta y ahora llegaba a su fin. ¿Quería asegurar mi regreso a casa en las últimas horas de la noche o quedarme sin raite y caminar de vuelta en el frío de la madrugada? Esa noche preferí jugármela. Y la muerte, con su característica indiferencia, se dio la vuelta sin decir palabra y salió de la habitación, a sabiendas de que algún otro día deberíamos cruzar caminos de manera irremediable.

1 Combustión espontánea humana: testimonio de un sobreviviente

Por alguna extraña razón, la mayoría de las personas cree que las enormes gafas que debo llevar a todos lados es una cuestión de moda. Por lo general, son lentes tipo motociclista en dos variantes: transparentes y oscuros. Esto me ha llevado a situaciones tan incómodas como la vez en que una mujer cruzó medio bar para preguntarme si mi sillón iba demasiado rápido o por qué entonces llevaba aquellos aparatosos lentes. Este episodio de inusitado interés por mi look de motociclista sin moto en realidad ha sido uno de los más amables. A continuación, algunos ejemplos un poco más agresivos:

—¿Te vas a meter a nadar o se te perdió la playa?— un desconocido en el malecón de mi ciudad.
—¿Quema mucho el sol, verdad?— un policía de tránsito al marcarme el alto en un alcoholímetro.
—Está buena la mota— el compañero de un taller de escritura creativa.
—¡Hey, cíclope! ¿Dónde dejaste a los X-Men?— un borracho a la salida de un bar.

Estos, por supuesto, son los ejemplos más característicos. Aun así, se trata de una regla general: cada vez que conozco a alguien debo esperar el momento en que finalmente tenga la confianza necesaria para preguntar el porqué de mis lentes. Aunque algunas veces esta pregunta llega casi de manera inmediata e incluso de personas con las que hasta entonces no he cruzado una sola palabra. De pronto, me veo sorprendido por

compañeros de clase o amigos de amigos a los que debo explicar la razón de mis enormes gafas.

Durante mucho tiempo este momento iba acompañado de un dramatismo calculado: desnudaba lentamente mis ojos y los dejaba apreciar el devastador daño en mis glóbulos oculares. Este pequeño gesto provenía de ese mismo orgullo con el que un guerrero muestra sus heridas de guerra. Lamentablemente en más de una ocasión descubrí la ausencia total del asombro o la admiración que esperaba encontrar en mi interlocutor. Mis ojos enrojecidos y mis párpados hinchados se traducían en estos casos en una mueca de asco. Y esta mueca iba siempre acompañada de la siguiente pregunta: ¿eso es contagioso?

En realidad, este tipo de reacciones eran parte de la explicación escueta con que intentaba contextualizarlos: estaba "enfermo de los ojos". Aquello era mucho más sencillo que recitar toda la patogenia del síndrome de Stevens Johnson. Y aunque en más de una ocasión lo llegué a intentar, en realidad ni yo mismo entendía muy bien qué era ese mal con nombre de talco para bebé. Tuvo que pasar mucho tiempo y muchas consultas con diversos especialistas para comprender que, en realidad, la situación con mis ojos no constituía una enfermedad por sí misma. Aquel enrojecimiento e hinchazón eran secundarios a una micromutilación. Me había quedado sin lagrimales y sin mucosas debajo de los párpados. Además de que la línea de mis pestañas se había alterado causando que una gran parte creciera hacia adentro, haciendo de cada parpadeo una tortura. Todo esto como daño colateral de una superalergia: un ataque masivo del sistema inmune contra mi propio cuerpo. En específico, contra la capa exterior de la piel: la epidermis. De ahí el segundo nombre de la enfermedad: necrólisis epidérmica tóxica.

Por supuesto, toda esta terminología resultaba inútil a la hora de explicar a un extraño el porqué de mis lentes: hablar como médico solo generaba más preguntas y para la gran mayoría de ellas

no conocía la respuesta. En cambio, opté por la explicación que otro sobreviviente de esta misma enfermedad daba en un foro de internet especializado sobre el tema: sobrevivir al síndrome de Stevens Johnson era sobrevivir a la combustión espontánea humana. O, en otras palabras: mi cuerpo se había quemado y eso incluía mis ojos. Está segunda versión de los hechos cambiaba radicalmente el guion: en lugar de asco causaba el esperado asombro. Fue así como mis heridas de guerra dejaron de ser cuestionadas.

Ahora bien, la pregunta surge: ¿por qué si mis ojos son los mismos ojos enrojecidos e hinchados, la reacción es diferente? Mi teoría es que, dejando de lado el sensacionalismo inherente a la imagen de un ser humano calcinado, la simbología oculta detrás del término "Combustión espontánea humana" esconde la posibilidad de volver al asombro ante el fuego.

Después de todo, este elemento incandescente ha sido una parte intrínseca de nuestra cotidianidad, incluso desde tiempos prehistóricos. Hoy en día nos permite cocinar nuestros alimentos, calentar el agua con la que nos bañamos, movernos en nuestros autos, viajar lejos en avión o desplazar mercancías a través de tráilers y embarcaciones. Incluso, se esconde detrás de todos los procesos industriales que nos permiten tener acceso a una gran oferta de productos y servicios: ropa, calzado, materiales de construcción, muebles, celulares, computadoras y una gran gama de objetos que mejoran nuestras vidas. Este excesivo uso y explotación del fuego no lleva a olvidar por completo que es imposible levantar la mirada sin encontrar ante nuestros ojos el fruto de su domesticación. Y aquí es donde entra la combustión espontánea humana como un tecnicismo en cuyo argot científico se esconde la oportunidad de recordar el sacrificio de Prometeo.

En épocas antiguas el ser humano llegó a considerar el fuego como una deidad. Recordemos que en el amanecer prehistórico de la humanidad se compartía una cosmovisión animista en la que todo lo que nos rodeaba estaba habitado por espíritus

con personalidades propias: rocas, plantas, ríos, animales, árboles, el cielo, la tierra, las estrellas e incluso ciertos lugares. Cada elemento de la realidad contaba con una voz propia en aquel fascinante coro que era la vida al aire libre y de perpetuo viaje nómada. Desde el más insignificante insecto hasta la majestuosidad de la luna contaban con una identidad y una personalidad que nos permitía entablar relaciones e incluso alguna forma de rudimentaria comunicación.

En este entorno, el fuego se convierte en símbolo de seguridad, salud y abundancia. Una percepción que permeó hasta nuestros días a través de un número incontable de mitologías, para transformar la epistemología del fuego en una experiencia donde este existe por sí mismo. Quizás ya no con ese enfoque animista en el que cuenta con una entidad o personalidad propia, pero sí como un fenómeno intrínseco o incluso como un elemento de la naturaleza.

Una impresión que todo acercamiento científico desmiente en una serie de conceptos contraintuitivos: se trata en realidad de un complejo proceso de oxidación en el que la luz, el calor y el humo logran crear la ilusión sensorial de ser un objeto físico por sí mismo. Contrario a lo que nuestros sentidos parecen indicar, el fuego ni siquiera pertenece a uno de los diferentes estados de la materia: no es sólido, ni líquido, ni gas y mucho menos plasma. En otras palabras, se trata solamente de una compleja reacción química llamada combustión. Un fenómeno similar al de las hojas al cambiar de color en el otoño o al aroma de la fruta al madurar. Un fantasma luminiscente que surge de su capacidad para emitir el calor y la luz a través de la conversión molecular del oxígeno a dióxido de carbono.

Otras de estas mitificaciones contemporáneas hacia el inexistente fuego, una quizás menos visceral, pero no por ello menos apasionada, se encuentra en el campo de lo "sobrenatural", término que la RAE define como: "aquello que excede la na-

turaleza". Entendiendo que este es un enfoque fenomenológico en el que se aglutina la parte de la realidad que no puede ser abordada desde el empirismo característico de la ciencia basada en el binomio observación/experimentación. Campo en el que surge hacia el año 1470 la llamada "Combustión espontánea humana", con la crónica de la muerte de Polonus Vorstius. Un caballero italiano, residente de Milán, que se encontraba bebiendo un vino fuerte cuando repentinamente fue devorado por un fuego que surgía de su interior. Así lo narra el médico danés Thomas Bartholin en su obra cumbre sobre fenómenos médicos que rayan en lo sobrenatural: *Historiarum Anatomicarum Rariorum*. Un armatoste publicado en 1654 y que rescata la historia del desafortunado Polonus a partir del testimonio de los descendientes de la familia Vorstius.

El segundo caso hace referencia a otra acomodada personalidad italiana perteneciente a las altas esferas de Cesena: la condesa Cornelia Di Brandi. Una mujer que murió a los sesenta y seis años en tales circunstancias que fue incluida con todas sus particularidades en un estudio de 1731 realizado por el historiador veronés Giuseppe Bianchini: "Opinión sobre la causa de la muerte de la condesa Cornelia Zangari Ne 'Bandi Cesenate". Mismo estudio que fue traducido en 1745 por Paul Rolli para la *Philosophical Transactions of the Royal Society* (revista científica aún vigente fundada en 1665 y en la que destacaron autores como Isaac Newton, Michael Faraday y Charles Darwin).

El tercer caso aquí expuesto en esta particular fenomenología sobrenatural es también el primero en darle nombre al mismo y corresponde a la muerte de Nicole Millet: una mujer encontrada muerta por el fuego en circunstancias similares el 20 de febrero de 1725, en Reims, Francia. Se trata de un caso que fue llevado a corte y en el que se acusó a su esposo de haber calcinado el cadáver de su cónyuge tras asesinarla para después huir con una hermosa joven que trabajaba en casa. En el juicio

jugó un papel muy importante un prestigioso médico y cirujano francés llamado Claude-Nicolas Le Cat: destacado anatomista, urólogo y fundador de la Académie Royale des Sciences, Belles Lettres et Arts. Aunque, cabe mencionar que, cuando ocurre dicha muerte él era en realidad apenas un estudiante de medicina y no el prestigioso médico que llegó a ser. Lo que no le impidió inmiscuirse en el proceso legal a pesar de que no estuvo en el lugar de los hechos cuando éstos ocurrieron y mucho menos llegó a examinar los restos del cuerpo. Al parecer su participación fue meramente a través de una serie de cartas testimoniales como favor hacia el acusado. Mismo que llegó a conocer junto con Nicole Millet durante una estancia que tuvo como huésped de la pareja entre 1724 y 1725. En dichas cartas el joven pasante de medicina hizo gala de su perspicaz intelecto a través de una complicada explicación científica que bautizó como "Combustión espontánea humana". Este primer uso de la terminología determinó el veredicto final del juicio al concluir que la muerte de Nicole había sido causada por una "inesperada visita de Dios".

Las particularidades del caso fueron más tarde rescatadas en la piedra angular de la literatura centrada en este tipo de fenómenos: *De Incendiis Corporis Humani Spontaneis*. Un libro que vino de la mano del francés Jonas Dupont y que fue publicado en 1763 como una colección de casos sobrenaturales sobre esta terrible forma de morir.

Aquí la cronología antigua de la combustión espontánea humana se corta abruptamente y hace un salto de doscientos años con un caso que comparte las mismas características vistas hasta ahora: los restos de una mujer calcinada son encontrados en la soledad de su habitación sobre una silla a medio quemar. Esta vez la víctima lleva el nombre de Mary Hardy Reeser y es descrita como una amigable pensionada de sesenta y siete años perteneciente a la pequeña comunidad de San Petersburgo, Florida,

Estados Unidos. El año es 1951 y en plena guerra fría la extrañeza del caso hace que este llegue hasta las manos del famoso Buró Federal de Investigaciones (FBI por sus siglas en inglés). A diferencia de los casos antes mencionados, esta vez la documentación incluye fotografías y estas son por demás desconcertantes: un mueble hecho cenizas, un bulto carbonizado, una pierna humana intacta con su cómoda pantufla aún puesta y la casa al fondo completamente intacta más allá de una gruesa mancha oscura sobre el piso y la pared.

El caso tuvo tal repercusión en la opinión pública que durante varios días la nota fue cubierta por diversos periódicos. Una retahíla de publicaciones que dieron pie a diferentes especulaciones, testimonios falsos y teorías que se vinieron abajo al conocer el veredicto final del FBI. Las vanguardistas técnicas del que se presumía en esos años como el departamento de investigación criminal más avanzado del mundo se dio a la tarea de analizar las cenizas del mueble, seis supuestos dientes encontrados entre los restos calcinados, una muestra de la alfombra quemada y la solitaria pantufla. La explicación dada por el FBI para responder a la enigmática muerte de Mary Hardy Reeser fue el llamado "efecto mecha".

De acuerdo con esta hipótesis, y la más aceptada en los casos subsecuentes, es que todo se debe a un fuego que consume el cuerpo de la víctima y cuyas llamas son alimentadas por la grasa humana al derretirse. El fuego cubre a sus víctimas por completo, pero ellos siguen dormidos y es así como se convierten en velas humanas en donde la grasa corporal es la mecha que los hace arder indefinidamente. Se trata de una explicación comprobada científicamente con cerdos muertos y que reduce la pesadilla de arder intempestivamente en llamas a una cuestión de eventos desafortunados: la facilidad de los ancianos para quedarse dormidos, la intoxicación por alcohol que los hace aún más somnolientos e inflamables y el peligroso hábito de fumar con sueño.

Sin embargo, existe otro tipo de infierno personal en el que el término se aplica a la perfección: la enfermedad del quemado. Una dolencia que desde inicios de la última década ha sido equiparada por los medios como una manifestación verdadera de la combustión espontánea humana. Se trata de un padecimiento en donde el paciente se presenta en urgencias devorado por una serie de quemaduras que se expanden paulatinamente por todo su cuerpo. Lo que comienza con una serie de puntos rojos y ampollas termina por convertirse en un cuerpo extrañamente calcinado sobre la camilla del hospital. Quienes mueren de esta terrible forma no quedan reducidos a cenizas, sino que sus pieles se achicharran a causa de un incendio inexplicable que parece provenir del interior de sus cuerpos.

Un trastorno que hasta décadas recientes era tan raro que resultaba ser más una leyenda médica que una realidad. Con una ínfima incidencia en la población en general de uno en un millón, en realidad eran poquísimos los doctores que llegaban a ver alguno de estos casos a lo largo de su carrera. Para mala suerte de todos, esta enfermedad ha ido pasando de ser un rumor a convertirse en un mal cada vez más común. Ahora incluso la ciencia médica le ha cambiado dos veces de nombre para bautizarlo con un término tan exuberante como técnico: de síndrome de Stevens Johnson a necrólisis epidérmica tóxica.

Departamento de marketing

ALBERTO ÁLVAREZ ALEJO

Lic. Sáinz [jefe del departamento legal ficticio]

Nada. Mi primer recuerdo es nada. Literalmente. Completa oscuridad. Ningún sonido, ninguna imagen. Es por eso que no puedo saber cuánto dura el recuerdo o en qué momento de mi vida lo adquirí. Y no creo que sea algo parecido a la paradoja de la muerte y el nacimiento: dicen que estar muerto se siente como nunca haber nacido. Si ese fuera el caso (lo que recuerdo simplemente es el no haber nacido) no podría recordar el color de la oscuridad, porque en la inexistencia sería imposible tener ese tipo de información, ¿en dónde se guardaría?, no hay materia, no hay alma y no hay consciencia.

Una vez escuché que los ciegos de nacimiento pueden soñar con colores, sin ser capaces de identificarlos de la misma forma que lo hacemos las personas que podemos ver. Eso me hace pensar que mi recuerdo de oscuridad podría tratarse de un sueño y que ese sueño debió haber ocurrido antes de que mi cognición empezara a desarrollar conciencia. Tal vez estaba en el útero de mi madre aún. No lo sé con certeza, solo es una teoría, pero a mí me gusta pensar que es cierto porque no es una imagen que me reconforte, sino todo lo contrario: es una oscuridad que me asusta y me genera sentimientos de desolación que no son comunes en mí o al menos a las caras que proyecto, día con día, hacia los demás.

Luego vienen otros recuerdos con sucesos que puedo evocar de manera más plástica, pero solo son flashazos sin cohesión narrativa. Recuerdo la sensación de un cuarto con la temperatura adecuada para poder dormir. Hay otro recuerdo en donde estoy rodeado de personas en ropa de oficina que seguramente

eran los compañeros de trabajo de mi padre. Muchos recuerdos sin un escenario o situación concretos pero que, sea lo que sea que haya pasado en ellos, en todos sentí mucha tensión, desesperación y miedo. Sin razón alguna, durante mi niñez, pensé que esos recuerdos eran los síntomas de mi formación como persona, una suerte de entrenamiento para estar vivo, como un proceso de la metamorfosis de una larva humana que está por convertirse en parte activa del ente colectivo de conciencias.

Mi psicoterapeuta actual opina que esos recuerdos son construcciones que yo mismo he formado con el paso de los años, por contarlos y pensar tanto en ellos. Como no he podido convencerla de lo contrario, llevamos ya varias sesiones con una dinámica que a mí me divierte y a ella la saca de quicio en la que me insiste en probar una sesión de hipnosis regresiva y yo cada vez me niego con una excusa distinta. Lo que mi terapeuta no sabe es que en una ocasión le dije la verdad: he probado la hipnosis regresiva con otros terapeutas y no me funcionó del todo; logré, por supuesto, desprenderme de algunas cosas, como del miedo irracional a hacer el ridículo y del nudo en mi cabeza que no me permitía ser lo suficientemente creativo para ser el jefe de un departamento de marketing. Ya no hay una razón para que ese tipo de tratamiento me interese.

Como sea, entiendo lo que mi terapeuta quiere decir con que el primer recuerdo es algo básico para analizar a cualquier persona. Pero la verdad, y no sé si ella estaría dispuesta a aceptar lo que voy a decir (pero tampoco tengo la seguridad de que no lo haría), la verdad es que ella y yo encontramos recuerdos y sensaciones reprimidas con mayor frecuencia cuando no los estamos buscando.

Para mí, se lo he dicho a mis empleados muchas veces, buscar algo (un recuerdo, una respuesta, un enigma) dentro de nosotros con insistencia puede nublar los puntos de percepción, provocar que se hagan a un lado otras cosas, o incluso voltear la

hipnosis: quedar con la terrible sensación de estar completamente despierto. ¿Y quién quisiera estar despierto de esa manera? Sin sentir otra cosa que todo aquello que hace falta, en vez de percibir y apreciar por completo lo que ya se tiene.

Tal vez ya me puse muy abstracto o me estoy proyectando, pero a lo que quería llegar es a que aún tengo miedo a que mi mente caiga en hábitos de contemplación abyectos o mal dirigidos. Cuando pienso en la oscuridad de aquel recuerdo me da miedo darme cuenta de que actualmente me quedo quieto ante la idea de que tal vez no soy tan inteligente como desearía ser, o tan sabio como me gusta decir que soy. Que me falta actitud, devoción y disposición. Y que tal vez todo eso es por mi culpa. Por eso nunca me ha gustado pensar en cuál es mi primer recuerdo. Espero pronto olvidarlo y que sea, en realidad, inexistente. Que la oscuridad que aparezca en mi cabeza cuando trate de evocar el recuerdo sea una oscuridad ficticia: ahora sí, construida.

A veces dicen que tengo veinte caras y no saben con cuál de ellas están hablando. Y lo que yo quisiera decirles, en vez de entrar en algún personaje y bromear con ello, es que todas esas "caras" han estado conmigo, aunque sea de forma abstracta, toda mi vida y no fue hasta que empecé a ser jefe del departamento legal ficticio que, por sí mismas, obtuvieron, usándome como medio, un lugar entre las cosas materiales. A veces cierro los ojos y pienso en cada una de ellas: mi secretaria ficticia, mi esposa ficticia, mis hijos ficticios, algunos empleados ficticios, por supuesto, mi amante y ex amantes ficticias, entre otras. Me cuento sus vidas, hablo con ellas. Y, debo confesar, después de que mi primer terapeuta me hiciera esta misma pregunta, ¿cuál es tu primer recuerdo?, yo también se lo pregunté a mis caras. Y todas dijeron lo mismo: oscuridad sin espacio ni tiempo. Y yo, en ese momento, dejé de sentirme una extensión de la conciencia humana colectiva, como si estuviera desconectado

espiritual, lingüística y hasta taxonómicamente del resto. No me sentí solo, estrictamente, pero aislado, o, mejor dicho, enterrado, habitando el mismo plano de la realidad, pero desconectado de todos. Como un fósil en el centro una montaña.

Poza Rica, tierra hermosa

ZAZIL CAMET

Capítulo 1
1936

La familia Villarreal llegó a Poza Rica desde Ciudad Madero, en una verdadera travesía que los hijos recordaban como su primer viaje, aunque ya hubiesen recorrido grandes distancias, a Monterrey, a Chihuahua. Claro que solo se acordaban León y Gertrudis, porque David era apenas un bebé. Los niños sintieron que la casa crecía y ya no tenían que guarecerse del sol en la sombra de la tupida anacahuita, solo robarse sus florecillas blancas para adornar su recién creado cuarto de juegos, aumentando al tiempo que las sillas de cisnes tallados iban deslizándose a la salida, que los dibujos de corazón de la mesa latían su escape.

Le habían dicho a Agustín que la benévola compañía del Águila tenía mucho trabajo para él en el campo de Poza Rica, que allá había tanto que hacer, producción y reservas de aceite sin igual, que el chapopote brotaba de la tierra casi sin esfuerzo y había gente de todos lados como en la capital, trabajadores que bien podían escuchar sus arengas; sin mencionar el calor asfixiante, las polvaredas y los lodazales, la humedad que carcomía las fachadas y pudría las ropas.

Agustín partió primero para medir el terreno, a admirar su nuevo taller, a conocer a los compañeros y con la clara intención de afincarse en el campo, mandó a su madre a deshacerse de todo lo que no se pudiera cargar en lancha o en la maquinita. Con un poco de resentimiento y una pizca de codicia, las mujeres accedieron a vender o regalar los enseres domésticos, con la promesa de que todos los muebles se repondrían, que todo sería nuevo, más amplio y más hermoso.

—Doña Ester, ¿no habrá modo de quedarme con los espejos? —rogó la nuera.

—Se van a romper en el camino, Marina, tu marido dijo que no nos lleváramos nada —contestó la suegra, paciente.

—Pero las lunas, Estercita, tienen tan bonitos los adornos, los niños las van a extrañar —dijo la mujer, sentada en una maleta, acercando el infante a su pecho.

—La niña Marina las va extrañar, ¿quién más? —río la anciana, mientras los cuates León y Gertrudis esperaban con los brazos en jarra que se llevaran los roperos para que su cuarto de juegos siguiera creciendo.

Un día antes de la mudanza ya se había vendido la estufa, la hielera y casi todas las camas y colchones, el trastero y las estampas habían dejado una sombra oscura y el equipaje estaba hecho, salvo por un cambio de ropa para cada quien. Marina se despidió de las esposas de los petroleros sin mucho ahínco, como creyendo que las vería pronto, después de todo, la mayoría de la gente se estaba yendo a vivir a Poza Rica, donde nunca faltaba el trabajo. Le costó trabajo decir adiós a las vecinas más humildes, pero se fue con la tranquilidad de dejarles muchos objetos útiles: ollas, canastos, vajilla, menajes de cocina y blancos que reemplazarían sus utensilios más desgastados. Los cuates creían que se irían a despedir de sus tíos de Tampico, pero su abuela les dijo que no habría tiempo, que tenían que salir clareando para llegar sin prisa y demás explicaciones; por fin se dieron cuenta que se cambiaban de casa, que el cuarto de juegos tan grande no duraría y armando un gran berrinche, se fueron a la cama hambrientos, sollozando.

La mañana de su partida no quedaba más que la tibia y única cama de latón que había compartido por una noche la familia y un comal sobre tres rocas que calentaba el café en una jarrita de peltre, el metate y el molcajete.

—¡Ay, doña Ester! ¿Cómo vamos a cargar tanta piedra? Yo con el niño no puedo, está muy embracilado —dijo Marina, sacudiendo la cabeza.

—Nos va a llevar en coche el compadre, hasta la laguna. De ahí nos vamos en un chalán, y luego el tren, no tendremos que cargarlos —explicó de buena gana.

La joven sacó la puntita de la lengua y se la mordió, un gesto que a ella le sentaba muy bonito.

—Pero no es un tren, es la maquinita —le contestó impertinente —aunque si se los quiere llevar no importa, usted llévese a Davidcito y yo cargo el trastamento, al cabo que soy fuerte.

—Y presumida —zanjó Ester, terminándose su café sin apuro— ¿ves como sí nos podemos llevar el molcajete?

Un poco disgustada, Marina se afanó en terminar de alistar a los niños. Gertudritas era una niña ejemplar, obediente, que se sabía vestir sola a sus escasos cinco años, amarrar los lazos de sus blumers y del mandilito, abrocharse las hebillas de los zapatos y hasta cepillar sus cabellos lacios y dorados.

León prefería andar descalzo, su madre tenía que abotonarle el cuello de la camisa y no se dejaba cambiar a menos que se le hicieran arrumacos o que Gertudris jugara con él. Como era el primer varoncito y además muy hermoso, con rizos suaves y ojos grandes y brillantes, Agustín no podía evitar favorecerle, obligando a Marina a consentir sus caprichos. El pequeño David ya había tomado pecho, estaba cambiado y talqueado, listo para irse.

El compadre llegó en un Ford Coupé del 35, color chocolate, a eso de las seis y media. No quiso tomar ni café, porque ya había desayunado en casa y muy presto, ayudó a Marina a subir los velices, llenos de ropa y objetos personales. El principal problema era el encargo de la señora Ester, el metate y el molcajete iban envueltos en sendos chiquihuites, dentro de un huacal protegido

con hojas de periódico hechas bola, el compadre les dijo a las mujeres que mejor envolvieran las piedras con el papel para que los trebejos quedaran bien protegidos. Así lo hicieron y además llenaron los huecos entre los chiquihuites y la caja con puñados de zacate. A Marina se le había pasado el coraje arrancando la hierba, mientras pensaba que, si hubiese embalado sus lunas así, las podría haber llevado hasta Poza Rica, pero entonces su marido no le compraría unos roperos más bonitos.

El viaje en coche pasó sin contratiempos, Estercita se llevó al niño abrazado, en el asiento del copiloto y Gertudritas iba enmedio, en el asiento de atrás, algo disgustada porque León no le había dejado la ventanilla y también porque no quería abandonar todavía el cuarto de juegos enorme, las florecitas del jardín, la valla de madera.

Marina, con los brazos vacíos por un momento, dejó de pensar en los muebles que había vendido, en la cocina desvencijada, en la casa vacía que se había quedado atrás. Pensó en sus dos angelitos, dormidos en el Panteón Municipal de Tampico, en Agustín ahogándose en la cantina "El Porvenir" mientras ella limpiaba su tumba de todo el verdor, de las enredaderas que amenazaban con cubrir sus nombres. Esas tardes su hermana Ofelia la acompañaba, se ensuciaba las manos, pesadas de oro y de rubíes y le ayudaba a plantar campanitas, a quitarle la suciedad a las estatuas de serafines.

A la joven le hubiera gustado tanto que su hermana Ofelia la fuera a despedir, no importaba que no le hubiera llevado nada de comer —uno de sus pasteles esponjados como nubes, escarchados de coco rallado, un pollo asado entero sin un solo hueso— solo que le hubiera dicho adiós, que le hubiera dado un beso en cada mejilla a ella y a los niños, como acostumbraba. ¡Cómo le habría gustado que fueran también sus tíos!, que el tío Feliciano le hubiera dicho que ese día no iba a trabajar en el molino, que la mirara y se asombrara de lo mucho que se parecía a su difunto padre, al

modo de cada Navidad. Pero qué se le iba a hacer, a la mejor no habían ido porque de verdad no podían, quizá le iban a mandar una carta directo al hotel, pidiéndole su futura dirección, quizá...

Los pensamientos de Marina fueron interrumpidos por los niños, cuando León señaló la línea del agua de la laguna, levantando la voz, haciendo que Gertrudis se asomara todo lo posible y que Davidcito se pusiera inquieto en el asiento del copiloto.

El compadre llevó a las mujeres y niños de la familia Villarreal a la parte más angosta de la laguna de Tamiahua, con el propósito de que tomaran una lancha para Cobos. Agustín le había ordenado a su madre y a su mujer que se fueran por agua porque le parecía más seguro y rápido, aunque tuvieran que usar tres tipos de transporte, sobre todo pensando en Estercita y en el niño.

De otra manera se hubieran tenido que ir por la brecha huasteca, a lomo de mula, serpenteando de pueblo en pueblo por una vía arcillosa y aunque era muy bonito mirar las hojas brillosas de los platanares, las rojas bayas de los cafetales y oler los naranjos, pasar frente a las grandes haciendas y potreros que se extendían hasta donde llegaba la vista, pronto les hubieran pesado tantos tumbos y paradas, Mata Redonda, los Llanos, —Llano de Bustamante y Potrero del Llano, respectivamente—, San Diego de la Mar, San Géronimo, Zacamixtle, La Laja, Cerro Azul. Además, las lluvias de junio les venían pisando los talones, él había recorrido la brecha todavía con los caminos secos, pero no podía arriesgar que a su familia la entorpeciera el lodo, que el Pánuco se desbordara, subiera "como café caliente", decían las inditas.

Antes de abordar la lancha, los Villarreal se detuvieron en una palapa para almorzar un festín de mariscos de la laguna. Gertruditas, que era muy mala para comer, no pidió nada y su madre a duras penas la hizo comerse unas enchiladas de pipián rojo y unos sorbitos del puro caldo de huatape; León era todo lo contrario, capaz de comerse hasta el plato, devoró un par de

acamayas en mantequilla, acompañadas con enchiladas de todos los colores, además de los camarones de su cuata, que ella no quiso porque sus enormes barbas le parecían repugnantes. Doña Ester paladeaba ostiones a la pimienta y Marina se quedaba como los chinitos, "nomás milando", esperando que David saciara el hambre en su pecho.

La suegra, al ver que el niño, ávido, no dejaba el seno y el tiempo apremiaba, se quitó el rebozo de barbilla y lo ató de modo que Marina tuviera las manos libres para tomar unas empanadas de jaiba. Estercita no quería que comiera mucho marisco, por ser frío y afectarle la leche, pero al ser frito se contrarrestaba esta propiedad.

—Verás que así alcanzas a comer y podemos tomar un buen chalán —planeaba Estercita.

—Dios la oiga, no me apetece cruzar la laguna en esquife —dijo la joven, haciéndose una visera con la mano y renegando de la moda de los sombreros de fantasía que no cubrían casi nada del sol.

Para su buena suerte, había pocos pasajeros y viendo que la señora Ester ya no era tan joven y que viajaban los niños, los lancheros arreglaron que la familia se subiera al chalán más amplio y cargaron el equipaje en un esquife, junto a las mercaderías. Ya vacío el muelle e instalados los viajantes, se pusieron en marcha las embarcaciones.

Papá, no me salves del incendio

SERGIO CEYCA

Primer capítulo

"El 'poeta' apenas tornaba a ser grande"

Es 1924. Ahora su hijo es muchas cosas. Por ejemplo: una pila de libros que nadie lee. O los restos ocultos en el interior de un ataúd, el cual entre cuatro hombres intentan hacer que descienda en la tierra al aflojar o tensar cuerdas. O las lágrimas que sus hijas se secan con pañuelos y, también, la tristeza que ahoga a su esposa, abrazada a una de ellas, quien ha de pensar que en el interior de la caja va un niño enfermizo. O tal vez, se le ocurre, las horas que su hijo pasó con su novia, aquella mujer que lo acompañó en las últimas semanas de su enfermedad. O en las casi cien personas recargadas en tumbas o en árboles entre los famélicos ejemplares del Nuevo Cementerio Judío, rostros conocidos y desconocidos, que también siguen con los ojos el descenso de aquel "poeta" que apenas tornaba a ser grande.

También podría ser el cielo oscuro, las nubes furiosas que en cualquier momento desatarían una lluvia que lo habría lastimado si no se encontrara, ya, lejos de todo peligro.

Lo que sí es que para Hermann Kafka no deja de ser un niño contestón, aunque haya muerto siendo un adulto. No se siente tranquilo: nunca tuvo una buena relación con él. Cuando aún era pequeño, siempre tenía miedo de abrazarlo, de encariñarse mucho —durante esos mismos años, Julie y él perdieron otros dos varones, ambos a las pocas semanas de nacidos—, así que al mismo tiempo que Franz fue creciendo, una distancia similar a la de un océano se posó entre ellos; en especial porque con el andar del tiempo su hijo enfocó sus energías a una materia que a él

le importaba poco: la literatura. Siempre andaba por la casa con un libro en la mano, siempre los sacaba en sus paseos; Hermann nada más lo veía cruzar por los pasillos y se decía a sí mismo que seguro era una afición temporal: ¿qué buscaría aprender de los libros que no pudiera encontrar en el mundo que lo rodeaba? Puras idioteces, se respondía Hermann y se lo dejó claro a su hijo desde el inicio; mas sólo logró que Franz se refugiara más en ellos, que representaran una forma de subversión. Hasta que, también, decidió escribirlos. Entonces, el océano que los separaba se volvió más grande, hizo imposible entablar comunicación que no fuera a gritos o en cartas llenas de veneno que terminaron en el momento en que Ottla, una de sus hijas, le dio la noticia: Franz tenía tuberculosis. Franz podía estarse muriendo.

Hermann aún recordaba el momento en que tuvo la carta en su mano y sintió al mundo voltearse de cabeza, como si de pronto los zorros se lanzaran sobre los cazadores, y lo único que se le ocurrió responder fue ordenarle a su hija, que le ocultara la situación a su madre. Una instrucción inútil, por supuesto. Luego todo se volvió médicos y sanatorios y estar en comunicación constante; de pronto Franz y tuberculosis eran palabras intercambiables.

Hermann, quien desde hacía años tenía problemas cardiacos, jamás pensó que su hijo fuera a adelantarlo en la decadencia, que lo vería tan enflaquecido hasta el punto en que ni siquiera iba a reconocerlo cuando pasó, antes del final, algunos días a visitarlo a la casa familiar. A pesar de eso, su hijo continuaba viviendo: se juntó con una mujer que lo acompañó en esas últimas semanas (la que ahora estaba a un lado de sus hijas, en momento tan aciago), siguió escribiendo y publicando libros. Quizá éstos eran parte de su enfermedad, pensó Hermann en su momento, quizá fueron los que la detonaron. Hasta que un día la chica les llamó para informarles que Franz acababa de morir. Que el joven Brod estaba con ella.

Hermann mira a los asistentes y le incomoda su silencio: lo dejan a solas con sus pensamientos. Igual que si una mariposa negra se hubiera posado en su interior. Observa a Vallie sostenerse con un abrazo de Ottla, quien le regresa la mirada. Huye de ésta. No sólo le dejan el silencio, sino también las miradas acusatorias.

Miradas que le duelen desde que, la noche anterior, cometió el error de por fin abrir uno de los libros de su hijo: iba caminando por el pasillo, frotando los lomos con los dedos, cuando llegó a la esquina donde tenía los que él siempre le traía. Franz Kafka era un cúmulo de libros olvidados y llenos de polvo. Hermann tomó el más delgado, casi un cuaderno: tenía cerca de treinta páginas y narraba la travesía de un joven que es enjuiciado por su padre moribundo, quien lo sentencia a caminar hacia el Moldava y tirarse en sus aguas; este protagonista, llamado George Banderman, siempre escribía cartas a un amigo que a ratos parecía imaginario.

Esto había hecho recordar a Hermann que hubo un tiempo en que creyó que Franz hacía lo mismo cuando se encerraba en su habitación con sus cuadernos; además, en diversos fragmentos, la descripción de la casa se parecía mucho a la que los Kafka tuvieron cerca de la escuela de natación; incluso, en las últimas páginas del relato, Hermann tuvo la necesidad de salir al pasillo para evitar la tragedia porque recuerdo y presente se mezclaron.

Entonces siente que alguien lo está mirando. Desde una orilla, lejos del círculo central de la familia y los amigos más cercanos, uno de los invitados lo inspecciona con insistencia; este joven se ha recargado en un árbol de cuya raíz surge una tumba de piedra; casi podría ser parte de la naturaleza. Es un joven cadavérico con sombrero de copa. No hay duda, lo mira a él. Julie se acerca a Hermann y se recarga en su hombro, distrayéndolo. Aquella misma mañana ella entró al baño mientras Hermann se afeitaba, para decirle: "Tenemos que partir en dos horas, el cuerpo ya está listo y Dora ya ha dejado de llorar". Hermann suspiró para

volver a concentrarse en el cuidado de su bigote de hebras blancas y sintió las manos de su esposa posarse sobre sus hombros: "Es extraño pensar que Franz, nuestro Franz, ya no está en este mundo", dijo Hermann, "no sé qué es lo que debería de sentir. Que nuestro hijo ya esté descansando no hace que olvide los días que le enseñaba a nadar".

Los árboles del camposanto empiezan a agitarse. Pareciera que las nubes furiosas buscan asustar a los deudos. Hermann vuelve a ver, de reojo, al hombre que lo acusa con la mirada y luego se enfoca en el joven Brod, a quien ya había mandado un telegrama para que, tan pronto terminara el entierro, solucionen los asuntos legales sobre la obra de Franz.

En ese momento inicia el llanto: la novia de su hijo se dobla en el suelo, acerca la mano a la herida en la tierra, pide que le devuelvan a su hombre. Para ella, la tumba es su hombre. Para ella, ese agujero, de ahora en adelante, será su hombre. Y sólo puede emitir gritos lastimeros como si estuvieran arrancándole, sin piedad, un pedazo del alma; gritos que resuenan en el interior de Hermann con tal violencia que despedazan las débiles paredes de su hombría.

Por eso, Hermann se aleja del grupo, acercándose a los límites del cementerio. Ahí puede recuperar la forma. Ahí puede estar lejos de esos lamentos. Para tranquilizarse, repasa la última vez que habló con su hijo. Su novia les había marcado a la casa Oppelt para darles noticias; Julie había respondido el teléfono. Hermann, que estaba a su lado, pidió hablar. Franz sólo respondía a las preguntas que su padre le hacía; en el fondo de su voz se escuchaba un silbido (entonces, ese silbido era su hijo) y Hermann entendió que, esa vez, Franz no quería permanecer en silencio: quizá quería hablarle sobre el hospital, sobre el libro cuyas galeras acababa de revisar, sobre cómo ellos fueron distanciándose con los años. Las palabras no querían salir, se le rebelaban.

Hermann espera cerca de la sinagoga a que termine el entierro. Sabe que cuando la gente se le acerca es para cumplir con la tradición de compartir el dolor. “Lo sentimos, señor Kafka, su hijo ya está descansando, ese puede ser su consuelo”, le dicen algunos. “Lo siento, Hermann, pero usted siempre cumplió con él y, de seguro, se fue alegre pensando en eso”, comentan otros. Los que no saben qué decir aluden a preceptos: “Los padres no deben ver morir a sus hijos, señor Kafka, comparto su dolor y estoy a su disposición para lo que necesite”.

La gente no deja de moverse, algunos se acercan a su familia y les brindan palabras de aliento, sin esperar respuesta, porque quieren pensar que hicieron lo posible para hacer que los deudos se sintieran mejor. En ese momento, se acerca Ottla y se queda mirándolo: “¿Estás bien, papá?”, le pregunta frotándole la solapa del saco. Hermann asiente y ella, de golpe, se lanza sobre él y lo abraza. Es un gesto tan raro que Hermann tarda en reaccionar y rodearla con sus propios brazos+ y, mientras esto ocurre, el hombre que lo ha mirado durante el entierro se acerca al joven Brod y le brinda una tarjeta. Luego mira de reojo a Hermann una vez más, antes de irse.

Hermann supone que aquel desconocido es el único que realmente ve al monstruo debajo de la piel arrugada y las canas; al hombre que quizá obligó a su hijo a tirarse al río para así cumplir alguna sentencia estúpida en la que, después de expresada, el mismo juez dejó de creer.

A lo mejor su hijo, ahora, es esa mirada que él, desde su dolor, no puede descifrar.

Velocidad de reacción

ANDREA CHAPELA

El verdadero arte no consiste en imaginar una cosa y hacerla aparecer como si fuera real: sino por el contrario, tomar una realidad y hacerla aparecer como mentira.
Carlos Barrera "Fragmentos de París XIII"

Borrador (1)

Te escribo para volver atrás, a la pregunta antes de que se nos fuera de las manos tu visita y te fueras enojada. Esta vez prometo que seré totalmente honesta.

Regresemos dos o tres horas. Acabamos de comer, yo estoy en la cocina haciendo café, tú en la sala revisando los papeles del escritorio sin que yo lo sepa. Entonces me preguntaste qué era lo que más extrañaba de Madrid. Esta es la verdad: lo primero que me vino a la mente fue mi habitación. Si hubiera sido completamente sincera, te hubiera dicho eso en vez de mi respuesta vaga sobre la seguridad y el estilo de vida.

Hubiera intentado describirla, hacerte ver su tamaño exacto, describirte todos los objetos, uno a uno: la botella de vino sin abrir, las velas con olor a vainilla, las flores secas en un jarrón, la pila de libretas de colores, los marcos blancos de Ikea, los libros título por título. A veces creo que nunca se me olvidará cómo era vivir en ese cuarto (esos 25 m2), cómo se sentía el camino de la cama al baño en la oscuridad, de qué lado me gustaba dormir, el color exacto del suelo, pero comienzo a sentirlo lejano y ni siquiera ha pasado un año. Ya he perdido el olor del cuarto, de la Residencia, antes de que fuera mía.

Cada vez que volvía de un viaje me reencontraba con ese olor, o con el recuerdo de ese olor. Y con cada regreso, el olor duraba menos y el espacio se impregnaba de mí más rápido. Y

me parecía normal que desapareciera porque era el olor de un lugar sin mí, antes de mí. Pero ahora quisiera tenerlo de regreso, tal vez porque era una señal tan clara de pertenencia. Puedo asegurar que lo recuerdo, pero no podría describirlo. Me gusta pensar que lo reconocería al entrar a una casa o un cuarto de hotel, pero no estoy segura.

Eso es lo que te habría contado y creo que tú no me habrías creído o, más bien, creo que buscabas otro tipo de respuesta, de confidencia. O tal vez, solo estabas buscando una razón para pelear. ¿Por qué, si no, me ibas a preguntar sobre Madrid? Hace meses que volví. Y justo lo hiciste la primera vez que aceptaste venir a comer. ¿Qué buscabas con esa pregunta? ¿Que te dijera que quería regresar? La verdad es que no quiero volver. El Madrid que viví, no el lugar, pero las sensaciones, ya no están. Los dos años que estuve allí no pude sacarme de la cabeza que estaba a nada de cumplir treinta, fue algo que coloreó todo lo que viví allá. Pero ahora que los cumplí, ya no me parece tan importante y no estoy segura qué hacer con eso.

Entonces, en Madrid, pensaba que eso, tener casi treinta años, significaba algo, aunque la cuenta regresiva me la había impuesto solita. Me prometí que tenía hasta los treinta para ser escritora o, mejor dicho, para vivir como escritora. Por eso me fui a Madrid. Una beca de escritura significaba una visa y un cuarto de hotel por dos años, que me permitían postergar mi regreso a la Ciudad de México (el momento de encontrar trabajo y sacar mis libros de la casa), me daba tiempo para escribir y corroboraba una sospecha que había tenido desde niña. Nunca se lo había dicho a nadie exactamente así; siempre tuve cuidado cuando decía *me gustaría vivir en Europa*. Decía *Europa* como si fuera una masa uniforme, como si el idioma no cambiara con cada frontera. Europa. Como si ese lugar fuera más mundo que todo lo que había conocido en América. Y *me gustaría* como si mi viaje fuera un deseo y no lo que en realidad

sentía: un destino inevitable. En mi interior no le ponía palabras a la seguridad, pero si lo hubiera hecho, habría dicho *voy a vivir en Europa*.

Es verdad que, si hubiera verbalizado mi seguridad, no habría dicho Madrid; aunque ahora, con la distancia, podría decirte que todas las señales estaban allí si hubiera querido verlas. Hay una especie de *foreshadowing* en ese viaje de adolescencia que al final no hice, en todas las primaveras que mi madre pasó en la ciudad y en ese amante pasajero que había estudiado allí. Sobre todo, podría tomar como señal todas las amistades que entablé durante la maestría en Estados Unidos; todas esas españolas que a pesar de venir de otras provincias habían elegido Madrid como su hogar. Pero, así, en la distancia, al ordenar mis recuerdos para contártelos, puedo decidir la narrativa de mi vida, elegir los momentos y pensar que todas las veces que no viajé a Madrid sucedieron para que llegara a una ciudad sin huellas, donde cada calle tenía el potencial de convertirse (si lo hacía bien, si lo vivía bien) en un recuerdo nuevo.

Así llegué a Madrid el 17 de octubre.

Entonces, el calor del verano ya había pasado y las hojas comenzaban a cambiar. Era un año de crisis. ¿Te has dado cuenta cómo parece que todos los años estamos en crisis? El movimiento que me llevó de Estados Unidos a México, a España me transportó también de un momento histórico a otro. Estuve en Iowa, cuando Trump se volvió presidente. En México, cuando el 19 de septiembre la tierra volvió a retumbar la capital. En Madrid, poco después de la represión de protestas en Cataluña mientras la Unión Europea estaba inmersa en el caos del Brexit, de los barcos llenos de refugiados y del creciente nacionalismo de algunos miembros. Tal vez ese saltar de una crisis a otra, de un caos a otro, hizo que apenas quedara marca de esos sucesos en mis libretas. Las saqué todas del baúl y las tengo frente a mí mientras te escribo. La verdad me gustaría que apareciera más,

que la historia se colara más en lo que viví, pero esos sucesos, una catástrofe detrás de otra, son solo un rumor. Seguro que a ti también te pasa. Incluso me pasa ahora, que los hechos del presente son tan grandes, tan incontrolables, tan rápidos que no sé cómo narrarlos. No tengo atención o tiempo suficiente para concentrarme en cada crisis. Cuando comienzo a informarme, ya hay una nueva: un huracán en un país, un terremoto en otro, cada año el día más caluroso de la historia, represiones policiales, violaciones en manada, desaparecidos, muertes de periodistas, masacres, hambrunas, bacterias resistentes a los antibióticos, la extinción de otra especie, las elecciones de un país, incendios sin control y la vida sigue. Eso es lo que más me sorprende, ¿sabes? Que la vida sigue como si no pasara nada en el mundo o solo hemos (después de varios años) aprendido a vivir de desastre en desastre. El peligro no apremia, sino que se difumina.

Entonces, en medio de los desastres, llegué a Madrid porque quería ser escritora (porque no habría sabido qué más ser) y en medio de desastres me fui de Madrid sin haberlo logrado. Es el resumen más simple de mi tiempo allá. ¿Te habría bastado esa respuesta?

Después de dos años de residencia, de dedicarle mi tiempo sólo a eso, volví a casa de papá y mamá sin nada que mostrar. Sólo muchas notas y libretas, que no me atreví a dejar en España ni tiré cuando llegué aquí. En el fondo, siempre he querido ser de las personas que escriben diarios y por mucho tiempo me engañé y me dije (le dije a todos los que preguntaron) que esas libretas conformaban un diario, porque iba a escribir no tanto ficción, sino algo de autoficción o no-ficción. Algo desde el yo. En la época de Knausgård y Cusk, de la muerte de la ficción y el auge de narrativa personal no necesitaba explicar más. Pero cuando volví, no quería enfrentarme a todas esas palabras porque habían dejado de tener sentido. Lo primero que hice cuando

me mudé aquí fue limpiar el baúl, quería poner allí todas las libretas, guardarlas en un lugar bonito y olvidarlas un tiempo. No sabía qué hacer con todas esas notas, pero no quería tirarlas. Ni siquiera ahorita, seis meses después, quiero hacerlo. Deshacerme de ellas sería claudicar de verdad. Aceptar que en esos dos años no logré nada.

Y entonces encontré los papeles del bisabuelo. No se lo dije a nadie. Ni a mamá, ni a tía Pita y menos aún a ti. La verdad nunca pensé que te interesarían. Nunca te habían importado las historias familiares. Cuando te fuiste después de la pelea, me senté en la sala y los estuve hojeando, pensando por qué los guardé en secreto. Dijiste que también tenías derecho a verlos, a saber, y tenías razón. Supe que tenías razón en cuanto lo dijiste, pero llevo tanto tiempo a solas con ellos que mi primera reacción fue egoísta. No quería compartirlos. O más bien, no sabía por dónde comenzar. Por eso te estoy escribiendo. Te voy a contar sobre lo que descubrí, así, por escrito, para por fin hacer algo con ellos y porque quiero que dejen de ser un secreto. Quiero que se conviertan en algo de las dos. Voy a comenzar a escribir en estos emails y cuando logre que me contestes el teléfono, te los mandaré. También te daré todos los papeles para que puedas leerlos por ti misma. Y entonces podremos hablar de ellos. Tal vez a partir de eso encontraremos otras cosas que decirnos.

Me gustaría comenzar por el principio, aunque no sepa bien cuál es el principio. Supongo que un buen punto de partida es la primera vez que oí hablar de nuestro bisabuelo. Fue en el funeral de abuelita. ¿Será normal que la gente no se sepa de memoria el nombre de sus bisabuelos? A la fecha su nombre completo, Juan Carlos Barrera Treviño, me sigue pareciendo ajeno. Me gustaría sentir una conexión con el pasado solo con escribir ese nombre; me gustaría decirte que desde que lo oí por primera vez, lo reconocí como un antepasado, sentí *algo*. Y si lo dijera, tú me dirías que esas son puras mentiras, una pantalla con la que estoy

decorando la realidad. Y tendrías razón. Ni siquiera porque me he dedicado los últimos meses a tratar de entender quién fue Carlos Barrera, su nombre me parece familiar. ¿Alguna vez jugaste en la primaria a decir tus apellidos en orden? Recuerdo que varios de mis compañeros podían enlistar una cadena de varias generaciones. Supongo que era un juego que nació de una clase donde presentamos nuestro árbol genealógico, no creo que ningún niño se sepa de memoria toda su genealogía sin razón alguna. Confieso que nunca llegué a aprendérmelos todos y que a veces me inventaba apellidos para poder seguir el juego. Hasta que alguien se dio cuenta y no pude ocultar la vergüenza y nunca quise volver a jugar. Chapela Saavedra Castañares Barrera Diaz-Cevallos Treviño Cañedo Ocampo. ¿Te sabes más? ¿De memoria? Yo llego hasta allí haciendo un poco de trampa. Los apellidos del lado de mamá los tengo frescos porque los he estado leyendo y además hay un árbol genealógico en internet. Los del lado de papá se me pierden más fácilmente, pero los tengo apuntados en una libreta, por si un día los olvido.

Este vacío que hierve

JORGE COMENSAL

Una luz de atardecer a medianoche inundó la caseta de vigilancia cuando Silverio apagó la televisión. Le había tocado cubrir a solas el turno vespertino del domingo en la entrada principal del cementerio. Por falta de presupuesto, el Panteón Civil de Dolores sólo contaba con dos veladores nocturnos: uno había faltado al trabajo por haberse intoxicado con un coctel de ostiones; el otro —Silverio Jesús Gómez Rodríguez— se había quedado dormido mientras veía la décimo segunda entrega de la saga *Rápido y furioso*. Arrullado por los gritos, disparos y explosiones de la película, Silverio estuvo inconsciente más de una hora. Lo despertaron las trompetas del himno nacional que los canales de televisión gratuita transmitían por disposición oficial al terminar la programación estelar de los domingos, en los minutos primigenios de la semana.

Mas si osare un extraño enemigo profanar con su planta tu suelo... Silverio sabía que, no muy lejos de donde estaba sentado, en la Rotonda de las Personas Ilustres —monumento nacional para los muertos más destacados—, yacían bajo la misma tumba los huesos del músico catalán y del poeta incestuoso que compusieron el himno: Jaime Nunó —1824-1908— y Francisco González Bocanegra —1824-1861—. Sabía también que la novia y prima de González Bocanegra lo había encerrado con llave para que escribiera la letra del himno sin distraerse y que Jaime Nunó era amigo del dictador Antonio López de Santa Anna, quien lo invitó a acompañarlo a México tras su exilio en Cuba. Silverio sabía estos y muchos otros datos curiosos porque le gustaba informarse en el internet y retenía, como una pegajosa trampa para moscas, todas las letras que pasaban zumbando frente a sus ojos. De ahí que sus compañeros le apodaran primero el Wikipedia y más tarde el Wikiboy.

Piensa, ¡oh patria querida!, que cada estrofa del himno tenía ocho versos y que el cielo aquella noche teñía de rojo las paredes de la caseta, iluminada como esos cuartos en los que antes revelaban las fotografías. Un teatro de sombras inquietaba el mapa del

panteón que estaba clavado con tachuelas en el muro: el inmenso terreno era una escuadra cuyo ángulo más abierto coincidía con la entrada principal que vigilaba Silverio; por un lado se hallaba la muy transitada avenida de los Constituyentes, vínculo principal entre el centro de la ciudad y el adinerado centro de negocios de Santa Fe; por otro lado, el panteón colindaba con la avenida del Bosque, aledaña a la segunda sección del parque de Chapultepec, muy cerca de sus lagos y su Museo de Historia Natural; su vértice más extenso ondulaba junto con la profunda barranca que separaba el panteón de las aristocráticas Lomas de Chapultepec. Las calles interiores del cementerio formaban una telaraña cuyos hilos de asfalto deteriorado se volvían más irregulares, deformes, inconsistentes, conforme se alejaban de la entrada y se acercaban a la fosa común donde inhumaban a los muertos anónimos de la urbe. El mapa representaba doscientas cincuenta hectáreas de la alcaldía Miguel Hidalgo: el cementerio más grande de Latinoamérica, cuya seguridad dependía aquella noche de Silverio y del Tapachula, asignado a la caseta que estaba junto a la entrada de atrás.

—Verga— murmuró Silverio cuando al girarse sobre su silla y mirar por la ventana descubrió, en vez de las tinieblas habituales, una orgía de lumbre por doquier: todo era fuego.

Lo siguiente que pensó fue que debía ir a buscar al Güero, que seguro roncaba en lo profundo de la inconsciencia etílica. Su amigo era un vagabundo sofisticado, que residía desde tiempos inmemoriales en un mausoleo abandonado —erigido en los años veinte del siglo veinte por una familia acaudalada de apellido Monterde— a la orilla de la sección de primera clase. El Güero era un intelectual, alcohólico y poeta, con los ojos tan claros que algunos lo tomaban por gringo —hablaba el español con cierto acento, pero no era culpa de que su lengua fuera el inglés sino de que bebía licor desde temprano—.

Levantó el teléfono de la caseta y marcó 911 —el gobierno capitalino le había copiado el número a las películas de Hollywood—. Le contestó una voz artificial: "Para comunicarse con la policía, marque uno, para solicitar una ambulancia, marque dos, para pedir apoyo a protección civil, marque 3". Marcó tres. "Espere en la línea". La angustia timbró seis veces antes de que colgara el teléfono, se pusiera las botas —en tiempos de calor se las quitaba para evitar que los pies se le hicieran barbacoa— y saliera corriendo de la caseta, aterrado, perplejo y decidido a salvar al Güero del incendio.

Mientras se amarraba las agujetas a toda prisa pensaba que, de haber estado viva la Pancha, su mascota, lo habría despertado mucho antes, ladrando sin cesar hacia las llamas. Flaquita y despeinada, era una gran vigilante, y no habría dejado de insistir hasta que Silverio se levantara y viera el desmadre que estaba sucediendo allá afuera.

Pero la Pancha había fallecido seis meses atrás, el dos de enero, por culpa de la brujería de fin de año: había encontrado un corazón de puerco envenenado, o una de esas gallinas que los brujos sacrificaban sobre las tumbas, y untaban con pociones más tóxicas que mágicas. La Pancha ahora descansaba junto a su tumba favorita donde Silverio la había encontrado de cachorrita y a donde ella volvía todos los días para echarse a tomar el sol sobre la lápida que rezaba Francisca del Socorro García López, 1935-1944. Por eso le puso Pancha. La enterró un lunes, porque ese día el panteón no abría al público. El director seguía de vacaciones —la verdad casi nunca se presentaba a trabajar— así que no corría peligro de que le echara bronca por sacar una pala de la bodega de los sepultureros y abrir una fosa de tamaño canino cerca de la avenida Juan Álvarez —1790-1867, militar, cacique y presidente originario de Guerrero que participó en la Guerra de Independencia y se hallaba enterrado en la Rotonda—.

El Güero fue el único que asistió al funeral de la Pancha. Se puso corbata negra, zapatos boleados y su traje menos roto para la ocasión. Mientras Silverio cavaba el agujero, el Güero recitaba en latín un salmo de la Biblia —*De profundis clamavi ad Te, Domine*—. ¿Habría sido sacerdote antes de hacerse vago? Cuando Silverio terminó de cubrir la fosa, el Güero vertió un chorrito de licor sobre la tierra antes de brindar por su memoria; encima colocó un ramo de claveles usurpados a otro difunto, se guardó la Biblia en un bolsillo del saco y empezó a recitar de memoria un poema bastante raro que empezaba diciendo que quisiera estar llorando por el ano estiércol para la tierra y luego, con los dientes escarbar hasta sacar su calavera que se iban a disputar las abejas y su novia. El Güero finalizó llorando, y Silverio dijo "Amén" aunque no fuera el poema una oración.

Silverio ya corría hacia el mausoleo. No quedaba muy lejos, pero el camino era de subida, por lo que no tardó en cansarse y aflojar el paso. Jadeando miró hacia la derecha y vio, detrás de la cortina del humo que se expandía, los árboles en llamas como manos gigantes que salían del infierno con largas uñas de fuego para hacerle cosquillas a la luna. Silverio se echó a correr de nuevo.

Había entrado a trabajar al panteón tres años antes, cuando tenía veintiún años, gracias a que el tío Roberto, hermano de su mamá, le heredó su plaza laboral en el gobierno de la ciudad. Lo asignaron a la Dirección de Cementerios de la alcaldía Miguel Hidalgo, porque les faltaba personal menor de sesenta años. El jefe de veladores lo había mandado a hacer su primera ronda nocturna por el sector de la fosa común, la parte más culera del cementerio, no sin antes advertirle que no se fuera asustar por los fantasmas de la gente encabronada por estar hacinados como sardinas ahí dentro. El Güero cooperaba en las novatadas como fantasma oficial. Para no meter la pata, dejaba de beber dos días, de tal suerte que pudiera seguir a los novatos con cautela y amedrentarlos con gruñidos espectrales, murmullos y risas apagadas.

Como Silverio no pertenecía a una familia panteonera, la novatada tenía que ser más exigente. Acompañado por un camarógrafo —el único sepulturero que tenía un Iphone—, el Güero lo fue asustando a gotas a lo largo del camino. Cuando el polluelo ya estaba en su punto, el Güero se ocultó tras los arbustos, sacó un cráneo de su morral y se lo aventó al vigilante. La calavera le pegó a Silverio en el hombro y pareció que ella gritaba tan fuerte que se le rompía la mandíbula contra el suelo mientras Silverio escapaba tan rápido que la risa del Güero y el Nenepil le parecieron un eco de ultratumba. Ahora volvía a correr ansioso por las calles del panteón, pero en vez de huir de aquel fantasma espurio, corría para encontrarlo.

La puerta del mausoleo estaba abierta. Silverio había olvidado traer su linterna para alumbrar el interior de la tumba. Tampoco había tomado su celular, que se estaba cargando en la caseta. En el interior del mausoleo había un hueco de unos tres metros en medio de seis nichos para ataúdes que nunca fueron utilizados.

—¡Güero! —era increíble que, después de tanto tiempo, siguiera sin conocer su nombre. El apodo de su amigo rebotó en los muros de la fosa, sin respuesta—. ¡GÜERO! ¡Despiértate, cabrón!

¿Se habría quedado a dormir en otro lado? No sería la primera vez. El Güero a veces se iba de parranda y no volvía hasta el amanecer. Silverio lo había encontrado en la banqueta, afuera del cementerio, dormido contra algún poste, esperando a que abrieran la reja para entrar a su casa. ¿Qué pasó, Güero, ¿dónde andabas?, le preguntaba Silverio, y el otro le contaba, siempre sus proezas y contratiempos.

—¡Güero!

Una vez el Güero había salido en los periódicos porque lo sorprendieron chupando los pezones de una estatua, la mujer desnuda que representaba al generoso subsuelo mexicano en el

conjunto escultórico de la Fuente de Petróleos, no muy lejos del cementerio. Cuando volvió, luego de pasar tres días encerrado, le contó a Silverio que había hecho el amor con una diosa.

—¿Cuál diosa? Era una secretaria de Pemex que se llamaba Helvia Martínez Verdayes y que se la andaba picando el director. También es la chichona de la Diana Cazadora. ¿A poco no sabías?

—No seas obtuso, camarada —el Güero siempre insultaba con clase—, aunque se hubiera tratado de una puta sifilítica, la mirada del artista la hubiera convertido en una diosa inmortal. ¿No sabías que eso es el arte?

—¡GÜERO!

Silverio ya alcanzaba a escuchar el crepitar de la hierba encendida a escasos metros del mausoleo. Lo más raro era que su amigo nunca dejaba la puerta abierta al salir. Era muy celoso de su palacio. Pero tal vez el incendio lo había agarrado orinando contra un tronco y en vez de regresar se había pelado. Ni modo: lo mismo tenía que hacer Silverio, apurarse a volver a la caseta, tomar su celular y volver a llamar a los bomberos.

El humo ya ocultaba el camino de vuelta. No se alcanzaba a ver el camino hacia delante. Tenía que avanzar mirando el suelo para no caerse en alguno de los baches que tenía el asfalto. No tardó en llegar a la colorida tumba del luchador Máscara de Plata. Le faltaban como dos tercios del camino. Siguió avanzando y de pronto oyó un chiflido inhumano seguido por un trueno que lo hizo voltear a donde una explosión tremenda iluminaba el cielo con un brillo cegador. Silverio no tardó en sentir el impacto en la cara. Sintió que los ojos se le freían como dos huevos estrellados. La boca fue dos labios de tocino y el resto de la cara era el sartén con el aceite hirviendo. Se cubrió con las manos y se dobló hacia adelante para vencer el golpe de aire caliente que lo empujaba.

O los tanques de gas del crematorio habían estallado o el panteón estaba siendo bombardeado por un ejército invasor.

Silverio concluyó que lo primero era más probable, y respiró profundo contra las palmas de las manos. Reconoció el aroma de sí mismo mezclado con la cena. Aunque no era importante, su cerebro no dejó de analizar los ingredientes de ese olor tan familiar e inesperado. Por un lado su almizcle genital, el cebo que se añejaba entre los vellos púbicos y Silverio rascaba y olfateaba mientras veía la tele; "pareces chango, tú", le había dicho su mamá; "ya déjate ahí, qué puto asco", le había dicho la Yadira, su exmujer, la madre de su hija. Era un vicio como el cigarro, pero sin cáncer. Por otro lado, estaban las salchichas que había cenado con limón y salsa Maggi, mientras veía el principio de *Rápido y furioso*. Su jefa se las preparó el domingo por la mañana y se las guardó en la mochila, antes de que saliera de Cuajimalpa para irse al trabajo. Salchichas rosadas y muy suaves, sabrosas y nutritivas, no obstante que en el Facebook decían que las salchichas eran puro desperdicio con harina y colorante artificial. De postre había cenado cuatro donitas glaseadas. Se le habían llenado los dedos de aquella blanca y finísima azúcar, un polvo tan fino que no se le había quitado a pesar de que estuve rascándose la entrepierna hasta dormirse mientras los dos pelones de la película escapaban de los chinos malvados por las calles de Hong Kong.

¿Sería el último placer de su vida, olerse hasta adormecerse, como la Pancha cuando se lamía la papaya? No quería morir, pues disfrutaba, aparte del aroma fermentado de sí mismo, las salchichas, el porno y la música pop, jugar con la Daenerys, su chamaca, que ya tenía seis años y se llamaba igual que la madre de los dragones que reinaba en la serie de *Game of Thrones*. Daenerys Gómez Miranda, tenía que vivir por ella. "Ya báñate, cabrón", le decía Yadira cuando se acostaba con él, "échate cloro en los huevos, porque así no esperes que te la chupe". Y luego lo había corrido. Una vez a la quincena Silverio regresaba a Ecatepec para visitar a su hija, y llevársela a dormir el fin de semana con él y su abuelita.

Por todo lo anterior quería vivir, y gritó "¡Auxilio!" para imponerse al ruido, la ceguera y el temor. Se irguió de nuevo, decidido a continuar. El fuego, que jadeaba como una bestia colosal, no tardaría en rodearlo. Qué pinche manera de acabar: en la primera plana del periódico Alarma, con un encabezado denigrante como "Jamón ahumado" o "Vigilante al carbón". No quería acabar en los kioscos de periódicos, a la vista de todos, sobre todo de su pobre jefecita.

Abrió los ojos, veía. A través de una espesa nube anaranjada de dolor, el rumbo era por donde no había fuego. Le ardía mucho la garganta y el mundo alrededor parecía falso. En ese momento reconoció los ladridos de Pancha, y un tropel de pasos que bajaban como si no tuvieran prisa por escapar.

Bueno, estaba soñando.

—¡Pancha!, ven aquí, ¿dónde andas, condenada?

Sentía que estaba a punto de brincarle encima de emoción, de lamerle la cara que tanto ardía, los ojos que le lloraban y no lo dejaban ver por dónde había fuego, cada vez más furioso. Cada vez que inhalaba era como darse un toque de mariguana con insecticida. El ardor era seguido por la tos. Con la firmeza idiota de los perdidos, Silverio se apresuró, rodeado por muchas voces. Alcanzó a escuchar un borboteo lejano, acaso un pozo de riego hirviendo, birria sucia de hojas secas, excremento de ardilla y larvas de mosquito. Pancha y varios murmullos: apúrate a salir. La gravedad lo guiaba simplemente para seguir bajando, un túnel por el que huía de la luz. Ladridos más allá: tal vez una jauría de la barranca. Quejidos, cuchicheos. Otra vez el temor. No sabía rezar pero le hablaba de pronto a su abuelita jurándole que no volvería a masturbarse viendo porno en el celular. Cada año le llevaría flores al cementerio de Atlacomulco. El humo ya olía a flores, ¿será que ya valí? Un alarido atroz lo convenció de que ya estaba a las puertas del infierno.

—¡Ayyyyy! ¡Un fantasma!
—¿Dónde? —otra voz.
—¡Ahí viene!, ¡ahí!

Esos gritos lo guiaron en el último trecho. Andaba, decidido y un tope del estacionamiento lo hizo tropezar, cayó de bruces.
—¡Ahí estaba! ¡Ya desapareció!

El asfalto caliente lo asustó, pero no lo quemaba. Se dio cuenta que a esa altura había menos humo, y que veía mejor. Ahí estaba, cerca, el muro de la caseta y las oficinas. Se quedó a cuatro patas y siguió avanzando. No me vayas a lamer, Pancha, la cara. De pronto sintió los alfileres bajo la mano. El piso estaba cubierto de vidrios rotos.

—¿Qué es eso? —gritó una voz de señora.
—Grábalo, grábalo —dijo otra voz.

Silverio levantó la cabeza y reconoció los gruesos barrotes de la puerta principal. Atrás había un sinnúmero de pies. Había llegado. Se levantó para recuperar la dignidad —el humo denso lo cubrió de la cintura hacia arriba— y entre el bullicio alguien aseguró que eso era un hombre.
Silverio se empezó a sentir mareado.

—Ha de ser el velador —dijo alguien más.

Silverio dio varios pasos y apareció, tiznado, frente a la gente. Se aferró a la reja para no caerse. Quiso hablar, pero tosió.
—Denle agua.

Estaba mareado, nauseabundo, intoxicado. Le costaba trabajo respirar.

—¿Traes llaves? Pásame tus llaves.

La gente lo estaba grabando con sus celulares. Buscó las llaves en su bolsillo pero no estaban ahí.

—¿Cómo te llamas, carnal? —le preguntaron.

La náusea lo amordazó. Pasó medio minuto. Vomitó. De haber estar ahí, la Pancha se hubiera lanzado sobre ese licuado rosa.

—¡Llamen una ambulancia! Se está muriendo este güey.

El cielo empezó a nevar luciérnagas naranjas, copos de madera encendida, brazas que relumbraban al caer. Nadie le daba agua, pero un brazo atravesó la reja para ofrecerle un bolillo.

—Cómete el migajón.

A la Pancha también le gustaba el migajón.
¿De dónde había salido tanta esa gente?

—¿Carnal, me escuchas? —el mundo le daba vueltas—. ¿Cómo te llamas? ¿Qué día es hoy?

Sintió que iba a caerse para arriba, a irse de boca hacia el cielo por la barranca del aire. Se aferraba a la reja. Una mano fría le acarició los nudillos. Quiso mirar quién era, pero el vértigo le impidió abrir los ojos. Estaba a punto de alzar el vuelo, igual que en las pesadillas, cuando oyó que alguien gritó "¡Ahí vienen!" y todo mundo se empezó a quitar de la reja.

Silverio no se soltaba. Entre los rugidos del fuego, reconoció la sirena de un camión de bomberos que se acercaba. Sonaba ridícula, como un perro salchicha ladrándole a un dragón.

El inconcluso

RICARDO GUERRA DE LA PEÑA

El Inconcluso

(Fragmentos)

Mamá abrazó el cadáver de papá hasta que se le helaron los brazos. No sé cómo pudo soportarlo. La primera y última vez que toqué a un muerto fue cuando le besé la frente a mi abuela materna y no pude arrancarme el frío de los labios durante meses. A mamá no le molesta el frío de sus muertos, ella fue la que insistió en que le besara la frente a la abuela, lo hizo varias veces hasta que me animé. Dice que nunca se sintió tan acompañada como el rato que estuvo abrazando esa noche a papá, hasta que la insistencia de mis llamadas la sacaron del trance.

—Yo y tu papá estamos bien, Ricardo. Ya vamos para la casa— me dijo con la voz más serena que le recuerdo.

Desde la mañana le había insistido que fuera a verlo a su departamento de la Condesa, al que se había mudado hacía algunos meses a partir de su reciente separación, porque no atendía su celular y en su oficina no estaban seguros si había faltado. En realidad, me urgía comunicarme con él porque a mis trece años era una de las primeras noches en las que no lograba conciliar el sueño.

Harto del insomnio, decidí bajar al cuarto de tele para sintonizar el canal Golden, en el que a partir de medianoche trasmitían películas *softporn*. Según el médico que levantó el acta de defunción, papá falleció a la misma hora en la que yo me masturbaba, más incómodo que excitado, viendo a una

adolescente de pechos pequeños convulsionarse mientras un supuesto fantasma la penetraba. Me masturbé tres veces y aun así no logré dormir. Tuve miedo, hacía poco había visto en la televisión que uno podía morir si se privaba del sueño, pero desconocía cuántas horas de desvelo eran letales. Necesitaba que papá me dijera eso, él sabía de todo porque había leído mucho, cuántas horas me quedaban para recuperar el sueño y lograr sobrevivir.

Mamá hizo caso a mis súplicas hasta el atardecer. Durante muchos años le reproché su demora, estaba seguro de que si me hubiera hecho caso antes quizá papá seguiría con vida. Por un tiempo creí que se demoró porque tenía miedo de encontrar a papá con otra mujer o enterarse de algo que hiciera definitiva su separación. Ahora entiendo que si hay alguien a quien culpar es a mí.

Llegó el día que sí me pasó como al personaje de "Pedro y el lobo", que tanto me vaticinó mamá. Después de años de terapia entendí que por medio de mi hipocondría yo también buscaba atención, pero a diferencia de Pedro que disfrutaba aterrar a sus vecinos, a mí nunca me pareció divertido el miedo que ocasionaba en mis padres. Era aún mejor: sus caras desencajadas, su temor a perderme, me decían que me amaban. Finalmente llegó el día en que no me creyeron y el lobo me dejó huérfano y con culpa parricida.

Apenas unos meses antes mis padres discutieron porque yo no paraba de repetir que moriría de cáncer de mama. De nada sirvió que papá me confesara, después de que mamá le insistiera un largo rato, que cuando él tenía mi edad se le había inflado una bolita en los pezones durante un tiempo. Fue tanta mi insistencia que mamá, en un arranque de enojo, me llevó con Raymundo, su ginecólogo, quien la había auxiliado durante el parto. A mi padre le gustaba bromear diciéndonos a mí y a mi hermano que Raymundo nos había traído al mundo.

Era el único hombre en la sala de espera. Cuando la secretaria preguntó quién era la próxima paciente, todas me miraron asombradas cuando grité desesperado que yo era el paciente. Raymundo me acostó en la camilla y repitió lo mismo que papá, que dicha inflamación era normal en la pubertad, mientras yo me imaginaba lo expuestas que debían de sentirse las mujeres al abrir las piernas sobre las altas perneras. Mamá estaba furiosa y me echó en cara que me habían revisado los pezones como si fuera una niñita. Pero yo estaba feliz. Raymundo me había vuelto a traer al mundo.

Si hubiera sido mi hermano quien alarmara a mamá seguro hubiera ido al departamento de papá de inmediato y probablemente seguiría vivo. Mi hermano huía de la atención, tanto que casi no hablaba y cuando lo hacía lo festejaban. Me repitieron tantas veces: "cállate para que hable tu hermano", que con el tiempo también dejé de hablar, pero mi hermano siguió callando.

Mientras llamaba sin parar al celular y a la oficina de papá, mi hermano se pasó horas viendo un maratón de *Malcolm el de en medio* en canal 5. Siempre me sentí identificado con esa familia clasemediera estadounidense: a veces no había dinero para salir de vacaciones y mamá nos regañaba histérica, con las venas de la frente marcadas igualitas a las de la mamá de Malcolm, una mujer controladora hasta la exageración. Pero a diferencia de ella, que regañaba a sus hijos porque quería darles una lección, los regaños de mamá muchas veces eran injustificados, un pretexto para desquitar su ira. Como la vez que nos amenazó con pegarnos con un cinturón si nos movíamos. Mi hermano y yo nos mantuvimos como estatuas durante una hora. Se desquitaba con nosotros porque muy en el fondo se sentía inferior a la familia de papá. Tanto que, el día que descubrió en una tarea que olvidé escribir mi apellido materno, dejó de hablarme durante un mes.

Me estoy desviando. Regreso al día de la muerte de papá. Yo llamaba por teléfono y al no obtener respuesta caminaba nervioso alrededor de la mesa del comedor conversando posibles escenarios con Kika, la trabajadora doméstica, apenas tres años mayor que yo. Sé que mi hermano no se perdona su indiferencia, pero ojalá algún día entienda que no fue su culpa. Mucha gente me asegura que esa noche no pude dormir porque tenía una conexión especial con papá; si es que tienen razón, no supe escuchar y decidí pasarme la madrugada imaginándome a una amante invisible. Lo que nadie tampoco sabe, es que esa noche al apagar la televisión y limpiar mi semen en el sofá, me pregunté: ¿qué pasaría si muriera papá? Fue mi culpa, yo lo deseaba, más de una vez fantaseé con que moría y nos hacíamos ricos. Finalmente, mi hipocondría, el constante simulacro de mi muerte, ocasionó que mamá no me hiciera caso y papá agonizara solo.

Continué llamando al celular de papá hasta que me contestó una voz gruesa. Colgué y le grité a mi hermano y a Kika que lo habían secuestrado. Horas después me enteraría que quien contestó era mi tío Paco, el primero en encontrar el cadáver de papá. Mamá le había pedido que la acompañara porque temía con lo que podría encontrarse del otro lado de la puerta. Mi hermano no dejó de ver la televisión y yo comencé a llamar a mamá sin parar porque creía que, si llegaba al departamento, también la secuestrarían. Entonces, le dije a Dios que estaba bien que se llevara a papá, que se muriera, que era mi culpa por pensar en su muerte la noche anterior, pero que al menos salvara a mamá. La había mandado al matadero. Seguí marcándole hasta que contestó. Con voz serena me dijo que todo estaba bien, que pronto regresaría a casa. Yo le creí y me calmé, hasta que recordé que llevaba muchas horas sin dormir, pero ya no importaba si me moría, porque mamá iba de camino a casa, se había salvado.

Llegó a medianoche con mi tía Mónica, la esposa de tío Paco. En cuanto mamá cruzó la puerta de la entrada me dijo:

—Papá se quedó dormido.

Y yo le pregunté en qué hospital lo tenían en coma, pero mamá lloró tanto que se cayó al piso y se hizo bolita y entendí que papá se había dormido para siempre. Mi tía Mónica preguntó:

—¿Por qué no lloras?

Apreté con fuerza los ojos para dejar salir algunas lágrimas, pero no pude.

—¿Que no querías a tu papi?

No pude decirle que sí, porque hasta ese momento descubrí que quizá nunca lo había querido.

Subí al cuarto de mamá y estuve un buen rato viendo los Teletubbies, esperando que me matara el desvelo, hasta que finalmente me dormí. Incluso en el momento que escribo esta novela no he podido llorar la muerte de papá. Para no parecer insensible bromeo con que mi aparatito para llorar, que está detrás de los ojos, se descompuso; también el de la risa. Ese día no sólo murió papá, peor aún, me di cuenta de que no todo estaba en mi cabeza, como me repetían los psiquiatras, que los peores miedos sí se cumplen, que debemos tener cuidado con lo que deseamos.

Años después mamá me platicó que, preocupada por mi insistencia, contestó mi llamada mientras aún se encontraba acurrucada en la cama, abrazando el cuerpo amoratado y frío de papá, y que no sabe de dónde sacó la fuerza para decir que todo estaba bien.

Trece años después yo requeriría la misma fuerza para subir a mi cuarto y si me encontraba con ella o mi hermano, decirles que todo estaba bien, que la comida con mi tío Fabián estuvo muy

tranquila, que me invitó a un restaurante italiano y como siempre trató mal a los meseros. Mamá me diría que no entiende cómo no le reclamé lo de la herencia. Yo le repetiría que fue mi decisión perdonarlo, que ya era tarde y mejor hablábamos mañana. No sospecharía que Fabián acababa de decirme que papá no había muerto de un infarto fulminante. Papá se había suicidado.

***

Era un niño entusiasmado cuando papá nos llevó a ver por primera vez una exposición de mi abuela en el Museo Tamayo de la Ciudad de México. Los cuadros de Lilia que adornaban el comedor en la mansión de Cuernavaca de mi abuelo nunca me dijeron nada, pero el día que los vi en el museo, colgados en unas paredes blanquísimas, adquirieron voz.

Intuí que más allá de las formas y siluetas que me divertía encontrar en su abstracción, como quien se tira al pasto a ver las nubes, Lilia trataba de decirme algo a través de su obra, un mensaje que únicamente yo podía descifrar. Tenía la certeza de que, al pintarlos, al menos en algún trazo había dejado un mensaje oculto al nieto que, casi treinta años después de muerta, se pararía frente a sus cuadros.

Mientras observaba un pequeño *collage* y trataba de descifrar lo que querían decirme los diversos recortes de periódico, mi padre, con el gesto más cariñoso que le recuerdo, se agachó a mi altura y levantó la vista.

—Si te fijas bien, hay alas de mariposas pegadas en el lienzo.

Me estremeció imaginar a Lilia matando mariposas para pegarlas en sus cuadros. Antes de que pudiera decirle que no alcanzaba a percibirlas, me tomó de la mano y caminó conmigo hasta llevarme frente a otro cuadro:

—A ver, encuentra la patita de papá.

Tampoco alcancé a distinguirla.

—¿Que estás ciego? Fíjate bien ahí —dijo bruscamente, rompiendo el hechizo paternal que hasta entonces me tenía cautivo.

Acercó su regordete dedo índice al lienzo, casi hasta tocarlo. Me puso nervioso, pero me tranquilizaba pensar que, por ser los cuadros de su madre, si llegaba a dañarlos no tendría mayor problema.

No encontré el pie recién nacido de papá, que supuestamente Lilia había apoyado en el óleo aún fresco, pero asentí para que no se enfadara. Intuí que para él era muy importante que le asegurara que yo también podía verlo.

Al final del recorrido di con una pantalla que reproducía un video de Lilia pintando. Estaba fascinado, era muy bella, por fin entendí de dónde había heredado mi hermano su piel morena, detalle por el que muchos años creí que él era adoptado. Lilia daba algunas pinceladas en el lienzo y después volteaba para sonreírle a la cámara. Al encontrarme, papá preguntó:

—¿Cuánto llevas viendo ese video?

Le dije que un ratote, que si podíamos quedarnos más tiempo para verlo completo.

—Es un video que se repite cada diez segundos —me contestó mirando hacia arriba, tratando de evadir la pantalla.

***

Frente a un grupo de artistas reunidos en una pequeña sala, Lilia dijo: veo a un oso. Al no obtener ninguna respuesta le angustió, por unos instantes, la idea de estar alucinando y ser la única que podía ver al animal, que nada tenía que estar haciendo en el departamento que compartía con su madre. Al volver a mencionar al oso y no obtener respuesta, la invadió el regocijo de sentirse invisible. Sentada en una esquina del sillón, erguida, con las palmas de las manos reposando en sus muslos, sonrió como una niña al comprobar de nuevo que su voz se perdía entre las acaloradas conversaciones de los artistas que, a diferencia suya, disfrutaban perorar acerca de su quehacer. Desde que advirtió al oso por primera vez dejó de pestañear. Aferrándose a la idea de que, al cerrar los ojos, el oso desaparecería y con él su poder de invisibilidad.

—¿Escucharon la locura que acaba de decir la Lilia? —dijo Montse Pecanins, pero a ella tampoco nadie le prestó atención.

A Lilia la emocionó la idea de compartir su poder de invisibilidad con su amiga, pero sabía que, a diferencia suya, Montse no toleraría pasar inadvertida.

—No es posible que la Lilia diga que está viendo un oso y que en esta casa nadie haga nada al respecto —exclamó indignada Montse escrudiñando a Lilia con la mirada, como esperando a que hiciera otra gracia.

Poco a poco las voces fueron cediendo hasta que los ojos de todos los presentes se posaron sobre Lilia. Quien tratando de evadir las miradas señaló con el dedo a una esquina de la habitación. Los presentes siguieron el dedo de Lilia, entre divertidos y un poco molestos por tener que interrumpir sus importantes discusiones. Mientras Lilia regresaba con pesar a la realidad, los

demás la abandonaban. Ante un silencio de asombro compartido, Tamara la rusa se disculpó explicando que después de ensayar esa tarde, había decidido llevarse el oso a casa para que aprendiera a tocar la pandereta.

Años más tarde, el mismo grupo de amigos detuvo su caravana de autos, que iba rumbo a Puerto Vallarta para festejar el fin de año, con el pretexto de darle un bajón al tequila que trasportaban en un garrafón. Al poco rato de retomar el camino, Lilia dijo haber visto un elefante. Todos rieron y festejaron lo que creían que era una ocurrencia para recordar el episodio con el oso de Tamara la rusa. Hasta que Brian Nissen, siguiendo la mirada de Lilia, advirtió al elefante. Nuevamente, el grupo de amigos tuvo la sensación de habitar en la imaginación de Lilia.

A lo lejos, Brian alcanzó a divisar una carpa de circo.

***

Algunos conocen al filósofo e intelectual Ricardo Guerra Tejada por haber sido una figura destacada en el panorama cultural mexicano de mediados de siglo XX, pero muchos otros lo recuerdan más bien como el esposo infiel de la escritora Rosario Castellanos, con quien contrajo matrimonio después de separarse de Lilia. Yo en cambio lo recuerdo como un abuelo generoso y distante, con quien nunca me sentí en confianza y frente a quien me avergonzaba hablar de futbol o que mamá mencionara que íbamos a misa. La verdad es que, a pesar de frecuentarlo cada fin de semana en la casa de Cuernavaca, creo que nunca llegamos a conocernos.

Para intentar entenderlo y, más aún, movido por el morbo, hace unos meses comencé a leer un ejemplar de *Las siete cabritas* de Elena Poniatowska que encontré en la biblioteca de papá, específicamente el apartado en el que Elena habla de Rosario Castellanos. Desde pequeño había escuchado a familiares despotri-

car en contra de Poniatowska, quien estaba del lado de Rosario y abiertamente inconforme con las infidelidades de mi abuelo. Ser un Guerra implicaba odiar a Elena. En cuanto alguien la mencionaba en la universidad o me la encontraba en alguna feria del libro, aprovechaba para hablar mal de ella con mis amigos, cosas de las que ni siquiera estaba bien informado, como su supuesta responsabilidad en el suicidio de González de Alba. Cuando se me acababan los argumentos solía imitarla convirtiéndome en una viejita achacosa. Actuaba como si en verdad la odiara, como si junto al nombre de mi abuelo también la hubiera heredado como enemiga acérrima.

Hojeé el libro como si se tratara de una revista de farándula de telenovelas. Para mí no era más que un compendio de chismes en los que Elena retrataba las tormentosas relaciones amorosas que tenían Frida Kahlo, Elena Garro y la propia Rosario. Hasta que leí algo que me hizo cerrar el libro de golpe, como intentando detener a un demonio que emergía entre las páginas. Ya era demasiado tarde, no había manera de que olvidara que, según Elena, Socorro, mi bisabuela, se había suicidado. En las palabras de la autora, dicho suceso había inoculado el tema del suicidio en la casa del matrimonio de mi abuelo y Rosario.

El suicidio de mi bisabuela consolidó la versión del suicidio de mi padre. Constato que se trata de un fenómeno hereditario, como en la familia de Hemingway. Yo llevo años presentando síntomas. Sólo es cuestión de esperar. Hace tiempo que mis antidepresivos dejaron de hacer efecto y mis ideaciones suicidas están bastante inquietas, justo como ahora que escribo. Tan sólo en mi última ida al baño, al desabrocharme el cinturón, me imaginé enroscándolo en mi cuello, sujetándolo a la manija de la puerta y dejándome caer. Mientras orinaba, y sostenía mi verga entre las manos, recordé que un anciano estadunidense, frente al que me solía desnudar por videollamada, me platicó que había conseguido contagiarse de VIH ganando un concurso llama-

do Searching the Bug, organizado en la Deepweb. Al terminar pensé no lavarme las manos, deseando que me diera COVID-19, pero, al imaginarme entubado, implorando que me desconectaran sin poder moverme, decidí lavármelas. Al sostener la barra de jabón entre mis manos, tuve ganas de partirla y atragantarme con una mitad. Todo eso en mi última ida al baño, que no duró ni siquiera un minuto.

Electrodoméstico o manual de superación personal

PEDRO J. ACUÑA

Paso 19: El mundo es una cama de hospital

(Fragmento del manual de Martín)

Hijo:

La cuestión es si voy a estar consciente para decirte todas estas cosas o si voy a ser solo un vegetal, lleno de tumores y nudos en los huesos. La cuestión es si te lo voy a poder decir de frente o solo con esta carta. Y como no sé qué va a ser, si voy a sobrevivir a ese quirófano, es mejor que lo deje por escrito.

Necesito que le digas también a tu papá todo esto que te pondré aquí. Porque si él es algo, es necio. No solo con la bebida y con esa tontería de "irse a vivir a la playa", sino con todo. Pero en serio, con todo. ¿Sabías que no eres hijo único? Bueno, sí eres hijo único, ¿pero sabías que estuviste a punto de no serlo? Tu hermano o hermana te llevaría unos diez años. Tu padre estaba con la necedad de no ser padre, y yo en la necedad de tampoco ser madre; decidí abortarlo, ahí, a los 18. ¿Sabes? Fue mejor. No quería tener un hijo a esa edad. Yo era muy tonta, muy ingenua. Confiaba en mí, en nosotros. Creía que estaba destinada a algo grande y no solo a este trabajo de oficina. Que, te he de ser sincera, es lo que nos ha mantenido a flote. Nunca desprecies una nómina y un seguro de salud público. Te pueden, literalmente, salvar la vida.

Yo te quiero, hijo, como también habría querido a ese saco de sangre que me salió del útero si se hubiera convertido en una persona. ¿Sabes en qué pensaba mientras el misoprostol hacía efecto? ¿Sabes qué pasaba por mi cabeza mientras tenía el cólico más grande que haya tenido en la vida? Un tiburón, un enorme tiburón blanco.

De chico, te encantaba esa película, Jaws. Pero siempre terminabas asustadísimo y teníamos que convencerte de que nada iba a salir del retrete cuando fueras al baño o que en las albercas no podía haber animales. Te teníamos que convencer que por las tuberías apenas si cabían ratas o cucarachas (bueno, eso sí fue error de tu papá, porque ese día no dormiste nada y a mí me tocó estar contigo en la cama mientras llorabas; y él, bueno, él sí durmió bien después de una botella de tequila).

En fin, un tiburón blanco. Masivo, con quince hileras de dientes y ojos oscuros como una colonia sin luz. Los tiburones tienen un sentido que a nosotros nos hace falta: pueden sentir electricidad. Sí, en serio. Y no solo como que te den toques y se te quede el brazo entumido. No, ellos saben interpretarla. Saben que, por ejemplo, si un campo eléctrico es inestable, bien puede significar un animal herido, un pez que se mueve erráticamente y, pum, van para allá. El cambio de voltaje es como un cambio de olor (que el sentido del olfato también lo tienen desarrolladísimo).

Pero toda esa fortaleza, toda esa potencia para matar y cazar está condenada, por así decirlo. Un tiburón no tiene vejiga natatoria, es decir, no pueden flotar. Para no hundirse en el océano, necesitan moverse todo el tiempo. Digamos, para un tiburón gato eso no es un problema; viven cerca de los arrecifes y cuando están cansados, solo se quedan un momento en el fondo. Pero el tiburón blanco vive en aguas profundas. Por su tamaño, no podría ser de otra forma. Entonces, si no se mueve, se hundiría y moriría antes de llegar al fondo. Imagínate, estar cayendo lentamente durante kilómetros. ¿Cuánto tardará un tiburón en llegar al fondo del océano?

Para respirar, también necesitan moverse. Si no, no pasa el agua por sus branquias y, por tanto, tampoco el oxígeno. No es como otros peces, que abren la boca y succionan agua, literalmente toman agua y la expulsan con el oxígeno filtrado. El ti-

burón ni eso tiene. De nuevo, si quiere vivir, tiene que moverse; si quiere respirar, tiene que moverse. Si quiere cualquier cosa, tiene que moverse.

Imagínate, es como si tú solo pudieras comer mientras caminas, solo pudieras hablar mientras caminas, solo pudieras ir al baño mientras caminas. Es una maldición.

Pero no es solo eso. El tiburón blanco no tiene huesos. Tiene cartílagos (como tus orejas; tus orejas son cartílagos) que sostienen su cuerpo como si fuera un esqueleto. Es decir, no son gelatinosos como un caracol, pero ni por asomo son duros. Cuando vi uno por primera vez en la tele, pensé en acero, pensé que serían casi tanques submarinos, pero no. Son suaves (otra vez, como tus orejas), tan suaves que delfines y orcas los cazan. Los tiburones les huyen en cuanto los detectan. Las orcas y los delfines aceleran y los golpean en la cabeza, en la panza, en donde sea (es como golpear una almohada con un bate de béisbol: la almohada siempre va a perder). Los aturden y, mientras quedan paralizados, los voltean panza arriba, devoran únicamente su hígado y se van por otra presa con carne más sabrosa. El tiburón sigue nadando. No puede hacer otra cosa. Hasta para morirse, tiene que nadar.

Y se me hace chistoso que una película te hiciera tenerle tanto miedo a un animal que, en realidad, es bien delicado. Que solo tiene algo que los humanos llamaríamos "una cara desafortunada".

¿Sabes qué es lo que me hubiera gustado hacer? Nadar con tiburones. Ya sabes, todo el truco este de estar con equipo de buceo en una jaula, atraerlos con carnada y pasar mi mano por sus aletas mientras se mueven cerca de mí. Y quisiera también haber salido de esa jaula y estar frente a un tiburón blanco, frente a una hembra enorme de seis metros y saber que estoy segura, porque los ataques de tiburón sí que son raros. Es mucho más fácil que te muerda tu perro, el que estuvo contigo

desde que nació y que murió quince años después con tumores en las patas, a que te ataque un tiburón.

Pero nada de eso pasó. Solo estoy yo, a punto de entrar al quirófano y sin saber si voy a salir. Y solo quiero decirte, hijo, que te quiero y que lamento que tal vez esta sea la última vez que hablamos. Y también siento mucho dejarte con tu padre, que no es malo, solo que no sabe bien cómo vivir, cómo ser una persona, pero es necio e intenta fingir que sí sabe. Es más cartílago que otra cosa.

No sé qué vaya a pasar, pero, así como aquella vez que aborté, un gran tiburón blanco nada sobre mi cabeza. Solo que ahora hay algo que nunca había pensado: me dan un poco de lástima y ternura. Son mucho más inocentes que lo que esa película nos hizo creer. Llevan dieciséis millones de años sin cambiar, dieciséis millones de años siendo los mismos. Y no sé. Puede ser que el mundo es tan regular, tan igual, que hasta una cosa tan frágil como un tiburón blanco puede sobrevivir. Entonces, tal vez, y solo tal vez, tú y tu padre van a estar bien si yo no salgo de esta.

Lo que sea, ya viene la enfermera para prepararme.

Te quiero mucho, hijo. No tengas miedo. Dile a tu padre que también lo quiero mucho.

El Rinoceronte

MARIANO MORENO SANTA ROSA

Capítulo XII

Eras pequeño cuando murió tu madre. Una cría cuyo cuerno era del tamaño de un maboque. Te encontraron junto a tu madre muerta. Ella estaba recostada, con los ojos abiertos. Unas horas antes, los cazadores furtivos le habían robado el cuerno. Tú la rodeabas, ansioso, buscando su leche sagrada porque tenías hambre. Chocabas tu cabeza contra su cuerpo, ella no se movía.

El coronel dijo que atacabas a los guardabosques que querían ayudarte, los perseguías hasta embestirlos con tu pequeño cuerno. No dejabas que nadie se acercara a tu madre, hasta que al fin entre varios lograron someterte. Dicen que tenías la fuerza de un búfalo adulto, que emitías unos chillidos dolorosos que jamás habían escuchado.

Cuando llegaste al santuario le tenías miedo a cualquier ser humano. El coronel contaba que tuvieron que taparte los ojos con una manta para poder alimentarte. No te querían juntar con los otros rinocerontes. A los científicos les preocupaba que los machos adultos te mataran por ser nuevo. Es común que animales como leones o hipopótamos maten a crías ajenas para evitar que los confronten cuando éstas crezcan y se hagan fuertes. Yo he visto leones despedazar a los cachorros de los machos desterrados, las leonas observaban con tristeza como mataban a sus hijos, sin poder impedirlo. No por ser una cuestión natural deja de ser cruel. Pero algo que dice el coronel es que ningún animal comete atrocidades por maldad, solo los humanos.

Aquí, las ratas se están comiendo entre ellas. Presiento que se debe a que el coronel ordenó que les impidiéramos con veneno el acceso a nuestra poca comida. Se han vuelto agresivas. Jerónimo contó que lo atacaron mientras dormía en su rincón. Sus gritos despertaron a todo el cuartel. La otra noche, buscando

aceite para las lámparas, pude ver como una rata grande devoraba a sus crías. Empezaba por la cabeza, comiéndoselas como si se trataran de golosinas. Rosadas y ciegas, las crías no alcanzaban a comprender que solo llegaron al mundo para quitarle el hambre a su madre.

Varios años viviste apartado de los demás. Pareciera que en tu destino estaba escrito que fueras para siempre un rinoceronte solitario. Me hubiera gustado quitarte la tristeza, pero yo ni siquiera había nacido cuando tú eras una cría.

La noticia llegó al resto del mundo. En los países ricos causaron conmoción las imágenes de un rinoceronte bebé defendiendo a su madre muerta. El gobierno decidió rendirle honores y volverla un símbolo de la lucha contra la extinción.

Tu madre fue importante. Me dijo el coronel que incluso el rey y su séquito fueron al santuario a ofrecer sus condolencias. También asistieron ministros, celebridades, gente de cine, magnates. Él dice que aquellos eran los tiempos de la recuperación que llegó después de unas lluvias que casi acaban con el planeta. Todos los asistentes al funeral querían apoyar la causa y se logró recaudar mucho dinero para continuar con la salvaguarda de los animales.

Muy diferente al último funeral que tuvimos aquí, cuando murió uno de tus últimos compañeros. Estaba tan viejo y ciego que se decidió dormirlo para siempre. Su partida también causó mucha tristeza. El primer ministro iba a venir al funeral, pero canceló al último momento. Otras personas importantes también cancelaron su asistencia, aunque la mayoría ni siquiera se molestó en avisar. Se había dispuesto un escenario muy bonito con enormes fotografías de los rinocerontes. Se esperaba la presencia de periodistas de todo el mundo. Comida exquisita, vino, delicias. Adornamos la piscina de rosas rojas. Hicimos figuritas de cartón para regalar. El sistema de videovigilancia que teníamos ya no funcionaba, así que teníamos la esperanza de conseguir recursos

para comprar uno más sofisticado, que fuera capaz de detectar a los cazadores a varios kilómetros de distancia. Iba a ser un evento tan importante que no se le permitió la entrada a cualquiera. Recuerdo que los militares retiraron a gente de las comunidades que quería entrar al santuario a la fuerza. Al final, solo hubo como cuatro fotógrafos, el veterinario, algunos extranjeros. El coronel había preparado un bello discurso sobre la importancia de cuidar a los animales en peligro de extinción, "fracasamos con los elefantes, no hagamos lo mismo con los rinocerontes", pero ante la poca asistencia, éramos como cincuenta personas en el público, contando a los soldados, prefirió solamente agradecer nuestros esfuerzos y pedir más dinero para mantener nuestra labor. Después se retiró a su despacho. Allí se quedó un largo rato, yo creo que llorando. El coronel llora mucho. Debe pensar que nadie lo escucha, o tal vez ya no le importa que lo escuchen, pero llora seguido, más en las noches. Eso dicen quienes duermen cerca de su despacho, que el coronel llora mucho y a veces ni siquiera los deja dormir de tanto llanto.

Espero que mi voz no esté ahuyentando tu sueño. Bastante arrullado debes sentirte con el sonido de la lluvia, lluvia terca que suena como a granizo quebrándose en el techo. ¿No sientes el agua que escurre entre la madera? Si no para de llover y se inunda todo, hasta los cocodrilos se meterían en el cobertizo. Ya no se escuchan los relámpagos. Solo la lluvia. También escucho a las ratas, andando en las vigas del techo. A veces, allá arriba chocan entre ellas y algunas caen sobre nosotros. Me he despertado porque una rata me cae en la cabeza, la primera vez me espanté tanto que probablemente te desperté con mi grito. Cuando se oyen muchas ratas demasiado cerca, suelo levantarme y a pesar de la oscuridad las espanto blandiendo mi rifle. Si detecto que hay una rata moribunda, la mato a pisotadas para que deje de sufrir. Lo hago procurando no hacer ruido para no alterarte. Las mambas me dan más miedo que las ratas. Son peligrosas por su silencio,

tienen tanto veneno en su boca negra que si alguna nos llegara a picar, estaríamos muertos antes de que pudiéramos gritar por ayuda. Constantemente reviso que no haya serpientes cerca de ti. Por eso también duermo con el machete en la mano. Nada malo te pasará mientras yo esté a tu lado.

Hay rumores que dicen que en otros continentes la gente se está comiendo entre sí, igual que nuestras ratas. No hay manera de saberlo con exactitud. En estos tiempos se dicen tantas cosas y se conoce tan poco. He escuchado acerca de los bombardeos, de los ríos negros llenos de enfermedades incurables, de las nubes manchadas de ceniza, de los bandidos que arrasan pueblos, de enormes incendios que no pueden apagarse. Ojalá no llegue la guerra. Yo no entiendo muchas cosas, ¿pero qué nos espera a nosotros si el resto de los países están devastados? Es lo que se dice. Contigo estoy bien. Por mí que el mundo siga ardiendo. No me importa. Yo no conocí el mundo de antes así que no puedo sentirme mal por ellos, por cómo están ahora. La sabana, el santuario, los animales, el Ejército, esto siempre ha sido mi vida. No conozco el océano, jamás he visto un tiburón; solo una vez fui a la ciudad capital y me perdí a los pocos minutos de haber llegado. Tan poco tengo que el uniforme y esta arma y este machete ni siquiera son míos, y si se llegaran a dañar tendría que pagarle al gobierno una multa. Somos tan pobres que ni producimos basura. Por eso las ratas quieren acabarse nuestra comida. Dice Moliki que si el gobierno deja de mandarnos provisiones, y si dejaran de venir los búfalos y los cocodrilos y las cebras, no quedará de otra que empezar a comernos a las ratas. Kamau dijo que él lo ha hecho, cuando era niño, y que no saben mal mientras se les sepa asar con una buena lumbre. Es común comer ratas en las guerras, dijo muy tranquilo. Sospecho que ya se las está comiendo y no le dice a nadie. Yo no quiero ir a la guerra. Ni siquiera creo que la ganaríamos. Prefiero estar aquí, con el frío y las ratas y las serpientes, cuidándote, vigilando que nada malo te pase.

La lluvia ya no se oye tan inclemente. Pronto llegará la calma. Las ratas y las serpientes irán a esconderse cuando comience a amanecer. Espero no enfermarme por tener los pies mojados. Descansa, príncipe mío. A pesar de estar dormido, tus orejas se mueven inquietas como si de verdad escucharas todo lo que te cuento. Puedo notar que parece que sonríes mientras duermes. Una sonrisa que significa que en tus sueños ocurren puras cosas bonitas. Me hace creer que sueñas con tu madre, y que en tus sueños eres feliz porque en esos sueños ella vive, juegan juntos y te protege en todo momento. Yo también he soñado con mi familia, y también juego con ellos; hay sol, árboles verdes y conozco a los elefantes y nadie tiene las preocupaciones que nos aquejan a todos ahora. Cuando despierto, me pongo triste, pero luego te veo, grandote y despierto, y se me quitan las tristezas. No tengo a nadie, solo me preocupas tú. Yo siempre estaré a tu lado. Quiero que vuelvas a ser una cría tierna, y arrullarte como a un niño que siempre se quede dormido en mis brazos.

Rabia

RAFA

Escucho las campanas de la iglesia. Eso ya no pasa. Pinky ladra. Sabe que algo está mal. La última vez que ladró así, tembló segundos después. Salgo y corro. Parece pueblo fantasma. Todos deben estar ahí. Las campanas suenan más fuerte, pero no marcan la hora. Es una especie de llamado. ¡Tiiin! ¡Tiiin! ¡Tiiin! El sonido rebota contra el cerro. Voy colina arriba, tropezándome con las piedras, los huecos. Cuando llego veo que ahí están todos. La campana de la iglesia columpiándose, retumbando. Algunos voltean a verme y me lanzan el tipo de mirada que me dice que no soy muy bienvenido. Así que me quedo calladito y observo. Trato de pasar desapercibido. Ni me debería meter. Pero ya estoy aquí.

En medio del gentío, un perro ensangrentado sin cabeza. Me voy acercando, pero Chucho me detiene y me hace a un lado. "No te metas Lalo", advierte. "Ora sí se la ganó la pinche ruca." Me entero que Beto, a quien veo llorar mientras sus compadres lo consuelan y lo detienen de los brazos, aprovechó la misa para ponerse en el atrio y denunciar a la Señora Góngora. Uno de los perros se escapó y la hija de Beto lo encontró a media calle devorándose una paloma. La chiquita se le acercó por atrás, jugando e intentó abrazarlo. El animal volteó, furioso y le mordió la cara. Chucho dice que le arrancó el ojo derecho. "En serio no te metas", repite, en quedito. "O se van a ir contra ti."

Aún así quiero hacer algo, lo conozco bien, también a la pobrecita de su hija. Pero Chucho dice que Beto no es el mismo. Acaba de cazar al perro y planea tirárselo en la puerta a la señora para que salga y entonces pase lo que sea que tenga que pasar. Miro al animal muerto. Le sigue saliendo sangre del cuello. Qué culpa tiene. Algunos patean el cuerpo como si fuera la razón de todos sus males, como si todavía estuviera vivo y pudiera sentir los madrazos. Me quedo callado, como un fantasma que solo mira sin poder meter mano.

Francisco, el cura, se anima y pide calma, pero nadie le hace caso. "Resguárdese padrecito", le dice Rutilio, el último mayordo-

mo que queda en el pueblo. "Mejor póngase a rezar por la niña". Hace un calor de la chingada. Si la señora sale o logran entrar la van a linchar. Va a quedar como su perro o peor. Y su esposo Javier, él qué culpa tiene. También le va a tocar. Tengo que hacer algo. Estos son los instantes en los que a uno solo le queda creer en Dios, encomendarse a Dios, para que haga algo. Francisco puede. Tiene autoridad moral. "Por favor, hay que tranquilizarse", suplica. "Rutilio, esto es un accidente, no es culpa de nadie. Es un accidente." Los más jóvenes se enojan con el cura, no están para sermones. La mayoría ahora voltea a ver Rutilio. Segundos que parecen minutos. "No le hace", dice Rutilio ante la insistencia de Francisco de serenarse. "Métase a la pinche iglesia."

Puede que la tercera sea la vencida. Primero el desagüe de la casa llenó el riachuelo de caca y pelos. Después la señora tomó una escopeta y disparó cuando varios adolescentes lanzaron sobre el muro pedazos de pollo bañados en veneno de rata para intentar vengarse. Las campanas dejan de sonar. Todos se miran. Los murmullos se detienen. Silencio. El cura ya no habla, quizá ya le encomendó la situación al de allá arriba. Igual que yo. Recuerdo lo que me dijo una vez, cuando acababa de llegar de los *United*, cuando intenté confesarme y más bien acabé quejándome de todo lo que me estaba pasando. Como si el Señor se las trajera contra mí. Estaba seguro que quería castigarme a mí y solamente a mí. "Dios, a su amigo, le rompe todos los dientes." Me lo dijo con tanta seguridad que le creí. Pero ahora no lo veo tan seguro, lo veo dudoso, como si le hubiera roto el hocico a él también. Igual y ya nos lo rompió a todos.

"¡A darle a esa puta vieja!", grita Lupe, una señora choncha famosa porque los de Récord Guinness vinieron hasta acá para ver qué tan rápido partía grandes cantidades de perejil y cebolla. Es la única de aquí que tiene un canal en YouTube. Lupe se pone hasta el frente junto a Beto. Lo abraza y le dice cosas al oído. Es de los más queridos de aquí. Verlo llorar así espanta. No sé si llora por-

que su hija ya no va ver de un ojo, quizá ya no tenga ojo o porque no está del todo de acuerdo con la que va a hacer. Otra vez los murmullos. Otros se le acercan y dicen más cosas. Se le acaban las opciones, demasiadas voces cizañosas y...

Comienza la marcha, procesión, no sé como llamarle a esto. No sé que sea todavía ni en que acabe. Amarran las patas del cadáver con una cuerda y lo arrastran dejando una hilera de sangre que hierve sobre las piedras. Unos cuantos se asoman de sus casas y negocios y salen a la calle. Abarrotes, herbolarias, masajes. Hasta un par de turistas con pinta de europeos nos siguen, pensando que se trata de una tradición anual, matar un perro y arrastrarlo para que llueva o yo qué sé. Avanzamos calle abajo y después del número treinta las casas son más grandes, el paisaje verde y frondoso, las fachadas bien pintadas y sin mantas baratas anunciando que ahí se venden artesanías y recuerdos. Las casas de campo. Los residentes de fin de semana. Voy hasta atrás, como un puto cobarde. Mirando todo, calladito, para que a mí no me vayan a hacer nada. Francisco sigue insistiendo, pero ya nadie le hace caso. Parece un loquito hablando solo, tratando de impedir otra tragedia. La sangre marca el camino.

Llegamos hasta el desvío sobre el cual se encuentra la casa, con sus paredes altas de piedra volcánica. Los perros ladran desde adentro. Llegaron a decir que la señora no hacía nada cuando las hembras estaban en brama. Que los perros las montaban uno tras otro sin control, incluso se mataban entre ellos para lograr turnos en el apareamiento grupal. No me consta que sea cierto, tampoco mentira. Qué más da. La pinche gente va a creer lo que quiere creer. Ahora ladran más fuerte, rugen. Quizá se preparan para defender a su dueña. O puede que hayan olido el encabronamiento de todos, el miedo, la rabia. Afuera gritan y ellos ladran desde adentro. Y el sol no ayuda. Estoy empapado en sudor. No sé si de los nervios o porque hace calor. Ojalá lloviera ahorita, de la nada. Eso sí sería un milagro, una señal.

A un lado ya está estacionada la patrulla de Bryan, el jefe de la policía municipal. Salen él y sus dos secuaces, Pepe y Carlitos. Siento alivio al verlos. Pero no dicen nada y parecen estar ahí para mirar hasta que Beto toma el cadáver del animal y lo azota contra el portón. Una mancha de sangre sobre la madera. "Hágase pa'trás Don Beto", dice Bryan mientras él y sus hombres caminan hasta colocarse frente a la entrada, el perro degollado a sus pies. Los policías ponen sus manos sobre las fundas de sus pistolas. Pero en vez de amedrentar a la multitud hace que se encienda más. Los ladridos, los ladridos. Los rodean y les empiezan a gritar de todo. "¡Hijos de su puta madre!"

Siento que ya viví esto, que ya lo vi, cuando todos se organizaron para bloquear la construcción del campo de golf. Los sacaron a pedradas y machetazos. Los chilangos, en sus guayaberas y sombreritos de paja, se fueron corriendo. Juraron volver con sus abogados, de la mano del gobernador, pero ya nunca se volvieron a aparecer. Y el terreno pasó a ser ejidatario para sembrar jitomates, aguacates y otras cosas. Se supone que nos lo íbamos a repartir y a todos nos iba a tocar un pedacito. Creo que ya no se hizo. Y yo no he visto que siembren otra cosa ahí más que amapola. "¡Háganse a un lado bola de bandidos!", exige Lupe, en su voz rasposa, de matriarca.

Los policías se ponen a negociar con Beto. Pero dice que no se va hasta que pueda ver a la señora cara a cara. A Beto le cuesta trabajo ponerse agresivo, él no es así, por más que trate. Aún se ve dudoso pero trae a todo el pueblo detrás. Su hija es la excusa. Bryan dice que eso de ver a la señora no se va a poder. El hijo de Beto y sus amigos pasan al frente cargando palos. "¿Seguro no se va a poder?", le pregunta Sergio al policía. Parece que el sol le derrite la frente a todos. Bryan y Sergio no bajan la mirada. A ver quién pestañea primero. Los ladridos. No dejan pensar. "¡Rómpanles su madre!", gritan varios. "¡Asesinos!" Veo los pies de Sergio, como que baila sin bailar, como un corredor que se

prepara para arrancar. Está a un punto de soltar el primer palazo. "Yo entro y la saco", propongo. El corazón se me acelera. ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! Trato de respirar más lento. ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! Para qué abrí la puta boca. Beto y su hijo me voltean a ver. "A ti ni se te ocurra meterte pinche pocho", dice Sergio. Apunta su palo hacia mi como si fuera una espada y me estuviera retando a un duelo. "Yo quedé de ayudar a esterilizar a esos perros", le recuerdo. "Me conoce." Bryan dice que de ninguna manera. Entonces a Sergio, ya que el policía se opone, le empieza a parecer una buena idea. Le dice a Bryan que paso o paso. "Nos meten unos plomazos, pero después el resto los amarramos y los hacemos carnitas", amenaza. El pobre tiene cara de loco. Y yo no sé pa que chingados dije eso. Es como si alguien o algo me hubiera picado un botón.

Bryan lo observa y después a sus alrededores. El ladrido de los perros. No se puede pensar así. Tres corruptos odiados contra demasiados encabronados. Yo dentro de la casa le da tiempo de pedir refuerzos. Más policías o narcos. No sé. No hay manera que esto acabe bien. "Vas Lalo", dice Bryan como si me pasara toda la bola a mí por andar de hocicón. "Habla con ella, a ver qué se te ocurre." La marabunta se aparta para dejarme pasar y me quedo viendo al perro sin cabeza, mi sudor goteando sobre el charco de su sangre. Me acerco al portón para jalar la cuerda de la campanita y sin querer aspiro un insoportable olor a caca caliente. Parece que la están horneando ahí dentro. Una panadería de mierda.

Este lugar es la muerte

SAMUEL SEGURA

I

Antihéroe

El rostro de Nemesio es apenas distinguible entre las sombras.

Viaja en el asiento trasero, al fondo de la combi, pegado a la ventanilla. Lleva puestas una gorra y chamarra negras; pantalón y botas tipo militar, también negros; guantes de ese mismo color con nudillos de hierro; la barba y la cabellera crecidas.

La delgada hilera de focos rojos en el techo apenas ilumina el interior del vehículo.

Frente a él van sentadas una señora un tanto mayor, obesa, con delantal, y a su lado va una mujer de unos veinticinco años; a un lado de Nemesio viaja un hombre cachetón, playera de manga corta y cuello en v de algún equipo deportivo. Duerme con la boca abierta y la panza peluda se le asoma por el borde inferior de la prenda, que se mueve conforme ronca.

En el pequeño asiento individual, el que va en medio del vehículo, viaja un hombre delgado, con prominentes pómulos, el rostro casi cadavérico, la cabellera firme, lacia, oscura, peinada hacia atrás con gel. Un rockabilly. Los delgados brazos los tiene tatuados con imágenes que en esa negritud son apenas distinguibles; Nemesio cree ver en uno de ellos el cuerpo de un dragón, o de una serpiente, que se enrosca por la muñeca y el antebrazo de este hombre, quien a su vez observa a todos los pasajeros echando un afilado corte con la mirada (izquierda-derecha), y luego observa al frente, hacia el camino, que va despejado (pasan las once de la noche) y luego observa a su izquierda, a donde está Nemesio, a quien mira directamente a los ojos.

Nemesio también lo mira, pero su mirada, por el contrario, es relajada. Pacífica.

¡¡¡PPPRRRIIIIII!!!

El chofer da de pronto un frenón.

Los pasajeros chocan los unos contra los otros.

El flaco rockabilly, sin quererlo, para no caerse, se recarga en las piernas de la señora obesa que lleva puesto el delantal.

—¡Fíjate cabrón! —le reclama entonces al chofer, quien es un tipo moreno de corte de pelo tipo militar con algunos colguijes de plata sobre el cuello (entre ellos una virgen de Guadalupe). El chofer observa al rockabilly por el espejo retrovisor, sin decir palabra, sin ofrecerle una disculpa.

Ni a él ni a nadie.

Lo que el chofer hace a continuación es jalar el mecate que tiene a su lado, en la nuca, el cual se desplaza por una polea que activa el otro extremo de la cuerda, siendo así que la puerta se abre, lento, desplazándose por fuera del cuerpo de la combi; un movimiento y ruido similares a los que hace un clóset viejo.

Un par de jóvenes abordan el vehículo en el acto. Ambos visten tenis blancos, como de basquetbolista, y llevan gorros, gruesas sudaderas con logotipos de bandas hiphop (una de ellas de Cypress Hill, otra de Body Count, o eso logra distinguir Nemesio), y conforme se trepan, las suelas de sus zapatos rechinan contra el piso recién trapeado.

Uno de ellos da las buenas noches a los pasajeros. Su voz es apenas audible, casi como un suspiro, pero entre el silencio reinante logra escucharse con claridad. La señora obesa de delantal y la mujer más joven, por su parte, no dicen nada; tampoco platican entre ellas, van mirando al frente con los ojos puestos en la nada, como si estuvieran poseídas, como si estuviera muertas.

—Buenas noches —corresponde Nemesio el saludo.

Cuando el chofer reanuda el camino, a toda velocidad, lanzando a los pasajeros contra sus respaldos, los refunfuños del hombre con peinado de rockabilly también reaparecen:

—Este pendejo, íralo, con una fregada... ¿qué, tu puta madre te enseñó a manejar? —y tras decir esto dirige otra mirada a Nemesio, esta vez más apacible, buscando su complicidad.

Pero Nemesio no lo mira.

Los jóvenes raperos sí, un instante, entre sorprendidos e indiferentes, para mirarse finalmente entre ellos, también en silencio, y luego uno, el que va sentado junto a la señora obesa del delantal y la mujer más joven, se pone unos gruesos audífonos y de inmediato empieza a sonar su música; el otro rapero va junto al tipo panzón con playera de algún equipo deportivo que tras la frenada se despabiló un momento y observó en torno suyo, a su alrededor, por las ventanillas, tratando de ubicarse. Al percatarse de dónde estaba volvió a echar la cabeza sobre el nimio respaldo de la combi y cerró los ojos de nuevo para roncar sin tregua casi al instante.

Nemesio echa un vistazo a los dos jóvenes raperos. Observa cómo van sentados, sus tenis, las joyas que llevan colgando. A simple vista son intimidantes. Los observa mientras acaricia sus manos; los dedos largos aunque gruesos del hombre se tocan uno tras otro, como si fuesen los pasos de una tarántula, las marcas de un pianista novato que está a punto de tocar frente a un exigente público por primera vez.

Afuera la carretera va prácticamente vacía. De pronto se ve un transeúnte en la calle; acaso alguien en un puesto de tacos que merienda luego de una borrachera; o algún perdido que no ha alcanzado el camión o no ha tenido dinero y ha tenido que irse caminando, cabizbajo, hacia su casa.

En eso piensa Nemesio cuando el panzón de la playera deportiva que iba roncando abre los ojos y de súbito se incorpora sobre su asiento; de su gordo trasero (lleva puestos unos pants bien apretados) se saca una pistola y le apunta al hombre del peinado de rockabilly:

—Ya estuvo, culero, no dejas dormir a gusto.

El rockabilly levanta las manos lentamente, sin haber recibido la orden; sus ojos se abren, permanecen abiertos del todo, todo el tiempo.

La voz del panzón le dice ahora, despacito:

—Suelta lo que traes encima, o te retaco la tapadera de plomo.

Entonces la señora obesa y la mujer más joven se enderezan como si despertaran del letargo maligno en el que iban y muestran que ambas llevan consigo sendos cuchillos que apuntan al resto de los pasajeros; la señora obesa dirige el suyo hacia los raperos y a Nemesio, y la mujer joven, que está a espaldas del chofer, le pone la punta en la nuca y, con su delicada voz de niña, le dice:

—Tú como si nada manito o te rebano el gañote.

Por un vistazo a través del retrovisor, el chofer logra ver al hombre con peinado de rockabilly, quien solo atina a mantener los brazos arriba ante el caliente y largo cañón del arma que ya reposa sobre su frente. El chofer observa cómo este hombre de rostro cadavérico entrecierra los ojos, esperando la detonación que lo mande al inframundo, o un milagro que lo haga llegar a casa para ver a su esposa y a sus dos hijos pequeños, rockabillys como él, cuando implora:

—No traigo nada, banda, te lo juro, vengo de casa de mi jefa porque no tengo en qué caerme.*¡PUM!*

El disparo alumbra un instante ahí adentro, como un relámpago que anunciara una tormenta a medianoche.

Los sesos del hombre rockabilly se desparraman sobre la ventanilla destrozada tras el instantáneo paso de la bala calibre treinta y tantos.

Por el disparo el chofer da un volantazo involuntario *¡¡¡PPPRRRUUUUUU!!!*, por el cual la mujer joven le clava un poco, y lo suficiente, la punta de su cuchillo, lo cual basta para que el chofer se aferre al volante y de inmediato recupere el control.

Los dos jóvenes raperos, amenazados por el cuchillo de la señora obsesa de delantal, se miran el uno al otro, sus rostros repletos de sudor.

—Los tenis, muchachos —les dice la mujer, sonriente, apuntando con uno de sus índices (la uña pintada de rojo), el par de tenis que lleva puesto cada uno.

Ambos obedecen al instante, se los quitan y se los entregan a la doña. Al hacerlo, uno de ellos comienza a orinarse.

—No tengas miedo, mijito, tú afloja y no te pasará nada —dice la señora obesa de delantal—. Ora presten las joyas, los audífonos, las playeras —les ordena a ambos, igual de amable, mientras Nemesio se quita la gorra, la voltea desde su cara interna, transformándola en una máscara con forma de diablo que se coloca sobre el rostro mientras el panzón que roncaba le dice a la señora obesa de delantal:

—Ya chingamos, viejita —y le da un beso en la frente mientras le quita sus pertenencias al cadáver del rockabilly—. Con esto vas a tener una boda inolvidable —le dice ahora a la mujer más joven y esta sonríe con su sonrisa genuinamente perturbada, dientes de plata por aquí y por allá, sin quitar la punta del cuchillo del cuello del chofer.

Entonces, de una contundente e inesperada maniobra con ambas manos, Nemesio le dobla y quiebra el cuello, cual guajolote, al panzón que roncaba; al hacerlo, en un acto reflejo, la mano en la que el hombre llevaba la pistola se le abre, paralizada, y de ese modo alcanza a emitir un quejido *AGQH* conforme el arma se le cae completamente.

Cuando la señora obesa empuña su cuchillo y se lanza contra Nemesio *¡¡¡¡QQGGGIIIAAAA!!!!*, uno de los raperos la embiste al modo del futbol americano y ambos caen al suelo, dándole tiempo a Nemesio de tomar el arma y apuntarle en la cara a la doña.

La mujer grita *¡¡¡¡AHHHHHHG!!!!* cuando la bala atraviesa uno de sus ojos, dejando su boca, parcialmente desdentada,

abierta para siempre. Nemesio se guarda el arma en el cinto al momento y, como una reacción de instantáneo e injusto karma, la mujer joven le corta de un tajo el cuello al chofer, sin darle oportunidad de decir o hacer absolutamente nada. La cabeza se le va para atrás al chofer y el vehículo, que iba a no tan alta velocidad, se descontrola y descarrila para chocar, un microinstante después, contra un puesto de tortas *¡¡¡¡CRASH!!!* que por la hora, por fortuna, está cerrado.

Con el madrazo todos vuelan, otra vez, y Nemesio choca contra el asiento que da la espalda al chofer, cuyo cadáver cae al piso, bajo el volante, junto a los pedales; la mujer joven y su cuchillo, por ir sentada detrás del asiento del copiloto, sale despedida contra el parabrisas, el cual no se rompe, pero se estrella con el trancazo.

Los otros dos cadáveres, el del hombre rockabilly y el del panzón que roncaba, chocan contra los raperos, a quienes tampoco les ha dado tiempo de gritar; acaso suenan unos quejidos sordos, golpes cuerpo contra cuerpo, aire perdido entre los impactos.

En cuanto la combi se ha detenido por completo, Nemesio se incorpora apoyando una mano contra el piso repleto de vidrios rotos, de sangre; los cuerpos de los raperos, quizá desmayados, sin tenis, permanecen ahí. Luego se asoma hacia la zona donde está el chofer: la mujer joven está ahí, quieta, adormecida por el chingadazo que acaba de darse contra el vidrio. Nemesio la mira un momento y cuando esta lo ve salta impulsada por algún poder satánico queriendo clavarle el cuchillo en el brazo, pero el arma se clava en la tela de la chamarra de Nemesio y se queda ahí, ante la mirada atónita de la joven en aquella cara rasguñada por el impacto previo que recibe de lleno otro golpe brutal, esta vez de uno de los puños de Nemesio, sobre su nariz *¡KRRGGG!*, para sangrar y al instante caer de nuevo al piso. Nemesio la remata ahí con uno, dos, tres golpes más, de lleno en el cráneo, que cruje y cruje *¡PPRRQQ!* hasta que la joven desfallece.

Agotado, Nemesio toma aire por la boca entre esa máscara de flexible plástico/tela, que tan pronto entra lo saca por la nariz. Se recarga sobre el tablero. Luego trata de abrir la puerta del piloto para huir, pero no puede porque está atascada; la cuerda que corre por la polea que abre la puerta corrediza que va por fuera está rota. Nemesio mira entonces hacia la puerta del copiloto, y es a través del pequeño espejo retrovisor externo que logra ver a la poca gente de la calle que se aproxima hacia la combi; son unos cuantos que van caminando aprisa y hablando fuerte, preguntándose qué habrá pasado, si podrán o no ayudar a aquellos que acaban de accidentarse.

Nemesio corrobora lo que vio por el espejo retrovisor que va en medio del parabrisas estrellado, por lo que con un par de patadas logra romperlo del todo *¡¡¡PRIIIIST!!!*.

Sobre los pies de Nemesio cae en ese momento el letrero que, en letras mayúsculas, fluorescentes, indica el destino la combi:

Los Héroes, Hecatepec.

Nemesio avanza cojeando, se adentra entre calles maltrechas, llenas de baches, solitarias, hasta que logra alejarse lo suficiente de la combi chocada y se detiene en un poste para quitarse la máscara, volverla gorra y ponérsela.

Ahí inclina el cuerpo hacia adelante y respira. Después escupe un gajo sanguinolento, se abanica con la gorra, se echa aire. Se recarga contra una pared y poco a poco se desploma.

Nemesio mira hacia el cielo oscuro, sin estrellas, de su barrio. Luego, así sentado en el piso, alcanza a distinguir su aspecto en el reflejo que le ofrece la carrocería de un coche lleno de polvo que está estacionado frente a él.

Sin saber por qué, Nemesio sonríe.

Estetitanic

LEONARDO TEJA

i.

Nunca había entrado por mi voluntad a Lamediterránea. Alguna vez, obligado por mi vejiga llena, le había preguntado al guardia de la puerta por el pasillo de cañas de pescar, lo cual yo tenía como clave universal para no preguntar directamente por los mingitorios. Quizá aquel personaje era nuevo en el mundo, o a mí me habían informado mal, o sólo a esa hora específica las claves secretas de las compañías de seguridad privada se desactivaban, todas a la vez, para permitir que los mingitorios fueran lavados; también hubiera cabido la posibilidad de que en tiendas como Lamediterránea, esa clave en específico tuviera otra opción para no afectar la venta real de cañas de pescar, opción desconocida para mi yo de ese entonces. De cualquier manera, aquel guardia me había escoltado hasta el pasillo de las cañas de pescar cuando yo lo único que quería era descargar la vejiga. Esa fue la segunda vez que había tenido que fingir interés y sapiencia en cañas de pescar. En otra ocasión, ya con Magda en la trama, ella me había arrastrado hasta ahí para averiguar el precio de unas aspas para lancha de un cuarto de caballo porque estaba empecinada en dotar de verosimilitud algo que estaba escribiendo. Para cobrarle aquel favor le pedí que me acompañara para canjear la herencia de mi padre; estuve seguro de que no habría muchos más chances antes de que se fuera con en enfermero C; fue por eso, o quizá por mera fidelidad al recuerdo de aquellas magníficas aspas.

ii.

Aunque es cierto que vagar entre los pasillos de una tienda con la encomienda de quemar dinero facilita todo, resultó que Magda y yo conservábamos intacta una parte de la complicidad. Por lo menos esa impresión me daba, después me di cuenta de que a ella también y, sin lugar a dudas, cualquiera que fuera a ver en las pantallas de seguridad de la tienda podría darse cuenta de que aquella pareja que había entrado aquella tarde por la puerta de la avenida principal ponía mucho esfuerzo en aparentar distancia, pero en realidad había algo en sus movimientos, tal vez en la memoria de sus cuerpos, que hacía pensar en que eran capaces de aburrirse o de extrañarse cuando estaban juntos o cuando se entretenían. Dejaban espacio suficiente en el mando del carrito de la compra como para que ambos guiaran el trayecto entre los pasillos, sabían encontrarse en los pasillos, aunque no se vieran directamente, escogían productos que a simple vista no guardaban relación alguna pero que en su carrito armonizaban. Lo más sorprendente, para quien viera a aquella pareja, no sería el beso que los imantó en el área de carnada seca ni la rápida sincronía de argumentos que dieron a un guardia de seguridad para convencerlo de que aquello no había sido un beso, sino una reacción química a una exposición prolongada de carnada de pesca. A partir de ese momento, la distancia que se creo entre ellos sólo había disminuido cada momento y terminado hastas las cajas de cobro.

ii.b

¿Dónde está el informe de los videos de
seguridad de la semana pasada?
Están los de la semana antepasada y
las predicciones de la semana que viene,
pero no veo por ninguna parte los de
la semana pasada.

No los he terminado todavía,
tengo dos dudas muy serias;
no quiero entregar

algo en lo que no crea.

Qué dudas vas a tener; como tu superior
que soy,
debo decirte que es peor no entregar los
informes
y dejar huecos en el acumulado.
Como tu vecino de lóquer que soy, tengo
que decirte
que hay una nube de moscas verdes
rodeando
las rejillas de ventilación del tuyo,
quizá haya algo que intriga a las moscas
y
las organiza alrededor de esa área.

¿Tengo un lóquer?

Sí, del lado derecho del mío, pero debes
limpiarlo a conciencia antes de usarlo porque...

¿Cuál es el tuyo?

No me siento cómodo diciéndotelo así nomás;
como tu superior que soy, te recomiendo que no olvides
que hay rangos en nuestra organización, y que
junto con nuestros famosos informes semanales
que hacemos después de ver las cámaras de seguridad,
representan la base de nuestro prestigio.
Por eso debes entregar el de la semana pasada,
te lo digo como tu hermano que soy.

Es que tengo dudas serias
en una de las secuencias.

Qué dudas

Una pareja que entró por la puerta
de la avenida principal.

¿Robaron algo?
¿Robaron algo?

No.

¿Rompieron algo?

No.

¿Intercambiaron códigos de barras
y se llevaron una popa a precio de proa?

No, tampoco.

Entonces qué, cabrón, dime de una vez
que esto ya se prolongó demasiado.

Se besaron vivamente en el pasillo
de la carnada seca.

Hijos de puta; ¿quién estaba
en turno de persuación?

González.

Y no les dijo nada

Sí, eso ya está en el informe.

¿Entonces?

No, es otra cosa. Míra.

¿Qué tienen de especial?
Escogen baratijas sin ton ni son.

No, no; lee sus labios

¿Él le dice Magda?
No traigo lentes, tradúceme,
qué están diciendo.

Se dicen que es una pena que ya
no vayan a
estar juntos después de salir de la
tienda.

No entiendo cuáles son las dudas.

Pues que no sé si poner en el informe
que entraron siendo una pareja, y
si saliendo lo seguirán siendo, o no,
y tampoco sé otra cosa: si sí son
una pareja y lo seguirán siendo,
eso significa que son y serán
una pareja atractiva, o no.

¿Te parece que son una pareja atractiva?

Ella es atractiva.

Creo que él también.

Sí, pero recuerda que no necesariamente
componentes atractivos forman parejas
atractivas,
a veces forman binomios cuadrados perfectos.

¿Y qué vas a hacer entonces?

Renunciar esta misma tarde, supongo.
Este informe me sobrepasa.

No, no es para tanto, te lo digo como
entrenador.

Bueno y qué pongo.

En este caso, lo mejor es
ponerse en sus zapatos,
te lo digo como si yo fuera él.

La verdad, me hubiera gustado que después de esa tarde en la tienda, después de escoger una caña de pescar, equipo de buceo, de inmersión, de primeros auxilios, arena de playa a granel, después de besarnos en el pasillo de carnada seca, lo único que nos quedara a Magda y a mí fuera que nos separáramos así sin más. Hubiera deseado que algo cambiara el rumbo antes de salir por las puertas de la tienda con las manos llenas de cosas que en realidad no deseaba comprar para amontonarlas en algún rincón de donde vivimos, pero juntos.

iii.

Y así fue, porque justamente en la fila de la caja, estando a unas tres o cuatro personas antes de pagar, un empleado de Lamediterránea se nos acercó. Magda escupió a medio metro de mis pies, de tal manera que el empleado no se acercó a nosotros más allá del límite que marcaba la saliva.

¿Tienen un minuto para hablar de ustedes?

Sí.

Sí.

¿Son pareja? Es una encuesta de rutina,
no se preocupen: se la hacemos a todas las parejas

que intuimos nos será difícil saber si son parejas
cuando veamos los videos de seguridad
en las semanas subsecuentes.

Éramos.

Pues vivimos en la misma casa todavía.
Dormimos en la misma cama del departamento.

Y tenemos argumentos interesantes que nos sirven para desahogar cualquier discusión sin arañar nuestras creencias.

Tenemos amantes.

Yo no.

El mío es enfermero.

¿A qué viene todo esto?

Queremos venderles algo.

Yo sólo vine a acompañarlo a él.

No, gracias. Ya llevo todo para lo que me alcanza.

Es una estancia en Estetitanic;
las parejas que están
ambiguamente juntas tienen un descuento.

No, gracias.

Tome el folleto.

Démelo a mí.

iii.b

Estetitanic está siendo construido sobre la premisa de que la suerte no regresa con el mismo nombre. Con lo cual usted se halla ante un proyecto infracasable. Piense en los nombres de las abuelas duplicados en los nietos y en las patentes de sillas mecedoras, de llaves de ahorcamiento, en las empresas de máquinas de coser, en las calles y avenidas, en algunas mascotas, piense en los automóviles bautizados con nombres de villanos, de brujas, de piratas, de reinas, de diosas rencorosas y sus pares obscenos, de animales lentos, desagradables, inaccesibles. Nada de lo rebautizado tiene que ver con el destino de su nombre. Estetitanic es inundible, la estancia en él, pagable.

PRÓLOGO DE POESÍA

Escribe Yves Bonnefoy en *Las tablas curvas* (2001): "... a veces ni siquiera eran palabras, /sólo el sonido del que quieren nacer, /un sonido tan sombra como luz, /ni la música aún ni el ruido ya." La suya es una poesía en la que la noche puede ser luz y donde esta vive en relación con la palabra. Mientras perdure la palabra, perdura el mundo. Esta idea, sustancial para muchos poetas, está presente, de una u otra manera, en los once jóvenes creadores seleccionados para el periodo 2019-2020, un año ciertamente difícil y distinto a todos, en el que la palabra puede ser, quizá más que nunca, un bien común que nos rescata.

Varios son los temas que dominan en sus proyectos y estos resultan igualmente duros y difíciles: la violencia intrafamiliar, los roles de la maternidad y de la paternidad, el abuso sexual, la agresión contra las mujeres en sus casas y en las calles. Iveth Luna, Adriana Ventura y Daniel Miranda Terrés los revisan y los exponen, desde el peso simbólico de conceptos, mitos y conductas, dejando traslucir dudas y necesidades. Para ello, recurren a la apropiación de ciertos lenguajes, como el publicitario (Iveth Luna), el de la economía verbal absorta en lo descarnado (Adriana Ventura) y el más confesional (Daniel Miranda). Cercana a estos temas, se sitúa la poesía de Yamilet Verónica Fajardo, quien trabaja la enfermedad y la familia en un tono rico en referencias literarias y que no hace concesiones. Por su parte, y aunque no hable necesariamente de enfermedad, Marco Antonio Murillo escribe sobre un Batman ya viejo, héroe fuera de la órbita de la acción, donde atmósferas, objetos y personajes establecen analogías con la psique del ser contemporáneo.

Otros temas de este año son la detenida observación de las palomas (José Pulido), las voces y los espejismos del amor y del desierto (Ángel Vargas), las vidas de los otros (Michelle Pérez Lobo), los poemas para niños sobre la luna y la palabra (Arturo Loera), la reelaboración de una biografía encaminada al trazo de una cartografía personal (Melissa Niño) y la necesidad de una inmersión particular en el complejo fenómeno del tiempo (Sergio Eduardo Cruz). De lo descriptivo a lo imaginativo, de lo biográfico a lo simbólico, de lo surrealista a lo más realista, estos poetas incluyen, asimismo, lo fragmentario y lo intergenérico, conscientes de la importancia que tiene la palabra poética, gracias, entre otras cosas, a su facultad de ubicar y descolocar y a su permiso de partir del final al principio, una y otra vez.

Claudia Hdez. de Valle Arizpe

Realmente esta muestra del trabajo realizado por los Jóvenes Creadores de Poesía 2019-2020 me sorprende por la diversidad de registros y por los niveles escriturales ensayados y alcanzados. Son voces y propuestas cuya solidez descansa, obviamente, en los textos, en las series y conjuntos presentados a lo largo del trabajo de escritura y revisión al que han sido sometidos. El talento, por un lado, y el oficio, por el otro, cierran el ángulo, el espacio donde germinan y se consolidan estas muestras poemáticas.

Si atiendo los textos que conforman el apartado de "Solo para ver sirven mis ojos", de Yamilet Fajardo, la vida se me revela como una enfermedad, un río que va a dar a la mar que es una cloaca que lo recibe todo. Una conciencia de la muerte que se instala en las imágenes; no se piensa, se padece en la ruina y erosión de la enfermedad, en la vida como sinónimo de agonía. Pero si me enfrento con "Autorreferencialidad del abismo", de Melissa Niño, estoy ante un dominó, un cuadro tras otro, una fotografía que sucede a otra fotografía. Un castillo de naipes sobre la mesa en constante peligro por la brusquedad o, acaso, el aliento de los jugadores. Sin embargo, ahí está una historia familiar, un álbum de muy delicadas imágenes que amenazan permanentemente con difuminarse. Un tiempo que cintila y se refleja en nuestros ojos. En "Q.E.D.", de Cruz Flores, se dan cita la luz, la oscuridad y el miedo. Una habitación que se convierte en casa y una casa que se vuelve caparazón que nos distingue y, a la vez, aísla. La muerte tiene su ritmo, también certezas que se nos acomodan en el cuerpo. El poema se antoja una explicación, pero oscuramente sabemos que el nudo no desaparecerá y la luz de la lámpara será insuficiente. Entonces ¿de qué trata el poema? Siguiendo con la oscuridad Marco Antonio Murillo, en "Caza de murciélagos", nos recuerda aquello de "Infame turba de nocturnas aves" de don Luis de Góngora y la noche lo cubre todo. Pensar o soñar una noche barroca me remite a Batman,

a la terrible complejidad de Ciudad Gótica. El origen me sitúa en la raíz, en un oscuro lecho donde se incuban sentimientos y emociones, pasiones en crescendo que pueden encarnar en la figura de un héroe, y este puede ser un cíclope o un murciélago; mejor todavía, un hombre que decida serlo. Ángel Vargas hace de la luz una navaja. En "declarado desierto" asistimos a una narrativa desde la contundencia de la aseveración, una conciencia y un decir que pasa su lente por la cartografía del deseo. Es un amor distinto porque todo amor, y todo discurso amoroso que se precie, lo son. El poema se estira en una voz que gusta de la emoción y del misterio del estribillo, del espacio hechizado de la reiteración como rostro de una posible y anhelada verdad. Iveth Luna Flores gusta de los interiores y sus laberintos. En "Cuerpos de casa" la casa se contagia de la humanidad de sus habitantes. Es una geografía que se ve asaltada por el amor, el gozo y la nostalgia. Lo que se dijo, lo que se intentó decir, aquello que no se dijo se expresa en sus interiores, pero a veces llegan las palabras como frágiles pájaros que golpean contra los cristales de las ventanas. Seguimos con las aves y con el cielo. José Pulido, en "La carne del cielo", nos brinda un mural, un posible asalto. El paisaje es uno en sus múltiples planos y se nos viene encima. No somos dos entidades distintas y distantes nosotros y el paisaje que parece rodearnos. Somos una misma entidad, un mismo accidente sentimental. En "Vidas fantasma", de Michelle Pérez-Lobo, estamos en una dimensión donde los cuerpos, las sombras y sus posibles historias que habitan las calles parecen transcurrir al margen de nuestra propia vida. Pero nuestra vida también puede ser un telón de fondo, una posible escenografía que se intuye e imagina. Una sombra más, un fantasma entre fantasmas. Antonio Gamoneda dice que la poesía es pensamiento melódico. Adriana Ventura, en "Genealogía de un plato", nos sitúa en el centro mismo del conflicto. El poema como tal puede revelarse como un espacio de reflexión. Un pormenorizado viacrucis

que nos narra y canta historias entre caída y caída; por ejemplo, un plato que se rompe. En "Tierra paterna", de Daniel Miranda Terrés, nos enfrentamos con la urgencia del pronunciamiento. La elegía suele tener varios rostros; el dolor, nos dice Umberto Saba, solo tiene una voz. Volver a Ítaca, en este caso, es habitarla, recorrer sus calles y plazas, la luz del domingo que ilumina un rostro crispado e impotente y no poder avizorar la orilla del mar. Pero ahí está de nuevo el cielo. Arturo Loera, en "1969", nos obliga a contemplar el cielo al tiempo que revisitamos una historia. La historia no nos es ajena, al contrario, y el cielo está frente a nuestros ojos, pero estos se encuentran cerrados. Todo sucede en una expresión que nos involucra, que nos clava en la médula que nos sostiene.

Insisto. Realmente ha sido para mí un privilegio la cosecha de esta espléndida y talentosa generación de jóvenes poetas. Es un hecho que habremos de seguirles el paso.

María Rivera
José Javier Villarreal

Q.E.D.

CRUZ FLORES

Durante la adolescencia tuve un ataque de ansiedad que me tumbó, dejándome en cama por quince días. En ese tiempo no pude separarme de las cobijas, no me quité la pijama. Me sentía sucio, desaliñado. Mi cabello crecía, también mis uñas. Me escondía del sol con las cortinas pesadas, bordadas de flores, que mi madre había dispuesto en cada cuarto. Veía la luz de mi lámpara de noche fijamente. Volví a tenerle miedo a la oscuridad. Quería estar solo en un espacio levemente iluminado, dejar de pensar en la muerte, pero no podía.

Parque vacío.
El columpio se mueve
y tú te elevas.

En los primeros años, uno no sabe que le tiene miedo a la muerte. Es capaz de acercarse a los barrancos y a las esquinas filosas, al fuego hasta que quema. Es más factible que uno de los dedos termine mutilado, que la mano sea herida, adquirir una cicatriz en el rostro que marque a uno para siempre. Uno es pequeño, no sabe que saldrá herido: la conciencia está limitada a las primeras experiencias de los sentidos, al extraño mundo de lo táctil. Uno es pequeño y no reconoce todavía la diferencia entre cada estado, entre la vida y la muerte. No es sino hasta que crece, hasta que habita su cuerpo consciente de los límites, que empieza a suceder otra cosa. Los nervios se ponen tensos: me voy a morir un día, el cuerpo no sabe y la mente dice. Me voy a morir y todas las personas que amo también. Entonces se queda mirando a la distancia y el sabor ácido de la pregunta permea los dientes. Un día todos vamos a morirnos, dices bajito. Quién sabe por qué.

El miedo entra a uno con la naturalidad de algo que se respira. Cuando estaba mirando la tormenta desde el ventanal de mi casa en Veracruz, me enamoré del espectáculo nocturno de ramas caídas, aves multicolores escapando, todo envuelto en una bruma gris que rugía como el motor deportivo más poderoso. Era casi catártico, espectacular, ver las cosas recorridas por toda esa muerte. No podía separar mis ojos de la ventana. Tampoco cuando estaba inmóvil en mi recámara de adolescente: las cortinas cerradas, la filtración del pequeño hilo de luz que se proyectaba de la ventana al clóset y en mi contorno, era la única cosa que quería ver: la grieta por la que se filtraba el mundo del que me sentía tan separado.

Alguien extiende sus dedos y toca la luz.

La luz viaja hasta el límite donde no está la cortina.

Este es un poema sobre la luz.

Este es un poema sobre la luz cuando se apaga.

Este poema es sobre la naturaleza de la luz.

Este es un poema sobre habitar el mundo.

No sé de qué se trata este poema,

Quizá este poema se trate

solo de imaginar una casa,

poder empezar a escribirla.

Solo para ver sirven mis ojos

YAMILET FAJARDO

Paciente 299

Leucemia mieloide aguda.
Anárquica proliferación de células incapaces de madurar,
demasiado tarde para evitar su invasión microscópica.
La hematóloga indica que se inicie el tratamiento,
transfusión de sangre: «A positivo para el paciente 299».
Tu hijo dona sus plaquetas, mira cómo brillan.
Entra el químico de la mañana,
sale el químico de la tarde.
Otra hemorragia, mar de hematomas en tus piernas.
Fiebre de cuarenta grados, expulsión de tejido gástrico.
Ciertos lugares de tu cerebro se pudren,
«sólo para ver sirven mis ojos», susurras a la oscuridad
que poco a poco te aplasta.
Tu esposa abre y cierra los dedos de tus manos dilatadas
como una sola carne
hasta el final,
amolda tu sexo
que cuelga feamente de lado.
Te conectan a un tubo
que se conecta a otro tubo
y a uno más que produce un sonoro vahído.
La enfermera coloca sobre tu cabecera un encefalograma,
algo que los médicos interpretan no compatible con la vida.
Yo me tiendo junto al cuerpo de mi padre,
en la ventana oscurece una dolorosa nube de invierno.

Viuda

Los médicos ordenaron
el desalojo del cuarto,
a puerta cerrada
se adueñaron de ti.
Las enfermeras entraron
con equipo de reanimación.
Jóvenes con bata acercaban documentos.
Un viento suave me barrió del suelo.
Entré, mencioné que era tu esposa,
acababas de morir,
pidieron que saliera.
Le comenté a nuestros hijos
que te vi milagrosamente recuperado.
Visité a otros pacientes,
se alegraron por tu mejoría.
Recorrí los pasillos,
froté mis ojos contra la dura luz.
Me dirigí a casa,
cuando entré
la casa se había convertido
en una viuda.

Bola ocho

Bola ocho es una cantina
con orines y lágrimas
como todas las cantinas
a donde acompañé a mi padre.
El piso era de colillas de cigarro
pero con las colillas de cigarro me pasaba lo siguiente:
me gustaba meterlas entre los dedos
como joyas de humo.
Mi padre,
al contrario de los demás hombres,
no sabía jugar a la bola ocho
pero se embriagaba como ninguno,
su pálida belleza
tenía cierta magia romántica.
Mi padre era tan pequeño
que todos debían agacharse
para charlar con él,
y yo siempre de puntitas
para alcanzar su mano.
«La vida comienza de un modo tan grande,
tan insondable,
es una ola del tamaño del mundo,
luego se va reduciendo
cada vez más ligera,
cada vez más ajustable
a esta botella de vino».
Decía mi padre
todos los días
o casi.
Solo yo lo escuchaba.

La historia del pez con un ojo y tres colores

Conocí el mar
antes de que se llenara de agua.
El abuelo me llevó cuando supo del pez con un ojo y tres colores
que descubrieron en playas mexicanas.
Lo había leído en la página cuatro del periódico,
ese cuatro ocupó la mayor parte de nuestro equipaje.
Mi abuelo tenía *el ganglio más hermoso del cáncer,*
su caña de pesca lo mantuvo en pie.
Decía que iba a ganar mucho dinero,
así que le obsequié mis zapatos a la playa.
Los tufos ardientes del oleaje incendiaban nuestras rodillas,
la marea se arrojó a mí y al abuelo en una botella,
la llené de sal mientras oscurecía
y ya no supe a dónde fueron mis huellas en la arena.
El último navío abandonó su carga.
El océano había cavado hondo.
Mi abuelo se recostó en el puerto y comenzó a fumar.
Conservo aún el bronceado de aquel día.

Sala de emergencias

En este lugar
existen cuatro clases de personas.

Aquellos que portan una etiqueta verde,
pelean por el baño
y se sientan a esperar
dos horas
o más
para ser atendidos.

Para los de etiqueta amarilla
la espera es de cuarenta minutos.
Son los fantasmas de esta sala,
saben que algo anda mal con ellos
despiertan desgastados
mordidos por una bestia
de hocico sin fondo,
el médico de turno no lo advierte
pero ellos lo intuyen.

Los de etiqueta naranja
caminan del brazo de sus esposas
o de sus esposos
aún más débiles.

En ellos la prolongación del tiempo
es dudosa
menos de diez minutos para entrar,
un día
un mes
un año
para salir
y regresar
la semana que viene.
Comienzan a olvidar
el color de su casa.

Y estos
que están junto a mí.
No es raro
verlos morirse
esperando
en sus sillas de ruedas.

1969

ARTURO LOERA

Eco, eco, eco.

One, two:
el cielo se mira más grande cuando se mira de frente,

three, four:
la luna parece la uña cortada de un gigante,

five, six:
la sombra de la luna es la luna que será,

seven, eight:
ya vibra la tierra, ya vibra el cielo,

nine:
los ojos del astronauta ahora parecen planetas,

ten:
despega la nave hacia el espacio, la vida se va para otra parte.

Neil Armstrong era un niño
que en los charcos de las calles
miraba la luna tan cercana
que saltaba de charco en charco,
que saltaba de luna en luna
y con el palo de una escoba
y con una camisa vieja
el pequeño Neil hizo una bandera
y sus pasos en el agua eran pequeños
pero había llegado a la luna
mucho antes, mucho tiempo antes,
del que dicen los libros de la historia.

La luna, toda plata, orgullosa, pudiera
ocultarse igualmente en una nube.
John Keats

¿Por qué algo tan grande como la luna
puede jugar a las escondidas tras una nube?

¿Por qué puedo decir que es de plata
o de queso verde o de ceniza?

Si la luna siempre es la misma
¿por qué algunos días parece
que alguien le dio una mordida
y se la está comiendo poco a poco?

¿De qué tamaño será aquel que se come la luna?
¿De qué tamaño será el horno del cocinero?

Silicio: el silicio es el segundo elemento más abundante en la tierra. El primero es la palabra. La palabra silicio nombra el elemento, le da contorno a su composición, lo vuelve cercano, lo señala. Hay un pequeño disco de silicio en la luna lleno de palabras de este diminuto pez azul que es nuestro mundo y lo sabemos porque tenemos las palabras para decirlo.

Cometas: caballos cabalgando el cielo oscuro con la crin helada; pelotas perdidas de un gran juego de otro mundo; cuerpos sólidos salidos de una resortera; canicas que vagan en el campo del vacío.

Cuerpos de casa

IVETH LUNA FLORES

Vender una casa es vender un pedacito de sueño
la casa es una cuna
hay nanas que te muestran el biberón
medio vacío o medio lleno
la casa alberga el ensueño
la casa protege al soñador
la casa nos permite soñar en paz.

Despertamos
agitamos la sonaja para que traigan la papilla
la vida empieza bien
empieza encerrada
protegida
toda tibia en el regazo de una casa.

Te imagino cruzada de brazos
frente a tu computadora,
las palabras que me envías
entran por el pasillo
mientras estoy dormida,
tocan despacito
la ventana de mi habitación.
Quieren que salga a jugar.

Llevo una bitácora de sueños,
no tengo la pesadilla típica
de encontrarme desnuda
frente a personas.
Sueño que despierto en el cuarto
donde dormí de adolescente,
que mis gatas se escapan
de la casa de mi madre,
que no puedo contenerme
en la casa de mi infancia.
Que quiero huir y no sé a dónde:
me subo a camiones con rutas extrañas
bajo y busco los caminos para volver a casa.
Que me acuerdo justo antes de despertar
que ya hice un hogar,
que no vivo en aquel pueblo,
mis gatas están a salvo
y no debo preocuparme
por los gritos ni las paredes.
Que ya estoy a salvo.

Solo por su luz la casa es humana. Ahora que recuerdo esos listones de luz solar enredándose entre tus rodillas cuando estabas recostado en mi cama, puedo sentir cómo también se abren de golpe las otras puertas que tapié en mi mente. Entran e iluminan los espacios que dejé abandonados. Sólo para devolverle el color a los viejos muebles. Solo por un humano la casa es luz.

* Todos los versos en cursivas fueron préstamos de *La poética del espacio* (FCE, 2012), de Gaston Bachelard

Tierra paterna

DANIEL MIRANDA TERRÉS

Odiseo

Mi corazón es una batalla perdida,
por eso sangra.

Mi corazón es la herida
más grande
que llevo en el cuerpo.

Soy dueño de un ejército
de caballos:
son de cristal, llevan alcohol
sobre su lomo.

El aguardiente galopa
en la llanura roja
de mi sangre.

Miro en la embriaguez
de cada hora
la altura lejana de la tarde:

el miedo me da en toda la frente.

Penélope

Tu madre me acaba de decir
que se volverá loca.

Su voz tiembla
como un animal enfermo.
Su corazón
es una rama vacía.

Camina por la casa
con su falda oscura
y su rostro horriblemente vivo.
Lava su pecho
con el agua
de su llanto.

No duerme:
dice que los días duran veinticinco horas.

Solo cierra los ojos
cuando grita.

Telémaco

Nueve meses en un mar oscuro:
naciste
y tenías el color de la penumbra.

¿De qué sirvió el tranquilo amor
de tu madre?

¿Para qué la tierra firme de mis brazos?

Te ahogabas en tu brevedad
a las ocho con tres.

Forjaste con tu llanto
el temblor de mis hombros
y el desencanto de las enfermeras.

Esa misma mañana
olvidamos
las sílabas lentas
de una vieja canción para arrullarte.

Cerca de tus pulmones sin aire
aprendimos a rezar
para que despertaras.

Ítaca

Lavé las ventanas de la casa
para que fueran más azules,
más cielo.
Que la tarde entera
acomode su luz.

Enfrenté al tiempo:
quedaron sin polvo las orillas,
ninguna migaja bajo el sillón.

Aprendí
cómo bañar
con el agua viva del asombro
tu cuerpo recién nacido.

La casa te espera:

aguardan las ventanas limpias,

la desacreditada sonrisa de un león
en tu pequeño maletín,

la luz paciente del domingo.

Moisés

Canasta ligera hecha de mimbre.
Se llama así
porque ahí fue puesto el profeta,
un recién nacido
que atravesó el río Nilo
para salvar su vida.

Con mis manos
de hombre fuerte
ajusté la altura y los pernos.

Aquí debería estar tu cuerpo sin males,

tu profundo sueño
después del seno blando de tu madre.

Pero naciste casi muerto.

Y este remedio bíblico
de nada sirve.

Caza de murciélagos

MARCO ANTONIO MURILLO

BATMAN: AÑO UNO

El murciélago llega sin advertencia estrellándose a través de la ventana. Lo he visto antes, en algún lugar. Me aterrorizó cuando niño…Me convertiré en él.

Frank Miller. *Batman: año uno.*

1. Ciudad Gótica

Los últimos héroes vacilan ante este resplandor:
Ciudad Gótica agoniza en un charco de sangre sabor a plomo.
No sólo se trata de la ciudad,
sino de cada uno de nosotros en solitario,
de que hoy la gente va quedándose
con la cara en los huesos de tanta rapiña.
Ya estaba escrito
desde que llegaron las aves negras
a decolorar los árboles. Ciudad Gótica:
costas de cólera,
calles que llevan a los manicomios de la sangre,
y un bosque en la periferia que no oxigena nuestros días circulares.
¿Es esta la capital del siglo XXI? Pregunta un *homeless*.
En altamar se ahogan los sueños
que viajan con los buques contenedores,
y en el agua que muere contra el rompeolas
se estrellan las esperanzas de las civilizaciones.
Los rascacielos aún se levantan con arrogancia.
Es lo único que tenemos: acero, vidrios y arrogancia.
Algún día la arena cubrirá estas ruinas.

2. Cómo me convertí en lo que soy

¿Alcanzas a ver a los murciélagos?
Se desquician antes que anochezca,
sus alas dan la sombra del insomnio,
no terminan de decirnos por qué la sangre no descansa
y el corazón es músculo para la soledad.
Si fuéramos murciélagos
no las personas tímidas que se aferran al miedo,
no esas que por mantenerse cuerdas
se rompen año tras año
hasta que no dejan más que un maniquí.
Si fuéramos así como los murciélagos
todo sería distinto,
la infancia, esa flor pisoteada sobre la calle,
no la recordaríamos como una cueva
para sitiarnos de nuestro miedo.
Como tú, yo busco la violencia
de lo que llega sin aviso: la ventana rota
tras un chillido animal, la sangre en la camisa,
y el murciélago que entra adueñándose de la casa.

3. La guerra es declarada

¿No escuchas el miedo,
no oyes cómo sale de los ojos de tu máscara?
La miras, ahora está llena de pájaros dormidos.
Extenderás el guante para ponértela,
pero ese descanso de aves será inasible.
Ya puesta, se llenará de murciélagos: la fotofobia
de verte frente al espejo te acompañará siempre.
Bajo los primeros faroles de la calle
la claridad es arrebatada por los murciélagos,
nada se oye, salvo tú hablando a solas:
De niño, me dijeron que no había nada
ahí fuera, nada que temer.
Pero la noche que murieron mis padres vi algo.
Lo he buscado desde entonces en todas las sombras.
Algo en la oscuridad, un miedo
que no se detendrá.

4. Negro amanecer

Iluminado por la luz de la luna el murciélago
baja de los edificios y extiende sus alas contra el asfalto:
nieve negra. Su oscuridad no se cansa.
En busca del crimen y el incendio,
fue atraído por la señal temblorosa de lo que no duerme:

BATMAN, BATMAN,

BURNING BRIGHT

IN THE FOREST

OF THE NIGHT

Así vemos la luna llena de la señal, como un niño
cuando descubre lo poderosas que son las luces en el cielo.
Una luna que pesa esta noche en el testimonio del *homeless:*
Murciélagos, dice, *sombras que cuelgan de los árboles,*
y desaparecen en las aguas del miedo.
Batman y Bruce Wayne, yo los vi. La cara de uno
fue desollada por el guante del otro; la cara
de Batman entre la luz eléctrica.
No era un vampiro,
pero recuerdo que bebía la sangre de Bruce.
La máscara y el rostro eran uno mismo.
Ahora que nadie escucha la voz del homeless,
ni el batir de alas de ese animal,
hay que decir lo que nadie quiere: el miedo
gobierna el instinto cuando los murciélagos vuelan.

Los ojos de Batman siempre
aparecen en medio de dos faroles:
la señal del crimen y la sucia luz del amanecer.

5. Epílogo. Balada para Bruce Wayne

Callejones: claros de bosque, han perdido su verdor.
Entra una luz lunar,
se enreda entre las paredes descascaradas
e inventa un tiempo detenido
de botes de basura y sombras felinas
que atraviesan el sueño del *homeless*
y ya no vuelven. Claros de bosque, humedales,
los restos de la lluvia
concilian el cadáver de un perro
con el silencio de las aguas negras.
Callejones, los iniciales, esos que se repiten
en la memoria de Bruce Wayne:
-No se mueva, señor,
o le entierro una bala.
La muerte de los padres, el crimen después del cine:
había dulces en la mano,
la felicidad exhalaba su pequeño vaho contra el frío,
pero al cruzar la acera vino el plomo.
Así es la muerte,
se aferra a la espalda cuando se es niño
es mejor recordarla en su después de la infancia,
en los intentos de un murciélago
por vencer su cueva y ver la luz a los ojos.
La noche es la que inventa a Ciudad Gótica con sus milagros
y penumbras, el día los borra
y los convierte en un pasaje
concurrido por sombríos animales.

Autorreferencialidad del abismo

MELISSA NIÑO

Nunca imaginé que hacer pasteles de lodo
en la camioneta familiar daría paso
a la revelación.

Esa protuberancia a la que apuntaba mi dedo índice,
y que, según mi madre, tomé por una mantecada
era, en realidad, el tumor de un árbol.

—Sólo la vida acaba con la vida —dijo mi padre,
taxónomo agrícola.

No sé cuándo llegó, pero se encargaba
de citas, masajes, recetas, dieta blanda…
— el bogar de la rutina en su salvavidas gris.

Nunca se casó.

Era una mujer devota mi tía Lulú, aunque nada
creyente.
Podría decir que respiró cuando su hermana,
por fin, murió.

Ahora tenía tiempo para hornear galletas
y barrer el océano impaciente de las hojas
preguntando por mi madre.

Podría pensar
que la erosión
viene del aire
del vapor de la plancha
que avejenta mis manos
o de la tetera
pero resulta
que la erosión
nace de lo profundo
de la tectónica de placas
del rumor anverso del agua
faraute de algo extraño

nuevo—

una ausencia de música
con la que desaparecen
las montañas.

Me enseñaron a tratar cada roca
como única, a deducir de sus contornos
la rebaba del origen y el vacío
que dejó en el lecho al caer.

Me enseñé a ser geomorfología,
suma de por qué y cómo,
metamórfica, la roca pare tumbas
literales mueren incógnitas

y, de la herida pulsátil del horizonte
sobre los vidrios de mi Atlantic,
nace la mañana al otro lado de un mar
en donde fuimos prohibidas las Olas.

Una simple instrucción: digan ¡Whisky!
en perspectiva oblicua
por acumulación de planos
para mostrar dirección,
es decir, que se ha tenido éxito en la vida
la decisión consciente de exagerar.
—*No porque esté de acuerdo, porque no lo estoy* —digo
a mi padre, su rostro dentro de la tumba.
—*No porque esté de acuerdo, porque no lo estoy* —digo
mirando al cíclope, mi hermano
mientras permanecemos inmóviles
ante el cañaveral.
No porque esté de acuerdo, pero no había nada
a qué renunciar.
Archiveros llenos de nombres temporales,
los mocasines hacen tap con mis pies:
—*Detenerme lo suficiente para tomar una taza de café,*
¡con azúcar!, porque ya no quiero seguir siendo
un caso más dentro de la estadística.
—*Subirme al auto y manejar hacia el oeste,*
a perseguir el sol.
—*Empacar lo que cabe en un puño*
al que vence el papel.
—*Partir* —me dicta una extraña frecuencia
a lo largo de la costa
y sus quinientos
noventa y cinco mil
ochocientos
catorce
kilómetros de accidentes,
que nadie siente y que nada dicen
pero hacen temblar mi sonrisa:

“Usted aprieta el botón, nosotros
nos encargamos del resto”.

Pero no fue cierto. Nunca lo es.

Mal llamado laboratorio,
el Vema es un buque fantasma
sin lastre sin aire sin piloto.
Su fondeo está reservado para una traductora
y su imaginación de plomo:
–lentes, a medio camino,
sobre las fosas nasales–
con las cejas empujo, exangüe,
tara y neto conjugado
el peso de los sueños
en la brutalidad sintecho
del insomnio.

El abismo es muchas veces la distancia más corta:

– la mesa de noche
que la muerte dispuso
entre mi madre y yo
– los 17 peldaños a la oficina
del director
el recorrido desde la casa al campus,
– y a la fábrica también.

Porque *lo más hondo*
como el dolor *es íntimo*
y porque las guerras
abren paréntesis
para los cuerpos
que arrastra
la marea.

Equivalentes verbales enmascaran
lo que me trae hasta aquí: ningún símbolo
se explica a sí mismo, el azul vernáculo del mar
es tanto o menos natural que la gruesa línea roja
donde el agua rompe su fuente
para dar a luz a la tierra.

La dirección de la corriente es palpable,
pero no la baliza con que se anuncia el auxilio;
y el blanco perfil impersonal de un templo en las cercanías
no me habla sino de la oscuridad de las señales en mi camino:
este mapa es mi voluntad política,
su territorio, uno que la imaginación soñó
y estos tenis, mi declaración de principios.

Más que un código lingüístico, para apropiarme del mundo
preciso dar con el lugar exacto de las palabras
en la estructura profunda.

Núcleo de esta larga oración
soy el pez ciego
vórtice del temblor
que dispara las alarmas
en la costa.

Vidas fantasma

MICHELLE PÉREZ-LOBO

Rocío

oye, mamá,
cuando sea grande
me voy a poner otro nombre,
me llamaré valentina:
sí, valentinaaaa
como la salsa, mamá:
valentina de valiente,
de súper brava,
de tener mucho valor

ma, cuando cumpla 18 voy a cambiar,
voy a ser valentina
con tina de tina de baño,
tina de serpentina,
tin tin de la lluvia en la cabeza de un perro,
tin tin tin las alitas de un hada,
tin tin del diente que se me cayó el otro día

quiero ser valentina que acaba bien padre,
con a,
con la a de todas las cosas:
a de mamá,
a de casa,
a de amor,
la a que vive en todos los árboles
mamá, cuando crezca
me voy a volver otra,
volver
con ve de valentina:
ándale,
¿me das permiso?

La maestra

Ella y yo hemos sido
la misma mujer.
Llora
en el metrobús
y recuerdo que también
he llorado aquí.
La miro discretamente:
quizá en este vagón
se despidió de alguien.
Sus pestañas se humedecen
mientras la imagino
soltando una mano.
Puedo verla reír
en el pasillo, evocar
tiempos felices.
Una joven le regala un kleenex.
Lo acepta y sonríe.

Me sorprende.
Yo solía esconderme
tras mi pelo. Fingía mirar
a alguien por la ventana.
Pero ella no. Sufre con franqueza,
con valentía. Sufre sin timidez
y sin escándalos.
Solloza. Su tristeza transparente
se convierte en don.
La admiro.
Tal vez su llanto aquí
es una coincidencia.
Tal vez su pena es más antigua,
ajena al metrobús, a las personas.
Tal vez la contuvo
desde la primera estación
y hoy la deja libre,
justo ahora,
para enseñarme.

Dubai

La primera versión de este poema fue escrita en prosa y
en tiempo presente. Empezaba con

Todas las mañanas come lo mismo y siempre
cuenta la misma historia.

Pero ese texto tuvo que irse. Que transformarse
a la altura del personaje. Ajustarse a los tiempos de su cuerpo.
Tuvo que ser otro para exponer mi imposibilidad
de hablar con un hombre y escribir sobre él.

Lo conocí hace mucho.
El semáforo hacía lo suyo, los jóvenes reían afuera de la prepa,
los oficinistas corriendo a nuestros destinos
mientras ese señor de ochenta años,
la gorra percudida, la punta del cinturón por los suelos,
consumía café de máquina y cigarros y pan dulce
recargado en un poste.
El día siguiente fue idéntico, todas las personas iguales
y él comiendo lo mismo, siempre despacio,
siempre de pie en la banqueta
frente a su casa, una vecindad esmeralda.
Digo que lo conocí cuando en realidad
sólo me dediqué a mirarlo de lejos
e imaginar sus motivos, el camino
que lo había conducido a esa rutina.
Una tarde alcancé a escucharlo
y entendí el origen de su fama en la colonia:
su elocuencia, su voz agrietada,

su repentino inglés si se sentía en la presencia
de un interlocutor extranjero.
En cuanto captaba la atención
de un transeúnte, tenerlo cautivo,
el relato fluía:
era un caballero de mundo,
extrabajador de una aerolínea
(piloto, técnico, auxiliar de vuelo,
quién sabe), un cosmopolita
que sabía varias lenguas
y que desde hace años esperaba
una llamada, el acento de un árabe en el auricular:
por fin la confirmación del negocio millonario
que pactó con un jeque y su séquito
durante un vuelo a Dubai.
No podía bajar la guardia,
imposible alejarse del teléfono
o tendría que renunciar a su fortuna.
La fluidez de su discurso era siempre interrumpida
por la incomodidad del chantaje:
    Necesito dinero para pagar la renta,
    pero en cuanto me llegue el cheque árabe te busco;
y a veces:
    Si tienes un ahorro inviértelo conmigo.
La plática tenía su fin cuando el paseante
sacaba de su bolsillo una moneda
o ponía excusas, con prisa por marcharse.

Pasé frente a él durante cuatro años
y nunca pude acercarme ni en persona
ni en la literatura.
Nunca encontré cómo articular su espera,
el estoicismo de quien cree

que una llamada va a cambiarle la vida.
Nunca supe cómo calificar los dobleces de su habla,
la narración llena de giros, de sinceridad,
el tono vulnerable, el constante desafío a la lógica,
para arribar al punto medular: la falta de dinero,
estirar y abrir la mano, la promesa de pago.
¿Cómo distinguir una anécdota sin precedentes
de una elaborada estrategia?
¿Cómo saber si el árbol más antiguo de la calle,
la sombra de todos los peatones,
era en realidad un millonario en potencia?

Hace mucho que no veo al hombre,
creo que ya no existe.
Desapareció y no pude confesarle
que escribí línea tras línea para imaginar sus secretos.
Nunca sabrá que él es motivo de unos párrafos y varias estrofas,
bosquejos interminables.
Que yo no quería ser parte de la trampa
aunque ese fuera el precio de encontrar la verdad.

En esta página sólo me resta escribir
que la calle está desierta desde hace cinco meses.
Los semáforos siguen verdes y rojos y amarillos.
La tienda de la esquina aún vende pan y café.
Dubai, siempre Dubai en el horizonte.

Hasta parece que las personas han sido rehechas[1]

Parece que la carne se diluye
con el agua de tormenta citadina.
Nadie es discernible,
todas las caras se transforman
en charcos ingentes,
deformes por una sola humedad.

Llueve.

El fulgor de los truenos
perfila las siluetas que corren.
Su repentina sombra
las desaparece.
Gentes que de un instante a otro
son y no son;
sus harapos, sus vestidos
bañados de un frío similar.

Llueve
y las gotas deshacen todos los peinados,
y el vendaval transporta
zapatos que se anegan
y ramas y ladridos y angustia.
Llueve.

[1] Vivian Gornick

La ciudad está empapada.
Las voces, los ruidos
escurren
y nadie tiene dónde guarecerse.
Ha llovido este lunes.
        Llueve desde siempre.
                Lloverá
y las personas ya pueden
abandonarse.

La Carne del Cielo

JOSÉ PULIDO

1. El misterio de las palomas
Prefacio

Cuando aparecieron los
primeros cuerpos era otoño,
los coches araban la ciudad,
la polución ritual del año
se sentía hormigueando
en el aire. Todos estaban
ocupados yendo y viniendo,
cuando Benjamín E. Morales,
lingüista, escuchó un repetido
chapoteo a sus espaldas,
volvió la mirada sobre el
lago y entonces le pareció
reconocer pequeños barriles
grises burbujeantes:

*El cadáver era de una tórtola,
no podría decir si estaba tendida
boca arriba, pero parecía
mirarme, tenía atoradas las
hebras del sol en el pico, su dolor
era lo que sobra de los árboles. No
me habría llamado la atención*

–¿cómo podría hacerlo algo que
no es un pájaro, sino lo que queda
de la palabra pájaro?– de no
haber sido porque me detuve a
revisar la hora.

1

Acicalado de pies a cabeza,
ojos oscuros, todo cerebro,
envuelto en una chamarra
gris de piel, las manos en
los bolsillos del pantalón,
el rostro completamente
inclinado hacia arriba
contemplando lo que queda
del cielo y bajo la lluvia, tú,
Tadeus Kinell, buscas una
respuesta fuera del orden
de este mundo en ese rincón
vacío donde la gente debiera
procurarse al menos, alejados
de su cotidianeidad, una
suerte de alimento.

Miro el cielo,
recojo lo que queda de mí
para mirar un hueco,
la marca de otro cuerpo que
sostuve en la mirada,
apenas unos años,

y que alguien
(o algo)
borró de este espacio
que ahora ocupa su oquedad,
Me dispongo un alfabeto
particular en medio de la lluvia,
tomo notas,
puedo sentir sus alas
quebrándose anhelando un
código distinto;
y puedo escuchar, también,
el gorjeo crepitando en el aire,
la chispa húmeda
y el crujido de ese vuelo
desgarrado.

La lluvia golpea el piso, se
distorsiona:

algo se rompió en el pacto de
este alfabeto,
algo se rompió en su vuelo
entre las alas y el aire, algo
se rompió rasgando las
vestiduras del paisaje.

Hay un vagabundo en el
metro

el olor ácido de su sudor
serpentea en mi garganta,

tiene un saco raído
y el miembro le cuelga,
despreocupado,
a través del hoyo de su
pantalón.

El vagón está casi vacío
cuando el relincho de los
frenos me toma por sorpresa
y también a él.

Sales despojado de toda
certidumbre:

¿Qué me quiere decir esa
mezcla
de orina y sangre adherida a
su cuerpo?

|declarado desierto|

ÁNGEL VARGAS

para Félix Obed Valdovinos

¡debiste haberme dicho que íbamos soñando!
Guillermo Fernández

un desierto es un cuchillo sobre el corazón
del que ama diferente

una puñalada sobre tu corazón
es su aridez / el frío / su calor.
*
un hombre
deja su cuerpo
a merced de otro hombre
y lo consume
como la sal exige
la redención del agua

con la sed en los ojos
contemplamos
el esqueleto de los primeros mares

nuestro deseo yendo hacia un remanso
que decida hospedarnos.
*
nadie merece dormir a la intemperie

cuando hace frío afuera del amor
nos refugiamos
*
nos vendría bien el agua

para hacer una casa
un jardín donde no falte sombra:

a la luz cenital
la desgarra nuestra semejanza.
*

podemos llamar odio a los desiertos
que no admiten nombrarse como tales

dicen que es el amor
lo que siempre termina por matarnos.
*

en esta habitación dejo mi soledad pastar

te busca / olfatea

es demasiado el blanco
para el cuerpo de ambos
no hay miradas
que no quieran mojarse
en este amor que viaja a la garganta

(yo amaba esa blancura
pero él no
llegaría a saberlo).
*

un hombre que no acepta
la espina –esa palabra dura
y ponzoñosa–
para nombrar su amor
y mata
como hacen los desiertos
con la carne

es mucho
para un amor que nunca
tuvo casa

en esta boca abierta
que no dice tu nombre
hay una sed tan grande
que nos desaparece.
*
sé que van a decir
que es un crimen de hombres
que amaron demasiado

hay mucha semejanza

el riesgo
de mirar un estanque
hasta reconocerse

cautivan
son miradas tan viejas
que hablan de lugares que nunca conocimos
el riesgo es que no llueva
o que llueva y no haya humedad
sobre tu corazón

el riesgo
es el amor en sí
y su reverso
*
te llamarías
guillermo
dario
o paolo

a todos los arrasó el desierto

era una oleada dulce de cuchillos
cayendo sobre la piel desnuda de sus corazones

confiaron

pensaban que en un verso de sal —para la carne—
se hermanaría el deseo
pero fue una visión
muy dura
y con bastante
filo.
*

mi nombre ocupará el lugar
de alguna nota roja

describirán la muerte
con palabras muy torpes no saben
cómo tratar el tema

lo asesinó el amor
la noche o el desierto

lo asesinó otro hombre
que estuvo antes con él
en soledad
desnudos parece
que si mata el amor
lo hace muy bien y en paz

no hay crimen un lío de maricones
que se fue de las manos y les basta.
*

ya nada va a salvarnos de esta luz tan anciana
y peligrosa en ella
fundamos
una ciudad muy breve
donde no
cabe
nadie.
*
no hay formas de llevar
este calor por dentro
y que nadie lo note

los amantes no tienen
un corazón seguro
ni siquiera en el cuerpo
pueden decir que amaron
demasiado.
*
con cuánta agua
puede lavar un niño
su mirada
después de descubrir
que otro niño le gusta.
*
cómo nos dice un cuerpo
que ya fue suficiente

su olor
innecesario
para el tacto: la sombra
que es aceite de alguna
luz
pasada

lo que ya no soporta
el humo ni tu carne
lo que ya nadie toca
de nosotros.
*

un cuerpo en medianía
no es el mismo que ocupa
esta cama
tu cuerpo nunca sobra:

es una lluvia atroz
por debajo del vientre
que acaso tenga un nombre
pero ya no
recuerdo.
*

no es que hubiera pedazos de nosotros
sobre las avenidas

no fuimos un accidente abierto a la mirada
de los transeúntes
nuestra ruina
era algo doméstico
la costumbre que apenas delataba
lo triste de estar juntos
una cierta adherencia

era también la tristeza del cuerpo en solitario

el tacto que no viene

la rutina
que amanecía

devorándolo todo
el cuerpo estuvo expuesto
y acabó sepultado por los años.
*
pero íbamos soñando

el hombre que me mató
~~me amaba~~

su amor era distinto al de los otros

era un ~~amor~~ muy torpe

nunca entraba el día en el rostro de ambos

fueron muchos desiertos que entraron en mi cuerpo
pero ya no había amor

eran las alas negras del enojo

no hay crimen
van a decir

un lío de maricones
que atrajo a las arenas
su torrente de moscas

un delito
que no debe anunciarse:

en nombre del amor
pueden resplandecer
todas las muertes.

Genealogía de un plato

ADRIANA VENTURA

Genealogía de un plato

1
Esta tarde rompí un plato
en casa de mis padres.
Rompí tres platos,
a decir verdad.

Miento cuando hablo de estas cosas,
las minimizo,
les resto importancia.

Pero esta tarde
los platos estrellados en el suelo
formaron una constelación
ante las miradas acusadoras.
No pude ocultar mi descuido.

Cuando un plato se rompe,
deben levantarse con las manos
las partes más grandes,
luego se barren las pequeñas astillas
de porcelana o cerámica
y se envuelve todo en periódico
como en las mudanzas.

Recoger un plato roto
es parecido a un funeral:
se envuelve algo muerto.

2
Cada pieza
puede hacernos viajar
hacia una tarde de furia
en donde los platos
fueron discos con filo
durante una discusión de pareja.
O pueden remitirnos
a un desayuno tierno y familiar.
A una comida simple
cotidiana y a tiempo.

3
Los platos de esta casa
son de loza y de cristal,
hay algunos de barro;
cazuelas,
les dice mi madre.

Se usan en reuniones especiales,
cuando el banquete es copioso.
La comida de esta tarde
fue modesta:
algo de pollo, ensalada, puré.

4
Es posible que nadie recuerde
el incidente de la tarde.
La noche entró sigilosa.
Creció desde la mesa
hasta tenderse en el horizonte.
Rompí tres platos.
Ninguno de ellos pertenecía a un conjunto,
ninguno formaba parte de una vajilla.

El conjunto es una agrupación,
un montón de cosas
que son afines,
que se parecen,
que coinciden.
Es algo que forma
parte de un todo
y es homogéneo.

En esta casa,
las vajillas se desagruparon hace mucho;
las partes que sobreviven son retazos,
fragmentos de un pasado reunido.

No tenemos objetos que puedan concentrarse.
Todo es singular aquí.

5
Pasaron por los treinta y cinco años de esta casa
muchas colecciones de platos.
Hoy rompí tres.

Sobre un plato
se reposa y se sirve,
se come.
Su antepasado es la vasija:
un artefacto circular,
un poco plano,
ligeramente cóncavo en el centro,
extendido en los bordes.

Las vasijas me hacen pensar en el universo:
seguro hay estrellas vibrando en sus centros,

se pueden construir naciones,
aldeas, casas,
reunir personas,
vivir.

Sobre un plato reposa el mundo.

6
Cuando mi madre se casó
recibió dos platos como regalo,
blancos,
con grabados de cerezas.
Aún conserva uno en su alacena,
lo mira,
sé que sobre la superficie añeja
de ese plato
reposa su primer vals de casada,
en los bordes desfila su vestido de novia gris,
el sudor de esa tarde de verano
en la que unió su vida a la del hombre
con el que compartió
cama y mesa.

7
Un plato es una medida de tiempo:
el primer plato, el segundo, el tercero…
Y la vida pasa entre cada uno.

El plato para el postre,
el de la sopa
el plato llano,
el hondo,
el de café.

En la hondura de un plato,
puede reposar
el descuido de una tarde
en la que el susto por la lluvia
y la noche
venció la fuerza de mis manos.

Tres platos
cayeron al suelo
y fragmentaron los recuerdos,
la historia deshecha
de mis padres.

PRÓLOGO DE LENGUAS INDÍGENAS

Raíces y razones

Desde siempre he pensado que el arte en todas sus expresiones es una forma de aprender a convivir correctamente entre las personas del mundo, yo he podido constatar esa conexión, he podido comprobar la importancia de rescatar nuestra raíz desde nosotros mismos, despertando la resonancia más verdadera y genuina que habita dentro del corazón. Me refiero a ese espacio íntimo que tenemos para poder conectar con nuestro conocimiento interior, que se comunica con los demás hacia el exterior, nuestra conexión donde todos nos reflejamos, donde todos somos iguales. Potenciar la creatividad en los individuos de una comunidad nos genera respeto por los demás, alegría y convivencia social; compartir con los otros a través del arte y la literatura en la creación de una o varias obras nos conecta con una misma sintonía; observar y recrear colectivamente una historia, esa parte que es la luz que tiene el artista en toda la extensión de la palabra. Sin el arte no podríamos entender por qué tenemos que seguir soñando a pesar del dolor, la pena, la corrupción, la violencia en todas sus formas y otros monstruos que están carcomiendo nuestra civilización y nuestra sociedad.

Los jóvenes becarios son los promotores más valiosos de las lenguas originarias, son una semilla que ya está germinando, razones por las cuales la identidad se encuentra entre los amaneceres de un nuevo sol para los pueblos originarios. Es evidente en su desarrollo, en los caminos que emprendieron

estos artistas poetas y escritores, quienes sueñan e imaginan desde la profunda tradición oral de la que son herederos, y que, a pesar de la falta de un mayor apoyo para más artistas indígenas, no paran de andar por los caminos de la creación. Aquí tenemos claros ejemplos de lo dicho, ellos son baluartes ejemplares para las nuevas generaciones de estas nuestras 68 lenguas indígenas originarias que sobreviven en México. Estos contadores de la historia de su pueblo, provienen de una larga y profunda raíz, donde muchos más como ellos han encontrado esa fuente creativa que parece interminable y que poco a poco está siendo visible para todos, logrando hacer un llamado, un despertar de un nuevo tiempo para las mujeres y los hombres de raíces y razones, que vibran como las semillas sagradas que forman nuestra piel "El maíz de todos los colores".

Los pueblos indígenas, tienen depositados en sus artistas la esperanza por un mundo mejor, donde todos tengamos los mismos derechos para expresarnos y verdaderamente fortalecer los vínculos humanos. Desde el arte, reflejarnos en las ideas de los indios e indias, que mal llamados fueron nuestros ancestros por los invasores europeos que, con ignorancia y miedo por conocer las culturas de estas tierras, prefirieron destruir los cimientos milenarios que aquí existían en ese entonces; sin imaginar lo significativo que hubiera sido ese encuentro como un momento de intercambio de conocimientos, desde el respeto y la convivencia. Ese odio y marginación que nacieron desde entonces, ha sido un factor que aun en la actualidad continúa flotando en los aires de estos tiempos, la lucha es por lograr la inclusión, el respeto, la comprensión y la empatía entre los seres humanos. Estos textos, de los jóvenes creadores en letras indígenas de este año 2020, son pequeños ejemplos de la basta y profunda necesidad de que las letras en idiomas originarios tomen su lugar de una vez y por todas, que tomen su lugar en el concierto de posibilidades creativas tan necesarias como la de todas las voces de la sociedad.

Es notorio en estos jóvenes creadores el oficio de las letras, que pintan ya en sus trazos con mayor claridad el mundo que ellos ven desde su perspectiva. En esta ocasión van desde la poesía maya tsotsil de los altos, los cuentos y mitos zoques de Chiapas, pasando por la milpa en Tlaxcala, cuna de la lengua náhuatl, así como las historias y mitos recreados y rescatados para que no se pierdan, para que no se olviden y tengan siempre un camino, una puerta abierta plagada de esperanza, buscando eliminar el dolor, el olvido, el racismo y la violencia hacia las mujeres y hombres indígenas de todas las latitudes de nuestra nación. Leer y palpar los guiones radiofónicos "El café del diario que oxidó el pocillo" de Jaklin Icnitzin, "La Milpa y el Nacimiento" de Araceli Vázquez González y Kuänkuyjääm de Félix Hernández Cardoso; la poesía "Ch'aybilik ta o'ontonal antsetik" poesía tsotsil de Susi Bentzulul, "Jamk: la creadora de sueños" cuento corto del artista zoque José Kordero Jiménez, son algunos de los pasos de esta generación que ha despertado hacia su trascendencia como artistas representantes de las lenguas maternas de nuestra nación.

Es muy importante la labor que la Secretaria de Cultura desde el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes está realizando para visibilizar a los artistas y potenciar su creación, esperando se continúe apoyando el desarrollo de la creatividad artística a través de las convocatorias para los artistas de los pueblos y culturas indígenas de nuestra nación, a lo largo del territorio; lograr hacer mayor difusión dentro de los pueblos originarios donde no se conoce de estos programas será fundamental para combatir el rezago en el que se encuentran las diferentes comunidades donde los artistas en todas las disciplinas del arte se desempeñan.

Petrona de la Cruz Cruz
Dramaturga tsotsil.

Literatura indígena, derecho inalienable del progreso

Es cierto que son otros tiempos y la literatura indígena hoy se considera desde la escritura.

Con los trabajos realizados encontramos la gran verdad, la absoluta, la de los ojos de jaguar, del nahual, del chaneque, del hombre, de la mujer, del alma, de la madre tierra, del espíritu; es justo en estas letras entretejidas donde la oralidad adquiere "forma" al ser recuperada en sus contextos, pero lo más importante es que al resguardarla es posible transmitir este pensamiento. Estemos entonces abiertos a las diversas expresiones de los nuevos jóvenes que incursionan en la creación literaria en su lengua materna y con una capacidad especial y enorme para realizar también la transición a la dualidad divina que los inter relaciona con un mundo occidental que los abraza a través de la lectura de sus poemas, cuentos, novelas o guiones de radio y más, mucho más.

Muchos hemos escuchado y leído sobre el k'áay o iik'il t'áan que significa canto, poesía, un manantial vivo de la sabiduría ancestral pletórico en abordajes cosmogónicos orientados hacia el binomio hombre-naturaleza. Por su parte el tsíkbal, palabra o narración, da cuenta de lo histórico social –en la mayoría de los casos– y las vicisitudes que enfrentó y aún enfrenta la población originaria en un clima de exclusión e injusticia. Por otra parte, el reconocimiento y la preservación de las lenguas indígenas nacionales son un gran aporte en el desarrollo cultural del país. Sabemos que a través del lenguaje objetivamos el mundo. De esta manera la difusión y preservación de la literatura colorea un horizonte que ofrece múltiples perspectivas. En primera instancia la sabiduría de los pueblos indígenas vertida en la oralidad, los avatares históricos que enfrentó este sector margina-

do y desde luego las implicaciones filosóficas que nos permiten comprender cosmogonías ancestrales. Si bien estos autores se han mantenido atentos hacia el fenómeno literario, es necesario que estudiosos de las letras participen en este diálogo. La valoración de las lenguas indígenas de nuestro país es fundamental porque nos adentra a una cosmogonía que probablemente no habríamos sospechado. En este sentido, el meyaj ts'íib (trabajo de las letras), es un camino que nos conduce a un pensamiento milenario y vivo.

Agradecimientos al FONCA por estimular, y ser la fortaleza que sostiene a estos nuevos escritores para cumplir con sus sueños de tejer la cultura y, la historia de los inmortales de las letras con cosmogonía de un mundo florido.

Sol Ceh Moo
Novelista maya.

La palabra es de los jóvenes

Cada palabra, cada sueño, cada pensamiento, cada saber de la escritora y del escritor, es una historia que queda registrada y una memoria de cada pueblo, de cada municipio de los pueblos originarios. Cada creación literaria manifiesta diferente estética, diferente vida de cada ser. Son seis diferentes corazones, seis diferentes almas que encontramos en cada escritor.

La ceiba de los sueños nos muestra matices de cultura zoque, vividas dentro de ellas mismas y nos contagia a todos por el contenido literario e imaginario que lleva más allá como los cuentos: *El encanto del wewekuyo, el diminuto animal invisible witsyip y Jamk: la creadora de sueño* que enfoca el pensamiento del adulto al niño, esto es una muestra para saborear y disfrutar la literatura del *bats'il winik-antsetik*.

Cada escritor nos enseña y nos conmueve con el arte de su palabra o de su pueblo, aunque doloroso lo que ocurre en cada comunidad, como lo va mostrando en cada verso de: *Ch'ayemik ta o'ontonal antsetik, Mujeres Olvidadas* de la poeta tsotsil. Cada literatura que se crea y se escribe no salvará al pueblo por las mismas condiciones sociales que va viviendo la sociedad contemporánea, pero si le servirá para aprender algo y conocer a cada pueblo.

Hay historias que nos hacen regresar atrás y mirar hacia adelante, porque cada pueblo tiene su modo de vivir y de actuar y solamente la literatura nos hace vivirlo. Los creadores de los guiones radiofónicos están documentando y difundiendo, desde la lengua originaria, en los diferentes espacios de la radio del país: los saberes de cada pueblo, desde la forma de curar a los niños y a las mujeres embarazadas y hasta el amor como *El café de la olla oxidada* de Jaklin Parada. Es así como los creadores del arte de la palabra están escribiendo y recopilando muchas historias.

Bajo estas palabras creadas, emerge la sensible y apacible percepción de los jóvenes creadores de cada pueblo originario. Luz del día que pervive dentro de su ser para convertirse en poemas, relatos y cuentos que viven en el alma del escritor testigo por su propia existencia.

Los creadores del arte de la palabra de los pueblos originarios, por su extravagancia, son cantores de la lluvia, del pájaro, de las aves de la casa, de la milpa, del amor y de la deidad *Ajaw o Joyjoy*, son las muestras de sus trabajos artísticos.

Armando Sánchez Gómez
Poeta tseltal.

Ch'aybilik ta o'ontonal antsetik

SUSI BENTZULUL

Mu xa jak'bun

¡Avokoluk!
Mu xa jak'bun li jvokole,
yu'un cha lilijes li stuch'emal jbek'tale
xchi'uk chm'utij batel jbi ta lajebal,
xchi'uk mu xa k'an cha sa' ta yalobaltik
li sjepelul jbek'tale.

¡Avokoluk!
Mu xa jak'bun li jvokole,
yu'un ta ya'lel asat
cha t'uxubtas jkuxlejal
xchi'uk mu xa k'an chalaj ta jvokol.

¡Avokoluk!
Mu xa jak'bun li jvokole,
yu'un ta xa vilbajinbun sbeel jol ko'onton
xchi'uk mu xa k'an xa viktaun ta vokolil.

No me preguntes

¡Por favor!
No me preguntes de mi dolor,
porque podrías desgarrar mis heridas
y hundir mi nombre en el abismo,
y no querrás buscar en el barranco
pedazos de mi ser.

¡Por favor!
No me preguntes de mi dolor,
porque podrías ahogar mis esperanzas de vivir
con tu llanto
y no querrás morir junto a mí.

¡Por favor!
No me preguntes de mi dolor,
porque podrías pisotear mis recuerdos
y no querrás abandonarme con un puñado de dolor.

K'alal mi li chame

vulesun ta ajol,
manchuk xk'a' snichimal jmukinal
moj te xk'a' xchi'uk li jvokole.

Vulesun ta ajol
k'alal ta sikil ak'obal
xvulvun ta achikin li jlajele
xchi'uk smeyot li at o'ontonale.

Vulesun ta ajol
k'alal li jme'tik ue ta xk'ejin slo'il jyayatak
xchi'uk ta sjoch batel li jvokol ta sbelel lajebal.
Vulesun ta ajol
ta sob, ta ak'obal

Vulesun ta ajol
manchuk xk'a' snichimal jmukinal
moj te xk'a' xchi'uk li jvokole.

Cuando muera

Recuérdame,
aunque las flores de mi entierro se pudran
y con ellas se pudra mi dolor.

Recuérdame cuando la noche fría
te susurre al oído mi muerte
y la soledad te atrape.

Recuérdame cuando la luna
cante las historias de mis abuelas
y todo mi dolor se arrastre
por el sendero de la muerte.
Recuérdame en los días y las noches.

Recuérdame, aunque las flores
de mi entierro se pudran
y con ellas se pudra mi dolor.

Ik'vayan ch'en

Jun ik'vayan ch'en li jbek'tale.
Bu la sjipbun och'el jch'iel li jtote.
Bu ta xk'a' li jch'ulele.
xchi'uk bu la smukbun li jlo'ile.

Jun ik'vayan ch'en li jbek'tale.
Bu la sjip sts'ijilal li jme'e,
xchi'uk ti bu la smuk svokol.

Jun ik'vayan ch'en li jbek'tale.
Te stsbik' och'el li jvokole
yu'un te xk'a' li jch'iele.
Nojem ta vokolil li nopbenale.
Jujun k'ak'al tsmuk batel ch'ayel ta o'ontonal.

Jun ik'vayan ch'en li jbek'tale.
Chak'emik xa xokontak.
Mu xa xkuchbe yik' ti k'ak'ale
yu'un k'uk'un tslajes batel li jch'iele.
Jun ik'vayan ch'en mu skuchbe yu'un yik'.
Li ch'ayemal ta o'ontonal xchi'uk ts'ijetal.
Li yibel xokone ta xa xlom.

Jun ik'vayan ch'en li jbek'tale.
Bu la sjipbun och'el jchi'el li jtote.

Fosa

Mi cuerpo es una fosa.
Una fosa profunda donde mi padre arrojó mi infancia.
Una fosa donde se pudren los restos de mi alma.
Una fosa donde se entierra una parte de mi historia.

Mi cuerpo es una fosa.
Una fosa donde mi madre arrojó su silencio,
una fosa donde enterró su dolor.

Mi cuerpo es una fosa.
Una fosa que se traga el dolor
de mi infancia pudriéndose.
Una fosa llena de recuerdos dolorosos.
Una fosa donde el tiempo entierra olvido.

Mi cuerpo es una fosa.
Una fosa con paredes agrietadas.
Una fosa que no soporta el olor
de los días carcomiendo mi infancia.
Una fosa que no soporta el olor del olvido y el silencio.
Las paredes están al borde del derrumbe.

Mi cuerpo es una fosa.
Una fosa profunda donde mi padre arrojó mi infancia.

Ta jchopol k'opta li jtote

Ta jchopol k'opta li jtote yu'un la slilinbun jbek'tal.
K'ejoj jlo'il ta smukenal jyaya.
Oy k'usi chtu'ib ta yut jbek'tal:
ja' jna' li vaechtak ta xk'a'.

Ta jchopol k'opta li jtote ta ts'ijilal ko'onton.
Li at o'ontonale k'unk'un tslajes batel li k'ak'aletike.
Buloj lok'el jbek' sat ta vokolil.
Mu jk'an jk'el li k'ak'al ta syules batel jbek'tal.
Mu jk'an jk'el li pat o'ontonale ta xlok' batel ta jch'ulel.

Ta jchopol k'opta li jtote jech k'uyelan ta chkich ik'...
Jujun ak'obal chtal sk'elun,
ta sbolibtas sme'onal jbek'tal,
juju ts'uj stik'be chamel
ta x-och ta yut jbek'tal li xi'ele.

Ta jchopol k'opta li jtote yu'un la slilinbun jbek'tal.
Ta jchopol k'opta li jtote ta ts'ijilal ko'onton.
Ta jchopol k'opta li jtote jech k'uyelan ta chkich ik.
Ju'une ta jchopol k'opta li jtote.

Maldigo a mi padre

Maldigo a mi padre por lo devastada que me dejó.
He guardado este secreto en el sepulcro de mi abuela.
Algo dentro de mí se apesta:
quizá sean mis sueños pudriéndose.

Maldigo a mi padre desde el silencio de mi alma.
La tristeza carcome las horas y los días.
Tengo los ojos arrancados ante el sufrimiento.
No quiero ver cómo el tiempo se deshace en mi cuerpo.
No quiero ver cómo la esperanza se desprende de mi alma.

Maldigo a mi padre tantas veces como respiro...
Como cada noche viene por mí,
infecta cada lunar de mi cuerpo,
envenena cada centímetro de mi piel
y el miedo hurga lo más profundo de mi ser.

Maldigo a mi padre por lo devastada que me dejó.
Maldigo a mi padre desde el silencio de mi alma.
Maldigo a mi padre tantas veces como respiro.
Yo maldigo a mi padre.

Jun sob

Ch'ay ku'un li pat o'ontonale, jun sob.
La jkikta xchikintael sk'ejoj jmetik u.
La jch'ayes ta jol li jbie,
jvaechtake,
ch'ay ta jol smeyel jyaya.
xchi'uk slo'il ak'obal.

Mi la sa'un li k'ak'al li'e,
chataun nopemun xa ta vokolil.
Chataun xchi'uk jme'
—li mu bu xchikimtabun jlo'il—;
cha ta'un mu xlaj ta lo'iltael jvokol
tanijem ta sjunul jbek'tal.

Jotbil jbek'tale chata'un
nutsbil lok'el jnopbentak.
Ts'isbil ke ta xi'el, chata'un
xchi'uk tukiem li vaechtake.
Chataun ta buluchib ja'vil, li jbek'tale ma'uk ku'un...

La yilbajinik jbankiltak.

Una mañana

Una mañana extravié mis esperanzas.
Renuncié a escuchar el canto de la luna.
Me arriesgué a olvidar mi nombre,
mis sueños,
el abrazo de mi abuela,
el susurro de la noche.

Si me buscas ahora,
me hallarás acostumbrada al dolor.
Me hallarás junto a mi madre
—quien nunca quiso escucharme—;
me hallarás con incontables sufrimientos
regados en cada rincón de mi ser.

Me hallarás con el cuerpo arañado
y los sentimientos despojados.
Me hallarás con la boca costurada de miedo
y los sueños demolidos.
Me hallarás de once años y sabrás que mi cuerpo no es mío…

Mis hermanos me lo arrebataron.

Kuänkuyjääm

FÉLIX HERNÁNDEZ CARDOSO

SUTSOO JA KAJPXY MATYÄ´ÄKY TYUUÝË´ËTY JAJP PUJX´ËËPÏJËTYPY

PËN WYÏNTANAATYÏP:

Myïtu´uk käjpxpë (mijxy);
Myïmajtsk käjpxpë (kiixy);
Myïtïkëëk käjpxpë (mijxy);
Myïmaktäxk käjpxpë (kiixy);
Myïmakoxk käjpxpë (kiixy);
Myïtutujk käjpxpë (mijxy);
Myïwïxujk käjpxpë (kiixy);
jïts ja Pujx´ëëpë Yïkyë´ëpyë.
(P.Y)

KUÄNKUYJÄÄM

Jajp yä´ät wïnmää´ny tsyëëny majääýmatyä´äkyjëtypy, jïts tëë yïkjaanyaxy yä nëkykyijxy (jaakka´ejtp)

Pën tyu'ntïp	Tii tyu'ntëp	Wïne'n ttu'ntët	
		Natyu'uk	Matsyomuky
P.Y	"Suun yïk'awätspë"	5"	5"
P.Y	"Yïkpïktäkp ja suun miti' tyatuu'yë'ëpy yï kajpxy matyä'äky mäjk segundoja'an. Jawyeen nimyëjk jïts tutä'äky yïk näxweett"	10"	15"

Pën tyu'ntïp	Tii tyu'ntëp	Wïne'n ttu'ntët	
		Natyu'uk	Matsyomuky
Myïtu'uk käjpxpë	Njantsy ayëë'yyïmts kutëjk, jantsy ayëyyïm wïnmayïm atëm ja jujky'ajtïn njantsy yïknäjxyïn.	5”	20”
Myïmajtsk käjpxpë	Ka' ëjts njää'kyukï sutsoo yï njayäp ne'ekï tjantsy tyatuntë, jantsy ejxk'atyimts yë' ne'ekï jï pyiktä'äktyï jyïyujktë, nyääjxtë kyämtë.	10”	30”
Myïtu'uk käjpxpë	Ka' ntsimy nyajäwï sutsoo yï ne'ekï tyapyäättë	3”	33”
Myïmajtsk käjpxpë	Mejtsjey, ti kumts yï njayäp xkayïktiy xkayïk'amïtëy tii jïte'n yë' myeeny'äjttïp, uk mää jïte'n yï myeeny yë' tpëktë	5”.	38”
Myïtu'uk käjpxpë	Pats pisää nïtë'ëxy ntejïnt, ëyïmts ëjts jinet jepymyënyï n'uk'ats ejxt. sää jïnet y'uk wä'äny.	3”	41”
P.Y	“Yïkyukweetp waajnjaty ja suun ta tuu´yë´y jïts jajp ëkpy ja´ayï yïkmato´ot”	10”	51”
P.Y	“Yïkpïktä'äkp mä ja uk jajp natyijy namay wyojtï” ¡Meets jayäp!, ¡jajp meets jayap!, ¡jajp jïte'n xkamatowtïjë!	15”	1'6”
Myïtïkëëk käjpxpë	Määy jayäp pën jïte'n jajp jepyï wïtejtp.	5”	1' 11”
Myïtu'uk käjpxpë jëts ja P.Y	Määy jayäp. Ëjts jayäp yäjp kukäjpxïp. (yïkmatoop ku akäj y'awä'ätsy)	5”	1' 16”
Myïtïkëëk käjpxpë	Ïxaa jïte'n xjayïknäxtë, ixajpjite'n ja njayok	3”	1' 20”
Myïtïkëëk käjpxpë jëts ja P.Y	Näx jayäp yä tëjkjëëjty, awä'ätsts ïxää ... ¡nëjkx uk ïxejp tëjk'akipy mtojwïty! “jate'nyï waajnjaty y'atïkëënyï ja uk wojpïtë”	10”	1' 30”

Pën tyu'ntïp	Tii tyu'ntëp	Wïne'n ttu'ntët	
		Natyu'uk	Matsyomuky
Myïtu'uk käjpxpë	Ëy jayäp, Tyëskujuyïp.	3”	1' 33”
Myïtïkëëk käjpxpë	tsëënë jayäp. ¡Mejts! ¡mejts! (mëjk'ampy tmïkajpxy ja kyutëjk. Mää ja jajp kaatyääjkjetpy) Jajp xyïkme'nt jï mjo'kxnëëj tun jï mayyäjt.	5”	1' 38”
Myïtïkëëk käjpxpë	Ëy jayyäp ku m'ats kukäjpxï jaayïts jyäwï, nka'uk napyääjtnïya'antë ëy ja wïnkon ja jëën ja tëjk	7”	1' 47”
Myïtu'uk käjpxpë	Jantsy jate'nxï jayäp jïte'n jyaty. (jaa ja jyayok jyaty)	3”	1' 50”
Myïmaktäxk käjpxpë	Määy jayäp.	3”	1' 52”
Myïtu'uk käjpxpë	Määy jayok	3”	1' 55”
Myïmaktäxk käjpxpë	Ïxä jajäp jï mjo'kxnëëj.	3”	1' 58”
Myïtu'uk käjpxpë	Tyëskujuyïp jayok.	2”	2'
Myïmaktäxk käjpxpë	Sää jïte'n ja njayok jam.	3”	2' 3”
Myïtu'uk käjpxppë	Ïxam jayok ja' jate'n tjayïknaxy	3”	2' 6”
Myïmaktäxk käjpxpë jëts ja P.Y	Ja jayäp mjaak uk matyä'äktët. (jate'enyï ja jyayok yë'pyïtsimy, yïkmatoop ku nïke'exy wyä'kpïtsimy)	10”	2' 17”
Myïtu'uk käjpxpë	Jate'nïmts ëjts jayäp ja n'ats miny, të ëjts ja mëj jotmay jyäwï xpääty atsu'ujkyï.	5”	2' 23”
Myïtïkëëk käjpxpë	Ti timts jayäp mjäjtïyïp mkupajtïyïp.	5”	2' 28”

Pën tyu'ntïp	Tii tyu'ntëp	Wïne'n ttu'ntët	
		Natyu'uk	Matsyomuky
Myïtu'uk käjpxpë	Ka' tsimytyii, nmeeny njïnkääp ëëts jïte'n ka'ejtp, ja mïtunp ja mïpëjkp ëëts Ka'ats jïte'n ja meeny jyantsy yy'iiky	7”	2' 37”
Myïtïkëëk käjpxpë	Jate'n jayäpï, pï ka'ap jayäp nukï xtsimy kyuma'aty ka' yï yïkjujky'äjtpë tyimy yïk'ëëky.	7”	2' 46”
Myïtu'uk käjpxpë	Pats ëjts jayäp jïte'n yä të nminy të njä'äty jïts meets xkäjxpputëkït sutsoo ëëts ntapyäätt uk tii meets mmeeny'ajtypy, jantsy jate'n ëëts jïte'n n'ijxy nkëy ku meets jyäwï akujk jotkujk xniyyïknaxy, jate'nts ëjts jïte'n ja may'äjt yäm n'amïtëy mpëjktsëy.	10”	2' 56”
Myïtïkëëk käjpxpë	Jiiii pï jate'nxï jayäp jïte'n yï jakam jïxkëm kyaxi'iky, säm ja ayuujk wyä'äny, ku ntuunïnt npëjkïnt japom japom, kuwänï ja meeny yïkpääty yïk'ijxy.	3”	2' 59”
Myïtu'uk käjpxpë	Ja tunp ja pëjkp ëëts jayäp japom japom, ka'ats jïte'n ja meeny y'iiky, ka' nyïpety, uk ka'ats t'ukpätnï ntajuu'yïnt ntakäjpxïnt ja npïktä'äkyu'nk.	3”	3' 2”
Myïtïkëëk käjpxpë	Pï ka'ap jayäp xtsimy kyuma'aty, yämjïnet nnakyäjpxputëjkïya'ant.	3”	3' 6”
Myïtu'uk käjpxpë	Jantsy tsimy tyëskujuyïp jayäp.	3”	3' 9”
Myïtïkëëk käjpxpë	Yïkxon jayäp x'uk patmato'ot yï ayuujk miti' ëjts ïxaa nïkäjpxwanpy, ka' pën xtukmato'ot miti' ëjts jïnet ïxäm nnïkäjpxp nnïmatyä'äkp, mejts yï ïxäm ja'ayï ntukmatëëpy	5”	3' 14”
Myïtu'uk käjpxpë	Ka'ap jayäp xkuma'aty amënyï ëjts yë' nmï'ett.	3”	3' 17”

Pën tyu'ntïp	Tii tyu'ntëp	Wïne'n ttu'ntët	
		Natyu'uk	Matsyomuky
Myïtïkëëk käjpxpë	¡Wa'ats ëëts nmeeny'ajtypy ¡tsääj, tsätoo'kpts ëëts!.	3”	3' 21”
Myïtu'uk käjpxpë	¿Tsääj mtooktïp?	2”	3' 24”
Myïtïkëëk käjpxpë	Shhhh tutä'äky jayäp nmatyääjkïnt ku jï jää'y x'amatonäjxïnt.	3”	3' 28”
Myïtu'uk käjpxpë	Ëy jayäp, ëy jayäp	3”	3' 32”
Myïtïkëëk käjpxpë	Pïnï mjantsy myeenypyëkwämp jïte'n jëpyï jëpyïxï jïte'n mnëjkxkojt jajp në'akipy jajpts ja tsääj x'ats patsë'mt jïts xyïknëjkxt jam jatu'ukpï käjp, jam xtsimy myï ïxäkkojt määy kujk'äm, ka' yï tsää jam tyimy nyïmpäätï.	15”	3' 47”
Myïtu'uk käjpxpë	Jantsy jayäp jïte'n mwä'äny.	3”	3' 50”
Myïtïkëëk käjpxpë	Jantsyxï ëjts jayäp jïte'n nwä'äny, jate'n ëëts yï nmeeny npääty n'ijxy.	5”	3' 55”
Myïtu'uk käjpxpë	Pï jantsytsimy tyëskujuyïp jayäp ku ëëts jate'n xkäjpxputëkï. Ïxä ëjts jate'n nëjkx ntuny ku ja määyxyëëw tpäätt.	7”	4' 2”
Myïtïkëëk käjpxpë	Kitï jayäp mwä'äny, nay'ejxyetïyï.	3”	4' 5”
Myïtu'uk käjpxpë	Ja jayäp napyätkojmïya'ant, tyëskujuyïp jayok yäm ëjts n'uk nëjkxnë.	3”	4' 9”
Myïmaktäxk käjpxpë	Kitï jayäp mwä'äny, jam ja njayok xkäjpxpoo'kxt. (jajp yïkmatëy y'atsëy ja jyayok)	3”	4' 12”
P.Y	“Yïkyukweetp ja suun ta tuu'yë'y (ëy ja tyïkätst ëy o miti' yïkpïktä'äkt)”	15”	4' 28”

Pën tyu'ntïp	Tii tyu'ntëp	Wïne'n ttu'ntët	
		Natyu'uk	Matsyomuky
P.Y	"Yïk näxwee'tp tutä'äky ja suun ta tuu'yë'y (joox ja'ayï yïkmato'ot)"	10"	4' 38"
Myïtu'uk käjpxpë	Ëjts nmetsy.	3"	4' 40"
Myïmajtsk käjpxpë	Oooj, men ne'ekï mtsimy ajoppï yäjp nkäjpxïnt nmatyääjkïnt.	3"	4' 44"
Myïtu'uk käjpxpë	Ëyïmts jate'n wa'n ëjts ja'ayï t'uk ats kïpujy.	3"	4' 47"
P.Y	"(nïke'exy ja nëëj yïkmatëy yë'ëy) jïts jatyï Yïkmatëy ja texy ja tas jajp wÿinaä'äny kaatyäjkjëtypy)"	5"	4' 52"
Myïmajtsk käjpxpë	Ajop'ät ïxäts ëjts jï xëjktöjkxu'nk të nyïk'ëyï, mëët jï tsujxkniiymye'ey.. uk nïmatyä'äkïmts jïte'n jantsy sää jïte'n ja njayäp të wyä'äny, jantsy määjïk jïte'n yï myëëny jyïnkääp yë' tpäättë.	7"	5'
Myïtu'uk käjpxpë	Pï nëmpts ja njayäp wyä'äny tsätoo'ktëpïk ja'	3"	5' 3"
Myïmajtsk käjpxpë	¡Tsätoo'ktïpï!	2"	5' 5"
Myïtu'uk käjpxpë	Jate'nïk nïtë'ëxy, pïrï myïtsoo'ntïpïk ja' jëtsïk ja t'ats tooktï jajp jatu'ukpë käjp, ka'apïk yï jajp tsimy nyïpäätï.	5"	5' 10"
Myïmajtsk käjpxpë	Ka mïpikyimts ja jyäwï yïkmatëy, pï wan tjantyimy uk ijxy, pï jate'n jïte'n n'uktuu'nïnt.	5"	5' 15"
Myïtu'uk käjpxpë	Pï uknay'a'ejxïyïpts ëjts jïte'nï tsimy jya'yï ja määy tpäätt jïts ëjts ja tsää n'uk ats yïktsoont.	5"	5' 20"
Myïmajtsk käjpxpë	Ëyïmts jate'n n'uk tuu'nïnt	2"	5' 22"

Pën tyu'ntïp	Tii tyu'ntëp	Wïne'n ttu'ntët	
		Natyu'uk	Matsyomuky
P.Y	“Yïkyukweetp ja suun ta tuu´yë´y, kuts mäjk segungoja´annyäxt jats y´ats yïkpïktäxt mä ja radio ja xyëëw nyaxy, jïts jatïkoojk yïkyukwee´tkojmë ja suun ta tuu´yë´y jïts jyaak matyäkkojtït”	20”	5' 44”
P.Y	(Jajp joox yïkmatooke'eky ja tsapna'ääw y'ayä'äxtë, nitykytyï joontë)	10”	5' 55”
Myïtu'uk käjpxpë	Mejts, mejtsey, pïtë'knï, ïxa ja xëëw jyäjtäknï	3”	5' 58”
Myïmajtsk käjpxpë	Mmm. Ooj, yä ëjts npïti'iky.(nii myääp mo'tp y'atsëy)	3”	6' 1”
Myïtu'uk käjpxpë	Tutä'äky pïtë'ëk, jïts x'uk a'ejxït ja kaaky ja tojkx, wan ëjts t'uk ejxmuky ja npïktä'äky jïts ëjts ja tsääj n'uk ats yïktsoont.	5”	6' 6”
Myïmajtsk käjpxpë	Ëyïmts mejts jate'n, ïxä ejts n'uk'a'ejxïkyixy.	3”	6' 9”
P.Y	Yïkyukweetp ja suun ta tuu'yë'y, kuts mäjk segungoja'annyäxt jats y'ats yïkpïktäxt mä ja radio ja xyëëw nyaxy, jïts jatïkoojk yïkyukwee'tkojmë ja suun ta tuu'yë'y jïts jyaak matyäkkojtït	15”	6' 24”
Myïmajtsk käjpxpë	Men m'ats jo'kxnë'uuky	3”	6' 29”
Myïtu'uk käjpxpë jëts ja P.Y	Tyëskujuyïp (nïke'exy yïkmatëy ku ja jo'kxnëëj tjïtuty).	7”	6' 38”
Myïtu'uk käjpxpë	Jam mejts yï pë'ëx waanï xnatskonït wan ëjts yï nnë'any ttamï'uukï.	5”	6' 43”
Myïmajtsk käjpxpë	Ïxäj.	3”	6' 47”

Pën tyu'ntïp	Tii tyu'ntëp	Wïne'n ttu'ntët	
		Natyu'uk	Matsyomuky
Myïtu'uk käjpxpë jëts ja P.Y	Pï wan ëjts t'uk ats xïnaxy jayïnet koots nnapyatyïya'ant, pïnï säyï ëjts jïnet muum nkukootsï jats japom njä'äty.	15”	7' 3”
Myïmajtsk käjpxpë	Ëy mejts jate'n nay'ejxyetïyï. (nïke'exy yïkmatëy tsyëëny, Jïts ja uk wyojtï)	7”	7' 10”
P.Y	“Nïke´exy ja nëyë´ëpyï yïkmatëy) jïts waanï y´ats mejkï jïts jatyï yïknäxwee´tkojmï”.	15”	7' 25”
Myïtu'uk käjpxpë jëts ja P.Y	Ti miti'pï tsääjïmpts jïte'n ntejïnt njantsimy pyatsë'mp, pï yä'ät tsujxktsääjïte'n yë' jyawï nyi y'exk'atyïm kaxë'ëkp. (nïke'exy ja nëyë'ëpyï y'amonnë)	15”	7' 40”
P.Y	“Nïke'exy yïkmatëy ja jää'y kyäjpxtë myatyä'äktë, jate'n säm ku ja määy tyumyïyï.”	5”	7' 50”
Myïtu'uk käjpxpë jëts ja P.Y	Pï yä ëjts jïte'n määykujk'äy n'uk pïktä'äkt yï ntëëky yï nyaky, pï jate'nxï ja njayäp ojts xtanï'ane'emy. “Nïke'exy yïkmatëy ku ja tsyääj tjuky jïts tpëëtuu'jï”.	10”	8' 10”
P.Y	Yïkyukweetp ja suun ta tuu'yë'y, kuts mäjk segungoja'an nyäxt jats y'ats yïkpïktä'äkt mä ja radio ja xyëëw nyaxy, jïts jatïkoojk yïkyukwee'tkojmët ja suun ta tuu'yë'y jïts jyaak matyäkkojtït	15”	8' 25”
Myïtu'uk käjpxpë jëts ja P.Y	¡Juytyï ja mtsääj! ¡pën tsyëjkpy ja në'atsääj!, ¡pake'tï ja mtsuxk tsääj! Mpëjktïp yï në'atsääj?	10”	8' 35”
P.Y	“Ëy tyïkätst ja suun ta tuu'yë'y jïts waajnjaty yïkyukweetkojmït”	15”	8' 50”
Myïtu'uk käjpxpë	¡Juytyï ja mtsääj! ¡pën tsyëjkpy ja në'atsääj!, ¡pake'tï ja mtsujxk tsääj! Mpëjktïp yï në'atsääj?	10”	9'

Pën tyu'ntïp	Tii tyu'ntëp	Wïne'n ttu'ntët	
		Natyu'uk	Matsyomuky
Myïmakoxk käjpxpë	¿Tsääj? ¡penïmts ntejïnt yä jï tsääj jyuupy?	15”	9' 15”
Myïtu'uk käjpxpë	Juytyï ja mtsääj! ¡pën tsyëjkpy ja në'atsääj!, ¡pake'tï ja mtsuxk tsääj! Mpëjktïp yï në'atsääj?	15”	9' 30”
P.Y	“Ats Yïkyukweetp waajnjaty ja suun ta tuu'yë'y jïts jatïkoojk waanï yïknäxweett jajp ëkpy joox yïkmato'ot”	10”	9' 40”
Myïtutujk käjpxpë	Yïte'npyë utsy.	3”	9' 43”
Myïtu'uk käjpxpë	Mjuupy jïte'n jï tsääj.	5”	9' 49”
Myïtutujk käjpxpë	Jeky të nja ijxy nja këy ku yï mtsääj xja awänï, pën mejts mnïmää'yïp ¿ku jï tsääj yää yïkjuy?	10”	9' 59”
Myïtu'uk käjpxpë	Mejts äjtsy jïnet mjantsy tsimy myaa'kxp pï njayäp xï ëjts jïte'n jate'n xnïmaapy kujïk ya jï tsääj kyatsimy nyïpäätë, nmeeny xï ëjts jïte'n katsimy ejtp pats ëjts ja ojts n'amtëy ja käpxputëjkïn jïts ëjts jï na ojts xnëëjmï kujïk ëjts jï tsääj yä n'ats tookt, ka'apïk yï yää tsimy nyïpäätë.	10”	10' 9”
Myïtutujk käjpxpë	Mïku'uk'u'nk të mejts myïkwïntääy'aty, nukï mejts ja mjayäp të mtaxi'ïkyïyï, ka'ya pën jï tsääj tjuy, yä ëëts jï tsääj nmëëtï, ïxa nukï jï tsääj kyo'nïtï.	5”	10' 14”
Myïtu'uk käjpxpë	¿Tii wanïmts ntejïnt ja njayäp jate'n xtsimy tyuny?	3”	10' 18”
Myïtutujk käjpxpë	Yïte´n mtapyäätt, ïxää yiinwaan jï mmeeny ja tiikati x´uktaju´uty, ïxëm ïjxko´ yï tsääj jïts ne´ekï mwïnpejtnït jam mkäjpkkëjxp.	5”	10' 24”

Pën tyu'ntïp	Tii tyu'ntëp	Wïne'n ttu'ntët	
		Natyu'uk	Matsyomuky
Myïtu'uk käjpxpë jëts ja P.Y	mejts mïku'uk, tyëskujuyïp ëjts nyajkpy "jatenïk nïke'exy ja tsää yïkmatëy t'ïjxkë'ëy"	10"	10' 34"
Myïtutujk käjpxpë	Nay'ejxyetïyï.	5"	10' 39"
P.Y	"nïke'exy yïkmatëy joox ja jää'y yyäktë tyooktë" Jaak tuu'yë'ëpy yä'ät äpmatyä'äky...	5"	10' 44"

SUTSOO JA KAJPXY MATYÄ´ÄKY TYUUÝË´ËTY JAJP PUJX´ËËPÏJËTYPY

PËN WYÏNTANAATYÏP:

Locutor 1 (hombre)
Locutor 2 (mujer)
Locutor 3 (hombre)
Locutor 4 (mujer)
Locutor 5 (mujer)
Locutor 6 (hombre)
Locutor 7 (mujer)
Controles técnicos

KUÄNKUYJÄÄM

Cuento oral transmitido de generación en generación, adaptado a un guion de radio (fragmento)

Parte técnica	Actividad	Tiempo	
		Parcial	Total
C. de audio	Rúbrica de entrada	5”	5”
Control	Cortinilla (se desvanece después de 10 segundos, y queda como música de fondo)	10”	15”
Locutor 1	¡Ay mujer! La vida que nos tocó vivir es cada vez más difícil. (Un poco sorprendido).	5”	20”

Parte técnica	Actividad	Tiempo	
		Parcial	Total
Locutor 2	Pues yo no sé qué futuro le podemos dar a nuestros hijos, no sé cómo le hace el compadre que se ve que tienen una vida más tranquila, veo que tienen mucho ganado, terrenos y su casa no está nada mal.	10”	30”
Locutor 1	Pues la verdad, no lo sé.	3”	33”
Locutor 2	Oye, y ¿por qué no vas a la casa del compadre y le sacas plática de cómo o de dónde obtienen su dinero? Igual y se compadece de nosotros y nos ayuda con algo.	10”.	43”
Locutor 1	No sé, mujer, pero bueno… voy mañana tempranito a verlos a ver qué me dicen.	5”	48”
Controles	Sube volumen música de fondo.	10”	58”
Locutor 1 y controles	(De fondo se escuchan ladridos de perros). Buenos días, buenos días, compadre, ¿Hay alguien en casa?	15”	1' 13”
Locutor 3	Buenos días, ¿quién anda ahí tan de madrugada?	5”	1' 18”
Loc. 1 y controles	Buenos días compadre soy yo. (Se escucha el sonido de las bisagras de una puerta abriéndose)	5”	1' 14”
Locutor 3	¿Qué tal como están?, ¿como está mi comadre?	3”	1' 28”
Locutor 3 Controles	Pásele compadre, entre a la casa no se quede ahí parado… ¡vete perro, vete a buscar animales, fuera! (Se desvanecen los ladridos de los perros).	10”	1' 38”
Locutor 1	Está bien, muchas gracias.	3”	1' 43”
Locutor 3	Tome asiento. ¡Mujer!, ¡mujer! (Le grita a su mujer que está en la cocina). *Ahí* y me traes dos tazas de café por favor.	5”	1' 48”

Parte técnica	Actividad	Tiempo	
		Parcial	Total
Locutor 3	¿Qué tal compadre?, gracias por visitarnos, a veces estamos tan cerca pero ni nos saludamos o ni nos da tiempo visitarlos.	7”	1' 57”
Locutor 1	Así es compadre. (Interrumpe comadre)	3”	2'
Locutor 4	Buenos días, compadre. ¿Le ofrezco una tacita de café?	3”	2' 03”
Locutor 1	Muchas gracias.	3”	2' 06”
Locutor 4	¿Cómo está mi comadre?	3”	2' 09”
Locutor 1	Ahí estamos, que ya es ganancia.	2”	2' 2”
Loc. 4 y controles	Los dejo platicar con su permiso. (Se escuchan los pasos de que se retira del lugar).	5”	2' 7”
Locutor 1	Pues mira, compadre, vine porque me surgió una necesidad muy grande.	5”	2' 12”
Locutor 3	Pues que será, compadre, a ver si en algo te podemos ayudar	10”	2' 22”
Locutor 1	Pues mire, verá, últimamente hemos notado que nuestro dinero ya no nos rinde, trabajamos y trabajamos y no juntamos nada…	10”	2' 23”
Locutor 3	Así están las cosas, muy difíciles, compadre, pero nada que no se pueda solucionar, Dios siempre provee a los más necesitados, así que usted no se preocupe.	10”	2' 33”
Locutor 1	Pues vine porque mi esposa y yo queríamos si usted nos pudiera dar algunos consejos de cómo o de dónde obtener un dinerito extra que nos ayude a solventar nuestros gastos, venimos con usted porque vemos que su situación económica es bastante cómoda, no sé si pueda ayudarnos.	15”	2' 48”

Parte técnica	Actividad	Tiempo	
		Parcial	Total
Locutor 3	¡Híjole! Pues como siempre se ha dicho, el dinero se obtiene trabajando.	7”	2' 55”
Locutor 1	Lo hemos hecho, no descansamos pero no es suficiente para comprar nuestras cositas	10”	3' 05”
Locutor 3	No se preocupe, compadre, yo con mucho gusto te ayudaré.	3”	2' 59”
Locutor 1	Muchas gracias, compadre.	3”	3' 2”
Locutor 3	Mire, lo que te voy a pedir es que no se lo digas a nadie, solo a usted le confieso mi secreto. (Hablando en voz baja).	10”	3' 6”
Locutor 1	No se preocupe compadre yo me quedaré calladito.	5”	3' 9”
Locutor 3	Nosotros vendemos piedras, piedras de río.	5”	3' 14”
Locutor 1	¿Piedras?	3”	3' 17”
Locutor 3	¡Shhhhh¡ Hablé más despacito porque hasta las paredes oyen.	35”	3' 21”
Locutor 1	Está bien, está bien.	3”	3' 24”
Locutor 3	¿Sí quieres ganar dinero? Muy tempranito antes de que salga el sol tienes que ir a acarrear piedras en el río y lo llevas al siguiente pueblo en un día de plaza, ahí te acomodas en el mero centro de la plaza y empiezas a ofrecer tus piedras.	10”	3' 34”
Locutor 1	¿En serio, compadre?	3”	3' 37”
Locutor 3	Es en serio, compadre, o de dónde crees que hemos sacado mucho dinero, ¡pues ahí!, de las piedras.	5”	3' 43”

Parte técnica	Actividad	Tiempo	
		Parcial	Total
Locutor 1	Pues muchas gracias, compadre, eso mismo haré, voy a platicarle a mi esposa y me prepararé para el día de la plaza.	10”	3' 46”
Locutor 3	No hay de qué, cuídese y nos vemos pronto.	3”	3' 49”
Locutor 1	Nos vemos, compadre, ¡comadre! ¡Gracias por el café!	3”	4' 52”
Locutor 4	¡No hay de qué! ¡Me saluda a mi comadre! (Se escucha contestar desde lejos).	3”	4' 55”
Controles	Sube música de fondo (Puede cambiar de ritmo o género).	10”	4' 59”
Controles	(Baja volumen y queda música de fondo).	10”	5'12”
Locutor 1	¡Ya regresé!	3”	5' 15”
Locutor 2	Ven a almorzar de una vez y me cuentas que te dijo mi compadre.	5”	5' 20”
Locutor 1	Está bien, me lavo las manos y ya.	3”	5' 23”
Controles	(Se escucha sonido del agua y después suenan utensilios de cocina).	5”	5' 27”
Locutor 2	Te preparé este rico almuerzo, frijolitos con salsa verde…pero cuéntame qué dicen, que de dónde obtienen su dinero.	7”	5' 30”
Locutor 1	Pues mira, mi compadre dice que ellos venden piedras.	5”	5' 35”
Locutor 2	¿Piedras?	3”	5' 42”
Locutor 1	Sí, mujer, en serio, pero que lo llevan al siguiente pueblo y que ahí se vende muy bien.	7”	5' 45”
Locutor 2	Eso sí que está raro, pero bueno, si no intentamos seguiremos igual, y nunca tendremos dinero.	7”	5' 42”

Parte técnica	Actividad	Tiempo	
		Parcial	Total
Locutor 1	Pues me voy a alistar para el día de la plaza, iré al río y cargaré algunas piedras para el otro pueblo.	7”	5' 52”
Locutor 2	Está bien.	3”	5' 57”
Controles	Sube volumen música de fondo, después de 10 segundos, se reproduce identificación del programa, y de nuevo la música de fondo para regresar a la plática.	20”	6' 02”
Controles	Se reproducen cantos de gallos, grillos y de aves, dando idea que es de madrugada.	10”	6' 05 ”
Locutor 1	Mujer, mujer, levántate, ya es de madrugada.	4”	6' 25”
Locutor 2	Mmmmm, voy, voy (Contesta somnolienta).	3”	6' 35”
Locutor 1	Levántate con calma, voy a alistarme para ir por las piedras, tengo que llevarlas al otro pueblo, me preparas comida para llevar porque va ser un día muy largo.	10”	6' 40”
Locutor 2	Está bien, ahorita mismo te preparo todo.	5”	6' 43”
Controles	Sube volumen música de fondo, dura 10 segundos y se vuelve a bajar para continuar con la charla.	15”	6' 59”
Locutor 2	Ven a tomar café alientito.	3”	6' 02”
Locutor 1 y controles	Muchas gracias. (Se reproduce sonido como tomando café, se escuchan sorbos).	10”	6' 27”
Locutor 2	¿Te paso unas tostadas para tu café?	3”	6' 30”
Locutor 1 y controles	Por favor, mujer, si no me va dar hambre en el camino. (Se escuchan ruidos de cocina).	7”	6' 38”
Locutor 2	Aquí está.	5”	6' 43”

Parte técnica	Actividad	Tiempo	
		Parcial	Total
Locutor 1 y controles	Ya me voy, mujer, en la noche regreso, si no hasta mañana nos vemos. (Se oye en el fondo ladridos de perros que poco a poco se va desvaneciendo y sube música de fondo). (Se puede ir cambiando la melodía de fondo depende de cada situación del cuento).	15”	6' 58”
Locutor 2	Cuídate mucho, aquí te espero (Se oye pidiendo al creador protección en su viaje).	10”	7' 04”
Controles	(Va apareciendo el sonido y el ruido de pájaros y del correr del río, después de 10 seg, baja y queda como fondo musical).	15”	7' 14”
Locutor 1 y controles	Pero de que piedra será, voy a llevar las piedras verdosas seguramente son las que valdrán un poco más....(Se va desvaneciendo el sonido del río).	15”	7' 29”
Controles	Se escuchan murmullos de personas, sonido de que están en una plaza pública.	15”	7' 44”
Locutor 1 y controles	Como mi compadre me dijo que es en el centro de la plaza, pues aquí me acomodaré, (Se escucha el sonido de las piedras que se acomodan en el suelo).	10”	7' 54”
Controles	Identificación del programa, hora.	15”	7' 59”
Controles	Regresamos apareciendo la música de entrada, luego de 10 seg. Baja lentamente para música de fondo.	10”	8' 09”
Locutor 1 y controles	¡Piedraaas! ¡Lleven sus piedraaas!, ¡pieeedras de ríooo!, ¡piedras!, ¡pieeeedras preciosaaaas! (Se desvanece el sonido).	10”	8' 14”
Controles	Cambia música de fondo y aparece lentamente.	10”	8' 24”

Parte técnica	Actividad	Tiempo	
		Parcial	Total
Locutor 1	¡Piedraaas! ¡Lleven sus piedraaas!, ¡pieeedras de ríooo! ¡piedras!, ¡pieeeedras preciosaaaas!	7”	8' 29
Locutor 5	¿Piedras? ¿Quién necesita piedras? Cada vez más el mundo está al revés, quien compraría piedras.	7”	9' 15”
Locutor 1	¡Piedraaas! ¡Lleven sus piedraaas!, ¡pieeedras de ríooo!, ¡piedras!, ¡pieeeedras preciosaaaas!	7”	9' 30”
Controles	Se desvanece el sonido y vuelve a aparecer lentamente, queda como fondo.	10”	9' 40”
Locutor 6	Buenas tardes, buen hombre.	3”	9' 43”
Locutor 1	Buenas tardes, señor, ¿quiere piedras? Cómprame algunas piedras.	5”	9' 49”
Locutor 6	Te he observado toda la mañana, veo que ofreces tus piedras para venderlas, ¿Quién te dijo que las piedras se pueden vender?	10”	9' 59”
Locutor 1	La verdad, fue un compadre mío, le pedí consejos de cómo ganarme unos centavitos, a lo cual él me aconsejó traer estás piedras desde la comunidad vecina y que aquí se venderían muy fácilmente.	10”	10' 9”
Locutor 6	Pues tu compadre te ha engañado, aquí nadie necesita de piedras, él se ha burlado de ti.	5”	10' 14”
Locutor 1	Pero no lo puedo creer, que mi compadre me haga eso.	3”	10' 18”
Locutor 6	Ten, toma estos centavitos y tira las piedras que aquí nadie te las va comprar.	5”	10' 24”
Locutor 1 y controles	Muchas gracias señor y que diosito lo bendiga. (Sonido de piedras donde las va tirando). Continúa…	10”	10' 34”

Jamk: jyomejkupä'is mapasyäkyuy

JOSÉ KORDERO JIMÉNEZ

Xantel sunyipä kya'erena ji' nya'tzepä y sijksijknepyapä, nyä ijtuna päyipä moksyipä wyajy tzujtzipä nyiwitpäpä'isna pyokimä anhkas y te'mänhtena jene sunyipä tiyä nyä ijtu, tzyajkayajupä 'Yanhku'is, jomekoyajpapä 'yatzypäjararam, 'yijsyajupä'is te' najs joko'omo, tzyäjkyaju te' jama y te' poya.

¡Xantel, jomejkopyapärena! Tzyäjku te' sunyityampä kuptzunh, jäyä'is 'yomaram, wyätzäjkayaju te' soki'is tyäjktam y te' jontzyiram sunyityampä kene tzyi'yaju.

¡Xantel, jenerena jomejkopyapä! Te' we'niram 'yijsanhtziyaju jujtzye tzyäjkya'ä sa'sa te' nyo'saram. Te' jontzyiram 'yisanhtziyaju tzyäjkya'ä tyäjktam tajkyajupä tumä tzunuse y te' nukuram wyi'näyayaju te' 'yantenaram wä'kä mujsä kyä'tya'ä te' yawa'ajtyam. ¡Mumu tiyä pyatpapä, sunyina wyätzäjkpäpa! Sunyi wyätzäjkayu te' ejsi'is nyepstäjk, te' ji' ntä ijsaya'epä sitätä'is syajaram y te' mäjarampä kopäntam, tyajk mejsyaju kä'ajktam wyä'ajpapä.

Xantel ji'na 'yiri sunyi, jana kärina; tumnakapä sujkujyinh tyajk mijkspana te' ku'yukopajktam y kejkyajpana te' ku'yu akmanhis 'yajtyam, sunyina täjpwijtpa te' tzowa tzowapä o'nakäjsiram y mäjtzäpyana te' tzarujinh kejkpapä tuj poya'omo.

Xantel, tzyajkyajupä te' anhku'is, te' pä'nistam jenena sunyi kyejnayajpa te' jyomejkuy. Te'se kätu te' 'yame y papinyomo'aju, sa'sapä yomo tujku y sonepä soko'istam jaya jayarampä, jomejkoyajpapä, mujsopyajpapä, tzo'yäyoyajpapä y näpyajpapä ke mujsoyajpa, ji'na tzyäjkya'e. Te' unepä yomo jomejkopyapä, myetzpamna syutya'ä, syujnoyu tumä pät y kyetu ke jinmana myujsi tire te' sutkuy te'koroya ji'na pya're jujtzye tzyäkä. Ji'na myujsi tire wä'kä tä ki'sä, mayakuy y kajsäjkuy. Y ji'na mujsipä käjsi tzyäkä nitiyä, mumu te' pä'nis syutyajpapä'isna, tza'ayajpana y kotzäjkomona tujkyajpa jujtzyenhomona syutyajpa te' yomo'is.

Tumä jam, Vahé, jyomejkupä'is te' jayeram syuntzyotzu te' yomo, Xantel'is ji'na mujsi tzyamä tire te' sutkuy ji'na

'yijspäki anhkä. Myejtzykäyiram, jomejkoyajpapä, kyipsyaju y kyipsyaju jujztye tzyäjkya'ä wä'kä mujsä tzyapya'ä tire te' sutkuy y jana tya'ä te' myujsokyutyam tzyajkayaräjupä, y te'se, äkuk te' jyomekupä'is te' tzameram, Xantel'is pya'tu jujtzye tzäkä te' keneram jyamemitkuyomo, te'se tyajk käjtayu te' Vahe'is kyopajkomo y sa'ukam, jyampamna syutpapä te' Xantel'is.

Vahe'is, jyomejkupä'is te' tzameram 'yanhku'aku:

—Jujtzye nyäyi te' kene'istam.

—Jamk: jyomejkpapä'is mapasyiram—'Yaktzoku sijkpa, y nyäjmayu—te' mapasyi te'isante tzyäjkpapä te' sutkuy.

Jamk: la creadora de sueños

Xantel era una hermosa niña valiente y risueña, sus largos rizos de color café se enredan hasta sus rodillas, sus ojos eran brillantes como la luna llena y lo más admirable de ella: había heredado el don de los Anukus, abuelos creadores del sol y de todas las cosas de la tierra.

¡Ella era una creadora! Creó las asombrosas luciérnagas, inventó el perfume de las flores, innovó la casa de los caracoles y a los pájaros les puso colores en cada pluma.

¡Xantel era una innovadora! A las abejas les enseñó a construir el panal con medidas exactas. A los boyeros le instruyó tejer casas en forma de costales y a las arrieras les puso tijeritas en la cabeza para que pudieran recortar hojas tiernas. ¡Todo lo que encontraba lo modificaba sin apuros! Modificó la curiosa tenaza del cangrejo, las transparentes alas de las libélulas y a los grandes mamíferos, les puso zapatos según sus tamaños.

Xantel era inquieta, curiosa; sacudía con un soplo el copo de los árboles, brincaba sobre el esponjoso cuerpo de las nubes y jugaba con los granizos rodantes del invierno.

Todos en su pueblo sabían que Xantel era la elegida de los Anukus, la admiraban por su sabia creación. Pero al paso de los años, ella dejó de ser niña, se volvió una mujer hermosa y muchos jóvenes guerreros, creadores, escribanos, médicos y prometedores sabios, la pretendían. La joven creadora, deseosa de amor, quiso enamorarse y conoció algunas de sus emociones apagadas. Ella no sabía cómo llorar y cuando lloró por amor, nacieron los ríos, los lagos y la lluvia; pero lo más inevitable es que toda persona que se enamoraba de ella, se transformaba en piedras y montañas, según el tamaño del amor que sentían por ella.

Un día, Váhe, el creador de palabras se enamoró de ella, pero Xantel no podía hablar de amor porque la volvía sensible y sentía perder los dones de Anuku. Los dos, deseosos del amor, pensaron y pensaron como hablar de amor sin romper los dones que les habían heredado y así, mientras Váhe, el creador de las palabras dormía, Xantel descubrió que podía crear cadenas de imágenes en una caja de memoria, lo instaló en la cabeza de Váhe y cuando él despertó, se sintió amado por Xantel.

Váhe, preguntó:

—¿Cómo se llama el artefacto de imágenes que creaste?

—Jamk: la creadora de sueños —Respondió sonriente y añadió —El sueño es la máquina del amor.

In cafetzin momoztla otlahtlapiazti tepozhuihcol

JAKLIN ICNITZIN

Tlanahuatil achto pehua

(Pehua ica tlatzotzonal)

Tlanahuatic: —Tocnitzitzihuan tlen techcaqui, nin tonal ticaquizqueh ce tlapohualiztli tlen miec namechpactizqueh ihuan namechpalehuizqueh nonquixmatizquieh nochi tlen panoa ihtec in macehual altepemeh.
—Pampa in macehual zohuatzin tlen catqui ihtec in tlamaniliztli ihuan macehualilhuimeh canin chantia quemania amo cualli yezqueh.
—Itech nin tlaixpantiliztli titlahtozqueh in "xocoyomeh" ma ticaquizqueh nin tlapohualiztli pampa ticmatizqueh tlen techtlapohuiz.
Tlahtol tetlapohuiani.
Machini *(Itlahtol yeyectzin):* —In tlatzin Chepe quipia niixtololohuan quimi tococoltzin Florencio ihuan nohuihqui itamachotil, oyeya cuacualtzin. Yehhuan amo oyeya cuahtiqueh ihuan oyeya pitzahuaqueh, ihuan quimi tococoltzin, tlatzin Chepe amo oyeya chicahuac ihuan tlatzic.
(zoloni in atll, totomeh, in tlatzotzonal)
Machini: —Tococoltzin Florencio omomehuaya achto tlen quizaz in tonaltzin omonextia nehnemihtoc inahuac Atlihuetzia oquintlahpiaya nicuahcuayemeh, quemania itech in atitla San Pablo ihcuac oquipacaya in ichcatohmitl, in occequi tonalmeh ihcuac otlanextia, in cocoltzin yo omocuepaya in tepetl malintzin ica cuahuitl, tococoltzin onentequitia.
—In tlatzin Chepe oyec in xocoyotl, yeh oquimatia tlen quimacazquia nochi tlen quipia in tococolhuan pampa ihcon oyeya nican. Nochi in tonalme omomehuaya tiotlac. Tocihtzin

miec omocualaniaya, ihuan in tlatzin Chepe oquipitzoaya ihuan oquinapaloaya pampa yocmo cualantoya. Tocihtzin, ayic oquihtoaya itla cuacualtzin, ye nochipa mocualantoya nohuihquih oquitlazohcamatia, ihuan amo timocualania pampa oquihtoaya cuac. ualtzin, tlen otimohuetzcaya. Tocihtzin miec oquitlazohtlaya pampa oyeya in xocoyotl ihuan oyeya iceltzin nicone.

—In tlatzin Chepe opanoaya in tiotlac tlachihtoc quenin opanoaya in nemiliz ihuan ihcuac yo omociah, oyaya Contla ihuan ocanaya in tepozhuilanal pampa yaz Puebla. Itech non paxalolmeh oquixmat aquin yez nizohua, ce zohuatl amo cuacualtzin tlen oyec occe in tlatzin Chepe, ihuan omomachiliaya yectli pampa omochantiaya in xolalpan.

—Ihcuac achto oquihuicac nichan tocohcolhuan, nocihtzin oquitzacua in caltlacualoyan, amo oquinec quitlamaca.

(soloni tlen chicahuac quitzacua)

Itlahtol tlatzin Chepe *(Itlahtol cualantoc):* —Ocalac pampa quilhuia tlen yaz mochantia ica yeh itech iminchan huehuepoimeh ompa Puebla.

Tlahtol tetlapohuiani machini: —In tlatzin Chepe amo tlen oquihtoaya tlen ce tlacatl yaz mochantia nichan in zohuatl, omoquihtoaya tlen in tlacatl oyeya tlatzic ihuan in tlatzin Chepe quema oyeya, ihuan tococolhuan amo oquinequia tlen in calicnihuan quimatiz, yenonic tocihtzin ocuep in caxitl ica in yemeh pampa panoz in cualatli, oquiz oquitttato in zohuatl ihuan oquihuicac in caltlanemaca.

(Soloni tlen mocaqui in cuahtlal. In tlatzacual motlapoa)

Itlahtol Cihtzin: — ¡X'pano! ¡x'tlacua! Nican ca in yemeh, in tlaxcalmeh ihuan in nacatl. In tlatlaca huitze tlacohuaquihue nochi tlen monequi pampa tlacualchihuazqueh, pampa conizqueh, nicnemaca nochtin.

(Tlatzotzonal)

Tlahtol tetlapohuiani machini: — Yolictzin polihuihtoc itlahtol in cihtzin ihuan niman pehua itlahtol in tetlapohuani. —Non tonal quitlanemaca ompa ihuan opeuh oquitlahtlani quechqui ipati in chapopotl, in iztatl, in comalmeh, ihuan in tepoztlecuilmeh ihuan nochi tlen oquitlanemacaya, in tocihtzin itech in achto tonal opeuh quichihua pampa quicahtehuaz nochi. Ihcuac oahcic in tiotlac, totiotzin oquihualicahuiya itech in ohtle campa quicanaz in tepozhuilanal Contla ic ompa yohue Puebla, tocihtzin oquintlahcoli ome caxtilmeh ihuan macuil totolimeh, tlaol yahuitl, totoltemeh, neuctle, ihuan, ce metztle pitzonacatl ihuan yetl. Noahuihuan ihuan nonantzin oquicahtehuaya itech in metlatl icualantli, neci oquinequia quixixinaz ica in metlapil, miec omocualantoya.
(Soloni tlen mocaqui ihtec in caltlacualoyan metlatl, tecaxitl, tlaxcalchihuahtoc. Mocaqui itlahtol aca cualantoc)
Ahuitzin Ce: —Zohuatopontoc, in tlatzin Chepe nen tlatzic, amo tequiti, ihuan ye quinequi zohuatl.
Ahuitzin ome: —Amo pinahua nochi tlen quihuica zohua tetlachihuil.
Ahuitzin yeyi: —Nohuihqueh zohuapitzotl, ihuan motta tlen amo quimati tlaxcalchihua.
Tlahtol tetlapohuiani machini: —Non zohuatl opeuh ohualla itech in semana ihuan nochipa oyeya ihcon; oyeya ihtec in caltl anemeca ihuan oquinhuicaya nochi tlen oquinequia. Totlatzin oyaya Puebla huiptla, oquizaya cualcan ihuan oahcia ihcuac otlamia ipaxalol in tepozhuilanal, oquinhuicaya miec tlacual ihuan ica amo tlen omocuepaya.
Tlatzin Chepe: (ica cualli tlahtol) —¡Nonantzin ye nioh! Nimocuepa niman, niquittati in zohuatzintli, ¿cox tictitlaniz cocotzin nacatl?

Cihtzin: —¡Quema nocone! ¡X'titlani nacatl!, ¡ompa x'cana! Pampa quinyecoltizqueh nitetahhuan, x'huica in xapo, x'cano nocone, amo quihtoa tlen tiixcocoliz, ma quimati tlen nican ca cualli tlacual.
Itlahtol tetlapohuiani: —Tocihtzin nochipa oquitlatiaya in tomin ihtec ce cuacomitl amaca oquicanaya nion ce tomin, pampa ce tonal nomachini oquican ce tomin ihuan tocihtzin miec oquimagac, ihuan ce tonal oquipolo tomin non tonal amo tlen oquihtoh.
Cihtzin: (tzahtzi) —! Nican nechpoloa tomin! ¿aquin nexmaca?
Ixhuitzin Ce: — Neh amo ni cana nocihtzin.
Ixhuitzin ome: — Neh nohuihqui.
Ixhuitzin yeyi: — Neh amo.
Itlahtol tetlapohuiani machini: —Non tonal amaca oquimagac, oticmatqueh tlen tlatzin Chepe ayic oquiahuaya. Tocihtzin oquiliaya tlen ocualicaya itlameh totlatzin, yeh quimi oyaya paxaloa ompa Puebla; ocualicaya tzopelimeh, galletas, icpameh, chahuac, cafetzin ihuan occequin tlamantli, oquicualicaya tlen omonequia tocihtzin, ohuallaya in occequin altepemeh pampa oquincohuaya ica yehuatzin.
Itlahtol tetlapohuiani machini: —In totlatzin ihuan nitlazoh amo huehcahui tlen monamictia. Ihcuac yeh ohualla oquicualicac tlamantli tlen amaca omotlaliaya nican, yeh omotlaliaya ahhualiz ihuan cactli ihuan oquipactiaya yaz mihtotia danzón. Nican amaca omotlaliaya cacmeh, ica in cactli amo otihuelitia quicpohuaz ica iminicxihuan, in tlatlaca zan omotlaliaya tecacmeh ihcuac oyaya in xolal Santa Ana nozo Tlaxcala Izohua in tlatzin Chepe ohuehcahui nicacmeh pampa oyeya quimi tlatzin Chepe, oquincuitlahuiaya.
—In tlatzin Chepe ihuan nizohuatzintli omehuaya ihcuac nonantzin ihuan noahuihuan yotla oquitlaxcalchih.

Ahuitzin ce: —Yotitlanqueh titlaxcalchihua axxan ¿cox ayemo momehua in zohuatl?
Ahuitzin ome: —Nion in tlatzin Chepe, ayemo quizá, cualli quihtoah Tiotzin quichihua ihuan yehuan mocetiah ¡Tlatziqueh!
Cocoltzin: —¡Tlazohcamati tlen onechmacac in tlacualtzin! nio nicpehpenaz in centli ihuan niman nicpopoz in calpitzomeh ihuan in teotlac nimocuepaz. X'maquilican!
Itlahto ahuimeh: —Quema tahtzin, ¡tlen Totiotzin mitzonhuica!
Itlahtol cihtzin: —Niman nimitzoncaxitiz pampa nimitonpalehuiz.
Itlahtol tetlapohuiani machini: —Nizohua in tlatzin Chepe otlapoaya itzacual, oquixtia in tepoztlecuil ihuan oquitotonia in atl ica tzopelic tlen oquicualicac nichan, oquitlapitzaya chicahuac ihuan ihcuac opehuaya molinia nicuatzacual, oquitequiliaya nahui tlacualteca cafetzin tlen oquixtiaya in ce tehuilotl. Ihcuac in cafetzin ahciqui in atl pehua ahhuiyaya chicahuac ihuan miec huelic, nochi in calli ahhuiyaya cafetzin, noicnitzitzihuan ihuan neh quemania oticnequia yazqueh inahuac, ihuan yeh opehuaya tlapitaz chicahuac tlen in tlaconex otechtequiliaya, ¡zohuatl pitzotl!
Itlahtol in tlatzin Chepe: —¡X'moyaca conentzitzin! Pampa hueliz huetziz in tleconextl ihuan quicocoa iminixtololohuan, ¡xiacan ica monantzin!
Itlahtol tetlapohuiani machini: —Yeh cemilhuitl oquichihuaya icafetzin in tlatzin chepe, amo oquimatia tlen oquitequiliaya, oticmachiliaya intlamo oticyecolti omocah ihtec iquech.
Opanoqueh in xihuimeh ihuan in tonalmeh, totlatzin ihuan izohua oquipixqueh miec iconehuan, tehhuan amo otechpacti tlen no nantzin oquinec yaz ic ompa.
Itlahtol nantzin Juanatzin: — Noconehuan neh amo

nicnequi nimocualaniz, ocachi amo cualli tiezqueh. ¡Tiohue tochantzin!
Itlahtol tetlapohuiani machini: —Yehhuan omocahtehua ica nochin, nohuihquih tlen tehhuan otechmacazquia, nocihtzin omococo ihuan omic, nococoltzin amo oquinec omocah inahuac yehhuan, oquican ipetla ihuan oyaya tonahuac.
—Yehhuan oquitlamiqueh in caltlanemaca pampa amo oquimatia tequiti, in zohuatl amo cualli oquitlanemacaya in tlatlaca, amo oquimatia tlanemaca, yocmo cualli mozcaltia in yolcameh, yocmo oquintlahpiya, nochi oquitlamihqueh.
—Ihcuac in tlatzin Chepe omic, neh onicpalehuito pampa tictlapatili ninacayo, ihcuac titlami oniquiz ihuan oniquilnamiqui quenin oyeya in calli ihcuac onieya coconentzin, onitemo notlachializ ihuan oniquittac in tepoztlecuil ica in tzopelic canic izohua notlatzin oquichihuaya in cafetzin, onicnec niquiihnecui pampa niquilnamiqui iahhuiyaliz, in tepozhuihcol omottaya otlahtlapiaztic, ihcuac oniquixti in cuatzacual oniquittac tlen ihtec oyeya ce lata tlen oquitoaya “Sanka coffe, café arábico”. Amo zan tlahma otiquittaya nin cafetzin ihtec in calimeh tlen ye huehcahui ihuan tlaol.
—Titlachihtoqueh tonahuac in calli, oniquittac tlen oyeya nonqueh latas nochi in calli, quimi macetas. Ipan tepamitl, canic tlapaca pampa cana in atl, ipan centli pampa quitzetzeloa in tlaol ihuan ipan tlapech pampa quitlamaca in cafetzin nochi in tonalmeh.

El café del diario que oxidó el pocillo

Sellos introductorios

Fondo musical
Locutor.
—Queridos radioescuchas, en esta emisión, tenemos una historia que seguramente les va a gustar mucho, pero sobre todo nos ayudará a conocer sobre el contexto que se vive en las comunidades indígenas.
—Para la mujer indígena la presencia de costumbres y tradiciones en las comunidades donde habitan, las coloca en una posición de alta vulnerabilidad.
—En esta emisión hablaremos sobre los *"Xocoyotes"* escuchemos el siguiente relato para saber de qué se trata.
Narrador *(tono de voz sutil):* —El tío Chepe sacó los ojos grises del abuelo Florencio y también su estatura, era bien parecido. Ellos eran bajitos y delgados, pero en comparación con el abuelo, el tío Chepe era débil y flojo.
(Sonidos ambientales agua y aves, música de fondo).
—El abuelo Florencio se levantaba antes que saliera el sol, le amanecía andando cerca de Atlihuetzia llevando a pastar a sus toros, otras veces en el río de San Pablo cuando iba a lavar lana; los otros días cuando amanecía, el abuelo ya regresaba de la Malinche con leña, era muy trabajador.
—El tío Chepe fue el xocoyote, él sabía que heredaría todo lo que trabajaban los abuelos por qué así era la costumbre. Todos los días se levantaba tarde, la abuela se enojaba mucho, pero el tío Chepe le calmaba el coraje a besos y apapachos.

La abuela era muy fría, nunca se le salían palabras bonitas, ella maldecía hasta cuando daba las gracias, pero no te enojabas porque lo decía bonito, hasta daba risa. La abuela lo consentía mucho porque era el xocoyote y por qué era el único hijo hombre.

—El tío Chepe pasaba las tardes mirando como pasaba la vida y cuando se cansaba de mirar, se iba a Contla y agarraba el tren a Puebla. En uno de esos viajes conoció a la que sería su esposa, una mujer fea que era todo lo contrario al tío Chepe, pero se sentía muy especial porque vivía en la ciudad.

—La abuela también era muy trabajadora, ella tenía una tienda. Cuando el tío Chepe llevo a su pretendida por primera vez a la casa de los abuelos, mi abuelita le cerró la puerta de la cocina, ¡no la quiso invitar a comer!

(Sonidos de azotón de puerta).

Tío Chepe: *(voz en tono molesto):* —¡Me voy a ir a vivir con la mujer a la casa de mis futuros suegros en Puebla!

Narrador: —Al tío Chepe no le importaba lo mal visto que eran los hombres que hacían eso, se decía que el hombre era flojo y el tío Chepe si lo era, pero los abuelos no querían que la gente lo supiera, por eso la abuela se empino el cajete de frijoles para pasarse la muina, salió a ver a la mujer y la llevo a la tienda.

(Sonidos ambientales, puerta que se abre)

Abuela: —Pasa, come, aquí hay frijoles, tortillas y carne. La gente viene a comprar lo que necesita para hacer la comida, para beber, vendo de todo.

(Va desapareciendo la voz de la abuela mientras comienza la voz narrativa. Música de fondo).

Narrador: —Ese día le dio de comer allí y le empezó a decir cuánto costaba el petróleo, la sal, los comales, los braceros y todo lo que vendía, la abuela desde el primer día la empezó a preparar para dejarle todo. Cuando llegó la tarde, el tío

tuvo que acompañarla en una carreta hasta el tren en Contla y de ahí para Puebla porque la abuela le regaló dos gallinas y 5 totolitos; maíz azul, huevos criollos, pulque, una pierna de puerco y frijol. Mis tías y mi mamá tallaban su coraje en el metate, parecía que querían deshacerlo con el metlapil, estaban bien enojadas.

(Sonidos ambientales de cocina; metate, molcajete, haciendo tortillas).

Tía 1 *(Tono de voz enojada):* —Vieja trompuda, el Chepe es bien flojo, ni trabaja y ya quiere mujer.

Tía 2 *(Tono de voz enojada):* —No le da pena todo lo que se lleva. Vieja bruja.

Tía 3 *(Tono de voz enojada):* —Y aparte está bien fea y se ve que ni sabe hacer tortillas.

Narrador: —Esa mujer comenzó a venir una vez a la semana y siempre era lo mismo; estar en la tienda y llevarse todo lo que podía. El tío Chepe se iba terciado a Puebla, salía por la mañana y llegaba hasta en el último viaje de la noche, llevaba mucha comida y regresaba sin nada.

Tío Chepe *(Tono de voz dulzón):* —Ya me voy mamá. Al ratito regreso, voy a ver a la señora, ¿no le manda usted un pedacito de carne?

Abuela *(Tono de voz consentidor):* —Si hijo, llévale carne, agarra un buen tanto para que les convide a sus papás, lleva jabón, agarra hijo, que no digan que somos miserables, que sepan que aquí hay buena comida.

Narrador: —La abuela siempre guardaba el dinero en un barril, nadie le tocaba ni un centavo porque una vez mi primo tomó una moneda y la abuela le metió una paliza, sin embargo, un día le faltó dinero…

Abuela *(Gritos):* —¡Aquí me falta dinero! ¿Quién lo agarró?

Nieto 1 *(Asustado):* — Yo no fui, abuelita.

Nieto 2 *(Pidiendo misericordia):* — Yo tampoco, abuelita.

Nieto 3 *(Asustado):* —Yo tampoco.
Narrador: —Esa vez no agarró a palos a nadie y supimos que el tío Chepe era intocable.
La abuela le encargaba mercancía al tío Chepe, aprovechando los viajes que hacía a Puebla:
Abuela: —Hijo ahora que vas a Puebla te voy a encargar unas mermeladas, galletas, hilos, aceite, café y lo que tu veas que se puede vender aquí.
Narrador: —La tienda de la abuela era la más surtida de la región, venían de otros pueblos a comprar con ella.
—El tío Chepe y su pretendida no tardaron en casarse, cuando ella vino trajo cosas curiosas, usaba perfumes y zapatillas y le gustaba ir a bailar danzón. Aquí nadie usaba zapatos, con el zapato no podías usar tus pies para contar, la gente nomás se ponía guaraches cuando iban a Santa Ana o a Tlaxcala. A la esposa del tío Chepe le duraron mucho tiempo sus zapatillas porque era igual que el tío Chepe, no las gastaba.
(Sonidos de tortillera de madera, sonidos de fuego del tlecuil).
—El tío Chepe y su esposa se levantaban cuando mi mamá y mis tías ya habían terminado de echar tortillas.
Tía 1: —Ya terminamos de echar las tortillas de hoy, ¿a poco no se ha levantado la mujer?
Tía 2: —Ni el Chepe ha salido, bien dicen Dios lo hace y ellos se encuentran. ¡Pareja de flojos!
Narrador: —Cuando el abuelo después de comer se iba a limpiar el chiquero de los puercos y a juntar las mazorcas.
Abuelo: —Gracias por la comida, me voy a recoger el maíz y luego limpio el chiquero, en la tarde regreso, apúrense.
Voz tías *(A coro):* —Si papá, que Dios lo acompañe.
Voz abuela: —Al rato te alcanzo para ayudarte.
(Sonidos ambientales: puerta, sirviendo agua, sonidos de aire atizando un bracero).

Narrador: —La esposa del tío abría su puerta, sacaba el bracero y ponía a calentar agua en un pocillo que había traído de su casa, atizaba bien fuerte y cuando la tapa comenzaba a bailar, echaba 4 cucharadas de café que sacaba de un frasco. Cuando el café tocaba al agua desprendía un olor muy fuerte y muy sabroso, todo el patio olía a su café, mis hermanitos y yo, a veces nos queríamos acercar, pero empezaba a atizar tan fuerte que nos aventaba la ceniza del brasero, ¡vieja canija!
Esposa de tío Chepe *(Evasiva):* —¡Váyanse, niños, porque les va saltar la tiza y les van a arder sus ojos, corran con su mamá!
Narrador: —Ella todos los días le preparaba al tío Chepe su café, no sabía qué le ponía, pero sentías que, sin probarlo, se quedaba atravesado en tu garganta.
—Pasaron los años y los días, el tío Chepe y su esposa se llenaron de hijos, a nosotros nos hartaron hasta que mi mamá quiso irse de allá.
Mamá Juanita *(Triste):* —Hijos, yo ya no quiero problemas, cada vez estamos peor, vámonos a nuestra casita.
Narrador: —Ellos se quedaron con todo, hasta con lo que nosotros merecíamos, mi abuela enfermó y murió, mi abuelo no quiso quedarse con ellos, agarro su petate y se fue con nosotros.
Ellos se acabaron la tienda porque no sabían trabajar, la señora no atendía bien a la gente y tampoco sabía despachar, dejaron de criar a los animales, no los quisieron llevaban a pastar, se acabaron todo.
—Cuando el tío Chepe murió, yo fui a ayudar para amortajar el cuerpo, al terminar salí al patio y recordaba cómo era la casa cuando yo era niño, bajé la mirada y vi el bracero con el pocillo donde la esposa del tío preparaba el café, quise olerlo para recordar su aroma, el pocillo se veía oxidado, al quitar la tapa me di cuenta que adentro estaba una lata que decía

"Sanka coffee, café arábico". Era curioso ver ese tipo de café tan selecto entre construcciones viejas y maíz.
Mirando alrededor de la casa, me di cuenta que había de esas latas en todas partes, como macetas sobre la barda, en el lavadero para agarrar agua, colgadas en hilo de cáñamo para tocar la puerta, bajo las tejas donde goteaba el agua, sobre la mazorca para cernir el maíz y en su mesa para servir el café del diario.

Miltsin uan Pilnemílis

ARACELI VÁZQUEZ GONZÁLEZ

Ixnextianij

Pedro: Se takat ika sempoual uan kaxtol xiuit pakini uan chikaktik, inamik Sofía.
Sofía: Siuat ika sempoual uan majtak xiuit, inamik Pedro.
Najnaj Epifanía: Pilmachani ika eyi poual uan ome xiuit.
Xóchit: Ikniuj Sofía ika sempoual uan majtak xiuit.
Oscar: Itekitijkauj Pedro, ika omepoual xiuit.
Malín: Itekitijkauj Pedro ika sempoual uan chikueyi xiuit.
Rocío: Imoman in Sofía, ika ome poual uan kaxtol xiuit.
(kakisti: Salomej itech tal)
Pedro: Tiktoktoyaj taoltsin ne tokoujtaj, panouáyaya tajko tonal, katkaya se hora tiotak ika ome poual uan ayamo ajsia tetamakakej. Notekitijkauan moneki takuaske achtopa kininkuis in mayán, ta uelis kualaniskej uan yon amo kinamiki in tatok. No ueyitat Pedro, notokay, nech iluiaya ijkon: –no koneuj moneki tikinin ixpejpenas kuali motekitikauan, moneki kipialiskej uelitilis in tekit uan miak netasojtalis, ijkon in tatoktsin kualtsin moiskaltis–.
(Mokaki se akatapits tayokoltik itech in tepostanojnotsaloni)
Pedro: (Ika tayokol) Nekemaya nech kaujteu no ueyitat, notech sayoj mokauj in netasojtalis tein nikpialia in taltikpak, kiijtouaj in tochikaualis semi ueyi, uan takan amo niman ejko in tetamakakej in tekitinij kualanij, motauelnekij uan tauijuikaltiaj, uan tatok tein kiuijuikaltiaj amo moyekchiua.
(Mokaki tajtaksaj uan mokuikatiaj in chiktejmej)
Pedro: Ne pilinchimej amo motentsakuaj, itech in toxolal tikin ixmatij kemej chiktejmej tein te tetsauiaj, te ualkuilia teisa netekipachol.
Xóchit: –(Uejka mokaki kitsajtsiliaj) Pedro, Pedro, Pedro.
Pedro: –Toni, ampo nioj.

Xóchit: –Xinech paleuiki, aman nimoteltamamaltij
Pedro: Kiejkoltijkejya tapalol, timoijsiuilijkej tikinin takualtekijkej nochin.
Oscar: –Tel uelik in chilmol Xóchit, uan yek kualtsin oksik in nakat
Xóchit: –Ken amo ta yaluayá tik okxitijkej, yej ika axkan kualtsin yemanik
Pedro: –Xi tamaseuakan, namech tekiuiok tapaloltsin, kajfentsi, namejuan xitajtanikan amo xikpiakan pinaujkayot.
Malín: –Nej xinech uanti chipauakatsi uan takan tikuito itech ameya okachi kuali, ta in totonik tepitsin te xoxoxkuiltiá.
Pedro: Ta no nikmattok monéki tikinín makaskej kuajkuajli nakat, tein totapialuan tikin iskaltiaj, amo sekinin maka uajkal óso kuitexayak yon amo, ta in omitsitsin tikin talitij itech mauisyot, nanki itaskejsaj.
(Tanauatil itech tepostanojnotsaloni: Tik nouatiaj in takat Pedro Mendoza, maj niman motoki kampa nanajtsin Epifanía, nototasojkaikniuan tein nankaktokej in tepostanojnotsaloni Quetzalcóatl takan nakiitaj in takat Pedro Mendoza, se mi moneki maj youi kampa in pilmachani itech in xolal)
Xóchit: –¡Pedro xitsikuini! Xikitati keyej mits tatitankuij, nej nimokaua iuan in pipil.
Pedro: –(Tsikuintiuj) Tasojkamatik… maj toteotsin tech tatiochiuí uan maj nochí kualí kisá, uan maj moyolchikauá nosiuatsin, maj niman niajsiskiasaj in siuapilkonet axkan olinik nemiití uan nej ika in no tatok. Maj chiuí tein to ueyítajtsin kiixtalis.
(Kakisti: Tok, tok, tamajma itech kaltentsakuiloni)
Pedro: –(Yolpoliujkamiki) Nanaj Epifanía, nanaj Epifanía, nejua, ni Pedro.
(Kakisti: Kaltentsakuiloni motapoua)
Nanaj Epifanía: –Xikaláki nokoneuj, ne kámpa se kochi yetok Sofía, uan semi tel kuakualtsin in siuapilkonet, yekin nik tami altij, uan mosiuauj kuali yetok, tepitsin siujtoksaj.

Pedro: –Keniuj… ¿Nemika? Nech tanik in siuapiliyaj.
Nanaj Epifanía: –Kemaj, amo nech ouijtij, sayoj nik makak, pimienta atsin ika panela uan ijsiujkatsin.
Pedro: Niyolpoliujkamíktiaya nipanok nikitato nosiuapil uan nosiuauj, ómpa ual yetoyaj nomen semi tel kuakualtsistin, seki xóchit uan tanexmej kinín yeualouayaj.
Sofía: –No tasoj no kualiá tiejkok.
Pedro: –No yolotsin Sofí, tikmatokka nej mouan nik nekiá nietos keman nemiskia tosiuapilkoneuj.
Sofía: –Kemaj nikmattoká amo tejximoluí, nochi kuali kisak, keman né nokniuj Xóchit kalankisak peuak nioliní, kemej uelik nimotakuijkuilij uan né ojtí nimonamikilij sé okichpiliyo uan nik tajtanij sé kualtakayot, maj mits tanauatilí itech in tepostanojnotsaloni, kemej nik mattok semi yejua okachi tikaki niman mits ajsiskia in tanauatil.
Pedro: –(Ueuetskaj) Axkan nochin xolal kimatkejyá, ke nemiká topilkonetsin.
Nanaj Epifanía: –Pedro monekí tikauas Sofía maj moseuí, maj niman nenkentí, mostá kualkan nikaltití, uelis tinechtemolis ome kilit uan auakaxiuit, nó iuan tinech ualkuilis itilmaj tein ika motapatilis.
Pedro: –Kemaj.
(kakisti: Tok, tok, tok)
Nanaj Epifanía: –Tiotakij, xikalaki.
Rocío: –Tiotakij, niualaj Pedro ¿Keniuj yetok nosiuapil? ¿Nemiká noixuitsi?
Pedro: –Kualiá, majtiktasojkamatilikan nanaj Epifanía nochi kuali kisak.
Nanaj Epifanía: –Kan xinech tasojkamatilikan, ta nej sayoj nikchiuá notekiuj, nik amanilití pionakatsin ne Sofía.
Pedro: –Nomona uelis timokauas setepitsí, niouj nikinikitatí notekitikauan xá nikinin ajsitijok, mokaujej iuan Xóchit.
Rocío: –Xouj, nej nikan ni mo kaua.

(Kakisti: Aksa nejnemí, sé salon itech tal, uan motanojnochiliaj iuan toteotsin)
Pedro: Ni ijsiujkakisteuj, keman niajsik kampá ni tatoká, Xóchit motanojnochiaya iuan toteotsin uan tachkuayá ika nosalon, chikaneli nikelnamikká, in omimej monekí sé kinin tokas maj ijijkatiakan uan ijkon in nexikolejekat kan kinejnekuilos in miltsi. Ijkon tamik in tonal iká kualí, sayoj nikuitikis tein nech tajtanij in pilmachiakej uan nikinajsito nokalyetouanij. Uan chika neli, yon chiktejtsi amo sayoj tetetsauia, ta nó tech ualkuilia kuali tanauatilis.

La milpa y el nacimiento

Personajes:
Pedro: Señor de 35 años con carácter vigoroso y alegre, esposo de Sofía y narrador.
Sofía: Mujer de 30 años, esposa de Pedro.
Doña Epifanía: Partera de 62 años.
Xóchit: Prima de Sofía de 30 años.
Oscar: Trabajador de Pedro de 40 años
María: Trabajadora de Pedro de 28 años
Rocío: Mamá de Sofía de 53 años.
(Sonidos: Azadones sobre la tierra)
Pedro: Estábamos en el terreno sembrando maíz, iban a dar las 2 de la tarde, eran 1:40 y la comida no llegaba. Mis trabajadores tienen que estar comiendo antes de que les de hambre, si no se me van a poner de malas y eso no es bueno para la siembra. Mi abuelo Pedro, el tocayo, me decía: –hijo tienes que escoger bien a tus trabajadores, deben de tener ganas en el trabajo, pero sobre todo mucho amor para que la milpita crezca chula–.
(Sonidos: Se escucha una melodía con una flauta nostálgica en la radio)
Pedro: *(Con tristeza)*. Hace tiempo que se me fue, pero de él me queda el amor a la tierra. Dicen que nuestra energía es muy poderosa y si no llegan a tiempo con la comida la gente se enoja, se pone mal y hasta maldicen y la siembra maldita no da.
(Sonidos: Pasos y cantos de pájaros).
Pedro: Esos pilinchimej no dejan de cantar, aquí en la comunidad los conocemos como pájaros de mal agüero, traen malas noticias.
Xóchit: *(Con gritos a lo lejos)* Pedro, Pedro, Pedro.
Pedro: –¿Qué pasa?, ahí voy.

Xóchit: –Ven a ayudarme, hoy si cargué muchas cosas.
Pedro: Al fin la comida había llegado, nos apuramos a servirles a todos.
Oscar: –Está bien sabroso el mole Xóchit y la carne bien cocidita.
Xóchit: –Como no, si desde ayer hervimos la carne para que hoy estuviera blandita.
Pedro: –Coman, les ofrezco más comidita o cafecito, ustedes pidan con confianza.
María: –A mi regáleme agüita simple y si es del ameyal es mejor que este calor ataranta un poco.
Pedro: También sé que tenemos que darles carne criolla y de buenas piezas nada que huacal o rabadilla, no. Porque los huesos se van a ir de ofrenda, ya lo verán.
Aviso de la radio: Se le comunica al señor Pedro Mendoza que urge su presencia con doña Epifanía, por ahí amigos que están sintonizando la radio Quetzalcóatl, si ven a don Pedro Mendoza, urge su presencia con la partera del pueblo.
Xóchit: –¡Pedro corre! Ve a ver qué pasa, yo me quedo con los muchachos.
Pedro: –*(Corriendo).* Gracias… Dios quiera que todo salga bien, y que mi mujercita sea fuerte, ojalá llegue a tiempo, está niña se le ocurre nacer hoy, luego con lo de mi siembra, a ver qué Dios dice.
(Sonidos: toc, toc. Tocan la puerta).
Pedro: –*(Desesperado).* Doña Epifanía, dona Epifanía, soy Pedro.
(Sonido: Puerta que se abre).
Doña Epifanía: –Pásele mijo, en el cuarto está Sofía, la bebé esta hermosísima, la acabo de bañar y tu mujer está muy bien, cansadita, pero está bien.
Pedro: –Cómo… ¿ya nació? Me ganó la chamaquita.
Doña Epifanía: –Sí, no hubo dificultades, solo le di el tecito de pimienta con panela y rapidito.

Pedro: Ansioso pasé al cuarto a ver mi hija y mi esposa, ahí estaban hermosísimas las dos, en medio de flores y veladoras.
Sofía: –Mi amor, qué bueno que ya llegaste.
Pedro: –Sofí de mi corazón, sabes que quería estar presente en el nacimiento de nuestra hija.
Sofía: –Sí, ya sé, pero no pasa nada, lo bueno es que todo salió muy bien, cuando la prima Xóchit salió de la casa empecé a sentir un dolor, acomodé la ropa que pude y mientras caminaba me encontré a un chiquillo y le pedí de favor que fuera a dejar el aviso en la radio, como sé que es lo que más escuchas, seguro te llegaba el aviso.
Pedro: –*(Risas).* Ahora ya el pueblo entero ha de saber que ya nació nuestra bebé.
Doña Epifanía: –Pedro debes dejar descasar a Sofía para que se recupere pronto, mañana temprano la voy a bañar, puedes conseguir hojas de acuyo o hoja santa y de aguacate por favor, también que traigas ropa para ella.
Pedro: –Claro.
(Sonidos: Toc, toc, toc).
Doña Epifanía: –Hola buenas tardes, pase.
Rocío: –Buenas tardes, buenas Pedro ¿Cómo está mi hija? ¿Ya nació mi nietecita?
Pedro: –Ya, todo está muy bien gracias a doña Epifanía.
Doña Epifanía: –No me den las gracias, yo solo hago mi trabajo, voy a preparar un buen caldo para Sofía.
Pedro: –Suegra se puede quedar un ratito, voy a ver si todavía alcanzo a mis trabadores, los dejé con Xóchit.
Rocío: –Ve, yo aquí me quedo.
(Sonidos: Pasos, un azadón sobre la tierra, rezos).
Pedro: Me fui muy apurado, cuando llegué al terreno, en medio de rezos Xóchit escarbaba con mi azadón, hasta me acordé que los huesos de la comida se tienen que sembrar paraditos para que el nexikolejekat no tuerza la milpa. Finalmente, el día

acabó. Solo pasé por las cosas que me pidió la partera y me fui a alcanzar a mi familia. Por cierto, ese pájaro, sí trae noticias, pero no de mal agüero.

PRÓLOGO DE GUION

¿RUMBO?

En tiempos tan difíciles e inciertos como los que vivimos, emprender el camino de la creación artística reafirma el deseo indómito de los seres humanos por contar historias y así darles sentido a nuestras vidas. A nuestra época.

Los guiones que emergen de esta generación son todos diversos y únicos. Cada uno es un mundo, una perspectiva que refleja también la riqueza y diversidad humana de sus creadores. Dentro de cada línea se esboza la promesa de una película mexicana, una promesa que nosotros como cineastas deseamos sea cumplida. Cada película mexicana es patrimonio de todos, una aportación invaluable para la construcción del imaginario sobre nuestro presente y nuestro futuro, que en esta crisis mundial, parecen remitirnos a la ciencia ficción.

Todavía estamos en la cola del huracán, la rauda del cometa. ¿Hacia dónde se dirigen ahora los jóvenes guionistas? A un universo infinito de posibilidades porque les toca reinventar. Ya no será tan accesible el camino andado por las anteriores generaciones: salir al mundo a corroborar sus ideas, sus imágenes. Al parecer este grupo no sale, ingresa a ese seguir en el encierro; y desde ahí a descubrir su propia vacuna, en su observatorio particular, explotando el uso de sus propias armas como escritores; como una carta de reconocimiento a lo que aportarán al guion cinematográfico en México.

Los tutores estamos emocionados y satisfechos al ver los resultados de un año de trabajo. Las condiciones extraordinarias nos llevaron también a repensar y reinventar el vínculo con los becarios en la distancia. Ellos aprovecharon el encierro a pesar de las crisis personales y familiares.

En esta antología se encuentran extractos de los guiones de quince jóvenes guionistas:

Beltrán, Edgar. *A veces sueño con matar personas.* El exhaustivo trabajo de investigación que ha realizado sobre casos de uso de armas y asesinato en escuelas del norte de la República, seguro se plasmará en el tratamiento final. Tienes una gran capacidad en escritura de guion. Manejas con sutilezas el tema de la homosexualidad. Bienvenido el norte en nuestras pantallas ¡Adelante, tienes mucho que aportar!

Cervantes, Selma. *Adiós a la carne.* Es una exploración sobre la violencia en el contexto del oriente de la Ciudad de México. Es la historia de un joven a lo largo de un solo día, su último, en una estructura circular que nos hace sentir que esa violencia se repite, una y otra vez, al infinito. Selma consiguió poblar ese universo por personajes entrañables, en una singular y atractiva experiencia del tiempo circular.

Gómez Escalante, Pía. *Santiago de la luna.* Un argumento sencillo, fresco, ubicado en un pueblo de Oaxaca, cuando se pasó por televisión la llegada del hombre a la Luna. Original, con un tono poco frecuente entre los guionistas, porque es una historia coral contada por diversos personajes. Personajes con ansias de formar parte de algo más grande que ellos mismos, pero presos por sus pequeños problemas mundanos.

H. Villar, Juan. *Aquí no hay playa.* La paradoja de estar bien en familia, solo en una realidad virtual. Cuenta con videos de diferentes formatos, que enriquecerán su guion. Nos ha enseñado que hay diversos caminos para ir completando el rompecabezas. No es necesario construir con la escalera convencional.

Llegará a puerto, con un road movie personal hacia una playa del norte, sin ser un trayecto hueco, sino cargado de corazón para el reencuentro con el padre. Ha superado la crisis del encierro sin despedirse de él, ante su muerte repentina. Eso seguro quedará en el guion.

Hernaiz, Martha. *Al fondo a la derecha.* Es una reflexión sobre las distancias entre clases sociales, en la perspectiva de la encargada del baño de mujeres de un antro. Martha enfrentó y superó la necesidad de ahondar en la investigación de campo y la exploración de locaciones (imposibles por la pandemia) para concluir un guion que escapa a los clichés y las simplificaciones a golpes de humor irreverente.

Luna, Ana María. *El Lugar Sin Bestias.* Una trama de suspenso que nos conduce por los laberintos de la mente, como un estudio de caso. Le agradecemos el haber compartido su método de escritura, que da muy buenos resultados. Ojalá y se queden en el drive de JC, la carpeta de anexos que nos permitió conocer muy bien a los personajes. Además, ha logrado combinar realismo y fantasía, en un caso de violencia de género intrafamiliar, vigente, con o sin pandemia.

Márquez, Arisbeth H. *Entre más delgada, más letal.* Merece una felicitación por experimentar libremente su manera de escribir. Aborda con poesía el tema del suicidio, con monólogos de los personajes. No cae en tremendismos. Es admirable que construya con imágenes no solo con palabras.

Pablo Pérez Lombardini. *Pérez Dahlmann.* A través del retrato de una familia en crisis, enfrentó las dificultades de contar una historia de corte autobiográfico: hacerle justicia al pasado y la memoria, pero respondiendo a las exigencias de una narración finalmente ficticia, plena de sensibilidad y de humor.

Quintanilla, Raúl Sebastián. *Mudanza.* Es un viaje a los recovecos de la masculinidad. En la historia de una pareja en

crisis, Raúl hace una reflexión sobre los sexos, sus puntos de contacto y de conflicto, con sutileza, sobriedad y mucha sensibilidad.

Reynoso Sandra Concepión. *Pez León*. La apuesta al realismo urbano de la Ciudad de México, a partir de una taquillera de metro y una joven baterista de barrio, madre soltera. Las imágenes que incluyen nos dan una idea clara del colorido de la historia, no se queda en la sordidez de la oscuridad.

Robles, Omar. *Niña de agua*. Una narración justa y evocadora, mística. Al empezar ya llevaba la mitad del camino recorrido, porque había incursionado en un documental sobre la persecución a l@s trans en un pueblo de Jalisco, cerca del lago. Con personajes entrañables, ojalá se sepa encontrar su tiempo, y dar *timing* a la historia, porque los personajes son entrañables. Combina emotividad y suspenso. El título lo dice todo. Destaca su buena escritura. Bienvenido Jalisco a nuestras pantallas.

Tello, Carlos. *El Lugar Sin Bestias*. Está en el grupo de los audaces, abordando con los géneros de ciencia ficción y western una temática de cataclismo cercana a la nuestra, siguiendo los pasos de Cuarón en *Los hijos del hombre*. Si lo trabaja con la paciencia de la pandemia, daría para una serie.

Urreta, Paulina. *Azul verde*. Dos hermanas de la tercera edad que no pueden convivir y se ven eventualmente. Una historia entrañable. Cabe destacar su predisposición para participar en la retroalimentación. Ha sido excelente compañera. Solo le falta avanzar en una dirección: no todo en el guion es autobiográfico.

Viajera. Acosta, Karen. *Seis*. El reto. Una animación dirigida a adolescentes, con una historia de terror, un thriller, que habla de las etapas del duelo convertidas en monstruos. Buenos cómplices amigos para atacarlos y una abuela genial. Va por el segundo tratamiento. Es muy productiva también en cuanto a su material adicional. No para y eso es una garantía.

A partir de aquí, cada guion y cada becario continuará su camino en busca de la película. Tenemos la sensación de que, de esta generación, de estos guiones, habrá más resultados en pantalla, que el promedio de antes una o dos y eso nos da muchísimo gusto.

La travesía del cine es larga y los accidentes no deben llevarnos sino a seguir andando. Les deseamos a todos los jóvenes de esta generación que sigan con hambre y determinación. Ellos son prueba de la importancia del programa Jóvenes Creadores, maravilloso y fundamental semillero de artistas en México.

Alán Coton, Busi Cortés,
María Fernanda Valadés

Hay momentos buenos y momentos malos, pero quiso la fortuna que los tres becarios que me tocaron en suerte fueron, los tres, agradables y talentosos. Eso es un regalo de placer para estas tareas y para tantas otras.

Fui su público, su cómplice, su asesor, leí la película conforme la iban escribiendo, yo les hablé de su historia y muchas veces me tuve que contener para no desarrollar una historia yo mismo.

Ellos hicieron el difícil camino de pensar otra vez su historia, de repensarla, de pensar que había errores, posibilidades no vistas, espero haber sido útil y favorecer que descubrieran mejor su propia obra. Ante la impudicia de la ocasión, todos caminamos de puntitas. Espero haberlos escuchado tan bien como lo hicieron ellos a mí.

Este librito se publica aún con los trabajos sin terminar, lo debemos ver como una probadita de la obra de ellos, tres jóvenes creadores, tan brillantes. Aquí apunto de cada uno de los tres, unas pocas palabritas sobre la obra y su autor.

Juan José Herrera Villar

Ángel poético, desordenado, agitado entre sus sinrazones que cuando logra que sean razones, las deja de querer y las abandona. Juan siente un pie atado a lo políticamente correcto y quiere escapar, mientras tanto produce imágenes poéticas y poderosas palabras claras de buena literatura. Imágenes y palabras profundas que terminarán ordenándose en un descuido del autor. La belleza de sus materiales hace pensar que el resultado será muy hermoso.

Carlos Tello

A Carlos le da igual lo que se puede hacer y lo que no, la creación y la reflexión son idénticas en su pensamiento, infiere y deduce al mismo tiempo y es por eso, me sigo atreviendo a

pensar, que se encontró un tema extraordinario, de gran profundidad. Un tema cinematográfico de grandes ligas: la guerra entre el hombre y la mujer.

Yo le sugerí que se tirara al abismo, que fuera profundamente irresponsable, que escribiera lo primero que le viniera a la cabeza y le mostré los caminos que yo veía, el tono, el formato… Carlos tomó un camino lleno de detalles que va muy bien, no interrumpe una trama que en sí misma, sería un gran cortometraje, directo, una estructura genial. Pocos tienen el privilegio de mirar a un abismo que ellos mismos han creado y ver el drama cuando se agiganta haciendo temblar hasta la médula a su autor, mientras hace una tarea y construye un drama grande y profundo de grandes ligas.

Rafael Ruiz
Esta obra ya estaba lista incluso, antes de empezar a escribirla. Rafael es claro, resuelto y directo por naturaleza, tanto, que yo le pedí parar y volver a empezar, él lo hizo con la paciencia de un santo becario y quedó mejor. Hay quién se encuentra con que sabe lo que quiere hacer y es además muy logrado, sorprendentemente logrado.

Raúl Busteros

A veces sueño con matar personas

ÉDGAR BELTRÁN SANDOVAL

1. I/E. AUTOBÚS / BLVD. DE MEXICALI - DÍA

El calor parece insoportable a pesar de que todas las ventanillas del autobús están abiertas. Algunos pasajeros, en su mayoría ADOLESCENTES UNIFORMADOS, se limpian el sudor con sus antebrazos; otros beben o comen algo helado y hay quienes incluso asoman sus cabezas por las ventanas buscando un poco de respiro. A veces da la impresión de ser una jaula de la que quieren escapar.

Hay algunos adultos entre los adolescentes... llevan chalecos de maquiladoras y tratan de dormir unos minutos antes de comenzar su jornada laboral. El uniforme de los jóvenes es de un rojo intenso y lleva bordado un logotipo en blanco junto a su corazón. Al centro de una de las filas de asientos, enmarcado por todo ese rojo, está JAVI (16), quien aún no se coloca la polo roja del uniforme y va en playera blanca.

La piel de Javi es del color de un caramelo, tiene lunares en las mejillas y junto a la boca, como si fuesen pequeñas y bellas constelaciones.

Javi es uno de los pocos que va en silencio; está rodeado de las conversaciones ajenas, parece que trata de evitarlas.

El autobús se detiene y algunos pasajeros comienzan a bajar, la mayoría de ellos son los adultos uniformados. Y gracias a ello, de pronto, como si se tratase de un telón de teatro que se recorre, aparece SAMUEL (16), sentado justo frente a Javi.

Y ahora todo parece moverse a cámara lenta: los ojos bien abiertos de Javi viendo a Samuel, quien parece tener calor y también se quita la polo roja, quedando en una playera blanca con el estampado de la banda *The Killers* en la que resalta una frase de una de sus famosas canciones: *"Are we human?, or are we dancers?"*.

El cabello de Samuel casi le cubre los ojos, es lacio y negro; esto hace que su pálida piel tome un color extraño... si la tristeza fuese un color, este sería el de la piel de Samuel.

Javi no puede dejar de verlo; hay algo en Samuel que incita a observarlo. Y de pronto, las miradas de los jóvenes se cruzan; pero Javi no se da cuenta de que lo han descubierto, está ensimismado. Samuel se quita los audífonos

SAMUEL

¿Qué ves, pinche Javi?

... pero Javi sigue sin reaccionar. Samuel saca su celular y le toma una fotografía. El flash hace que el joven salga del trance, sonrojándose y desviando la mirada instantáneamente; incluso se mueve un poco de lugar, haciendo que el telón rojo se vuelva a cerrar.

2. EXT. PREPARATORIA / EXPLANADA - DÍA

La bandera de México ondea en lo alto del asta. Javi avanza con la mirada gacha. Algo en él nos dice que no disfruta estar ahí. De pronto, alguien se posa frente a él y lo detiene: es FABIÁN (16), uno de sus compañeros. Javi levanta la vista, pero al ver de quien se trata, vuelve a agacharla.

FABIÁN

Javi... voltea.

Javi levanta la mirada y, de inmediato, Fabián le escupe en la cara. Silencio. Fabián sonríe y se va, dejando a Javi limpiándose la cara con su playera.

3. EXT. PREPARATORIA / SALÓN DE CLASES -DÍA

Samuel está sentado en su lugar al final de una de las filas sin prestar atención a nadie… parece que nadie le importa lo suficiente como para apartar la vista de su celular.

MARGARITA (36), la maestra, entra al salón… y Javi después de ella.

MARGARITA

Tomen asiento, por favor.

Entre carcajadas, un grupo de jóvenes se aparta del pizarrón: tallado con navaja, como si se tratase de una cicatriz, en el pizarrón está escrita la palabra "*joto*". Al verla, algunos alumnos comienzan a reír, hay quienes incluso toman fotografías con sus celulares. Javi no entiende la broma… hasta que su vista sigue la de sus compañeros y se posa en la palabra tallada.

Margarita trata inocentemente de borrar la palabra con el borrador, pero de nada sirve. Javi voltea a ver a su maestra y luego a sus compañeros y luego a Samuel quien no se ríe.

MARGARITA

¿Quién hizo esto?

Nadie responde. Margarita voltea con Javi pero este se apresura a buscar su lugar, evitando la mirada de todos, las risas de todos, que son como pequeños golpes en el trayecto a tomar su asiento. Cuando llega ahí, saca uno de sus cuadernos y comienza a rayar con frenesí.

Margarita se resigna a iniciar la clase.

Javi desvía la mirada de su cuaderno y se encuentra con la de Samuel nuevamente; en su rostro no hay un dejo de compasión ni de tristeza, solo está en su pupitre, con su cara apoyada contra el brazo, observándolo… y eso, de alguna forma, reconforta a Javi.

4. EXT. PREPARATORIA / EXPLANADA - DÍA

Los alumnos salen a su receso. Javi avanza por la explanada tratando de evitar a todos.

5. EXT. PREPARATORIA / JARDÍN TRASERO - DÍA

Las copas de los árboles se mueven, Javi las observa mientras está recostado en una parte de la escuela que solo él parece conocer, puesto que no hay nadie a su alrededor.

Javi está usando su polo de almohada mientras ve con tristeza y enojo al cielo, parece estar a punto de llorar. Una de sus manos jala una y otra vez el pasto del suelo, arrancándolo. Sus uñas se clavan en la tierra y rascan con fuerza, con odio.

6. EXT. PREPARATORIA / SALIDA - DÍA

Los estudiantes abandonan la escuela. Comienzan a hacerse algunos grupos. Javi se dirige rumbo a su casa; sin embargo, un automóvil se coloca frente a él. Dentro va MELINA (16), una chica con semblante amable, y algunos otros compañeros.

MELINA

Javi, vamos a mi casa. ¡Compraremos chelas!

Javi no dice nada pero parece que no le gusta el plan.

MELINA

Ándale. La vamos a pasar chilo… ¿te gustan las chelas?

Javi niega.

JAVI

Bueno, nunca he…

SAMUEL (O.S.)

Vamos, Javi, ¿me invitas, Melina?

Javi voltea y a su lado está Samuel. Javi no sabe qué hacer.

MELINA

Súbanse. (A los que están dentro) ¡Háganles espacio!

SAMUEL

Ándale, vamos…

Y Samuel le guiña un ojo, y le rodea el cuello con el brazo. Y Javi no puede evitar sonreír y subir al auto con todos los demás que se aprietan para que todos quepan.

7. INT. AUTOMÓVIL DE MELINA - DÍA

Javi va en la parte trasera, recostado, encima de las piernas de todos.

SAMUEL

¿Puedo poner una canción, Melina?

Javi voltea a ver a Samuel.

MELINA

Sí, se me fue la onda… conéctate al carro.

Samuel jala un cable y lo conecta a su celular, luego teclea en la pantalla. Una canción comienza a sonar: *"Human"* de *The killers*.

Javi comienza a tararearla, como con pena, pero Samuel se une a él y todos los demás. Y a pesar de lo que pasó en la mañana y de la posición incómoda, Javi parece estar feliz.

Recostado sobre sus compañeros… desde ahí ve de cabeza el mundo por la ventana: los árboles y las nubes sucediéndose, el interminable cableado de electricidad, adornado en algunos puntos por pares de zapatos y tenis que cuelgan de él. Y de pronto, un grupo de globos rojos en el cielo, elevándose cada vez más. Y Javi sonríe al verlos… y todos siguen cantando emocionados, como si la vida se les fuera en ello.

8. INT. RECÁMARA DE MELINA - DÍA

Javi entra a la habitación luego de algunos de los pasajeros del coche y lo primero que llama su atención al entrar es Fabián, quien está besando a DULCE (16), otra de sus compañeras. Fabián la besa sin soltar una caguama. Melina cierra la puerta de su habitación con todos dentro e inmediatamente va a una computadora y baja el volumen de la música.

MELINA

Cabrón, te dije que no le subieran tanto... mi nana se va a dar cuenta, pendejo. ¡Dame las llaves!

Fabián deja de besarse, saca unas llaves de su pantalón y se las da a Melina. Luego voltea a ver a Javi y hace un gesto de asco.

FABIÁN

Ya, no te agüites... tu nana está bien jetona.

MELINA

No quiero que le vaya con el chisme a mi mamá. (A Javi y Samuel). Acomódense donde quieran.

Melina y los jóvenes comienzan a sacar botes y caguamas de sus mochilas. Melina se quita la falda, quedándose en short, e inmediatamente se pone frente al aire acondicionado para calmar su calor. Todos los demás la siguen para hacer lo mismo. Los hombres se quitan las polos y SARAÍ (16) también se quita la falda y se suelta el cabello. Y todos están ahí pegados al aparato, jadeando... todos excepto Javi y Samuel, quienes los ven desde atrás.

JAVI

... parecen perros.

SAMUEL

Hey, hey, hey... ¿qué tienes contra los perros?

Javi sonríe, pero deja de hacerlo cuando vuelve a ver a Fabián.

9. INT. RECÁMARA DE MELINA - NOCHE

Melina fuma un porro de marihuana mientras llena shots de tequila para todos. Javi lo toma, parece que intenta ser aceptado.

Saraí sale del clóset de Melina, la sigue DANIEL (16) otro de sus compañeros. Ambos salen acomodándose la ropa. Fabián se acerca a Daniel y lo felicita como si fuese un logro desbloqueado. Daniel sonríe. Fabián se tambalea de borracho mientras avanza hasta sentarse junto a Javi en el piso, quien simula no darse cuenta. Pero Fabián se hace notar acercándose a él hasta casi besarle el cuello. Javi lo esquiva con un movimiento. Fabián se carcajea con Daniel y EDUARDO (17), quienes lo ven como si fuese parte de un espectáculo e incluso lo incitan a seguir con su acto: Fabián toma rápidamente la mano de Javi y la lleva a su entrepierna. Todos se carcajean mientras Javi se zafa, levantándose para alejarse de él.

MELINA
(calmando su risa)

Ya, pinche jodón. Déjalo en paz un rato.

Samuel no le quita la vista de encima a Fabián, este se da cuenta…

FABIÁN

¿Tú qué me ves?
SAMUEL

Lo pendejo que estás.

Fabián hace un gesto con el que ignora lo dicho por Samuel.

MELINA

Hay que jugar a algo, ¿no?

SARAÍ

Ay, ¿ya vas a empezar con tus juegos pendejos, Melina?, ¿cuántas llevas?

MELINA

Relaja la raja, Saraí… están todos bien aguados…

Melina se levanta, abre la puerta del clóset, saca su celular y les muestra la pantalla.

MELINA
Para que no hagan trampa, tengo esta app… los dos que señale la botella se meten al clóset y se cambian la ropa… ¡todo! Con todo y calzones.

SARAÍ

No, mames, Melina, párale a tu desmadre.
MELINA

¡Todo!... dije.

Parece que a ninguno les terminan de convencer las reglas del juego.

MELINA

Anden, no sean maricas... igual no se vale grabar con el celular. Todos denme sus chingaderas.

Melina comienza a recoger los celulares.

La botella comienza a girar en la app; las miradas algo perdidas y ebrias de los jóvenes se posan sobre el celular. Cuando la botella se detiene, apuntando a Samuel, éste levanta la vista hacia Javi, quien ve nervioso cómo el otro extremo del envase lo señala a él. Los dos se ven un poco ebrios. Los demás observan atentos mientras comienzan a sonar las burlas. Melina se levanta, avanza al clóset y abre la puerta mientras sonríe.

MELINA
¡Qué suerte tienen!

Luego de dudarlo un poco, Samuel y Javi entran al pequeño espacio y, antes de que la puerta se cierre, sus miradas se cruzan... es como si supieran que esto los unirá para siempre.

10. INT. RECÁMARA DE MELINA / CLÓSET - NOCHE

La luz se cuela a través de las rendijas de la puerta, iluminando a trazos los cuerpos de ambos jóvenes. Samuel se quita la playera. Javi no puede evitar voltear a verlo mientras lo hace: el bello de sus axilas, su pecho y los huesos de su clavícula que enmarcan su cuello.

JAVI

Eres bien pinche blanco.

SAMUEL

¡Shhh! Ya sé, me caga.

Samuel se queda como esperando a que Javi haga lo mismo… y lo hace. Y también Samuel lo ve: ve su abdomen y brazos y con su dedo toca uno de sus lunares, uno junto a su pecho.

SAMUEL

… tus lunares… están chilos.

Javi lo niega con un movimiento de cabeza. Afuera las risas comienzan a hacerse más presentes… Samuel se quita los zapatos, calcetines y el pantalón. Lleva una trusa blanca que permite ver más de sus piernas. Javi hace lo propio, quedando en un bóxer azul marino.

SAMUEL

¡Estás bien pinche flaco!

JAVI
(susurrando)

¡Cállate! Además, ¡tú no estás muy mamado!

Afuera, los otros jóvenes se acercan para tratar de ver algo a través de los orificios de la puerta. Samuel y Javi colocan sus manos en las rendijas para evitar que vean algo… ambos están en ropa interior, viéndose el uno al otro: la piel blanca de Samuel a contraluz, contrastando con la de Javi y los lunares que lleva por todo el pecho. Los dos chicos se observan sus diferencias y similitudes en lo que reúnen las fuerzas necesarias para dar el siguiente paso. Afuera todo es risas… sonido que incomoda aún más a Javi.

FABIÁN

No mamen, ya apuren al joto; ¡me estoy aburriendo!

Javi y Samuel lo escuchan, éste último nota el cambio en la expresión de su compañero, quien parece desear que todo termine de inmediato. Se ve muy nervioso, parece que esa palabra ejerce en él un dolor insoportable. Por ello, armándose de valor, Javi se lleva las manos al elástico de su bóxer y está por quitárselo; pero antes, Samuel se le acerca al oído y esto lo detiene. Y lo toma del cuello y sus labios rozan la oreja de Javi.

SAMUEL

A veces sueño con matarlos.

Y de pronto, todo se hace silencio. Como si en el mundo solo existieran ellos intercambiando la mirada... la ropa. Ahora, en medio de la penumbra, y con todo ese silencio, ambos sonríen.

Adiós a la carne

SELMA CERVANTES AGUILAR

EXT. TIANGUIS PUESTO DE QUESADILLAS - DIA

TOBY, BETO y un par de compañeros del trabajo, comen de pie. Las manos de TOBY se envuelven de grasa roja que suelta el chicharrón de su quesadilla. Limpia su mano con una servilleta que al instante se adhiere a su piel.

TOBY, termina su bocado mientras batalla con los pedacitos de servilleta que no se despegan de sus dedos.
BETO mira el alboroto que TOBY causó en su mano.

BETO

Qué güey, para eso es el papel.

Lo dice señalando la pila de papel estraza que cuelga del puesto.

TOBY

Chale, sí cierto.

TOBY retira el último papelito y cuenta el dinero que extrae de su bolsillo. Tiene unas cuantas monedas que no alcanzan para mucho.

TOBY

¿Me prestan 10 varos? Se me antojó otra.

BETO

Pide, orita yo los pongo.
Beto termina su bocado y saca su cartera.

INT. TALLER - DIA

TOBY entra e inmediatamente se alegra al encontrar a KARINA (22), una chica con piel de porcelana, morena, con ceño fruncido que denota su frustración.

En el escritorio de KARINA, se pueden ver varios sobres manila y una cera antibacterial redonda que en la tapa muestra la leyenda, *cuenta fácil*.

KARINA, concentrada, pasa un billete tras otro contando en voz alta.

TOBY

¿Dónde andabas?

KARINA

Fui con Don Juve a sacar la nómina.

KARINA hunde su pulgar en la cera y cuenta de nuevo el fajo de billetes en sus manos.

KARINA

500, 600, 700...

TOBY

Pensé que te había pasado algo.

KARINA

No, solo quedamos de vernos en otro lado.

KARINA mira brevemente a TOBY, quien se nota risueño. KARINA se sonroja y baja la mirada intentado contar desde cero...

KARINA

100, 200...

BETO entra al taller con una botella de refresco en mano y al notar la presencia de KARINA, se acerca a ella.

KARINA

700, 800...

BETO

¿Dónde andabas morrita? Te perdiste las kekas.

KARINA para de contar y mira a Beto.

KARINA

Acompañé a tu tío.

BETO

¿Te dijo si regresaba?

KARINA

No.

MÓNICA y DENIS entran al taller y saludan a KARINA, a quien ya le es imposible seguir contando el dinero.
BETO llama la atención de todos.

BETO

Aprovechando que no está mi tío, quiero contarles algo...

Cada trabajador se acerca y la atención se centra en él.

BETO

El negocio va en picada y mi tío está pensando en aligerar los gastos.

KARINA no muestra sorpresa.

TOBY escucha atentamente.

MÓNICA

¿Por qué dices que va en picada?

BETO

Ya nadie quiere bolsas de plástico y lo más probable es que vaya a despedir a algunos.

DENIS

¿A algunos? ¿Cuándo?
BETO

No sé.

La preocupación de todos es evidente.

BETO

No quiero asustarlos, solo no quiero que los agarren en curva.

BETO, apenado, no dice más. Tira la botella de refresco en el bote de basura y se acomoda en su mesa de trabajo.
Los demás trabajadores se quedan ahí, con caras largas y silencios incómodos.
Sin muchos ánimos, TOBY se dirige hacia su mesa.

KARINA mira a TOBY, quien ya prepara sus utensilios para seguir trabajando. Ella se queda pensativa en su escritorio con los billetes en mano.
TOBY sostiene una cortadora que parece una regla afilada y acomoda un pedazo de polietileno debajo de esta. En un solo movimiento, TOBY descarga su frustración y parte la pieza en dos.

TOBY coloca otra pieza de polietileno sin poner mucha atención. Baja la navaja con la misma intensidad, pero con menor cuidado, provocando que el filo atraviese la parte lateral de su dedo índice.

TOBY se queja en silencio, pero es suficiente para que los demás volteen a verlo.

El dedo de Toby sangra de manera aparatosa.
El material en su mesa se tiñe de rojo.

KARINA, observa cómo las gotas se deslizan por toda la mano de TOBY, quien sin pensarlo, sale del taller.

EXT. TERRENO TALLER - DIA

El taller se encuentra dentro de un terreno grande en el que al fondo se puede apreciar una casa.

Junto al zaguán hay una llave de agua, la cual TOBY abre y deja caer el chorro sobre su carne fresca.

El agua y la sangre caen y se mezclan en el concreto.

KARINA sale del taller.

KARINA

¿Estás bien?

TOBY

Sí, no más me rebané el cuero.

KARINA observa la herida.

KARINA

¡Tobías, eso es más que el cuero!

KARINA, regresa al taller.

TOBY toma asiento en el suelo. Mira la carne fresca.
La sangre sale de su dedo en forma de gota y poco a poco crece hasta cubrirlo completamente.

KARINA regresa cargando el botiquín de primeros auxilios. Toma asiento junto a TOBY.

Del botiquín, KARINA saca un frasco de agua oxigenada.

TOBY

No, mejor échame thinner.

KARINA no hace caso y deja caer algunas gotas la herida de TOBY.

Enseguida, abre otro frasco de merthiolate y con un algodón esparce su líquido dentro de la carne abierta.

TOBY cierra los ojos en señal de molestia.

KARINA coloca una gasa con delicadeza y la enrolla alrededor del dedo.

KARINA

No te vi en la lista de la nómina...

Karina ajusta la gasa.

KARINA

¿Todo bien?

TOBY

Mhmm.... La semana pasada me dieron un adelanto.

TOBY no comparte más.

KARINA nota el silencio y decide cambiar de tema.

KARINA

Esto va a parar el sangrado no más un rato. Yo creo que necesitas sutura.

TOBY

Yo creo que no...

KARINA

Yo creo que sí. Ándale ve, yo te cubro con Don Juve.

KARINA saca un billete de doscientos pesos y se lo entrega a TOBY, quien lo piensa por un momento, pero termina por aceptarlo.

Santiago de la Luna

PÍA GÓMEZ ESCALANTE

EXT. SANTIAGO - AMANECER

La Luna que ilumina la Catedral, el quiosco y la escuela va dando paso a una luz de tintes rosados que poco a poco invade todo el pueblo, amanece.

HOMBRES de distintas edades salen equipados con morrales y herramientas para trabajar en el campo.

INT. CASA DE DOÑA CHAYO - AMANECER

DOÑA CHAYO (60) regordeta y con una trenza larga, recoge los platos y las tazas con restos del desayuno.

INT. CASA DE AURORA - AMANECER

La casa consiste en un cuarto con una mesa para cuatro personas, dos camas, un altar grandote con veladoras y otra mesa pequeña llena de hierbas secas, ungüentos, velas nuevas y otras chuches.

LUPE (90) jorobada y chaparrita, pero de gesto dulce está sentada junto a AURORA (22) que duerme profundamente.

Las manos y la cabeza de Aurora se mueven violentamente, Lupe la mira de cerca. Aurora abre los ojos, rápido Lupe se levanta y finge estar haciendo algo más.

LUPE
Ya está el café.

Aurora tarda en recuperar la conciencia por completo, mira a su alrededor para ubicarse.

AURORA

Pido la oreja.

Lupe le da una mordida a un apetitoso pan dulce.

Aurora se levanta y se sienta a la mesa con Lupe. Toma un trago de café y se come un menos apetitoso cocol.

LUPE

Estuvo movido el sueño.

Con la boca llena Aurora niega. Lupe la mira inquisitiva.

AURORA

Fue un sueño cualquiera.

LUPE
¿Era de tus papás?

Aurora titubea, esconde sus nervios al darle un trago a su café.
Lupe la mira muy fijo a los ojos.
Aurora desvía la mirada.

AURORA

Estaba yo solita.

Irritada, Lupe come en silencio.

INT. PALACIO MUNICIPAL/ PATIO CENTRAL - NOCHE

Con la ayuda de unos cuantos focos y la Luna se ilumina el patio.

Pánfilo mueve la perilla de los canales pero la televisión no alcanza a agarrar ninguna señal. Abre y cierra la antena, la eleva un poco más pero nada.

Tino pone una silla, se sube y sostiene la antena.

Tino estira los brazos, le cuesta mantener el equilibrio.
Por un segundo la pantalla se queda de un color gris sólido, pero Tino titubea y dobla los brazos.

PÁNFILO

Ya.

Tino se estira todo lo que puede. Nada más hay ruido en la pantalla.

PÁNFILO

Un poco a la derecha.

Tino inclina la antena a la derecha.

PÁNFILO
Al otro lado.

Tino cambia de lado. No llega ninguna señal. Los santiaguenses entran, se amontonan frente a la tele para verla de cerca.

Pánfilo se pone nervioso. Trata de interponerse entre la gente y el aparato con poco éxito.

PÁNFILO

Tomen asiento, por favor.

Discretamente apaga la tele, el aparato despierta mucha curiosidad y todos quieren verla de cerca. Rodean a Pánfilo que trata de proteger el aparato.

Mira con ojos de pistola a Pánfilo que le suda toda la cara.

OFELIO

Mejor hay que hacer la ceremonia de la pregunta.

Los ánimos de la gente se empiezan a prender.

Pánfilo finge que le dan un empujón y se deja caer sobre la televisión que golpea fuerte el suelo.

Silencio. Pánfilo se levanta con trabajo. La pantalla de la televisión está estrellada.
Tino se lleva las manos a la cara en un gesto de terror. Pánfilo se acomoda la ropa.

PÁNFILO
¡A sus asientos!

Arrepentidos y preocupados toman sus asientos.

PÁNFILO

¿Está rota, verdad?

Tino asiente.

TINO

Se rompió todita señor.

Pánfilo nota que hay tres sillas vacías.

PÁNFILO

¿Dónde están los que faltan?

AURORA

Mi abuela se sentía mal, manda sus disculpas. Doña Chayo tenía que esperar una llamada.

PÁNFILO

Faltan tres.

AURORA

Don Conde nunca viene.

Pánfilo hace una seña a Tino para que se acerque.

PÁNFILO
(Susurra).
Confírmame está información...

Tino se va. Pánfilo se aclara la garganta.

PÁNFILO (CONT'D)
Tan magnánimo evento que estamos por presenciar, es ni más ni menos que la llegada del hombre a la Luna. Por años se han estado preparando y construyendo naves espaciales. Estudiando las condiciones perfectas y hoy será el día en que veamos como se concretan estos eventos.
En Oaxaca y en el mundo no se habla de otra cosa. Los periódicos están inundados de dichas noticias, si tan solo pudieran ver... El hecho que vamos a presenciar hoy engrandecerá a Santiago y a toda la humanidad. Nos acercará a todos a nuestros sueños.

Maga sigue con la mirada a Tino. Se levanta discretamente y lo sigue.

PÁNFILO (CONT'D)
Quiero aprovechar también este momento para decirles que, de ahora en adelante y usando este día, Santiago se convierte a la modernidad. En unos meses el nuevo gobernador del Estado estará visitandonos para agradecer la ayuda que desde aquí le hemos brindado.

Las últimas palabras de Pánfilo los confunden.

AURORA

¿Qué ayuda?

Teresita que está sentada junto a ella levanta los hombros.

TERESITA

Sepa.

Aurora se queda muy atenta a los movimientos de Pánfilo.
Pánfilo mira la televisión rota.
Desde sus asientos, todos a la expectativa.

PÁNFILO

No será por televisión.

La gente se queja, se distraen, hablan.
Pánfilo improvisa.

PÁNFILO

Nadie se mueva.

EXT. BOSQUE - NOCHE

Se escuchan truenos y algunos relámpagos iluminan de azul la escena.

En un claro en el bosque están sentados Manuel, Doña Chayo y Lupe. Lupe bebe un trago de algo parecido a un aguardiente, pasa la botella y los otros dos la imitan.

Lupe acomoda una semilla de aguacate en el piso mirando hacia el este, hacia el norte un aguacate verde, al oeste un aguacate maduro y apuntando al sur un aguacate podrido. Al centro echa algunas hierbas y ramas secas.

Estira la mano por encima de las hierbas y se corta la palma, deja caer la sangre sobre las hierbas. Estira la otra mano hacia donde esta Manuel pero este se acobarda. Le da otro trago grande a la bebida y estira la mano.

Con el mismo cuchillo, Lupe le corta la palma espera a que se derramen unas gotas que se mezclan con su sangre.

Lupe murmura en un idioma desconocido.
Deja caer una chispa y de inmediato se hace un fuego.

INT. PALACIO MUNICIPAL/ PATIO CENTRAL - NOCHE

Desde el segundo piso asoma un radio pequeño, apenas se escucha. Pánfilo repite después del locutor.

LOCUTOR (V.O.)
El Apolo 11 se aproxima. Habla Neil Armstrong, astronauta a bordo de la nave, están por tocar la superficie lunar...

PÁNFILO
El Apolo 11 está llegando a la Luna.

LOCUTOR (V.O.)
Siendo en México las 8 con 36 minutos de la noche del 20 de julio de 1969...

PÁNFILO
Está llegando a la Luna el día de hoy.
Algunos ingenuos voltean la cabeza hacia la Luna.

EXT. BOSQUE - NOCHE

Cae un rayo muy cerca de donde llevan a cabo el ritual.

Todavía salen unas llamas de fuego. Lupe las mira fijamente. Se convierten en un humo denso que se pinta de azul y se extingue casi automáticamente. Cae un rayo en la semilla de aguacate

pero queda intacta. Lupe la toma, está muy caliente, la echa a su bolsa.

Un aguacero los empapa en segundos.

LUPE

Es suficiente.

Asustada, Doña Chayo se protege de la lluvia con su ruana.

INT. PALACIO MUNICIPAL/ PATIO CENTRAL - NOCHE

El cielo se pinta de azul con los relámpagos que cada vez se hacen más frecuentes.

LOCUTOR (V.O.)
...el primer ser humano ha puesto su pie sobre la superficie lunar. En este momento todavía está descendiendo por la escalerilla...

Pánfilo no puede contener su emoción, aplaude y celebra.

PÁNFILO
El primer ser humano ha puesto su pie sobre la superficie lunar. En este momento todavía está descendiendo por la escalerilla.

Logra contagiar el entusiasmo del público que por fin se mete y pone atención a Pánfilo.

PÁNFILO
Lo logramos. Hay un hombre caminando en la Luna. Es historia pura.

Un relámpago ilumina todo el Palacio de azul, seguido de un trueno que se escucha cerca y fuerte. Se va la luz.

La gente se asusta. Pánfilo ve algunas siluetas yéndose.

> PÁNFILO
> Esto se pone cada vez mejor, apenas y se escucha pero… (improvisa) hay más hombres en la Luna. Se agacha, toma un puñado de… tierra es igual a la de la Tierra.
> Logra captar la atención de la gente hasta que de la nada cae un aguacero que los empapa a todos, salen huyendo.

Pánfilo se queda solo contemplando la Luna y soñando despierto.

Aquí no hay playa

JUAN H. VILLAR

EXT. PLAYA KINO - MAÑANA (SUPER 8)

Una MADRE (55) está sentada en la arena de la playa. Lleva un suéter azul que la cubre del viento que levanta la arena. El mar intranquilo choca violentamente, las olas golpean y se vuelven espuma. Al lado su HIJO (12) juega con la arena.

> ANDRÉS
> (V.O.)
> No hay literatura en tu muerte, ni puentes, ni algo que valga la pena decir. Solo hay un cuerpo en una cama de hospital que no eres tú, el morbo de la gente, la condescendencia, mi exhibicionismo de manual.

El Hijo toma unas conchas que están a su lado, se levanta y las avienta al mar, trata de llegar cada vez más lejos en cada lanzamiento. El aire lo despeina. Su Madre sigue inmóvil mirando las olas crecer y morir en la orilla.

> ANDRÉS
> (V.O.)
> No hay algo que rescatar más allá del miedo, de la genética. Solo hay cáncer y fantasmas y rabia y culpa por no ser una mejor persona.

La Madre, repentinamente, comienza a llorar. La calma se rompe de golpe, como un vitral que de pronto explota. La madre se tapa los ojos, el hijo desconcertado se sienta de nuevo pero no hace más, el cuerpo parece no responderle. Trata de entender el momento, saber qué pasa.

ANDRÉS
(V.O.)
Quiero que descanses, pero de verdad descansar. No hace falta ser un eco, ni un plato roto, ni el transformador de la luz que explotó, ni una paloma negra que no se va de la sala. No hace falta ser una nube gris, un domingo largo.

Toma algo de valor y recarga su cabeza de cabellos castaños en los hombros de su madre, suspira, un suspiro enorme, que le llena los pulmones, un suspiro que hace que la arena le entre y estornuda un poco. La madre no dice nada siente la pequeña cabeza apoyarse en ella, con la mano toca el pelo de su hijo, lo despeina, una caricia torpe, una forma de tranquilizarlo, pero el llanto sigue, no lo controla, la inunda, como una casa que gotea.

ANDRÉS
(V.O.)
Ya descansa, nunca hubo nada para ti aquí, por eso la rabia, por eso el coraje. Gracias por los libros, por las películas viejas en blanco y negro. Me dejaste la literatura, el cine. Y entonces ya nunca estuve solo...

INT. CUARTO DEL PADRE DE ANDRÉS - MAÑANA (SUPER 8)

En el suelo de madera vieja un par de pantuflas, unas pantuflas sucias pero acomodadas perfectamente una al lado de la otra. En la silla de madera, doblada una camiseta de cuadros negros y rojos. Un pantalón de mezclilla. Sobre el buró un reloj de oro y un libro en el que no se distingue el autor, una pasta desgastada que hace borroso el nombre del libro. La cama perfectamente tendida

de sábanas blancas y un par de almohadas amarillentas. No hay mucho más, una habitación casi vacía, agrietada por la humedad, pequeños rastros de humedad y hongos verdosos.

ANDRÉS
(V.O.)
...mentira, siempre me voy a sentir solo, porque elegí el bando equivocado y eso me alejó de los demás y ahora, a mis 31 años ya no soy parte de ningún bando, ya no quepo en ningún club y me da igual te juro que me da igual, pero ya descansa, ya no hace falta más teatralidad. Quiero dejarte descansar, no volver más a tu recuerdo.

EXT. SALA DE LA ABUELA - NOCHE (VHS)

ANDRÉS NIÑO (7) lleva puesto el disfraz de un pastor, sombrero de paja y ropa de manta. Unos huaraches cafés que le quedan grande. Interpreta una pastorela. En la sala de la abuela una escenografía austera, unas macetas, un pesebre pequeño en donde está recostada la figura de Jesús de niño. Andrés hace un monólogo, dice algo a la audiencia pero no se escucha. No hay audio, solo la imagen de un niño fingiendo ser un pastor en una pastorela.

ANDRÉS
(V.O.)
La muerte no es literatura, ni una película en blanco y negro. Juan, la muerte es solo un cuerpo que se apaga, que cede al silencio. Y no hay mucho que pueda decir de tí. Nunca fuiste un buen padre. A lo mejor ser padre no es algo natural, yo por ejemplo nunca pude ser futbolista, un hombre de verdad, como decías tú.

EXT. CANCHA DE FUTBOL - MAÑANA (VHS)

ANDRÉS (10) está sentado en el pasto de una cancha de futbol, llora de dolor, su MAMÁ lo consuela mientras el entrenador del equipo pone con cuidado merteolate sobre la herida, al contacto, Andrés vuelve a gritar de dolor. Su madre lo abraza con fuerza para tratar de calmarlo.

ANDRÉS
(V.O.)
Cómo te jodía tanto verme llorando y me molías a golpes para que llorar tuviera un valor. No sé si te perdono, el perdón es una cosa inservible, como la muerte, el perdón solo es otra forma de control, una cosa que le sirve al abusador. Pero una cosa es no perdonar y otra es tener rencor.

EXT. PLAYA DE KINO - MAÑANA (SUPER 8)

PAULA (28) se acerca caminando con una caja pequeña donde guarda las cenizas de su padre, es una caja austera de mármol. La carga con mucho cuidado como si temiera que se le fuera a caer. Se sienta en la arena, coloca la caja a un lado y nota como ANDRÉS la está filmando. No le da importancia, sentada frente al mar mete sus pies en la arena hasta cubrirlos por completo, luego recarga su barbilla contra las rodillas.

ANDRÉS
(V.O.)
El rencor es un cáncer Juan José, nadie mejor que tú lo pudo saber, por eso estamos bien, sin rencores. Descansa ya, el mundo era un lugar que no supiste habitar, a lo me-

jor hay algo del otro lado, algo donde si quepas, algo que no te den ganas de romper.

INT. TSURU 91 - MAÑANA (VHS)

ANDRÉS(11) y PAULA(7) están en la parte trasera de un Tsuru 91, el sol les pega en la cara, rastros de sudor en las playeras húmedas. Paula esta recostada en los muslos de Andrés. Andrés mira la ventana y juega con el cabello de Paula que se encuentra dormida. El sol le pega en la cara con más intensidad y Andrés se cubre la frente con la palma de su mano para intentar seguir mirando el paisaje.Luego encuentra un libro de Juan Salvador Gaviota y con él hace sombra para cubrirle el sol a Paula y no despertarla.

ANDRÉS
(V.O.)
Lo último que me dijiste me lo guardo para siempre, la respuesta es: Da igual, de verdad da igual. Lo otro que dijiste: No, "Andrecito" no es como un perrito que te seguía a todos lados, Andrecito era tu hijo que te quiso, que confió en ti, y tú te encargaste de romperlo, como hacías con todas las cosas. Te elegí a ti y ese fue el problema, que nunca supe elegir bien y ahora siento una soledad tan enorme que nadie puede habitar, pero nada es definitivo. La muerte no es literatura, ni una película en blanco y negro, ni nada que valga la pena contar. En cambio la vida, a ratos parece que sí. Hasta nunca Juan José. Descansa ya.

Al fondo a la derecha

MARTA HERNAIZ PIDAL

Estela, una chica de la Ciudad de México perteneciente a una familia de Testigos de Jehová, lleva tiempo dudando de las creencias que se le han inculcado. Secretamente quiere independizarse. Héctor, un conocido, le ha conseguido su primer trabajo: encargada de limpieza del baño de mujeres del "Piso 14", el antro de moda entre adolescentes de clase alta. Estela trabajará clandestinamente, mintiéndole a sus padres. Para adaptarse a su nuevo entorno, reinventará su personalidad, combatiendo así su inhabilidad para socializar en un universo opuesto al suyo. Dentro del baño de mujeres, donde desconocidas se aconsejan, se hacen amigas fugaces y pocas se fijan en la persona que las asiste, Estela encontrará su refugio, observando a las mujeres que atiende y con quienes se tendrá que hacer notar si es que quiere ganar mejores propinas para así conseguir su anhelo de emanciparse.

EXT. CADENA PISO 14 - NOCHE

Un grupo grande, de jóvenes de 16 años en adelante, esperan en bola frente a unas escaleras amplias en lo que parece un estacionamiento, en realidad la entrada al exclusivo antro de moda "Piso 14". Les impiden el paso una cadena que rodea todas las escaleras y MIKE (46), un guarura de aproximadamente 100 kilos que se encarga de dar acceso, o no, a los próximos clientes del local. La cadena es gruesa y en uno de los postes que la detienen se exhibe una placa con la leyenda: *"ESTE ESTABLECIMIENTO NO DISCRIMINA POR SEXO, RAZA O RELIGIÓN"*. A la derecha se escucha un grito.

ADOLESCENTE RUBIA

¡Mike!

A la izquierda se escucha otro grito, ahora de un puberto pecoso.

PUBERTO PECOSO 1

¡Mike!

Mike, cruzado de brazos, parece no escuchar cuando le hablan. Al unísono se escucha gritar a un grupo de oficinistas que salieron tarde de trabajar.

GRUPO DE OFICINISTAS

¡Mike, Mike, Mike!

Los gritos se van multiplicando creando una especie de coro que al distorsionarse acaba por parecerse al sonido de las gaviotas buscando comida.

TUMULTO DE GENTE

¡Mike, Mike, Mike!

Un par de amigos se encuentran fuera de la bola de gente. JOACO (19) marca por teléfono esperando a que contesten, mientras JORGE (18) impacientemente le reclama y lo presiona tirándole de la camisa.

JORGE

¡Wey! ya llevamos años aquí esperándolas.

Joaco se aleja quitándole el brazo.

JOACO

¡Aguanta vara, wey! Ya sabes, así son las viejas.

JORGE

Sí wey, pero la cola se está haciendo enorme,
¡No nos van a dejar pasar!

JOACO

¿Quieres ver a Ana Pau o no? Porque si no,
ya métete.

Mientras dice esto consigue que le contesten el teléfono.

JOACO

Sí, ¿bueno?... ¡Hola!

Jorge ansioso jala la camisa de Joaco mientras le habla.

JORGE

¿Quien es wey? ¿Ana Pau, Ale?

Joaco calla con señas a Jorge y se aleja de este mientras intenta oír. En el fondo los gritos a Mike incrementan, la fila va creciendo mientras la gente se amontona tratando de pasar la cadena para entrar al lugar.

JOACO

Ok, ok, aquí las vemos. Sí, estamos afuera de la cadena.

Jorge se inquieta todavía más mientras se acomoda la camisa.

JORGE

¿Entonces qué wey, ya vienen?

JOACO

Sí, wey, que ya llegaron, que están atrás del taxi.

Una larga fila de coches espera para poder llegar al Piso 14. ESTELA (20) baja del taxi que encabeza la fila y mira hacia la gran escalera que lleva a la entrada. HÉCTOR (30) se baja del otro lado mientras paga de manera acelerada.

Detrás de ellos viene una camioneta Suburban de donde se baja un grupo de cinco amigas quienes vienen riendo mientras pasan frente a Estela, caminando torpemente con sus tacones de aguja y ajustándose la falda. Los amigos las miran aliviados hasta que ven que también viene LISSETE (18), una chica con algo de sobrepeso y tez morena vestida con un top rojo y unos jeans.

JORGE

¡No manches, traen a Lissete, wey!

El grupo de amigas se aproxima hacia ellos, mientras Joaco trata de calmar a Jorge.

JOACO

Ya vi, no ma... pero creo que ya cumplió 18,
chance ya la dejan pasar.

El grupo de chicas saluda a los dos amigos mientras todos se aproximan a la entrada. Empiezan a gritar "Mike" mientras levantan la mano y se meten entre la gente, el grupo de amigos avanza en fila india.

PAOLA

¡Niñas, agárrense de la ropa para no perderlas!

ANA PAU

¡No manches esto está aperradísimo, Pollín,
plis no me sueltes!

PAOLA

Obvio no, mi ciela.

Las chicas se van riendo disimuladamente y haciendo bromas mientras se quejan. Al mismo tiempo, Héctor y Estela entran a la aglomeración de gente. Héctor es ágil, se nota que está acostumbrado a hacerlo pues esquiva a todos los chavos, en cambio a Estela le cuesta trabajo colarse entre la gente y se queda atrás, atrapada entre el tumulto y cerca de las chicas del grupo, quienes a su vez siguen tratando de pasar. Estela toca a Lissete levemente.

ESTELA
Con permiso, comper...
Lissete ni se inmuta.

LISSETE (A Ana Pau)

¡Wey!, ¡no vayas tan rápido que me dejas!

ANA PAU

¡Obvio no, wey! A ver, pásate adelante de mí.

Ana Pau y Lissete cambian de lugar siendo Ana Pau la última de la fila de amigos. Estela las mira y aprovecha el momento para rebasarlas. Joaco, quien lleva la fila, llega al frente de la cadena quedando a un costado de Mike.

JOACO

¡Mike!

Mike voltea a verlo de reojo, ignora por completo las súplicas de Joaco quien saca su identificación y se la enseña desde lo lejos.

JOACO

¡Mike!

Mike se digna a mirarlo.

MIKE

¿Con cuántos vienes güero?

Héctor llega a la cadena por lo que interrumpe la acción mientras saluda a Mike con el puño. Los dos echan relajo.

MIKE

¡Llegó el madrugador!

Héctor sonríe.

HÉCTOR

Traigo al reemplazo de Miriam, no muelas, apúrale y déjanos pasar.

MIKE finge que va a abrir la cadena y cuando lo hace la vuelve a cerrar mientras se ríe.

MIKE

¿Tiene reservación?

HÉCTOR

¡Ya, wey!

MIKE

No, usted no puede pasar, joven.

Héctor se ríe mientras se brinca la cadena. Estela sigue atrapada entre la gente mientras pide permiso para poder pasar. Joaco vuelve a llamar a Mike.

ESTELA (susurrando)

Con permiso...

JOACO

Somos 7 Mike. Toda esta fila hasta la de azul.

Joaco voltea y señala a Ana Pau que viene vestida de azul. Lissete está adelante de ella. Héctor sube un escalón y busca a Estela entre la gente.

HÉCTOR

¡Apúrale!

Héctor le estira la mano a Estela, ella la toma y Héctor la jala hasta adelante, la gente reacciona quitándose un poco. Cuando al fin llega hasta el frente, Mike abre la cadena para dejarla pasar, la multitud de gente reacciona ante esto y avanzan hacia adelante por inercia. Estela entra. Joaco y sus amigos aprovechan el momento para pasar también. Mike deja la cadena abierta permitiéndoles el paso pero cuando llega el turno de Lissete, cierra la cadena dejándola fuera junto con Ana Pau, quien venía detrás.

LISSETE

¡Pero venimos con ellos!

ANA PAU

Sí, venimos con ellos, ¡Joaco!

Joaco y Jorge voltean viendo que sus amigas quedaron fuera. Mike se va del otro lado de la cadena, otro GUARURA toma su lugar.

JOACO

¡Ya valió!

JORGE

¡No, wey, se quedó Ana Pau!

JOACO

Mejor métete, wey, ni le muevas.

Jorge le hace señas a Ana Pau diciéndole que volverá por ellas y sube las escaleras junto con las demás amigas y Jorge. Mientras tanto Héctor y Estela corren y los rebasan.

Dentro

ANA LUNA

39. EXT. ESTACIONAMIENTO UNIVERSIDAD - TARDE

ISAAC se acerca al estacionamiento de lejos ve a JAVIER que está a punto de subirse a su auto. ISAAC se detiene y quiere regresar pero JAVIER lo alcanza a ver y levanta la mano para saludarlo.

JAVIER

Isaac. Qué bueno que te veo, ¿te me andas escondiendo?

ISAAC
(sonríe)

No, doctor, ¿cómo cree? Estoy corrigiendo algunos detalles de la investigación. Quiero que quede perfecta para la presentación.

JAVIER

¡Esa voz me agrada! ¡Por cierto!...

JAVIER alcanza su guantera y saca un sobre membretado con el escudo de la universidad.

JAVIER

Tenía que entregarle esto a tu mujer. Supongo que será mejor si se lo hago llegar contigo.
ISAAC

¡Ah... sí!

ISAAC finalmente se acerca a JAVIER, recibe el sobre y lo mira.

JAVIER

Es la notificación de su candidatura para la dirección.

ISAAC sigue mirando el sobre, no sabe qué decir, traga saliva.

JAVIER

Oye... no te preocupes. Las modas pasan. El amor es para siempre.

JAVIER le da una palmada de ánimo. ISAAC asiente suavemente sin levantar la mirada.

ISAAC

Le agradezco doctor. Estoy seguro que el tiempo pondrá las cosas en su lugar. Yo le entrego la notificación, gracias por su confianza.
JAVIER

¡Hombre, faltaba más! Cuando estén mejor las cosas deberían entregar esa investigación que estaban haciendo juntos, sonaba muy bien.

ISAAC
(sonríe)

Es verdad, cuando estamos juntos nada parece imposible.

JAVIER asiente satisfecho, le estrecha la mano.

JAVIER
Descansa mi estimado. Nos vemos mañana.

JAVIER se sube a su coche y hace una mueca de saludo militar para despedirse.

40. INT. AUTO ISAAC - NOCHE

ISAAC conduce muy rápido por la ciudad, escucha música clásica a todo volumen. En su cara se notan la frustración y el enojo.

41. INT. COCINA ISAAC - NOCHE

Por la ventana de la cocina se ven sombras de las ramas de los árboles moviéndose por un viento brusco. Se escucha que ISAAC abre y azota la puerta de la entrada. Entra a la cocina con el sobre que le entrego JAVIER, toma un cuchillo largo y lo abre.

Saca y desdobla una hoja tamaño carta de color pergamino. Siente el papel grueso y observa los colores de la tinta, el escudo de la universidad es de color oro. Lee *"Dra. Amelia Suárez Rincón" "con gran honor comunicamos" "candidata a la dirección de la Facultad de Medicina de la Universidad...".*

ISAAC se acerca la hoja a la cara para olerla. En eco se escuchan la voz y la risa de Amelia.

ISAAC se acerca a la estufa y enciende una hornilla. Acerca el papel al fuego. La hoja empieza a consumirse, caen las cenizas.

Las luces de toda la casa se apagan, un viento extraño apaga el fuego de la estufa. ISAAC deja caer la hoja quemada a la mitad. Se escucha azotar la puerta de la entrada y tras una pausa se azotan también las puertas de la alacena en la cocina.

ISAAC

Amelia.

Las sombras de las ramas de los árboles se agitan fuertemente y forman sombras moviéndose en toda la cocina. Se escuchan trastes que se azotan en el fregadero y las puertas de la alacena se azotan repetidamente.

ISAAC

¡Amelia!

En el marco de la entrada de la cocina levantándose desde las sombras, se forma una SILUETA muy oscura con forma de mujer. La SILUETA tiene textura de ceniza. ISAAC la mira fijamente.

ISAAC

¿Dónde estás?

El sonido del viento se acentúa fuertemente y las ramas de los árboles golpean la ventana. Los ojos de la SILUETA se tornan rojos como si emergieran fuego.

ISAAC

Amelia. No te vayas. No puedo con esto...

Antes de que ISAAC termine la frase, la SILUETA se lanza hacia él. ISAAC cierra los ojos y los aprieta fuertemente. La SILUETA se disuelve al choque con el cuerpo de ISAAC y caen las cenizas al piso. Se encienden las luces. Desaparecen los sonidos del viento y las ramas.

ISAAC abre los ojos poco a poco, en el piso están las cenizas y la hoja quemada por la mitad. La estufa apagada, las puertas de la alacena cerradas y los trastes en orden. ISAAC recorre la cocina con la mirada y se asoma a la sala, no hay nada fuera de lugar.

Regresa junto a la estufa, recoge el resto de la hoja y la mete en el sobre. Barre las cenizas sigilosamente.

42. INT. RECÁMARA ISAAC - NOCHE

La cama está muy bien tendida. Las persianas están abiertas. Desde el baño se escucha el sonido de la regadera, la caída de agua es abundante. Por la ventana se vislumbra una noche tranquila, el cielo despejado, no hay viento. Se escucha cerrar la regadera y abrirse el cancel.

Se abre la puerta del baño, por la cantidad de vapor no se ve nada al interior. Escuchamos como si viniera de lejos, el eco de la voz de ISAAC que tararea una melodía en la que apenas se reconoce algún acorde de lo que parece ser una canción romántica popular.

Desde el fondo, emergiendo del vapor, la silueta de ISAAC camina hacia la puerta del baño y se detiene en el umbral. Se

escucha que prende la ventilación, el vapor se disuelve poco a poco y entonces se revela su rostro, mira fijamente hacia la ventana. Entrecierra los ojos y se queda un momento pensativo como si quisiera recordar algo.
ISAAC sale del baño, se acerca a la ventana y mira la sombra de las ramas de los árboles, luego cierra las persianas. Va al espejo y con mucha calma, se unta crema humectante en la cara.

43. INT. RECÁMARA ISAAC - DÍA

ISAAC abre los ojos, está acostado a la mitad de la cama. Voltea hacia el baño, la puerta y el cancel de la regadera están abiertos. Se levanta por primera vez hacia el lado izquierdo de la cama y permanece sentado un momento en la orilla con la mirada fija en el espejo.

44. INT. COCINA ISAAC - DÍA

Desde la cocina vemos que ISAAC baja las escaleras, ya vestido para salir, termina de ajustarse las mancuernillas. Mira a la cocina pero no se atreve a entrar, se pone el saco y se dirige a la puerta de salida. Escuchamos que cierra la puerta. La cocina queda en silencio.

Entre más delgada, más letal

ARISBETH MÁRQUEZ

EXT. CASA ROSA. PATIO. DÍA

Es un garage con una reja negra, en lugar de autos hay sillas plegables, sin embargo, la mayoría de las personas están de pie o reunida en grupos. Hay susurros, lamentos, café y galletas de surtido rico.

Los asistentes son ancianos o señoras que cargan sus pertenencias en bolsas de la carnicería, mujeres cargando niños pequeños que no quieren estarse quietos.

CITLALLI (35) una mujer morena, estatura media, cabello muy rizado y recogido, usa pantimedias, vestido negro y zapatillas sencillas, su rostro tiene poco maquillaje, aun así ella siente que está arreglada de más. Citlalli se sienta en una de las sillas, no pertenece a ningún grupo y observa a los pajaritos enjaulados que cantan. Mueve sus dedos con ansiedad, toma uno de los cafés, duda un poco pero se decide y entra a la casa.

INT. CASA ROSA. DÍA

Citlalli observa los detalles de la casa: es de un piso y las habitaciones se ven al fondo. La cocina tiene una puerta de vaivén con una ventana circular en medio. El piso es de loseta amarilla.

CITLALLI (V.O.)

Me hubiera gustado crecer aquí.
Seguro comían sopa después de la escuela.

Hay coronas fúnebres y ramos florales enormes. Citlalli lee las dedicatorias: Del Hospital infantil de Ecatepec, Fundación para

los Niños Quemados, “Nuestra más sincera condolencia a la familia Alvarez”.

Citlalli revisa los diplomas enmarcados colgados sobre la pared: Adolfo Álvarez Franco, licenciado en derecho. Alberto Álvarez Franco, licenciado en turismo. Ninguno es médico. Hasta adelante está el féretro con personas sentadas a su alrededor, ahí están los hijos y LA VIUDA (60). Hay una silla vacía justo junto al féretro.

CITLALLI (V.O.) (CONT'D)
¿Tendré derecho a sentarme ahí?

Detrás de una corona, Citlalli vislumbra una colección de fotografías enmarcadas de los hijos. Son las clásicas caritas con diferentes emociones de los bebés y atorada en una esquina de ese marco, una fotografía de ella tamaño infantil con su uniforme de la primaria. Ella se acerca, recuerda perfectamente el día de esa foto, con un poco de más seguridad, se sienta en la silla vacía a lado del ferétro.

La Viuda y los hijos mueven sus cabezas para poder verla bien. Ella se incómoda y se levanta, da unos pasos, ahora Citlalli tiene enfrente el cadáver del Doctor Álvarez, detrás de un vidrio, es panzón, pelón y tiene arrugas. Lo quiere tocar pero el vidrio lo evita, lo levanta. Atrás de ella, los hijos miran nerviosos. Citlalli le toca las arrugas.

CITLALLI (V.O.) (CONT'D)

Nunca lo conocí bien, tengo vagos recuerdos de él, como cuando me llevó al centro. No sé si son fantasías que me contaba de pequeña para poder dormir.

Citlalli está triste pero no llora, no se da cuenta que aún tiene el vaso con café en sus manos y lo deja caer, sus medias se mojan, recoge el vaso y regresa a la silla vacía. Nadie limpia.

EXT. CALLE. FACHADA CASA ROSA. DÍA

Bajo un sol intenso, los asistentes al funeral salen con sombrillas y lentes oscuros detrás del ferétro que es cargado por los hijos.

La Viuda llora. Citlalli se aleja del grupo, da un último vistazo al ataúd que ya está en la carroza fúnebre. Ella regresa sola a su auto.

EXT. PATIO IGLESIA. DÍA

Citlalli con su mismo vestido negro, está sentada en una banca, fuma un cigarro y mira hacia la iglesia, no es una catedral pero es grande e impone.
De una puertita lateral salen dos hombres vestidos de esmoquin gris claro son EL PADRINO y EL NOVIO conversan un poco y el más alto camina hasta llegar a la banca con ella.
CHARLY (35) es alto, moreno, ojos cálidos que inspiran confianza, no es guapo pero tiene una cualidad que lo hace atractivo. Su barba está recortada a perfección y el gris le va bien, el rosa cursi de su moño no tanto. Se acerca sin decir nada, pero con un gesto incómodo, Citlalli entiende y le responde.

CITLALLI

No le digas que vine y ya.

Charly niega con la cabeza, no la quiere ahí, nervioso mira hacia la iglesia.

CHARLY
(voz baja)

Ya habíamos hablado...

CITLALLI

No es eso.

Citlalli le ofrece de su cigarro, él niega.

CHARLY

Ya lo dejé.
Citlalli apaga el cigarro.

CITLALLI
(sarcástica)

¿También?

Charly tuerce los ojos, da media vuelta hacia la iglesia, ella lo jala.

CITLALLI (CONT'D)

Pégame.
Charly no entiende.

CITLALLI (CONT'D))

Dame una cachetada. Empújame o algo.

Citlalli le jala la mano hacia su mejilla, él la quita.

CHARLY

Estás mal. ¿Qué haces aquí Citla?

CITLALLI (V.O.)

¿Por qué las oficiales siempre tienen
nombres normales María, Ana, Ji...

El padrino desde la puerta grita. Él voltea, tiene prisa, Citlalli insiste.

CITLALLI

Entonces, ¿por qué Diana sí?, ¿por qué yo no?

CHARLY

¿Qué? Tu y yo nunca, jamás ibamos...

Citlalli lo mira, Charly entiende la pregunta más allá de las palabras pero no dice nada. Citlalli se desespera. Charly niega con la cabeza y camina hacia la iglesia, ella se pone enfrente de él.

CITLALLI

Entonces pégame.

CHARLY

¿Estás borracha?

Citlalli le toca las barbas más claras de su mentón, él le toca la mano. Las campanas de la iglesia suenan.

CITLALLI

No me voy a ir. Dime, por qué.

Charly toma aire para hablar con sinceridad.

CHARLY

Citla, no puedes o no quieres... ser feliz.

Es evidente que lo ha pensado bastante.

CITLALLI (V.O.)

Dolió más que un golpe.

Él corre a la iglesia y entra junto con el padrino por la puertita lateral. Citlalli se queda sola, sin poder llorar. Las campanas siguen sonando, el sol ha bajado pero sigue siendo un día bello.

INT. CASA GRIS. DÍA

El piso es de cemento y hace que todo se vea gris, hay platos recién lavados junto a una olla humeante. Aun así se ve sucio el ambiente.

En el sillón, CITLALLI (6) llora dentro de un jarrón de barro. Su ABUELA VICKY (50) toma el tiempo con su reloj.

ABUELA VICKY

5,4...

Citllalli solloza y a medida que los números bajan, llora más.

ABUELA VICKY (CONT'D)

3...2...

Citlalli murmura dentro del jarrón.

CITLALLI

Mamita.

ABUELA VICKY

Te queda....1, ya.

La abuela le quita el jarrón de las manos, Citlalli se aferra a él, quiere seguir llorando. La abuela le advierte con el dedo.

ABUELA VICKY (CONT'D)
Ni una lágrima más, se pasó tu tiempo.

Citlalli solloza, parece que no puede respirar. La abuela no baja el dedo, ni sube la voz. Citlalli calma su respiración hasta que queda triste pero sin ninguna lágrima, la abuela asiente, revisa el jarrón y se lo muestra.

ABUELA VICKY (CONT'D)

¿Ves?, es nada.

La abuela vacía un chorrito de agua en una planta seca. Citlalli mira como sus lágrimas son absorbidas por la planta a punto de morir. La abuela sube el jarrón hasta arriba de la alacena, fuera del alcance de su nieta. Citlalli tiene el mismo semblante triste de adulta.

De las escaleras, baja VICTORIA (35) usa un batón de flores color pastel descoloridas, está despeinada, es alta, morena y cabello rizado, muy similar al de Citlalli, solo cambia su nariz y labios.

ABUELA VICKY (CONT'D)

¿Cómo sigue la enferma?

La abuela habla en un tono exagerado para animar a su hija.

CITLALLI (V.O.)

Al principio la abuela venía, lavaba los trastes.

(MORE)

Pérez Dahlmann

PABLO PÉREZ LOMBARDINI

INT. CASA DE LOS PÉREZ / COMEDOR / CUARTO DE LA TELE - DÍA

La tele está prendida. DIEGO está boca abajo en el piso, viéndola distraído mientras juega con sus títeres. PABLO está muy cerca de la pantalla con la boca abierta. FER está en el sillón con un libro de colorear.

Al fondo, en el COMEDOR...

... GABRIELA está con SYLVIA [±60], su mamá, preparando los ÚTILES para el nuevo ciclo escolar. GABRIELA forra los cuadernos, SYLVIA le saca punta a los lápices.

GABRIELA

¿Estás segura que no lo agarraste?

SYLVIA

Sí, Gabitas.

GABRIELA

¿No la habrás metido en algún lado?

SYLVIA

Pues no.
GABRIELA

¿En algún cajón, un bote, un sillón?

SYLVIA

¡Yo ni siquiera sabía que estaba ahí!, ¿comprendes?

GABRIELA

Es que no es posible, mamita, alguien lo tuvo que haber agarrado.
Ayer no fue nadie a tu casa. Humberto la dejó ahí. ¿Cómo demonios se desapareció?

SYLVIA

Pregúntale a él.

GABRIELA

Ya le pregunté, me dijo que dejó en la maceta los $850 pesos.

SYLVIA ya no contesta nada, sigue sacando la punta al mismo lápiz.

GABRIELA

¡No mamita! Estos tienen que durar todo el año. Namás hay que sacarles un poco de punta.
SYLVIA

¿Punta?

GABRIELA toma el lápiz, el cuál ya va por los 3/4.

GABRIELA
Esta cosa.

SYLVIA

Pues sí, Gabitas pero se les rompe la desta ¿qué quieres que haga?

GABRIELA

Ya, deja este y síguete con los demás.

GABRIELA se para y va hacia la cocina echándoles un vistazo a sus hijos.

GABRIELA

Cierra la boca, Pablo, se te va a meter una mosca.

PABLO cierra la boca sin dejar de ver la TELE. La caricatura japonesa que estaba viendo termina con una emotiva canción sobre la victoria y empiezan los comerciales.

VOZ ANUNCIADOR TELE

Tras años de recorrer el mundo en busca de los sabios más poderosos del orbe...

DIEGO deja de jugar con sus marionetas y voltea a ver la...

TELEVISIÓN

Un ENIGMÁTICO VIAJERO camina por el Himalaya.

Entra a una choza.
Encuentra a un MONJE BUDISTA flotando en el aire.
El MONJE abre sus serenos ojos.
Los ojos del VIAJERO se iluminan.

VOZ ANUNCIADOR

... y deslumbrarnos con los actos de magia más sorprendentes de todos los tiempos...
Ahora vemos al VIAJERO vestido enfrentando varias situaciones imposibles.

VOZ ANUNCIADOR

... Ernest Dahlmann continúa desafiando la muerte...
ERNEST DAHLMANN (el viajero) atraviesa la MURALLA CHINA...

... escapa de la prisión de ALCATRAZ...

... desaparece la ESTATUA DE LA LIBERTAD...
...y es cortado a la mitad por un sierra eléctrica.

VOZ ANUNCIADOR

... y las leyes de la gravedad.

DAHLMANN vuela en el escenario mientras unos gigantescos aros metálicos giran alrededor de él.

VOZ ANUNCIADOR

Por primera vez en México, el mago más famoso del

mundo: ¡Ernest Dahlmann! Boletos en taquilla.
DAHLMANN se acerca volando hacia la CÁMARA, mirando directamente hacia nosotros.

DE VUELTA EN EL CUARTO DE LA TELE

PABLO siente la mirada del mago posada sobre él.

EN LA TELEVISIÓN...

... el MAGO le sonríe a PABLO y desvía la mirada. PABLO sigue la mirada del MAGO hasta toparse con DIEGO jugando con sus títeres.

¡¡¡Ring!!!, suena el teléfono.
DIEGO

¡Zafo!

PABLO

¡Zafo!

FER

¡Zafo!

INT. CASA DE LOS PÉREZ / COCINA - MISMO MOMENTO

GABRIELA está desmenuzando una pechuga de pollo.

GABRIELA

¡¡No contesten!!

INT. CASA DE LOS PÉREZ / CUARTO DE LA TELE - MISMO MOMENTO

El volumen de la tele les impide a los niños escuchar a su madre–

DIEGO

Te toca, Fer.
FER deja su cuaderno sobre el sillón y va a contestar. Nos quedamos un momento viendo su DIBUJO: muestra su casa, su familia y una figura negra volando sobre ellos.

FER
(al teléfono)

¿Bueno?

INTERCORTES CON:

INT. OFICINA DEL TÍO LUCAS - SIMULTÁNEO

Vemos las fotos en el escritorio del tío Lucas en la que sale posando con estrellas internacionales como los Rolling Stones, Whitney Houston, Michael Jordan y Kiss.

LUCAS

Hola, hija, ¿está tu papá?

FER

No.

LUCAS

¿Tu mamá?

FER

¿Cuándo vas a venir a la casa?

GABRIELA sale de la COCINA y toma el teléfono–

GABRIELA

¡¿Quién habla?!

LUCAS

Lucas.

GABRIELA

¡Ay, perdón!, pensé que eras el banco.

LUCAS

Primero muerto, ¿Sabes quién es Ernest Dahlmann?

GABRIELA
No.

LUCAS

Es el mago más famoso del mundo.

GABRIELA

¡Ah sí! El que desapareció la esta cosa, la muralla china o algo.

LUCAS

La muralla ahí sigue pero ha hecho otra cosas, pa que me entiendas, llena shows en Las Vegas todo el año.

GABRIELA

Ajá.

LUCAS

Pues bueno, resulta que se va a presentar en México la próxima semana, y el niño gringo que salía en uno de sus actos se comió unos tacos y se está muriendo en el hospital.

GABRIELA

¿Es broma?
LUCAS
No, es chisme. El caso es que están buscando un reemplazo
Estaba pensando en...

GABRIELA

Diego.

Mudanza

RAÚL SEBASTIÁN QUINTANILLA

INT. CASA ANA Y DIEGO / CUARTO PRINCIPAL. NOCHE.

En el suelo hay varias cajas, herramientas y maletas. Algunas de ellas están abiertas: sábanas y ropa se desparraman de su interior. Son muestras de que la mudanza es muy reciente.

ANA y DIEGO duermen acostados en la cama. ÉL del lado izquierdo, ELLA del derecho. Si no es por sus respiraciones, casi no tienen movimiento. De repente, se escuchan dos golpes secos. Provienen del piso de abajo. Parecen pasos, algo que se mueve. Después silencio. Tras unos segundos, el sonido se presenta de nuevo. ANA se incorpora utilizando solo sus brazos y escucha. Guarda silencio por un momento, no sabiendo si lo que escuchó fue real o no. Ahora suenan cuatro golpes seguidos. ANA se asusta. Mira a DIEGO y lo mueve con el brazo para despertarlo.

ANA
(susurrando)

Diego... Diego.

DIEGO apenas reacciona. Sigue acostado. El menor volumen, regresa.

ANA

Diego, despierta.

DIEGO

Mmmm.
ANA

Escuché algo.
DIEGO

Mmmmm.
ANA

Creo que hay alguien en la casa.

DIEGO

Tienes que acostumbrarte a los nuevos ruidos y ya.
ANA

No, en serio.

Los ruidos vuelven. Cuatro golpes fuertes que parecen claramente pasos. Son tan evidentes que DIEGO abre los ojos y mira hacia la puerta. Casi inmediatamente, se oyen de nuevo.

ANA se asusta. DIEGO se acerca a la puerta y pone su oreja en ella queriendo escuchar. Durante unos segundos no hay más que silencio hasta que suenan con claridad: cuatro golpes, secos, ahora más bajos y graves.

DIEGO

Métete al baño y pon el seguro.

DIEGO toma una lámpara de buró que está en el suelo y la levanta como si fuera un arma, un bat de beisbol. ANA, con prisa, toma su celular y se mete al baño.

INT. CASA ANA Y DIEGO / BAÑO. NOCHE.

ANA entra, enciende la luz y pone el seguro. Se mueve rápidamente. Intenta calmar su respiración que está muy agitada. Está asustada. Intenta percibir qué pasa del otro lado. Escucha los pasos de DIEGO, la puerta del cuarto que se abre y después se cierra. Esto la asusta mucho más. Piensa unos segundos. Toma su celular y marca tres dígitos.

OPERADORA (V.O.)

¿Cuál es su emergencia?

ANA

Creo que alguien se metió a mi casa.

OPERADORA (V.O.)

¿Está en el mismo cuarto que la persona?

ANA

No, está abajo. Yo estoy en el baño.

OPERADORA (V.O.)

Quédese ahí. No se mueva. ¿Usted vio a la persona?

ANA

No.

OPERADORA (V.O.)

¿Sabe si está armada?

ANA

No. No sé. Diego bajó.

OPERADORA (V.O.)

OK. ¿Está hablando de la calle Escutia 321?

ANA

Sí.

ANA sólo escucha voces y golpes de teclado a través del teléfono celular.

OPERADORA (V.O.)

Ya van oficiales hacia allá. Hay una patrulla muy cerca. ¿Está en un lugar seguro?

ANA

Apúrense, por favor. Mi marido fue a ver.

OPERADORA (V.O.)

¿Está en un lugar seguro?

ANA

Sí, en el baño. Pero mi marido bajó.

OPERADORA (V.O.)

No salga del baño, por favor. Ahí quédese. ¿Cuál es su nombre?

ANA

Ana.

OPERADORA (V.O.)

Ya van patrullas a su casa, Ana. No tardan en llegar. Por favor, no vaya a salir del baño.
ANA

Ok.

OPERADORA (V.O.)

No me vaya colgar. Aquí estoy con usted.

ANA guarda silencio. Pega la oreja a la puerta, intentando percibir algo. Sólo hay silencio.

OPERADORA (V.O.)

¿Señorita? ¿Me escucha? ¿Señorita?

ANA

No escucho a Diego.

OPERADORA (V.O.)

¿Señorita? No salga del baño.

ANA

No escucho a Diego.

ANA quita el seguro de la puerta y, lentamente, abre la puerta.

INT. CASA ANA Y DIEGO / CUARTO PRINCIPAL. NOCHE.

ANA, intentando hacer el menor ruido posible, camina hacia el cuarto. Mira hacia la puerta y descubre a DIEGO recargado en la puerta, sentado en el piso. Su respiración está entrecortada. Está muy asustado. No se mueve cuando la ve.

OPERADORA (V.O.)

¿Señorita? ¿Señorita?

ANA
(A Diego)

¿Qué pasó?

DIEGO no responde.

ANA
(Por teléfono)
Aquí está mi marido. Por favor, vengan rápido.

OPERADORA (V.O.)

Hay una patrulla muy cerca. No se preocupe.

ANA baja el teléfono. Checa si su marido está herido o algo por el estilo.

ANA

¿Qué pasó? ¿Estás bien? ¿Te lastimaron? ¿Qué pasó?

DIEGO asiente con un movimiento de cabeza. ANA lo mira fijamente.

ANA (CONT'D)

¿Qué pasó? ¿Viste a alguien?

DIEGO no puede responder. Parece tener un ataque de pánico. ANA lo calma.

ANA (CONT'D)

Respira, respira. Inhala, exhala.

ANA guía la respiración de DIEGO varias veces hasta que, poco a poco, se calma.

ANA (CONT'D)

¿Estás bien?
DIEGO asiente.

ANA (CONT'D)

¿Hay alguien en la casa?
DIEGO

No sé.

ANA

¿Saliste?

DIEGO niega con la cabeza.

ANA (CONT'D)

¿No saliste del cuarto?

DIEGO vuelve a mover la cabeza en señal de negación. A lo lejos, se escucha una sirena de policía que se acerca rápidamente. Después el sonido de frenos y las puertas de un auto que se cierran. Finalmente, el timbre. ANA toma su celular.

OPERADORA (V.O.)

¿Señorita? ¿Señorita?

ANA

¿Sí?

OPERADORA (V.O.)
Señorita, la unidad está afuera.

Necesita que le abran.

ANA ve a DIEGO. Toma la lámpara que su marido había utilizado. Se levanta y abre la puerta. DIEGO la mira.

DIEGO

¿A dónde vas?

ANA

A abrir. Pon el seguro.

ANA mira por el pasillo. Respira y da un paso fuera del cuarto.

Pez León

SANDRA CONCEPCIÓN REYNOSO ESTRADA

INT. TAQUILLA METRO - ESTACIÓN TRANQUILA - DAY

Resalta la ligera joroba de CARMEN (44, rubia, cabello crespo), quien observa la estación casi vacía. Suspira mientras agita un barniz de uñas, lo abre y se pinta cautelosamente. Llega COSME (17, morena clara. Uniforme de cocina). Le echa una moneda.

COSME

Uno por favor.

CARMEN

¡Buenas tardes!

CARMEN cierra su barniz, se abanica las manos y le entrega un boleto cuidando no estropearse las uñas. Se forma una fila de USUARIOS. COSME toma su boleto y se va.

JOVEN X le echa un billete de veinte y le hace la seña de dos con la mano. CARMEN, cuidadosamente, le entrega los dos boletos. En la fila, LOS USUSARIOS la miran molestos.

Suena el celular de CARMEN. Se deja ver en la pantalla una imagen del arrugado rostro de MARTA (63). CARMEN se coloca torpemente un manos libres y contesta mientras da el cambio a JOVEN X, este lo toma.

CARMEN (CONT'D)

Bueno.

USUARIO 1 le avienta un billete de cincuenta.

USUARIO 1

Cuatro.

MARTA (V.O.)

Mija, a ver si puedes pasar a Farmatodo. Nada más queda un pañal y ando revuelta del estómago.

CARMEN (AL USUARIO)

¿Cuántos? (A MARTA) ¡Ay, mamá!, seguro has estado comiendo porquerías. Saliendo paso.

USUARIO 1

Cuatro.

MARTA (V.O.)

También falta Metformina y cargo antojo de un tostado con mermelada de guayaba. No seas malita, cómprame un frasco.

CARMEN entrega boletos y cambio a USUARIO 1. Se acerca USUARIO 2.

CARMEN (A MARTA)

Ya sabes que no puedes. (A USUARIO) ¿Cuántos?...

¡¿Cuántos?!

USUARIO 2

¿Me habla a mí?

MARTA

Solo un pancito.

CARMEN (A USUARIO 2)

Sí, a usted.

USUARIO 2

Pues como está en el celular no se sabe a quién le habla. Quiero uno.

El USUARIO 3, en la fila, observa molesto a CARMEN. Esta batalla para los boletos y el cambio de USUARIO 2.

USUARIO 3

¡No le pagan por hablar por teléfono!

CARMEN

Luego te hablo mamá, porque ya aparecieron los gritones.

CARMEN cuelga.

USUARIO 3

No tenemos su tiempo.
CARMEN

No he dejado de atender, señor. Si tiene prisa, mire, aquí afuerita hay un sitio de taxis.

USUARIO 3 se indigna, sale de la fila y camina hasta POLICÍA 1. Habla con él y señala a CARMEN, quien les sonríe cuando la miran. POLICÍA 1 le señala un camino al USUARIO 3 y le dice algo ininteligible. EL USUARIO 3 avanza en esa dirección y voltea a ver a CARMEN con coraje. CARMEN lo observa y sigue atendiendo sin preocupación, mira su uña estropeada y se lamenta. Continúa atendiendo.

INT. ANDEN METRO - AFTERNOON

CARMEN espera el tren en el andén. A unos metros observa a COSME, quien rebasa la línea amarilla y bailotea en el borde. CARMEN observa atenta los pies de COSME, están mitad en el aire, mitad en el andén. Parece que va caer. CARMEN va hacia ella cuando un POLICÍA 2 se acerca a COSME.

POLICÍA 2

Detrás de la línea por favor.

COSME le sonríe con ironía y retrocede. El POLICÍA 2 se aleja.

COSME se recarga en un muro, saca un cigarrillo, lo prende a escondidas y fuma. CARMEN la observa, nota que el POLICÍA 2

se acerca a ella.

COSME lo ve venir y acelera sus fumadas. POLICÍA 2 llega hasta ella.

POLICÍA 2 (CONT'D)

Apague su cigarro por favor. No puede fumar aquí.

COSME niega, le da la espalda al POLICÍA 2 y sigue fumando mientras se aleja de él rápido. Este la sigue.

POLICÍA 2 (CONT'D)

¡Retírese por favor!

COSME sigue fumando aceleradamente. POLICÍA 2 toma su radio.

POLICÍA 2 (CONT'D)

R43. Femenina fumando, se niega a desalojar. Solicito apoyo R43.

MUJER POLICÍA 1 (gordita) llega y toma a COSME por el brazo y la jala a la salida. COSME avanza dando las últimas fumadas a su cigarro hasta terminarlo y lo tira. CARMEN sonríe a la hazaña.

COSME

No estoy fumando, suélteme.

MUJER POLICÍA 1

Le pido que se retire, ya no puede estar aquí.

COSME forcejea para soltarse y sube las escaleras hacia la salida por sí sola. MUJER POLICÍA 1 la escolta. Se escucha la llegada del tren. COSME sigue avanzando, se escucha la alerta del abrir de las puertas, da un giro rápido, corre rumbo al andén y salta el barandal de las escaleras. MUJER POLICIA 1 intenta alcanzarla. COSME se acerca a las puertas del tren. CARMEN entra al vagón.

INT. VAGÓN METRO - AFTERNOON

CARMEN se sienta y mira a COSME entrar apenas cierran las puertas. MUJER POLICÍA 1 se queda afuera furiosa. COSME se ríe y le hace "huevos" con la mano. Busca un lugar y se sienta triunfante.

CARMEN observa a COSME sonriendo a otros USUARIOS que están sentados frente a ella. CARMEN sonríe. COSME se pone unos audífonos. CARMEN saca un libro de declamación y lee.

UN VIEJITO con bastón se acerca por el pasillo. COSME lo ve y se pone de pie.

COSME

Don, aquí siéntese.

El VIEJITO no escucha. COSME lo toma del brazo y le ayuda a sentarse. VIEJITO le agradece dándole palmadas en su mano.

CARMEN deja su lectura y observa a COSME con curiosidad.

EXT. EDIFICIO / DEPARTAMENTO COSME - AFTERNOON

COSME llega con sus audífonos puestos, mira a VICTORIA (37, morena clara), dejar dos tambores de una vieja batería junto a un contenedor de basura comunitario y se aleja.

COSME se quita los audífonos y se acerca al contenedor. Ve que hay también un atril junto a los tambores. Recoge todo, se cerciora de que no haya más y va rápidamente hacia donde se fue VICTORIA. Sube las escaleras del edificio.

INT. DEPARTAMENTO COSME - AFTERNOON

COSME entra molesta con los tambores y el atril, los deja en la sala. Ve que en el suelo hay otro tambor parchado y unos platillos. COSME camina rápido a su cuarto. En el pasillo hay una caja con objetos viejos diversos. NACHO (45) y VICTORIA meten una cama individual nueva a la habitación. PABLO (6) mira absorto lo que ocurre mientras se chupa el dedo, nota que llega COSME.

COSME

¡¿Qué les pasa?!

PABLO mira a COSME.

PABLO

Me compraron una cama en Cedrawi porque tu cuarto ahora va a ser de los dos.

COSME

¿Y por qué echaron mi batería a la basura? (A VICTORIA) ¡Son mis cosas!

VICTORIA

Te dije que ya no tolero ese mugrero y aquí falta espacio. Pablo no puede seguir durmiendo con nosotros.

Se escucha el llanto de un bebé. COSME detecta de dónde proviene y entra al cuarto de Victoria. Sale con JULIA (1) en brazos, intenta calmarla.

COSME

Tira mi cama si quieres, pero déjame la batería.

VICTORIA la ignora. COSME se desespera y se pone a llorar.

VICTORIA la mira con fastidio y niega.

VICTORIA

Ya te vas a poner a llorar. ¡Cómo defiendes esa maldita herencia de tu padre! Mejor dale de comer a esa niña.

VICTORIA saca del cuarto el último tambor, toma los platillos de la sala y sale del departamento. COSME, con JULIA en brazos, va a prisa detrás de ella.

INT. FARMACIA / SUPERMERCADO - NIGHT

CARMEN lleva varios paquetes de pañales desechables para adulto en un canasto. Se detiene frente a las mermeladas, lee las etiquetas, toma una que dice “Sin azúcar”.

Llega al área de medicamentos. Se acerca con la TENDERA.

CARMEN

Buenas noches. ¿Tiras reactivas para el glucómetro One Touch Plus?

La TENDERA le pone las dos opciones de cajas de tiras que tiene. Suena el teléfono de CARMEN. Aparece el rostro de Marta en la pantalla. CARMEN contesta. TENDERA se desespera.

CARMEN (CONT'D)

¿Qué pasó?

MARTA (V.O.)

Tu hermana necesita toallas. Dice que las quiere ultra delgadas, que no le vayas a traer de las gordas.

Niña de agua

OMAR ROBLES

FADE IN:

EXT. LAGO DE CHAPALA - ANOCHECER

El suave oleaje golpea contra las piedras. El sol ha caído minutos atrás y ahora solo queda un tenue y frío resplandor que contornea las lejanas montañas. El lago está en calma, el viento del ocaso mueve con ligereza el agua haciéndola chocar con la orilla.

El paisaje es rural, aunque no hay casas ni caminos cerca. A lo largo de la litoral hay maleza, árboles y algunas cercas de madera. El sonido de las chicharras nocturnas comienza a predominar entre la quietud…

¡SPLASH! –Se escucha a lo lejos–. Algo, o alguien, ha caído al lago. Unas desesperadas brazadas agitan el agua bruscamente. Alguien se ahoga, alguien intenta salir de aquel enorme e intimidante lago.

Aquella persona nada con dificultad hacia la orilla, poco a poco logra acercarse hasta salir del lago. En medio de la oscuridad, una silueta se arrastra por la costa. Es CARMEN (±20), lleva el cabello largo hasta los hombros, su cuerpo es el de un jovencito, su ropa empapada se pega contra su delgado torso.

Carmen tose y tose hasta expulsar una gran bocanada de agua. Intenta calmarse y recuperar el aliento. Inhala… exhala… En su cara se percibe una infinita tristeza, inhala… exhala…
La tranquilidad vuelve a imperar en el paisaje. La noche es tan oscura como el negro cabello de Carmen. Las chicharras resuenan en un eco ensordecedor.

EXT. COCINA - DÍA

En el fogón un buen trozo de leña arde. Su fuego calienta una cacerola con aceite. Pequeñas burbujas suben hasta la superficie.

Carmen toma un pescado y lo echa en la cacerola. El aceite brinca por la reacción al agua y ella se aleja un poco, protegiéndose.

El pescado entero está en el aceite burbujeante. Sus ojos completamente negros, su boca abierta... la muerte misma. Carmen lo mira fijamente.

EXT. AREA DE TENDEDERO - ATARDECER

Un lazo está amarrado a dos frondosos árboles, sobre él hay ropa tendida. El sol está cayendo, a lo lejos se ve el inmenso lago.

Carmen se acerca a una camisa que está tendida, la toca corroborando que esté seca. Quita las pinzas y se echa la prenda al hombro.

Continúa con la prenda que sigue... otra camisa. Después un calzón. Un par de calcetines. Unos pantalones. Carmen recoge un corpiño, pero no se lo echa al hombro, lo esconde debajo de su axila.
Termina de recoger toda la ropa del tendedero. Su cuerpo está cargado de prendas. Carmen mira el lazo, observa con detenimiento. Es una soga fuerte, firme.

CORTE A:

EXT. AREA DE TENDEDERO - MÁS TARDE

Carmen está sentada a un lado de uno de los frondosos árboles. Ha desamarrado el lazo y lo tiene entre sus manos. Está haciendo un nudo con él.

Termina de hacer el nudo y comprueba su firmeza. Lo mira unos segundos reflexiva para después ponerse de pie. Echa uno de los extremos de la cuerda sobre una gruesa rama del árbol.

Se detiene por un momento para volver a contemplar el nudo que hizo en la soga. Es un nudo fuerte y firme que forma una horca.

Decidida, Carmen coloca la horca alrededor de su cuello y se prepara para lo inminente. Sube sobre una roca alta que está al lado del árbol.
No hay duda en su mirada. Lo ha decidido. Corrobora que la cuerda esté bien sujeta a la rama y después la ajusta a su cuello. Cierra los ojos.

CARMEN
(Murmurando para ella misma)

María, madre de gracia, madre de misericordia. En la vida y en la muerte ampáranos gran señora...

Carmen abre los ojos y voltea a ver hacia el cielo.

CARMEN
Llévanos de la mano junto a tu hijo Jesús...

Carmen cierra los ojos, lanza un último suspiro...

CARMEN

Amén...

El rostro de Carmen tiene cierta serenidad...

... de pronto... el resplandor de una fuerte luz ilumina su cara, pareciera la luz del sol reflejada con un espejo.

Carmen sale del trance e intenta mirar hacia donde proviene la luz pero se encandila, automáticamente cubre sus ojos con sus manos pero la luz las atraviesa, como perforándolas.
En medio del campo hay una cruz enorme. Crucificado en ella está JESUCRISTO. No es el Jesús caucásico del clásico arte sacro. Es un Jesucristo moreno, con cabello negro y corto, con rasgos indígenas.

Carmen lo mira asombrada, la luz aún resplandece sobre su rostro.

Desde la cruz, Jesucristo levanta la cabeza y mira fijamente a Carmen, se miran. Ella quita la soga de su cuello.

Jesucristo está clavado en aquella cruz, detrás de él el sol se ha metido sobre las montañas, su luz crea un aura que rodea todo el paisaje, un aura de tranquilidad.

Carmen baja de la piedra y camina acercándose lentamente a Jesucristo. Apenas da unos pasos cuando repentinamente cae desplomada contra el suelo.

El lugar está sobre una pequeña colina desde donde se aprecia el paisaje del lago. Al lado del frondoso árbol está Carmen, tirada sobre el piso.

La cruz no está. Jesucristo no está. Al fondo... el ocaso.

EXT. AREA DE TENDEDERO - NOCHE

Carmen despierta aturdida, se levanta del piso con dificultad. Mira a su alrededor, como buscando algo, como buscando a alguien. Está sola, la noche ha caído y el lugar está completamente en penumbras.
Se sacude la ropa, está confundida. Quita la soga que había preparado para su suicidio y vuelve a colocar el tendedero amarrando el lazo entre los dos árboles.

EXT. COCINA - NOCHE

Una olla con frijoles está sobre el fogón. Algo de humo envuelve el lugar, creando una suave capa grisácea que difumina las luces del fondo. Carmen se acerca al fuego y con una taza toma una ración de frijoles cocidos y los sirve en un plato.

La silueta de Carmen entre el humo tiene un aire fantasmagórico, el silencio sepulcral y la oscuridad complementan una atmósfera lúgubre.

Carmen tapa la olla de los frijoles y camina hacia la casa, desapareciendo en la penumbra.

INT. CASA DE CARMEN - NOCHE

Carmen entra a la casa y cierra la puerta tras de ella. Lleva el plato con frijoles en la mano. Camina hasta la habitación de Domingo y recorre la cortina para entrar.

Camina directamente hacia su padre, él la mira y ella le ofrece el plato. Domingo lo toma, Carmen le da una cuchara y se da la media vuelta para salir de la habitación.

DOMINGO

Hijo, ven.

Carmen detiene su caminar y regresa hacia la cama de Domingo. Él le hace un gesto para que se siente a su lado.

DOMINGO

Siéntate.

Carmen se sienta al borde de la cama. Domingo la está mirando fijamente pero ella le está dando la espalda.

DOMINGO

Hijo, tú sabes que todo lo que hago es para protegerte,

¿verdad?.

Domingo toma la mano de Carmen, ella sigue sin voltear a verlo.

DOMINGO

Afuera hay gente mala, gente que te puede lastimar. El demonio camina por las calles de este pueblo. Yo solamente quiero cuidarte.

Carmen asiente con la cabeza, pero continúa sin mirar a su padre.

DOMINGO

Yo te cuido y tú me cuidas, hijo. Yo te cuido, y tú me cuidas.

En la mirada de Carmen hay rencor. Hay rabia. Sutilmente quita su mano de la de Domingo y se para de la cama.

CARMEN

¿Necesitas algo más?

Domingo niega con la cabeza y toma su cuchara para comer de su plato. Carmen se da la media vuelta y sale de la habitación.

INT. HABITACIÓN DE CARMEN - NOCHE

Carmen está sentada en su catre, se quita los pantalones y queda en ropa interior. Se cepilla el cabello con los dedos para

después acomodarlo haciéndose un chongo.
Levanta la mirada, en su pared está un crucifijo. Carmen se pone de pie y se acerca a él, lo mira con devoción y se persigna, junta ambas manos sobre su pecho.

CARMEN

Señor mío, Jesucristo, Dios y hombre verdadero, me pesa de todo corazón haberte ofendido, porque eres infinitamente bueno...

Carmen cierra los ojos y aprieta sus manos contra su pecho.

CARMEN

Dame tu santa gracia para no pecar nunca más... amén.

Se persigna. Abre los ojos y mira de nuevo el crucifijo.

En la pared está colgada la cruz, en ella la imagen de Jesucristo clavado, agonizando, mirando hacia el cielo. De la herida de su costado brota sangre que se escurre lentamente por su cuerpo desnudo.

El fin de las primeras veces

RAFAEL RUIZ ESPEJO

INT. CASA DE MARIO - HABITACIÓN DE MARIO - TARDE

MARIO se pasea por su cuarto en calzones. Revuelve ropa en su clóset, toma una camisa. Hay algunas prendas regadas en el piso junto a platos sucios, tenis y videojuegos.

EDUARDO lo espera sentado en la cama, vestido. Intenta mirar a otro lado.

MARIO se acerca a EDUARDO, se estira y se agacha a buscar en los cajones junto a la cama. Se desenvuelve semidesnudo con seguridad infinita, se exhibe a propósito.

EDUARDO intenta mantener la respiración a una velocidad normal. Lo escanea con atención, los músculos que se tensan y se relajan con sus movimientos, los vellos que brillan dorados con la luz de la ventana. Intenta adivinar lo que se insinúa debajo de su ropa interior.

EDUARDO se descubre con una erección debajo del pantalón. Toma una almohada y la pone sobre las piernas para ocultarla, incómodo.

MARIO descubre a EDUARDO mirándolo de reojo. Se sienta junto a él. Ambos tienen aún rastros de pastel en la cara. EDUARDO mira hacia la almohada nervioso.

MARIO humedece su pulgar con la lengua e intenta limpiar la cara de EDUARDO, EDUARDO se aleja por instinto. Risa nerviosa.

MARIO

¿Qué, wey?

EDUARDO
(apenado)

Nada.

MARIO
(sarcástico)

¿Te doy asco o qué?

EDUARDO
(riéndose)

Sí.

MARIO toma a EDUARDO de la nuca y lame el pastel de su mejilla. EDUARDO se limpia con el dorso de la mano. Se ríe y reacomoda la almohada sobre sus piernas.

MARIO

Tienes más, wey.

MARIO vuelve a intentar lamerle la cara, pero cuando se acerca, EDUARDO lo besa en la boca de un impulso. Es un beso brusco, caliente, húmedo.
MARIO recorre el cuerpo de EDUARDO sobre la ropa con sus manos. La respiración de EDUARDO se agita. MARIO intenta quitar la almohada de en medio, pero EDUARDO se resiste y lo toma de la muñeca para que no lo haga.

MARIO

¿Todo bien?

EDUARDO intenta ocultar que está nervioso.

EDUARDO
(con voz aguda)

Sí.

MARIO le quita la almohada de encima y mira su pantalón provocador. EDUARDO intenta alcanzar la almohada de nuevo. MARIO lo detiene, lo empuja a la cama y se mete entre sus piernas. Se besan.

EDUARDO se desviste torpemente con ayuda de MARIO.

Los besos, los agarrones, las erecciones de ambos bajo la ropa interior. MARIO frota su cuerpo contra el de EDUARDO. EDUARDO también se mueve, su timidez se diluye.

EDUARDO está tan excitado que muerde a MARIO en los labios.

MARIO
(susurra entre risas)

Au. Pérate, we.

EDUARDO retrocede apenado.

EDUARDO
(en voz baja)
Perdón.

MARIO hace un gesto de que no tiene importancia. Acaricia su cuerpo, al bajar por su pierna toca el tatuaje fresco y lo lastima. EDUARDO reprime el gesto de dolor hasta que ya no aguanta y lo detiene con la mano. Se queja débilmente.

MARIO
(divertido)

Perdón, we, se me olvidó.

Siguen fajando aunque a los dos les gana la risa. Sus bocas se atraen con fuerza magnética.

MARIO intenta quitarle la ropa interior. EDUARDO lo detiene.

EDUARDO

Todavía no.
MARIO

¿Por qué?

EDUARDO no responde, mira hacia a la puerta cerrada.

MARIO se para y pone el seguro a la puerta. AÚN SE ESCUCHAN LAS VOCES DE LA FAMILIA QUE SE QUEDÓ ABAJO PLATICANDO.

MARIO regresa. EDUARDO mira la erección de MARIO dibujarse bajo su ropa interior.

MARIO retoma su posición sobre EDUARDO y lo atraviesa con una mirada profunda. EDUARDO toma el resorte de sus calzones y lo estira para asomarse dentro.

EDUARDO
(ríe nervioso)

Nunca había visto uno...

MARIO sonríe, le gusta saber eso.

MARIO
(incrédulo)

¿Neta?
(con un nuevo orgullo)

Tócalo.
EDUARDO mete la mano con cuidado dentro de su ropa interior, lo agarra. MARIO se ríe y cae de cara contra el pecho de EDUARDO.

MARIO

Me haces cosquillas, we.

EDUARDO sonríe apenado, se ve más relajado. Su mano se mueve despacio debajo de la ropa interior de MARIO. MARIO inhala y exhala, cierra los ojos, suspira. EDUARDO lo mira caliente. SONIDOS DE PLACER.

MARIO se arranca la ropa interior. EDUARDO se quita sus bóxers atropelladamente.
MARIO abre un condón de rodillas al colchón.

LA RESPIRACIÓN DE AMBOS ES ACELERADA. MARIO moja sus dedos con saliva e intenta penetrarlo. El rostro de EDUARDO se contrae de dolor, intenta no hacer ruido.

EDUARDO
(con vergüenza)

¿Te puedes poner más?

MARIO busca en un cajón, con los calzoncillos mal puestos.

EDUARDO recorre con los ojos el desordenado cuarto con las piernas al aire.

MARIO encuentra lubricante, se pone bastante. Cierra los ojos y mueve la cadera lentamente hacia adelante.

EDUARDO reprime el grito. Oculta su rostro hundiéndolo en el hombro de MARIO con los ojos cerrados. SE QUEJA DEL DOLOR.

MARIO está muy excitado y no se detiene.

Con ambas manos, EDUARDO toma a MARIO de la cintura y lo aleja bruscamente.

EDUARDO
(molesto)

¡Espérate!

MARIO está rojo. Agitado. Se sostiene con los brazos sobre

EDUARDO.
MARIO

Perdón. ¿Estás bien?

EDUARDO se viste de prisa, angustiado.
EDUARDO

¿Puedo pasar a tu baño?

MARIO está despeinado y confundido. Señala a través de la puerta cerrada.

MARIO

Sí. Está hasta al fondo.
EDUARDO sale cabeza baja.

INT. CASA DE MARIO - BAÑO - TARDE

EDUARDO está sentado en el baño con los pantalones abajo. Se reprime mentalmente. Puja y aprieta los ojos, está lastimado. Toma varias vueltas de papel de baño. En el lavamanos las humedece en un delgado hilo de agua.

De nuevo sentado en el excusado, con los pantalones abajo, mete la mano con el papel entre sus piernas y se limpia profundamente. Mira hacia el frente con molestia por la sensación.

Bebe agua del grifo y se limpia con el dorso de la mano. Se mira al espejo nervioso, baja la mirada con un suspiro. No está listo para salir.

INT. CASA DE MARIO - PASILLO - HABITACIÓN DE MARIO - ATARDECER

EDUARDO entra a la habitación, no puede disimular su vergüenza.

MARIO se termina de poner la playera junto a la ventana, tiene ya puesta la ropa interior. Le indica a EDUARDO con un gesto que cierre la puerta.

EDUARDO obedece. MARIO señala hacia el piso. Hay una toalla hecha rollo. EDUARDO no entiende.

> MARIO
> (mostrando un porro y el encendedor)
>
> Tapa la puerta.

EDUARDO acomoda la toalla con el pie, tapando el espacio entre la puerta y el piso.

EDUARDO se sienta en la cama. MARIO enciende el porro y se lo ofrece. EDUARDO se niega sin hablar.

MARIO le da una fumada y lo apaga. Expulsa el humo por la ventana y rocía aromatizante en spray. Hace una mueca de "oops".

EDUARDO no puede sonreír sinceramente.

EDUARDO

Ya me voy.

MARIO

Te vas mañana tempra.

EDUARDO
(en blanco)

Perdón.

MARIO se aleja de EDUARDO resignado. Busca sus pantalones y se los pone de mala gana.

EDUARDO lo mira sentado al borde de la cama. De pronto se ve enojado también, con él mismo.

EDUARDO

Me quedan como 20 minutos.

INT. CASA DE MARIO - HABITACIÓN DE MARIO - MOMENTOS DESPUÉS

MARIO se lo come a besos mientras le baja el pantalón. Medio vestidos, MARIO mueve su cadera contra la de EDUARDO. EDUARDO aprieta los labios para contener sus gemidos. MARIO se separa del cuerpo de EDUARDO. Se masturba sobre él sin dejar de besarlo. Su cabello cae sobre su frente húmedo

por el sudor, sus labios gruesos emiten sonidos involuntarios.
EDUARDO se toca también. Sus labios se rozan.
MARIO termina sobre EDUARDO. EDUARDO se levanta la camisa para que no se ensucie, está muy excitado.
MARIO se deja caer junto a EDUARDO. Exhala agitado.

EDUARDO se queda inmóvil, se sube el pantalón.
MARIO se voltea hacia EDUARDO e intenta tocarlo, pero EDUARDO se resiste.

MARIO

¿No te quieres venir?

EDUARDO niega con la cabeza. Apenado.

EDUARDO

Ya me tengo que ir.

MARIO se rinde. Se levanta y busca algo para que EDUARDO se limpie. EDUARDO espera en la cama. Está sucio y avergonzado. La calentura que nublaba su timidez se ha esfumado.
MARIO regresa a la cama con un rollo a medio acabar.
EDUARDO se limpia el abdomen a consciencia. Evita la mirada de MARIO.

MARIO junto a él, enciende un porro. EDUARDO se incorpora un poco y se limpia la cara con el papel. Ríen.
La luz afuera es débil y rosada, empieza el crepúsculo. Apenas se rozan sus rodillas, sus muñecas, sus cabellos.

MARIO

¿Qué tienes que hacer o qué?

EDUARDO no contesta.

MARIO alza un pedazo de papel de baño, se ondea con el aire del ventilador, lo mira como si fuera la cosa mas interesante que le ha pasado.

EDUARDO no se atreve a fumar, pero respira el humo inhalando profundamente sin que MARIO se de cuenta.

Mira el papel y se pone la mano en el pecho. Susurra con voz ronca el himno nacional mexicano.

EDUARDO

Mexicanos al grito de guerra.

MARIO se ríe, pacheco. EDUARDO tiene dificultad para recordar algunas palabras.

EDUARDO
(primero con seguridad, luego ríe ya no tan convencido)

El acero aprestad y el... ¿bridón?

MARIO se burla aunque tampoco recuerda la letra.

MARIO

¿Qué chingados es un bridón?
EDUARDO ríe, pero no deja de cantar. Entona más alto.

EDUARDO

¡Y retiembla en sus centros la tierra!
MARIO pone su mano en el pecho también y saluda a la bandera de papel con juguetón respeto.

EDUARDO

¡Al sonoro rugir del cañón!

EDUARDO recarga su cabeza en el pecho de MARIO, MARIO lo peina con los dedos.

MARIO

Quédate.

EDUARDO se gira para mirar a MARIO.

EDUARDO
(con un dejo de optimismo)

No sé.

MARIO

Quédate a la fiesta, gato. Te vas mañana temprano.

EDUARDO
(sonriendo)

Me van a matar en mi casa.

El lugar sin bestias

CARLOS TELLO DE MENESES

EXT. AFUERAS DE SANTA LUISA - NOCHE

Alex llega al borde del pueblo. Aunque hay un camino pavimentado, ella se sale de él para tomar un sendero de tierra desnivelada.

EXT. CASA DE ALEJANDRO - NOCHE

Alex se estaciona. Se toma unos momentos antes de salir del carro.

Al subir la mirada, observa a ALEJANDRO (56) esperando de pie en la entrada de la casa.

Alex se le queda viendo sin saber cómo reaccionar hasta que finalmente decide caminar hacia él.

Cuando Alex llega al borde de la casa, Alejandro se cruza de brazos.

ALEX

Hola, pa.

Alejandro no responde.

ALEJANDRO

Un año, Alejandra. Casi un año sin noticias tuyas.

Alex tuerce la boca y no dice nada.
Pausa.

ALEX

¿Puedo pasar?

Alejandro suspira y se quita del camino para dejarla pasar. Ambos entran.

INT. CASA DE ALEJANDRO, SALA - DÍA

Alejandro sale de la cocina con dos tazas en las manos. Le da una a Alejandra y se queda con la otra.

Alejandro se sienta y se le queda viendo. Ella aparta la mirada.

ALEX

No vine por un sermón.

ALEJANDRO

Nadie te está sermoneando.

ALEX

¿Y? ¿Qué piensas?

Alejandro suspira.

ALEJANDRO

No te lo tomes a mal, pero no creo que importe lo que yo pienso.

Alex se le queda viendo con molestia.

ALEX

Por algo te estoy preguntando.

ALEJANDRO

Ok, ok. Está bien... Es solo que jamás pensé que te interesaba tener hijos.

ALEX

Nunca fuiste bueno preguntando qué me interesaba o no.

Alejandro no responde.

ALEJANDRO

¿Qué te detiene entonces?

ALEX

¿Tener el aborto o tener al niño?
ALEJANDRO

La que sea.

Alex respira hondo.

ALEX

Lo he pensado. Más de una vez... Creo que sé lo que quiero.

ALEJANDRO

¿Entonces cuál es el problema?

Alex se queda callada.

ALEJANDRO (CONT'D)

La situación es infinitamente mejor que cuando te tuvimos a ti. Si eso es lo que te preocupa.

ALEX

No quiero traer a alguien a un mundo que se está acabando.

Alex y Alejandro se miran fijamente a los ojos.

ALEJANDRO

Como lo hicimos nosotros.

Alex aparta la mirada, molesta.

ALEX

No te estoy pidiendo una disculpa.

Pausa.

ALEJANDRO

Ahí está tu respuesta entonces

ALEX

No quiero una disculpa... Pero tal vez sí una explicación.

ALEJANDRO

¿Qué quieres que te diga, Alejandra? ¿Que nos sentamos a pensar en esto? ¿Que sacamos un cuaderno, pusimos lo pros y contras y decidimos tenerte? Tu mamá y yo no estábamos pensando en nada de eso.

ALEX

No me salgas con eso.

ALEJANDRO

Es verdad.

ALEX

¡¿Cómo no pudieron haber pensando en eso?! ¡¿Cómo!? Tu mismo lo dijiste... Con lo que les tocó vivir. Con lo que vieron. ¿Por qué?

ALEJANDRO

Nuestras razones, sean cuales hayan sido, no cambian las tuyas. Pasó. Te tuvimos, estás aquí. Acéptalo.

Pausa.

ALEJANDRO (CONT'D)

¿Quién es el padre?

Alex evade la pregunta.

ALEX

No sé que tiene que ver eso.

Alejandro se cruza de brazos.

ALEX (CONT'D)

Lo conocí en un viaje de caza.

Alejandro luce sorprendido, conmovido incluso.

ALEJANDRO
(sonriendo)

¿Todavía cazas?

ALEX

Solo ocasionalmente.

Alejandro se ríe.

ALEX (CONT'D)

No te emociones, ¿OK?

Alejandro contiene su sonrisa. Se le queda viendo a Alex.

ALEJANDRO

¿Son pareja? ¿Tú y él?

Alex niega con la cabeza.

ALEX

Sólo nos vimos esa vez.

Pausa.

ALEJANDRO

¿Has considerado que viniste aquí en lugar de hablarlo con él precisamente porque ya tomaste esa decisión?

Alex lo mira con molestia.

ALEX

No "tengo" que avisarle nada. Es mi decisión.

ALEJANDRO

Completamente cierto... pero siento que tú crees que sí tienes que decírselo.

Alex entrecierra los ojos. Alejandro sonríe.

ALEJANDRO (CONT'D)

Llámalo intuición de padre.

Alex gruñe.

ALEJANDRO (CONT'D)

¿Quieres a esta niña o no?

ALEX (admitiéndolo)

Sí.

Alex niega con la cabeza.

ALEX (CONT'D)

Y no entiendo por qué.

Alejandro se le queda viendo. No sabe si preguntar lo que sigue, pero se obliga a hacerlo.

ALEJANDRO

¿Y has considerado que pasaría si no es niña?

Alex levanta la mirada. Se le queda viendo extrañada, casi enojada.

ALEX

Sabes que las probabilidades de que eso

ALEJANDRO

Existen. El año pasado nacieron un par en la ciudad.

Alex se queda callada.

Azul verde

PAULINA URRETA TORRES

INT. CASA / CUARTO - DÍA

El cuarto está completamente obscuro. Leticia abre las cortinas que dejan que la luz del día iluminen el espacio.

Leticia se acerca poco a poco a Evelia quien continúa dormida. Al llegar a su lado la mira con incertidumbre.

Evelia, quien se ve vulnerable y pálida parece no moverse. Leticia insegura acerca su mano para tocar su brazo con gentileza.
Al sentirlo, Evelia despierta y la mira desorientada. Leticia se tranquiliza.

LETICIA

¡Buenos días!

Ven, vamos a que te bañes.

INT. CASA / BAÑO - DÍA

El baño es iluminado por el sol que entra por la ventana. Los mosaicos de color verde se ven más claros al estar expuestos a la luz.

Leticia le lava el cabello a Evelia con delicadeza pero Evelia se queja y se quita.

LETICIA
¿Está muy caliente, Eve?

EVELIA

No.

Leticia intenta volver a masajear su cabeza. Poco a poco Evelia comienza a disfrutar del agua caliente que cae sobre su piel.

Leticia la enjuaga con delicadeza mientras la espuma comienza a desaparecer conforme la diluye el agua. Evelia, con los ojos cerrados siente el agua caliente en su piel.

LETICIA

¿Te acuerdas cuando nos íbamos a bañar por el clavadista?

Evelia disfruta el agua.

EVELIA

¿El clavadista?

EVELIA (CONT'D)

¡Cómo nos gustaba ese lugar!

Leticia apaga el agua, toma una toalla, envuelve a su hermana en esta y le da un pequeño abrazo cariñoso.

EXT. MAR-CLAVADISTA - ATARDECER (FLASHBACK)

En una estructura de piedra con escaleras y un descanso que da una vista completa del mar, Leticia (17) y Evelia (16) están con 6 CHICOS Y 4 CHICAS de su edad.

ROBERTA (16) toma de un refresco mientras platica con Leticia y Evelia.

ROBERTA

¿Ya terminaste los vestidos para la boda de Eve?

Leticia quien parecía distraída la mira.

LETICIA

Ya casi, solo faltan detalles.

EVELIA

¡Le están quedando bien monos!

Un grupo de 3 CHICOS se ríe. GABRIEL (17) mira constantemente a Leticia quien también lo mira de reojo apenada. Evelia, al darse cuenta, le hace la plática.

EVELIA (CONT'D)

¿Entonces eres primo del Hugo?

Gabriel la mira.

GABRIEL

Sí, somos primos hermanos.

EVELIA

Ella es mi hermana Leti.

Leticia lo mira sonrojada. Gabriel también se apena.

GABRIEL

¡Hola Leti!

LETICIA

¡Hola!...

Leticia apenada pero curiosa intenta continuar la conversación.

LETICIA (CONT'D)

¿Y cuánto tiempo te quedas?

GABRIEL

Solo el verano.

Uno de los chicos le pega en el hombro a Gabriel entre risas. Leticia, Evelia y Roberta se ríen también.

INT. CASA / CUARTO - DÍA

Leticia saca de su armario un vestido color palo de rosa y viste a Evelia, le pone un suéter del mismo color pero más obscuro y una diadema para sostenerle el cabello.

EVELIA

¿Cómo se llamaba?

LETICIA

¿Quién?

EVELIA

Qué bonita era.

LETICIA

¿Cuándo fue eso, Eve?

Evelia la mira unos segundos pensativa mientras continúa sentada.

EVELIA

No me acuerdo.

Leticia la mira y le hace un gesto cariñoso en el cabello.

LETICIA

¿Quieres ver algo de hace mucho tiempo?

EVELIA

Sí.

Leticia abre el armario y saca un par de maletas viejas hasta finalmente ver la que está hasta abajo.

LETICIA

¡Aquí está!

Leticia jala una maleta vieja color crema, la carga y la pone sobre la cama.

Evelia la mira atenta. Leticia abre los seguros de metal con dificultad.

Al lograrlo, la maleta cruje al abrirse.

Leticia saca diferentes empaques de tela. Al abrir uno saca un vestido color lila y un vestido de novia.

LETICIA (CONT'D)

¡Mira, Eve!

Evelia al verlos se emociona. Toca el vestido blanco con sus manos temblorosas.

EVELIA

¿Es mío?

Leticia se conmueve.

LETICIA

Sí, es tuyo. A ver... ¡Párate!

Evelia se para, Leticia le pone el vestido encima y Evelia lo detiene. Leticia toma el vestido lila y también lo detiene sobre su cuerpo. Ambas se miran en el espejo.

LETICIA (CONT'D)

Eso sí, no entraríamos ni queriendo.

Leticia se ríe contagiándole la risa a Evelia.

INT. CASA FAMILIA / CUARTO FAMILIA - DÍA (FLASHBACK)

Evelia (16) vistiendo un vestido de novia blanco con encaje y mangas bombachas y Leticia (17) vistiendo un vestido color lila elegante ríen.

Margarita entra a la recámara y al mirarlas se para en la puerta.

MARGARITA

¿Ya están listas?

Leticia y Evelia le sonríen.

MARGARITA (CONT'D)

¡Qué bellas mis hijas!

MARGARITA (CONT'D)

A ver... Sonrían para la foto.

Leticia y Evelia se acomodan una junto a la otra mientras sonríen a la cámara. Margarita toma la fotografía.

Seis

VIAJERA

INT. CASA SANTIAGO / SALA - NOCHE

Laura deja sus cosas, luce agotada. Santiago entra, observa el espacio y pone especial atención en los cambios de pintura que delatan fotos y adornos que ya no están.

LAURA

¿Vas a querer cenar algo?

SANTIAGO

Quiero pasar navidad con mi papá.

Laura se lo toma a juego.

LAURA

Y yo quiero vivir en la playa.

SANTIAGO

Es en serio.

Laura hace una pausa, mira a su hijo y niega con la cabeza.

LAURA

Santiago, ya es tarde, estoy cansada y ahorita no vamos a hablar de eso, ¿ok?

SANTIAGO

No te estoy pidiendo permiso.

Laura fulmina con la mirada a Santiago.

LAURA

Mira, jovencito...

SANTIAGO

Ya le dije a mi papá.

LAURA
(incrédula)

¿Y te dijo que sí?

Santiago se mete a su cuarto.

SANTIAGO

Solo te avisaba. (a Jazz) ¡Jazz!

Jazz para las orejas y va detrás de Santiago, quien cierra la puerta y Laura se tumba en el sillón agotada.

INT. CASA SANTIAGO / CUARTO SANTIAGO – DÍA

Santiago duerme con Jazz a su lado, ambos babean la almohada. Un par de PITIDOS de claxon irrumpen. Santiago apenas y puede abrir los ojos.

LAURA (O.S.)

¡Santiago!

Santiago exhala, se despabila y se asoma por la ventana. Afuera está el auto de su padre.

SANTIAGO
(extrañado)

¿Papá?

INT. CASA SANTIAGO / SALA - DÍA

Laura viste una bata de dormir con una chamarra, está cruzada de brazos. Mauro parece recién bañado, viste moderno y su peinado es perfecto.

LAURA

Me pudiste haber avisado.

MAURO

Le dije al niño.

Hay un silencio incómodo.

INT. AUTO MAURO EN MOVIMIENTO - DÍA

Santiago está en el asiento de atrás con los brazos cruzados. Mauro conduce y RITA (30) maquillada y elegante, va de copiloto.

SANTIAGO

Me pudiste haber avisado...

MAURO

Cálmate, Laura.

SANTIAGO

Pensé que iríamos solos.

MAURO

Te quería sorprender.

Santiago observa cómo Mauro le da la mano a Rita y ella responde un poco nerviosa.

INT. PACHUCA, HGO / RESTAURANTE - DÍA

Es un lugar amplio con mesas iguales y MESEROS uniformados. Santiago está sentado frente a Mauro, quien se está terminando unos *hot cakes* en forma de osito y tiene una taza con chocolate caliente a un lado. Santiago solo tiene un café delante de él, ve cómo Rita entra al baño y el adolescente mueve la taza de café nervioso. Toma aire.

SANTIAGO

Necesito irme unos días de aquí, ¿puedo pasar navidad contigo?

Mauro se lo toma a juego y sigue comiendo.

MAURO

No. (pausa) A menos que quieras matar a tu madre de un coraje.

SANTIAGO

Ya sabe y está de acuerdo.

MAURO

¿Laura está de acuerdo con algo?

Santiago no puede evitar una ligera sonrisa.

SANTIAGO

¿Entonces?

MAURO

¿Es en serio?

Mauro deja de comer, bebe de su chocolate y se queda con los labios embarrados.

SANTIAGO

Solo durante Navidad.

MAURO

Hijo… Ya tengo planes…

SANTIAGO
(afirma)

Con Rita…

MAURO

Encontramos un lugar increíble cerca de la playa, ¡te alucinaría!

Santiago clava la mirada en su café.

SANTIAGO

¿Puedo ir?

MAURO

Digamos que no voy en plan familiar, pero… ajusto las fechas y el 24 nos vemos en casa de tu abuela. ¿Te late?

SANTIAGO

¿De mi abuela?

MAURO

Es lo más familiar que se me ocurre.

SANTIAGO

Hace siglos que no la vemos, ni sé cómo es.

MAURO

Bueno, entonces pásala con tu mamá, sirve que no la dejas sola.

Rita vuelve del baño y se sienta junto a Mauro. Santiago y su padre lucen incómodos. Rita lo nota.

RITA

¿Qué? ¿No le gustó?

Mauro y Santiago se miran extrañados. Rita toma una servilleta y limpia cariñosamente la boca de Mauro.

SANTIAGO
(incómodo)

Sí... estuvo rico... gracias.

RITA
(aclara)

Digo la pulsera.

Santiago no comprende y Mauro hace gesto de recordar.

MAURO

¡Claro!

Mauro le muestra su muñeca a Santiago quien lo mira con el ceño fruncido.

RITA

Las compramos en nuestro último viaje.

Mauro sonríe, mete su mano al pantalón y saca una pulsera idéntica.

MAURO

Para que vayamos a juego. (A Rita) Fue una gran idea.

Mauro le da un beso en la mejilla a Rita y ella sonríe. Santiago no se lo toma bien. Mauro se levanta, con cuidado toma el brazo de su hijo y se la pone.

RITA

Le ayudé a escogerla, espero te guste.

Santiago trata de ser cortés con Rita pero es notoria su molestia.

MAURO

Es una pulsera de la amistad. De ahora en adelante me puedes ver como tu mejor amigo y contarme lo que sea.

Mauro modela su pulsera junto a la de Santiago. El adolescente se levanta y toma las llaves del auto que están sobre la mesa.

SANTIAGO

Los espero afuera.
MAURO
(grita)

¡También te compre un celular nuevo!

Santiago sale del restaurante. Mauro le sonríe apenado a Rita y ella le limpia con una servilleta otra mancha de chocolate en una mejilla.

INT. ESTACIONAMIENTO / AUTO MAURO - DÍA

Santiago está en el asiento trasero, intenta desamarrar el nudo de la pulsera, pero una sombra lo asusta. Mauro y Rita llegan al auto, ella abre la puerta del copiloto y se dirige a Santiago.

RITA

¿No quieres sentarte acá?

SANTIAGO

Aquí estoy bien.

RITA

¿Seguro?

Santiago mira a su alrededor sin escuchar a Rita.

RITA (CONT'D)

¿Buscas a alguien?

SANTIAGO

¿Nos podemos ir ya?

RITA

Seguro.

Mauro sube al auto y conduce.

EXT. AUTO MAURO EN MOVIMIENTO - DÍA

Santiago busca con la mirada, luce nervioso. A la distancia encuentra la figura del SUSURRADOR, un monstruo con aspecto de un payaso, de gran estatura, con rizos enormes, una gran nariz roja, sucia y abollada. Su ropa está manchada de sangre y está descalzo. El Susurrador se suelta a reír a CARCAJADAS y aunque Santiago no puede oírlo, escucha un PITIDO y se agarra la cabeza.

SANTIAGO
(grita)

¡Acelera!

Mauro ve el retrovisor. La imagen del Susurrador está ahí, pero ni Mauro ni Rita son capaces de verlo. Rita trata de calmar a Santiago. Mauro ve que su hijo está sudando y baja los vidrios, pero esto lo altera más.

SANTIAGO (CONT'D)

¡Súbelos! ¡Súbelos!

Mauro sube los vidrios. Un camión está a punto de estamparse contra ellos y Mauro maniobra haciendo que el auto se vuelque.

SANTIAGO (CONT'D)
(grita)

¡Aaaaah!

Santiago abre los ojos, está sudando, sigue en el asiento trasero, pero todo está normal. Mauro conduce y Rita voltea a verlo tranquila.

RITA

Buenos días, dormilón.

MAURO

Es que lo *desmañanamos.*

Santiago voltea hacia atrás y busca con la mirada, pero el Susurrador ya no está.

SANTIAGO
(nervioso)

¿Qué tan lejos vive la abuela?

MAURO
(extrañado)

Uy, pues… como medio día en auto, pero contigo y tus ganas de ir al baño…

SANTIAGO

¿Me llevas?

MAURO

¿Cómo? ¿Ahorita?

SANTIAGO

Sí.

Mauro voltea a ver a su hijo y un camión se pasa el alto.

RITA

¡Cuidado!

Mauro frena de tajo.
MAURO

Uff, estuvo cerca.

SANTIAGO

¡Llévame!

MAURO

¡Cómo crees! Tengo que avisarle con tiempo/

SANTIAGO

¿Para qué?

Mauro se lo toma a juego.

MAURO

¡Órale con los cambios repentinos de la adolescencia!

SANTIAGO

¿Puedes tomarte algo en serio por una sola vez?

Mauro se estaciona y voltea a ver a su hijo tratando de descifrarlo. Saca su celular y marca un número que dice "Paula", lo pone en altavoz. Santiago no comprende. La llamada entra directo a buzón.

MAURO

Llevo un mes tratando de marcarle a tu abuela y solo me contesta los mensajes con un *emoji*.

Mauro le muestra su conversación donde hay varios *emojis* de pulgar arriba. Santiago está desconcertado.

SANTIAGO

Entonces…
MAURO

Entonces nada. Le escribiré y te aviso con que *emoji* me contesta, pero no voy a llevarte ahorita.

PRÓLOGO DE DRAMATURGIA

El acompañamiento a los jóvenes becarios en sus procesos creativos ha resultado enriquecedor para nosotros. Sin duda, las condiciones inesperadas por la larguísima cuarentena modificaron tiempos, calendarios, tareas de investigación y documentación. Pero el aislamiento físico también fue una oportunidad, nos acercó, curiosamente, a esa introspección individual de cada uno de los jóvenes creadores, en la que la circunstancia obliga a explorar otras formas y posibilidades, con hallazgos que nos iban sorprendiendo.

El lugar seguro de Estefanía Ahumada Norato logra condensar, con una narrativa poderosa, a partir del libro de Celia del Palacio *Callar o morir en Veracruz,* un momento brutal –por absur-do– que ha vivido el periodismo en el estado y su texto registra para la memoria, el reflejo de lo que ocurre en todo el país.

La hermandad del Manatí de Javier García Vidal es una historia casi mística en la que nos muestra un mundo extraviado, perdido entre todos los olvidos y que él nos lo pone de frente. Porque no saber de él no significa que no esté ahí, formando parte de este archipiélago que somos.

Rehab de Obed Galindo Ortiz muestra un estilo desenfadado de este joven creador que crea personajes cuasi fantásti-cos, *fársicos* –por descarnados– que pareciera haber sacado de la mente de los hermanos Grimm. Y, sin embargo, es solo una realidad manejada con destreza, en la que los Centros de reha-bilitación o Anexos no rehabilitan a nadie ni recomponen nada; Obed maneja con gracia esa pirotecnia de sarcasmos e ironías.

Corregidora Sur de Gabriela Guraieb Rueda, juega con la nostalgia y nos lleva de paseo por la casa y el tiempo de sus abuelos, a las infancias, los aromas, los sonidos y voces. Esas anécdotas que hacen la vida; nos identifica con ellas y nos remonta a las nuestras de manera fabulosa en una escritura que ella eligió para jugar con la lenta e incisiva tensión dramática del "no pasa nada" de una casa familiar.

Dramaturgias de la infancia de Talía Yael incluye la escritura de dos textos: "Cabeza de poni" y "Piel de oveja". Ambos exploran, desde voces de la infancia, dos asuntos crudos: la hipersexualización en las niñas y el origen, ¿y destino? de los niños que nacen en las cárceles de México. Talía lograr observar, narrar y transitar por una situación que se presiente, llevará a la fatalidad a dos personajes que se van preguntando sobre la vida para analizarla, entenderla, justificarla. Su escritura observa la cotidianeidad como algo extraordinario y, desde la inocencia del descubrimiento maravilloso, nos muestra de a poquito y sin prisa, la cruda realidad a la que están expuestos los niños constantemente, a punto de saltar al abismo. Falta dar el salto final en ambos textos, pero la joven dramaturga tiene herramientas para lograrlo.

Tony Ortiz explora en su texto *Su nombre era Abril* a un personaje desaparecido. Abril es la madre de Eva y esta quiere encontrarla. Su travesía la lleva a ir descubriendo las aristas de ese ser que es su madre y, aunque pareciera que entre más cerca, menos sabe a quién va a encontrar, Eva va entendiendo en su naturaleza humana, el sufrimiento que vivió esa mujer para lograr ser respetada por una sociedad transfóbica y prejuiciosa. Desde el diálogo como gran herramienta de este dramaturgo, la trama coquetea con el melodrama para mantener constantemente la tensión dramática.

En *La herida del territorio,* Imanol Martínez González se lanza a explorar los embates que la cultura del consumo ha provocado en una pequeña comunidad de algún pueblo. Su espacio de

comunión es este restaurante de comida rápida donde los personajes confluyen, en el mejor de los casos, y dependen unos de otros para intentar salvarse, cuestionarse y, quizá, transformarse. Salvarlo de ser cerrado, funge como posible salvación de vida aunque en el fondo resulte, más bien, ser un pretexto de vida. Con un visión crítica y pesimista, Imanol muestra una comunidad que depende de un espacio comercial en decadencia, quizá para no darse cuenta de su propia decadencia.

Siete textos y voces que si bien, no abordan personajes ni historias optimistas, son un crisol de lo que hoy los jóvenes están explorando como creadores en una situación de crisis en la que les tocó escribir. Vale la pena leer sus historias, su estética porque dentro de este desencanto se percibe también, un deseo y esperanza por seguir apostando a la creación desde la escritura dramática.

Pilo Galindo y Amaranta Leyva

Rehab

OBED GALINDO

PARTE IV

HIGHLIGHTER

Princesa: Del Pino y Chimalhuacán bajan las colonias más pobres, una luz muy fuerte se enciende a lo lejos, es como una peregrinación. Antes parece enojada pero cuanto más se acerca, cuanto más se cerca, mi highlighter se empieza a desvanecer, el maquillaje se nos vuelve opaco, los tacones empiezan a bajar de nivel hasta volverse tenis Nike de las pacas. El ruido de la ropa ya no es Moschino, mas bien es verde, del Partido Verde y todos sabemos que el Partido Verde arruina el outfit de nuestras raíces. Dios, odio sus outfits del Partido Verde.

Terry: Mejor no hables tan fuerte y cúbrete.

Princesa: ¿Por qué?

Terry: Vienen los antorchistas.

Princesa: OMG, yo quiero verlos.

Terry: Solo cúbrete…

Princesa: Una antorcha se enciende muy fuerte en el escenario, nos cubrimos del resplandor. Todo el mundo se pone de rodillas y aunque queme, nos sacamos los celulares, las carteras y se los entregamos a la banda.

Trollniño: A ver, hijos de su puta madre, esto ya valió verga. Que nadie hable o le damos en la cara.

La Jamones: Cállate, pinche puto, y maneja en chinga, mirada al frente, papito, o aquí mismo vales verga.

La Reina: A ver, hijos de su puta madre, o sacan el celular o ya valieron verga.

El publico es asaltado y piensa ingenuamente que es ficción…

La Reina: A ver, pinche putos de mierda, cáiganle con los pinches celulares. Ohhh, ¿qué es esto, chula? son de las caras.

Gretchen Wieners: Por favor, son las arracadas que mi dio mi padre.

La Jamones: La Reina mira las arracadas, son esas arracadas de oro blanco que jamás había soñado en toda su vida, esas arracadas de oro blanco…

Gretchen Wieners: Por favor no te las lleves, mi padre me las dio en Hannuka.

La Reina: Tus costosas arracadas y tú ya valieron verga.

Gretchen Wieners: ¡Mis arracadas!

La Jamones: La Reina robó las arracadas porque sabía que era lo mas valioso que había encontrado en meses, al fin el Monte de Piedad y Dios le darían alguna caridad.
Baja La Reina de la combi hacia el llanto de Brandon. La Reina oculta una prueba de embarazo en la manta del bebé.

Trollniño: Verga, Brandon, cierra el hocico.

La Reina: Deja de decir tus majaderías en frente del niño, si las vas a decir, dilas afuera, cabrón.

Trollniño: ¡Ah, bueno, pues me largo!

La Reina: No llegues tan tarde porque el niño necesita comer.

Trollniño: Sí, a huevo.

La Reina: No llegues tan tarde, ni te vayas con…

Trollniño sale de la habitación, Brandon llora suavemente.

La Reina: Abre, abre.. muy bien… Mataría por ti, hijo, al chile.

Princesa: La Reina arrulla a Brandon, en el fuego ya están las manzanas hirviendo porque La Reina sabe que no le dará Gerber a su hijo tan chiquito, es mejor la papilla de fruta fresca del mercado.

Toca a su puerta Harry con un carrito de súper. Códigos de barras, carritos de supermercado cargando lo que apenas se puede comprar, con excepción del carrito de La Reina, que al fin tiene trabajo.

Terry: Harry es medico, llegó a la ciudad porque estaba haciendo un internado en el hospital de Ixtapaluca y después del Covid, se ganó la plaza. Había visitado varios meses atrás a La Reina.

Princesa: Se conocieron después de que el papá de Brandon contagiara a La Reina de koronavairus.

Harry: Ya tenemos casi todo, solo faltan los lactobacilos para Brandon.

La Reina: No es necesario que lleves eso.

Harry: Es que le gustan.

La Reina: Sí, pero no mames, ya es un montón.

Harry: Solo es un Yakult, además a Brandon le gustan. Ándale.

A La Reina, la mirada angelical de Harry le conmueve y mientras nadie la ve, toma una caja de pañales para el resto de la semana.

Princesa: ¿Está formada?

La Reina: ...

Princesa: ¿Está formada?

La Reina: ... Sí, yo voy aquí.

Princesa: ¿Es todo?
La Reina: Sí.

Princesa: ¿Qué lleva allí?

La Reina: Nada.

Princesa: Señora, por favor. Código 33-12, código 33-12. ¿Qué lleva allí?

La Reina: Nada, déjame ir.

Policía de verdad: A ver, muéstreme su identificación.

Harry: Viene conmigo.

Policía de verdad: ¿Qué sucede aquí?

La Reina: Quiero pagar y no me dejan ir…

Princesa: Se guardó unos pañales.

La Reina: No me robé nada, ¡Estoy embarazada!

Harry: ¿Embarazada?

Policía de verdad: Tengo que revisarle, le pido su cooperación.

La Reina: No me toque, culero, no me toque.

La Reina empuja al Policía de verdad, el Policía de verdad se revela contra la corona, pero Harry le acomoda un puñetazo muy chingón. El Policía de verdad azota la cabeza de Harry contra la patrulla y lo arresta.

La Reina: Suéltalo, suéltalo, culero.

Policía de verdad: Manos quietas, cabrón, manos quietas.

Harry: ¡Ahí muere, ahí muere!

Policía de verdad: A ver, voltéese.

La Reina: Vengo embarazada, no me toques.

Policía de verdad: A ver, si no quiere que la llevemos al M.P. mejor coopere.

La Reina: Si, pero no mamen, suelten a Harry, y yo vengo embarazada.

Policía de verdad: Ábrase de piernas.

La Reina: A mi no me toques, hijo de tu puta madre.

Princesa: La gente la mira como una ratera, pensamos, "Iugh, una embarazada está robando pañales en una Mini Bodega Aurrerá" Juzgamos a La Reina con una mirada… y como todos saben, La Reina jamás será juzgada.

La Reina: ¿Le gustan los yakults, culerito?

Princesa: Y como buena hija de dios, le truena los lactobacillus casei shirota en el…

La Reina: ¡Corre, Harry!

Harry: ¡Corre, Reina!

Princesa: Van en chinga, esquivan todo pinche Ixtapaluca, tiran los puestos del mercado de las carnicerías, tratan de meterse a Galerías Ixtapaluca pensando que en el Cinemex estarían a salvo, pero la policía es mas rápido que ellos…

La Reina: ¡Ya culeros, suéltenme, estoy embarazada!

Harry: ¡Suéltanos!

La Reina: ¡Chingada…!

Policía de verdad: Ya valieron verga. 33-12.

Harry: No… ya… ¡nos entregamos, nos entregamos!

Policía de verdad: ¡No werito, ya se chingaron!

Harry: ¡Son un chingo, no se vale!

La Reina: ¡Suéltenme! ¡Harry!

Harry: ¡Toma mi mano!

La Reina: ¡Harry, Harry!

Harry: Reina…

Silencio y un hilo de sangre recorre el escenario, La Reina ha perdido un sucesor.

La Reina: Hablar de mi niño la mera verdad si me da pa abajo. Como quería ya a la verga olvidarme de todo, me empecé a meter en el vicio, quesque pa olvidar. Y yo era de las de estar peda desde las diez de la mañana. Sí, culeros, yo sé que es dejar todo el baño hecho mierda y sin limpiar por días, sé qué es que se te pudran los dientes por el chingado thinner, tocar fondo, hijos de su puta madre. Pero… al chile sí me doy cuenta, no soy pendeja, quiero salir de este pedo y por eso estoy aquí. Y Brandon… el Brandon se queda con Harry, que me ayuda a cuidar al escuincle… pero soy una hija de la verga y el Harry ya ni siquiera me quiere ver porque recaigo, caigo y recaigo como pendeja. Y ¿Saben qué, pendejos? ¿Saben qué? Al chile, después de todo este

desmadre, si quiero volver a ver a mijo. (Mira a El Más Terrible.) Y comenzar de pinches nuevo.
Aplaudimos y seguimos bordando más publicidad proselitista.

Princesa: Fuck, Reina, ¿te puedo dar un abrazo?

La Reina: No mames, mija, aquí no somos El Club Los Optimistas, aquí hay que amarrarse los huevos.

Princesa: Lo siento…
La Reina: Ven acá, putito.

Princesa: Disfrutaba del abrazo de La Reina pese a su halitosis, cuando un olor más profundo me llamó la atención. Las banderas antorchistas se detuvieron frente a la puerta. El Loco les dio una premonición y ellos a él un fajo bien chonchote de billetes que se le asoma por la entrepierna. Son muchos billetes, y todos sabemos que tener tanto dinero efectivo no es de niña bien.

Manatos

JAVIER GARCÍA VIDAL

En la casa, los tres infantes ven la vida pasar a la luz de un quinqué.

Mauro: A
Dolores: Basta.
Mauro: M
Dolores: Manatí
Sergio: Lento y bobo como tú.
Dolores: ¡Cállate, Checo! (*Silencio*) A ver, Mauro, te toca decir.
Dolores: A
Mauro: Basta.
Dolores: P
Mauro: Pochitoque.
Sergio: ¡Hambre que tienes!
Mauro: ¡Sí, en verde y con harto platanito!
Sergio: A ver, me toca.
Dolores: A
Sergio: ¡Basta!
Dolores: N
Sergio: Nauyaca
Mauro: Igual de venenosa que tú.
Sergio: ¡Inche patas de pollo, ven pa'cá!
Dolores: (*riendo*) Tiene razón Sergio.
Sergio: ¡Ya estuvo, ¿no?!

Mauro: ¡Aguántate!

Dolores: ¡Aguántate!

Sergio: Váyanse por ahí los dos.

Tadea y Macario entrando.

Tadea: ¿Váyanse a dónde?

Mauro: ¡El tío Macario!

Dolores: ¡Tío!

Mauro y Dolores corren con el tío Macario.
Sergio se queda donde está.

Macario: ¿Y qué, tú no me saludas?
Sergio: (*medio a fuerzas*) Hola... tío.
Tadea: Perdón, pues sí, se me hizo un poquito tarde, fue un día pesado. Pero, miren pues, les traje a su tío. A que con eso se compensa, ¿no?
Mauro: ¡Per-donada!
Sergio: Bueno, ya, ¿no? ¡Morimos de hambre!
Tadea: Sí, bueno, ya, ya.

Tadea va por la cazuela de comida que está en el tapanco. El resto prepara la mesa entre risas de todos menos Sergio. Puesta la mesa, regresa Tadea con su cazuela.

Mauro: ¡Oh, *sumecha, chirmol*!
Tadea: Nomás no te me atragantes.

Dolores sirve la comida junto con Tadea. Los varones sólo reciben. Macario cuenta una historia.

Macario: El favorito de tu tata. Cómo le encantaba con bastante arroz y si le quedaba espacio en la panza iba y se servía otro poco; nomás puro caldo y arroz. Era su manjar. Tu abuela preparaba uno bien rico, como el que hace su amá ahora.
Tadea: ¿Ya ves, negrito? Eres igualito a tu tata. Nomás te falta crecer un poco más.
Sergio: Como que mucho...
Tadea: ¡Sergio!
Dolores: Tío, ¿conocías a papá desde hace mucho?
Macario: ¡Uuuy, hijita! Estábamos rechamacos los dos. Tu abuelo y mi apá nos llevaban a pescar y era bien divertido cuando

llegábamos a su casa y le preguntábamos a don Lorenzo: *Don Lorenzo, ¿cómo está?* Y él contestaba: *¡Yo bien, jodidos los de enfrente que ni cayuco tienen!* Y cuánta razón tenía.

Mauro: ¿Por qué?

Macario: Porque aquí *desdenantes* ya sabíamos que pa agosto y octubre *ma'omeno* esto todito se llenaba de agua. ¡Ay de ti si no tenías un cayuco!, pos ¿pa cómo te ibas a mover de aquí? Si por eso los que no teníamos cayuco teníamos que tener tapanco sí o sí. Lo poníamos alto, alto, pa poder guardar ahí lo que *cabiera*.

Dolores: ¿Y cómo sabían hasta dónde?

Macario: Pos porque siempre llegaba al mismo lugar.

Tadea: Bueno, no siempre, pero ahí le tanteábamos. Nos guiábamos por los caracoles. Hasta donde ellos trepaban, hasta ahí los hacíamos.

Sergio: Mjú, ¿Qué, a poco esperaban toda la eternidad a que subieran?

Tadea: Bueno, no era que los esperáramos, pero pos ya sabíamos *ma'omeno* hasta dónde llegaban todos los años.

Macario: El agua sabe pa dónde meterse y si tú no le haces nada, el agua te respeta.

Sergio: ¿Y mi papá qué le hizo al agua?

Sergio se levanta enojado y sale. Macario intenta alcanzarlo; Tadea lo detiene.

Tadea: (*a Dolores y Mauro*) Sacarráquense a dormir.

Tadea y Macario se quedan en la mesa. Ella guarda el resto de la comida y tapa bien la cazuela para subirla al tapanco. Mientras esto sucede, conversa con Macario.

Macario: Perdona, Tadea. No quería llegar ahí.

Tadea: Déjalo. Últimamente anda todo encabronado.

Macario: Es normal, quiere saber sobre su tata.
Tadea: A veces lo siento tan a la defensiva conmigo. Yo sé que no soy su tata, pero a él... Tenía sólo 3 años cuando todo pasó y desde entonces...

Silencio incómodo.

Tadea: Perdona, Macario. Yo sé que tampoco es fácil pa ti.
Macario: Nah, ya déjalo. Ta bueno. (*Pausa*) Todavía no me explico aquella noche.
Tadea: Nadie se lo explica, Macario. Pero pos ya pasó. Ya yo lo superé. Supéralo también tú ya, por favor.
Macario: Pero, ¿y el niño?
Tadea: Va a estar bien. Es una etapa.

Macario intenta besarla, pero no lo logra. Tadea se incomoda.

Tadea: Acompáñame a echarme un cigarrito
Macario: ¡Tadea!
Tadea: ¡Macario! Uno solo, ves que no puedo controlar todo lo que pasa. Lo necesito de verdad.
Macario: Ta bueno pue.

Tadea y Macario salen. Como que no queriendo la cosa, Dolores y Mauro se percatan de la soledad del lugar. Muy a lo lejos se escucha una explosión.

Mauro: (*quedito*) ¿Qué fue eso?
Dolores: Algún día lo sabrás.
Mauro: ¡Iche, la malinche, no quiero babas en mis babas!
Dolores: Eso dices orita.
Mauro: ¿Qué, tú sí?
Dolores: ¡Ya cállate!

Mauro: ¡Era la favorita de papá!
Dolores: Claro, menso, por eso se casaron.
Mauro: ¡No, Lola! ¡El chirmol! Quedó un poquito.
Dolores: Es pa mañana. Se va a enojar.
Mauro: ¡Un poquito!
Dolores: ¡Que no!

Reaparece Sergio.

Sergio: Anda, Mau. Qué tanto es tantito. Quieres ser como tu tata, ¿no?
Mauro: Sí.
Dolores: ¡No! Te va a agarrar a chingadazos.
Mauro: Si me ve como a mi papá no.
Sergio: Anda, dale pues o te vas a quedar con las patas de pollo.
Mauro: ¡NO!
Dolores: ¡Me van a chingar a mí, Mauro! No le hagas caso a Sergio.
Mauro: ¡Ni cuenta se va a dar!
Sergio: ¡Así es!
Dolores: ¡Sí lo hará!
Sergio: ¡Mauro, sí!
Dolores: ¡Mauro, no!

Mauro sube al tapanco, abre la cazuela y come, come, come.

Transiciones lumínicas y sonoras. Rayos y truenos. Música estridente.

Tadea entra a casa y ve la escena. Mauro la voltea a ver. Dolores se queda paralizada. Sergio sube al tapanco. Tadea está encolerizada. Sergio se pone frente a Mauro. Tadea corre en cámara lenta. Dolores se hace chiquita. Tadea sube al tapanco y agarra a Sergio por la camisa y lo aparta. Con las mismas, Tadea, empuja a Mauro al fondo del tapanco. Abre la cazuela, observa dentro, está vacía. Parece que el demonio se le ha salido. Dolores parece que la reverencia en su intento de ocultarse. Sergio sube de nuevo para jalar a Mauro y bajarlo por las escaleras que dan al tapanco para luego llevarse a Dolores. Tadea parece el demonio mismo en el tapanco.
A lo lejos se escucha una explosión.

Cesan los truenos. Cesa la música estridente. Oscuro. Todo en calma aparente. Todo en tranquilidad.

Corregidora Sur

GABRIELA GURAIEB

Dramaturgia coreográfica para un espectáculo de teatro de paseo.
"Las cosas son puras si uno las mira desde lejos. Es muy importante conocer nuestras raíces, saber de dónde venimos. Conocer nuestra historia, pero al mismo tiempo, tan importante como saber de dónde somos es entender que todxs, en el fondo, somos de ningún lado del todo y de todos lados un poco."

-Jorge Drexler-

Corregidora Sur es la reconstrucción de la memoria de una casa.
Corregidora Sur es la casa de los abuelos.
Corregidora Sur es la familia.
Corregidora Sur es un viaje a partir de la memoria colectiva.
Corregidora Sur es el portal al recuerdo subjetivo.

Personaje principal:

La casa

la casa habla
la casa vibra
la casa comunica

Este es un lugar que encierra las memorias y ahora es un espacio vivo, aquí las paredes hablan. En este espacio, circulan personajes, historias, anécdotas, en un tiempo atrás.
Estamos en el año 1958, en Matías Romero Avendaño, en el Istmo de Tehuantepec.

Los miembros de la familia son:

Doña Chelo, madre, 35 años
Don Guillermo, padre, 37 años
Toña, hija mayor, 12 años
Elenita, hija menor, 8 años
Memito, hijo, 10 años

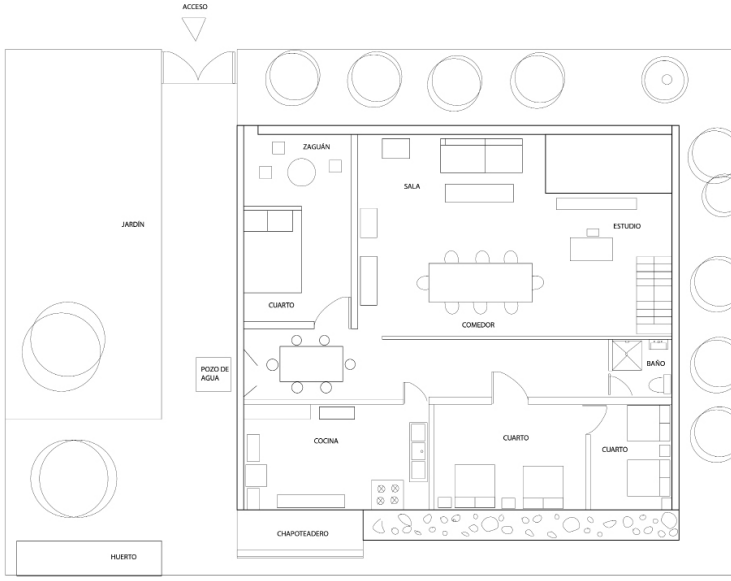
Otros:

Nando, 18 años, sobrino de Chelo
Chana, 16, sobrino de Chelo
Eva La Zapota, vecina, 40 años

El espacio puede ser un galpón grande con divisiones para las distintas áreas, o un edificio, con escaleras que suban y bajen, o una casa, pero que permitan el recorrido de las personas a través de las distintas zonas de la casa.
Las personas podrán elegir entre seguir el recorrido de un personaje, o varios, o bien instalarse en una sola locación y mirar lo que ahí se cuenta.
Se sugiere que no haya contacto con los actores que interpretarán a los personajes de la familia. El contacto con los objetos de la casa, sí está permitido. Se vale abrir cajones, chusmear dentro de los muebles, hojear los libros, mirar el álbum fotográfico.
Finalmente, y para que la coreografía se lleve a cabo de manera exitosa, es importante que el espacio defina un espacio para siguientes locaciones:

El zaguán
La cocina
El cuarto de Memito
El cuarto de las niñas
El cuarto principal
El jardín
El comedor
La sala
El baño

Este es un uso sugerido del espacio, recreado a partir de la casa original, y de las memorias:



1 Portón/zaguán

Don Guillermo regresa de La Mata donde tiene sus campos de cafetales, abre la reja, entra con su camioneta roja cargada de costales de café. De la parte de atrás, y con ayuda de Nando, bajan una tortuga gigante.

Don Guillermo: A ver, Nando, ayúdame aquí.
Nando: No le va a hacer ninguna gracia, Don Guillermo...
Don Guillermo: Cállate, Nando. No te pago pa que opines, te pago pa que me ayudes a bajar al animal este. Ándale, a la cocina.
Don Guillermo: ¡Vieja! ¡Ya vine!
Se asoma Doña Chelo desde la puerta de la cocina.
Doña Chelo (Off)**:** Ay, viejo, pero qué es eso, de veras tienes un tino. Mira nada más ese animalote.
Guillermo: ¡Te traje tortuga, vieja, tu favorita! ¿A poco no está preciosa?
Nando se dirige hacia la cocina.

1 Cocina

Doña Chelo lava y seca trastes. De pronto se escucha la reja de la casa que se abre, entra un auto. Ella se seca las manos en su mandil. De la bolsa del mandil saca un espejito y un lápiz labial, se pinta la boca, se asoma por la ventana y mira hacia la entrada de la casa.

Don Guillermo (Off)**:** ¡Vieja, ya vine!
Doña Chelo se asoma por la puerta hacia la entrada.
Doña Chelo: Ay, viejo, pero qué es eso, de veras tienes un tino. Mira nada más.
Guillermo: ¡Te traje tortuga, vieja, tu favorita! ¿A poco no está preciosa?
Doña Chelo: Nombre, si no me dices, no lo veo, eh.
Nando entra a la cocina, y acomoda, como puede, la Tortuga en una mesa.

1 Habitación niños

Toña, en su habitación, está tirada en la cama... Un tocadiscos toca una música romántica. Toña escribe en un papel, algunas palabras de lo que escribe las lee en voz alta, luego borra, vuelve a escribir, arruga el papel, lo tira al piso, junto a la cama, hay varias hojas de papel hechas bola.

Se escucha la camioneta entrando a la casa.

1 Sala Comedor

Con la televisión encendida de fondo,
Chana ordena la sala y el comedor.
Se escucha la camioneta entrando a la casa.
Con un cuidado extraordinario, ordena las revistas por tamaño.
Limpia el polvo de los libros.
Sacude los discos.
Suena una bocina de auto en la calle.

1 Jardín

Elenita y Paco juegan en el jardín.
Cuando entra la camioneta, se echan a correr por distintos lugares de la casa.
Pasan por la cocina, por la sala y el comedor, vuelven a salir al jardín.
Se persiguen.
Traen pistolitas y juegan a policías y ladrones.

1 Baño

1 Lugar comodín

1 Habitación

2 Portón/zaguán

Doña Chelo: Nombre, si no me dices, no lo veo, eh.
Don Guillermo: Me voy a echar un rato, si me necesitas ahí ando.
Doña Chelo: Me fueras a ayudar en la cocina, ¿o qué?
Don Guillermo: Nomás digo.
De pasada, Don Guillermo besa a Doña Chelo.

2 Cocina

Don Guillermo: Me voy a echar un rato, si me necesitas ahí ando.
Doña Chelo: Me fueras a ayudar en la cocina, ¿o qué?
Doña Chelo mira su manicure recién hecho, Don Guillermo pasa, le da un beso y se sigue de largo, ella regresa a sus labores de la cocina. Doña Chelo observa el animal.
Doña Chelo: ¿Le dije o no le dije?
Nando: Le dijo, tía, le dijo.
Doña Chelo: Le dije pero el viejo hace como que no escucha, Nando. Y ahora a ver cómo le hago, le voy a hablar a Eva. (*hacia afuera*) ¡TOÑA!
Doña Chelo le sirve un vaso de agua a Nando, él bebe y saca un paliacate de su pantalón, se seca el sudor de la frente y luego se lava las manos.

2 Habitación niños

Toña deja de escribir, prende una vela de San Antonio que tiene en su escritorio/tocador. Se vuelve a echar en la cama.

Toña: "Tú que estás lleno de gloria, amor, bondad y muchas virtudes que Dios te otorgó para que pudieras realizar grandes milagros para las personas de este universo..."

2 Sala comedor

Chana sigue ordenando la sala y el comedor.
Chana sigue acomodando los figurines de cerámica.
Coloca los cojines en su lugar.
Chana se asoma y mira hacia la entrada. Sonríe.

2 Jardín

2 Baño

Don Guillermo se mete al baño, se lava la cara. Se lava los dientes, se acicala.

2 Lugar comodín

2 Habitación principal

3 Portón/zaguán

Memito se baja de la camioneta de Miss Padilla y entra a la casa. Trae un uniforme escolar y su mochila, se dirige hacia dentro de la casa.

3 Cocina

Nando: Ya ve cómo es… Venía emocionado desde allá.
Doña Chelo: Con lo que me gusta que vaya de caza.
Nando: Estuvo tranquilo. No se preocupe.
Doña Chelo: Anda pues, Nando.
Nando: ¿Se le ofrece algo más Doña Chelo?
Doña Chelo: Fíjate en el jardín, si hay mango que recoger o si hay algún árbol para podar. Yo ahorita si no puedo quitar la caparazón, te echo un grito, ¿ta bueno?
Nando: Ta bueno. Ahí voy a andar. Si quiere que la ayude con los chamacos, también dígame.
Doña Chelo: Ta bueno. Gracias. Se quedan a comer, mijo.
Nando: Gracias, tía.
Suena una bocina de auto en la calle. Nando Sale.

3 Habitación niños

Toña cambia el disco que escucha.

3 Sala comedor

Entra Nando, quien viene de la cocina.

Nando: ¿Todo bien, Chana?
Chana: Ajá, aquí…
Nando: ¿Ordenando?
Entra Memito con su uniforme y su mochila de la escuela.
Chana: Hola, Memito.
Nando: ¿Qué pasó, Memito?
Memito: Me estoy haciendo pipí.
Chana: Anda. Deja tu mochila aquí.
Memito deja su mochila y cruza.

3 Jardín

Paco y Elenita se trepan al árbol de mango.

3 Baño

Paco y Elenita se meten al baño, abren la llave de la tina, se salpican de agua.

Elenita: Deberíamos meternos al chapoteadero.
Paco: Te dijeron que no.
Elenita: Bueno, ¿llenamos la tina?
Paco: Mejor vamos al jardín.

3 Lugar comodín

3 Habitación principal

Don Guillermo entra a la habitación, se cambia de ropa, deja sus pertenencias sobre el tocador. Se quita los zapatos. Se echa en la hamaca a dormir.

La herida del territorio

IMANOL MARTÍNEZ GONZÁLEZ

Primer acto

Un McDonald's –o restaurante de comida rápida similar– situado en un barrio periférico de una ciudad que podría ser cualquiera. Un grupo de empleados lo mantiene ocupado y duerme en él para impedir su venta. En la fachada hay eslóganes en los que se lee "Queremos trabajar" y "¡Diálogo ahora!", así como bolsas de basura cubriendo las ventanas.

Escena uno

Julia *está terminando de acomodar el sleeping bag y las cobijas en las que durmió la noche anterior. Mira el reloj y se da cuenta de que ya es algo tarde. Bebé café que preparó en la máquina del restaurante. Llega el repartidor, su marido y toca la puerta.*

Nicolás: (*A través de la puerta*). Soy yo.
Julia: Ya voy. (Batalla por abrir). Esta puerta.. se traba. Dame un momento.

Después de batallar, logra abrirla.

Nicolás: Buenos días.
Julia: Buenos...
Nicolás: ¿Cómo estás?
Julia: Bien.
Nicolás: ¿Descansaste?
Julia: Un poco. Otra vez hubo mucho ruido afuera. Las sirenas, los bomberos.
Nicolás: Esos muchachos...

Julia: Desde aquí se veía un pequeño incendio a lo lejos. ¿Quieres café? Preparé un poco.
Nicolás: Sí, por favor. ¿Y el resto?
Julia: Salieron por algo de desayunar, otros a bañarse.
Nicolás: ¿Estás sola?
Julia: Sí, pero no deben de tardar en llegar. Hace un rato que se fueron.

Vuelve y le entrega una taza con café.

Nicolás: Gracias. (*Mira la taza*) ¿Esta es…?
Julia: Sí, la trajo Kamel.
Nicolás: Qué joven.
Julia: Sí, sus hijas eran casi unas bebés.
Nicolás: Toma (*le extiende una mochila*).
Julia: Gracias.
Nicolás: ¿Segura que no quieres ir tú también a bañarte?
Julia: No, no hace falta. Me bañé anoche antes de venir.
Nicolás: Yo sé. Pero a lo mejor te sentirías más cómoda.
Julia: Así estoy bien.
Nicolás: El resto lo hace…
Julia: Pero así estoy bien. Gracias.
Nicolás: Como quieras.
Julia: No te pongas así.
Nicolás: No, no, está bien. Sólo decía que, bueno, el resto…
Julia: Nos dividimos tareas. Sería una pérdida de tiempo ir hasta casa, bañarme, volver. Después de la reunión voy a bañarme y descansar.
Nicolás: Te traje algo de comer.
Julia: No te hubieras preocupado. Sarah fue por algo. De cualquier modo, gracias.
Nicolás: ¿No vas a comer?

Julia: No tengo hambre. Lo guardaré para más tarde.
Nicolás: Tú sabes lo que pienso.
Julia: "La cadena de responsabilidades".
Nicolás: Sí, eso. No digo que no te hagas cargo tú también, pero si ellos están en mejores condiciones deberías de asumir menos trabajo.
Julia: Mientras más seamos, mejor. Sobre todo en las noches.
Nicolás: Me preocupa tú seguridad. Es todo.
Julia: Yo sé. Por eso, mientras más seamos, mejor.
Nicolás: ¿Y qué va a pasar?
Julia: No sé.
Nicolás: ¿En qué quedaron?
Julia: Pues mantener todo, tal cual está.
Nicolás: Yo insisto en que deberían aceptar una liquidación. ¿Para qué seguir trabajando con alguien así?
Julia: ¿Como que para qué? Ya hablamos de esto. No quiero tener que repetirlo otra vez. Por favor.
Nicolás: Tienes razón.
Julia: Dame un momento. Voy a cambiarme, no tardo.

Sale. Nicolás se queda sin saber qué hacer. Saca su celular del bolsillo; lo mira con disgusto.

Julia: (*Desde el baño*). ¿Tú cómo estás?
Nicolás: Bien.
Julia: (*Desde el baño*). No suenas convencido.
Nicolás: Ya sabes, el trabajo.
Julia: ¿Ha salido algún pedido?
Nicolás: Uno solo, pero tuve que cancelarlo. Antes de salir de casa encendí la aplicación para ver si aprovechaba el viaje.
Julia: ¿Y?

Nicolás: Además de ese, nada. Pensé que por ser sábado, no sé, alguien se quedaría en cama y se daría un lujo. Pero es una mierda. Nadie pide nada acá. Ni paquetería ni comida. Nada.
Julia: (*Volviendo del baño, con ropa limpia*). Tranquilo. Ya saldrá alguno.
Nicolás: Supongo que tendré que desplazarme al centro. (*Suspira desanimado*). Por eso digo que la solución sería un carro. Quienes pueden, prefieren viajar en uno, y no en esos sucios autobuses.
Julia: Como nosotros…
Nicolás: Pues sí, como nosotros (*Refrescando la pantalla de su teléfono y luego mostrándoselo*). ¿Lo ves? Nada. Somos demasiados repartidores. Ya cualquiera se puede dar de alta.
Julia: No te desesperes.
Nicolás: Deberíamos tener alguna especie de derecho por nuestra antigüedad. Es que de tan solo pensar en ir y volver…
Julia: ¿Te has sentido mal?
Nicolás: No, hoy no, pero sé que en cualquier momento esta maldita pierna…
Julia: Bueno, dentro de poco podrás comprar la moto.
Nicolás: No sería suficiente.
Julia: Algo es algo.
Nicolás: Te digo que el dinero está en los viajes en auto.
Julia: Pero al menos ya no te agotarías. Tu salud es importante.
Nicolás: A cambio tendría que descontar la gasolina…
Julia: Bueno, como quieras verlo.
Nicolás: No te enfades.
Julia: No se puede todo en todo momento.
Nicolás: Tienes razón; algo es algo.

Escena dos

Entran Kamel y Sarah. Llevan una bolsa con bocadillos. Saludan. Él se muestra enfadado.

Kamel: Nos están viendo la cara.
Sarah: Se comprometieron a algo, no perdamos la calma.
Julia: ¿Qué pasa? ¿Alguna noticia?
Kamel: Viene retrasado.
Julia: ¿Cómo?
Kamel: Me acaba de llamar su abogado. Algo con la huelga de transportes.
Julia: ¿Pero sí viene?
Kamel: Sí, sí. Les dije que teníamos un trato, que si no lo cumplían tomaríamos medidas en el asunto.
Sarah: No me lo explico. Es como si no le importáramos.
Kamel: Es que, en efecto, no le importamos. (*Dirigiéndose al repartidor*). Perdón, hermano, no te saludé. ¿Cómo estás?
Nicolás: Descuida. Bien.
Kamel: Gracias por estar acá.
Julia: ¿Dijo algo más?
Sarah: Solo eso. (A *Kamel*) ¿Por qué no te llamó directamente él? Deberíamos probar de nuevo con la prensa, quizá así se esforzarían más.
Kamel: Lo he intentado. Dicen que vendrán, lo prometen y mira…
Julia: De cualquier modo deberíamos repasar lo que vamos a decirle. Aprovechemos el tiempo.
Kamel: Esperemos a que llegue Eric ¿les parece? Cecile dijo que vendría también para apoyarnos.
Nicolas: ¿Escucharon la noticia?
Sarah: ¿Cuál?
Nicolás: ¿Recuerdan a Roman, su hijo?

Sarah: Sí.
Nicolás: Llegó anoche. Me lo encontré camino a un hotel. Yo iba de vuelta a casa y de pronto en un semáforo un auto se me emparejó. Pensé que sería otro de esos tipos que te arman la bronca sólo por no pedalear lo suficientemente rápido. Debieron haber visto su auto: una chulada. De pronto baja el vidrio del copiloto y comienza a hablarme.
Sarah: ¿A un hotel, dijiste? ¿Por qué no se quedó en casa de su madre?
Nicolás: No sé, tal vez por la hora que era.
Kamel: Supongo que así es él. Las personas cambian.
Nicolás: En fin, dijo que volvía para estar con ella en estos momentos. Me dio gusto verlo. Quedó de pasar hoy por acá; dijo que podría aconsejarlos un poco sobre esto.
Sarah: Hace años que no lo veo.
Nicolás: Pues es todo un hombre, eh. ¿Saben esas personas que a pesar de estar en las condiciones más desfavorecidas logran verse bien? Pues así, no se le notaba el viaje, parecía de revista. Y el carro, qué cosa.
Kamel: No estaría mal que viniera.
Nicolás: Ya lo verán. (*Saca de nuevo su celular*).
Julia: ¿Nada aún?
Nicolás: No.
Kamel: ¿Qué pasa?
Nicolás: Esta jodida aplicación. Cada día se parece más a estar en paro; eso de independientes es una tontería. Cada día somos más repartidores y menos pedidos. Me sugirieron uno antes de salir de casa: por kilómetros y costo era imposible, no quise comprometerme; me bloquearon. Tengo que esperar treinta minutos para poder agarrar otro. Dicen que somos independientes pero trabajamos para ellos; en cualquier momento llama soporte y sin importar que les digas que estabas descansando, te piden que cubras los pedidos que tienen retrasados. Ahora ni eso.

Imagínate que en el último año se afiliaron, yo que sé, dos mil personas; de esas solo trescientas nos quedaremos… pero mientras, mientras cada nuevo repartidor nos quita el poco trabajo que hay.

Kamel: ¿Y no han probado con presionar para que les den un aumento?

Nicolás: Pero no es solo el aumento; de qué sirve si al momento en que te roban la bicicleta o tenemos un accidente, no se hacen responsables, no nos auxilian de ningún modo.

Kamel: Crear el sindicato fue un primer paso; uno muy importante.

Nicolás: Pero también ahí ya somos demasiados. Choferes, repartidores, de todo.

Kamel: ¿Y? Mientras más, mejor.

Nicolás: No estoy de acuerdo.

Kamel: Bueno, organizarse no está mal. Tuvieron éxito con la huelga.

Nicolás: Parcialmente.

Sarah: ¿Cómo parcialmente?

Julia: Aumentó la tarifa de pago durante la huelga, incluso días después continuó así…

Nicolás: No podían bajarla, obviamente.

Julia: Pero luego los bloquearon.

Kamel: Está bien, sentaron un precedente.

Nicolás: No sonaba mal, ¿eh? Nos organizamos por *whatsapp* con compañeros en las zonas del centro un fin de semana, cuando hay mayor flujo de clientes. Paramos en el establecimiento donde hubiera afluencia de pedidos –sushi, pizzerías, ramen, lo que fuera–, tomar un pedido y en treinta minutos liberarlo, que el compañero que viniera después hiciera lo mismo. Treinta minutos y después liberarlos. Los pedidos comenzaron a amontonarse en las barras de los restaurantes. Eso hizo que durante la huelga la tarifa de pago subiera.

Kamel: Claro. Pagarles más para desactivar la huelga y para conformar a los que protestaban.
Nicolas: Exacto.
Sarah: Qué buena idea.
Nicolás: Pero al día siguiente, cuando íbamos para el trabajo, al conectarnos nos dimos cuenta de que estábamos bloqueados por parte de ellos. Dicen que somos independientes, microempresarios, pero es mentira. Somos trabajadores. Uno pone la bici, el teléfono, la mochila… incluso el cansancio físico. Somos sus empleados, toman las medidas de una empresa normal. Un bloqueo es algo muy simple para el algoritmo.
Kamel: Es normal, no se desanimen.
Julia: Es lo que yo le digo.
Kamel: Le temen a los trabajadores que se organizan y reclaman sus derechos. Deberían volver a protestar. Pararse de nuevo. Aprovechar que son cada vez más.
Nicolás: ¿Saben quiénes se beneficiaron más que nosotros? Los nuevos. Así. No faltó el que aceptó y llevó los pedidos mientras nosotros estábamos en huelga. Aprovechados. Dejaban la bicicleta a un par de cuadras, se quitaban el chaleco y la mochila para que no supiéramos que eran de los nuestros. Creen que pueden hacerlo, ven una oportunidad y la toman… Mira (*dice señalando su teléfono*), ya está otra vez. Si paro demasiado tiempo, me bloquean y estos mensajes no me llegarían. ¡Ya está el primero!
Julia: Te dije. Tarde o temprano.
Nicolás: (*Montándose la mochila de nuevo con entusiasmo*). Ya vuelvo. ¿Irás a casa a comer? ¿A qué hora sales?
Julia: No lo sé. Todavía no sabemos a qué hora vendrá.
Nicolás: Bueno, me llamas cualquier cosa. Seguro que en cuanto viaje encontraré más pedidos. Si no sales, aprovecho para recuperarme. Tú avísame.

Julia: Claro. Mucha suerte, que te vaya muy bien. Te quiero. Cuidado con la mochila.
Nicolás: Ciao, chicos. Que les vaya muy bien.

Sale el repartidor; el desánimo y las quejas por trabajar para una plataforma han desaparecido, precisamente al salir a trabajar para una plataforma.

El lugar seguro

ESTEFANÍA NORATO

1

Esther (*acerca su boca a una grabadora de voz. Rec.*): Voy a hablar sin esperar respuesta. La verdad… ¡la verdad hubiera preferido un dibujo del bosque en el que jugábamos de niños, un retrato tuyo o una mísera palabra!… pero ¿esto? Discutíamos mucho sobre las verdades brutales, sobre si decirlas o no. Tú siempre fuiste el prudente. Gracias a ti, aprendí a callar. Entiendo que hay cosas que no vale la pena decir porque lastiman… pero ¡¿esto?! ¿No pudiste dibujar el árbol muerto al que íbamos en invierno? No te pido algo vivo ni siquiera, ¡un pinche árbol muerto hubiera significado algo! ¡Una foto de cuando éramos niños! ¡Como si no hubiera un chingo en la casa, ahí arrumbadas! ¡Una palabra, cabrón! ¡Un puto "adiós"!… pero ¡¿esto?! ¡¿esto qué madres significa?!… Si hablamos de verdades brutales, hubiera preferido que no te aparecieras. De todos los años que fuimos al bosque, ¿alguna vez viste que el árbol muerto reverdeciera? ¡Pues no! ¡No! ¡Las cosas muertas se quedan muertas!… ¿Sabes cuál es tu pedo? Que siempre empiezas por el final ¡¿A quién se le ocurre dibujar primero los detalles y después la silueta?! ¡¿Quién se arruina la historia leyendo primero el final del libro?! ¡Ni siquiera sé por qué me sorprende! Te imagino sentado en tu escritorio, pensando: "en lo que se me ocurre cómo escribir lo que tengo que escribir, voy firmando con mis iniciales al final de la hoja"… ¡¿Y sabes qué es lo peor de todo?! Miriam está convencida que esa hoja en blanco significa lo que cada uno quiera que signifique. Según que el cremador ya se iba a retirar, tenía una caja llena de objetos que nadie reclamó y el viejillo se tomó la molestia de encontrarle a cada cosa su origen. "Para mí es una señal", me dijo ¡Hazme el puto favor! ¡Una hoja arrugada con "E. A. G." escrito hasta abajo! ¡¿Eso es una señal?! ¡¿De qué?! Para nuestro padre significa "inconveniente". Él ya le puso punto final a esto hace cuatro años. Para mí… ¡Vivo en otra ciudad por una razón! ¿Por qué ahora?

¡¿Por qué mierdas?! ¿Por qué, después de cuatro años, lo que nos llega de ti desde el más allá es una puta hoja en blanco con tus iniciales? ¡¿Por qué?! (*Silencio. Stop.*)... No hay respuesta.

2

Un autobús en la carretera. Llueve.

Esther (*Al teléfono*): Voy de regreso... ¿Cómo que a dónde? Sí, en... no sé, veinte minutos, algo así. No te escucho por la lluvia ¡Repite lo que dijiste! ¿Qué fue eso? ¿Qué? Ah, truenos. Creí que eran disparos. Sí, esta vez sí voy a llegar más allá de la terminal... No se va a repetir lo de la vez pasada, no es necesario que vengas por mí... de hecho, me voy a bajar antes de llegar a la estación. Ajá, entrando a la ciudad. Bueno, si me deja el tipo que viene recargado en mí. Ni enterado. Está roncando, ¿no escuchas? Ahorita le meto un codazo. Oye, vengo por... sí, claro por lo de la carta de Esteban, pero también... sí, por ti, por ti también y...

Esther: ¿Bueno? ¡Repite eso! ¿Me escuchas?...

Primera cinta.

El sonido de un cassette rebobinándose. Play.

Uno: Un coro de voces, de testimonios...

Esther: Olvídalo, prefiero hablar de eso en persona. Alguien podría estar haciéndose el dormido para escuchar nuestra conversación. (*Al tipo junto a ella*) ¡Ey! ¡Ya despierta!... ¿Qué me ves? Casi me dejas sorda con tus ronquidos. Mira afuera, ya estamos llegando. (*Regresa a la llamada*) Perdón, ¿en qué estaba? Ah, sí. Hablamos de eso cuando vaya a verte al café.

Esther: Miedo...

Esther: ...como hielo en la nuca. No, no es un ataque de ansiedad. Eso fue la vez pasada. (*Al tipo*) Oye, ¿me permites? Voy a bajar antes.

Esther: ¡No! Hazte a un lado... ¿hubieras preferido quedarte dormido y llegar hasta el puerto? (*Al teléfono*) No cuelgues... (*Al tipo*) ¡Déjame pasar! ¡Ey, chofer! ¡Me tengo que bajar...!

Uno: ...suena bien. En mi caso, lo primero fue el título: "Callar o morir". Pues, arranquemos, pregúntame tus dudas.

Uno: Hablaba con los periodistas en un café vacío, como este en el que estamos ahora, y ellos susurraban. No decían nada en voz alta, teníamos esta cosa ominosa todos. Yo también, no solo ellos. Pensaba "están locos, están exagerando", pero sí me tocó... que llegaba gente muy sospechosa y se sentaba en esa mesa, ahí. El café vacío, no había nadie y llegan dos personas y se sientan ahí junto, con una actitud rara. No estaban platicando, estaban escuchando lo que decíamos y ahí me di cuenta... no están locos, no están exagerando. Teníamos orejas todo el tiempo. Ese...

Esther: (*Regresa al teléfono*) ¡No pude! ¡El pendejo este me ignoró! ¡No me dejó bajar! No, no pasa nada. No estoy gritando, estoy tranquila. En serio. Es más, cuando llegue… aquí mi amigo con deficiencia auditiva me va a dar aventón a mi casa… Ya, está bien. Perdón, perdón. (*Al tipo*) Perdón. (*Al teléfono*) ¿Feliz?… ¡No! ¡Para nada! ¡No! No pienso quedarme. ¡No insistas! Solo voy a tirar las cenizas de mi hermano, verte a ti y me voy….

Esther: …sí, mañana. Este sordo ya escuchó que tengo un muertito y se sintió mal de no dejarme salir… está bien, está bien, ya me calmo. Te prometo que sí voy a ir a verte. Tengo que colgar. Yo también, adiós. (*Acaba la llamada. Silencio incómodo como hielo en la nuca.*) ¿Qué me ves? ¡Ya bájate! Llegamos a Xalapa.

Uno: …ya se nos olvidó.

Uno: Aquí no. Es muy curioso, se ha presentado en otras partes, pero… no le he hecho muchas fiestas a mi investigación. Fíjate que no me lo había preguntado tanto, pero yo creo que es una cosa como de no… como si yo misma quisiera que se conociera y al mismo tiempo…

Uno: Seguía y seguía… ya estaba yo cerrando el asunto y de repente mataban a otro periodista y yo pensaba "esto no es posible, esto no se acaba nunca". Veinte asesinatos, cinco desapariciones, y cientos de agresiones a periodistas en seis años. Sin contar a todos los exiliados. No puedes llegar a conclusiones muy claras de cómo fue, pues no. Conforme a las evidencias podemos decir en este momento algo, pero si sale más evidencia después… como investigadora yo sé que…

Uno: …mañana puede cambiar todo, solo podemos decir lo que sabemos hasta hoy.
Stop.

3

Casa de la infancia. Un noticiero en la tv. En la cocina algo se descongela. Sigue lloviendo.

Miriam (entrando): ¡¿Quién está ahí?! ¡¿Qué es todo ese ruido?!
Esther: ¡Soy yo!

Miriam: ¿Esther? ¡Sí regresaste!
Esther: ¡¿Qué?!

Miriam: ¡Estás aquí! ¡Regresaste!

Esther: ¡No te oigo!
Miriam: ¡Bájale al noticiero!

Miriam pone la tv en silencio.
Esther: ¿Qué decías?

Miriam: Que sí regresaste.

Esther: Sí, regresé.

Segunda cinta.

Dos: Duele recordar esas cosas. Sí duele, ¿cómo no? Mis familiares me han contado cómo era antes. La ciudad de las flores, el pueblito en medio de la montaña y el mar.

Dos: Creo que en ese tiempo la ciudad estuvo mancillada. Esos años fueron un paréntesis, una brecha, como si nuestras calles empedradas se cuartearan y después de eso…

Miriam: ¡Casi me matas del susto!

Esther: Pensé que estabas empastillada, no creí que te fueras a despertar.

Miriam: Estoy intentando ya no hacer eso. Dame un abrazo.

Esther: Ando toda empapada de lluvia.

Miriam: No me importa, ven.

Esther: Perdón por el ruido, ya casi termino.

Miriam: ¡¿Qué le haces a mi refrigerador?!

Esther: Deberías ponerlo a descongelar de vez en cuando.

Miriam: ¡¿Vas a arreglar mi cocina a esta hora?!

Esther: Vuelve a dormir.

Miriam: ¡Nada de eso! Voy a hacer café. Podemos combinarlo con una de mis capsuli-

Dos: ...nada. Ningún cemento logra que las grietas se compongan.

Dos: No voy a mentir, no voy a mentir. Sí me sentí culpable, ¿cómo no? Ellos se quedaron a resistir esto y yo me fui.

tas naranjas y así aguantamos platicando hasta que amanezca.

Esther: ¿No que ya no?

Miriam: Solo son vitaminas, no pasa nada.

Esther: No tengo muchas ganas de platicar.

Miriam: Uno creería que en cuatro años cambia todo, pero mantuve la casa igualita para cuando regresaras.

Esther: No sé si está igual, Miriam.

Miriam: Apaga la tele. Ya sabes que a mí no me gusta andar viendo atrocidades. Suficiente tiene uno con sus cosas. Cuéntame, ¿qué se siente regresar?

Esther: Ahorita no.

Miriam: ¡Esther!

Esther: Por favor, no.

Miriam: ¡Ándale, apaga eso y dime!

Esther: Miriam, no.

Miriam: ¡Dime!

Esther: Tienes la casa llena de flores como si fuera panteón. Las tuberías hacen un nuevo ruido como ráfaga de metralleta. No puedo dormir en mi cuarto porque huele a sangre seca. No encontré el café hace rato. Todo está en un lugar distinto y lo que siento es que no me interesa saber donde guardas las cosas ahora. Lo único que sigue igual es el congelador. Igual de roto. Está lleno de hielo, ya no cabe nada. Lo demás no lo reconozco. Por eso no desempaqué. Me quiero regresar lo más pronto posible.

Miriam: No te entiendo, hija. Pensé…

Esther: ¿Para cuándo compro mi boleto?

Miriam: ¡Déjame hablar!

Dos: Ya es tiempo de hablar de esas cosas. Ahora no se siente ese peligro, pero tampoco hay que mentirnos, eh, tampoco hay que mentirnos. Mataban periodistas antes y han matado periodistas después. Duele recordar pero… los exilios siempre empiezan con un número y acaban con el regreso, cuando uno ya hace su vida en otro lado o con la muerte.

Esther: Si se puede, mañana mismo.

Miriam: ¡¿Mañana?! Ya es mañana, son las tres de la madrugada.

Esther: Pues, hoy. Al rato.

Miriam: Te dije que vamos a tirar las cenizas de tu hermano el día que deje de llover.

Esther: No, no. Me dijiste que mañana… ¡hoy!

Miriam: Pues eso pronosticaron, que ya dejaría de llover.

Esther: ¡¿Y si no?!

Miriam: Pues no.

Esther: ¡Yo me tengo que regresar!

Miriam: ¡¿No aguantas ni un día en tu propia casa?!

Esther: Esta ya no es mi casa, Miriam.

Miriam: ¡Entonces deja mi refrigerador! ¡Salte de mi cocina! ¡Ándale!

Esther: ¡Te estoy haciendo un favor!

Miriam: ¡Pues yo no te pedí nada! ¡Y apaga el chingado noticiero!

Esther sube el volumen del televisor.

Su nombre era Abril

TONY ORTIZ

Su nombre era Abril es una obra que aborda temas muy complejos y en los cuales todavía permean muchos tabúes introyectados en la sociedad desde hace mucho tiempo. La desaparición de personas en nuestro país es uno de los problemas en materia de seguridad que dejan más preguntas que respuestas y sobre todo cuando la persona desaparecida pertenece a alguna minoría. El caso de desaparición de personas transexuales nos adentra en otros tópicos igual de complejos como la trata de blancas, la prostitución y en muchos casos el transfeminicidio. La idea de la transición de género es profundamente condenado por diversos sectores de la sociedad, como la iglesia, organizaciones de la sociedad civil, los gobiernos de derecha e incluso algunos movimientos que luchan por la plenitud de derechos para otro grupo de individuos, tal es el caso de las ramas del feminismo consideradas radicales que no consideran a una mujer trans como una verdadera mujer.

Durante el proceso de investigación de este texto, el tema principal que es una madre en la búsqueda de su hija trans desaparecida, se fueron abriendo caminos que llevaban a estos tópicos más sombríos que se mencionan en el párrafo anterior y que, como autor, me brindaron más luz alrededor del objetivo de contar la evolución del personaje principal para, de alguna manera, acercarla al universo cultural y a las problemáticas que para una mujer trans son el pan de cada día, mientras que para el resto de la sociedad pasan desapercibidos.

Los testimonios, entrevistas y reportajes que nutrieron toda la parte teórica del texto son crudos y contados desde la perspectiva de personas transexuales de la vida real. En su mayoría, encontramos historias de rechazo desde casa que poco a poco se van ampliando a un rechazo generalizado en diversos círculos sociales y que resultan, en ocasiones, en agresiones y crímenes de odio. La fortaleza adquirida debido a todos los obstáculos atravesados a lo largo de la vida generan, a veces, cambios sociales para el grupo, que se gestan desde el interior.

Escribir *Su nombre era Abril* fue un verdadero reto como autor, pues los temas que involucra son de gran importancia para mi persona pues he vivido de cerca experiencias con familiares y amigos, que de una u otra forma, me han generado una preocupación latente sobre lo que puede lograr el miedo y la ignorancia de la sociedad sobre la vida, no solo de las personas transexuales, sino de cualquier minoría. El texto está escrito con mucho respeto para todos los individuos de los grupos mencionados a lo largo de las 42 páginas de las cuales está compuesto, incluso con aquellos grupos con los que como autor no estoy de acuerdo, como las posturas de la religión sobre el tema o del movimiento feminista en su rama radical.

Este texto es completamente ficción y no está basado en ninguna historia real.

Escena de *Su nombre era Abril* de Tony Ortiz

Estación de policía. Eva espera en un despacho. Con su eterno rosario en mano y una bolsa que cuelga de su hombro izquierdo espera impaciente. Entra una mujer.

Detective: Buenos días, señora…
Eva: Santamaría… Eva Santamaría.
Detective: Señora, Santamaría. De acuerdo a su denuncia lo que la trae aquí es una desaparición ¿No es así? ¿Quién ha desaparecido?
Eva: Mi… mi hijo.
Detective: ¿Me podría proporcionar el nombre de su hijo, por favor?
Eva: …
Detective: ¿Señora?
Eva: Ga… Gabriel.
Detective: Muy bien. ¿Cuántas horas tiene desaparecido Gabriel?
Eva: (Breve silencio) Creo… que dos semanas.

Detective: ¿Cree?
Eva: Un poco más… puede ser.
Detective: Entonces, usted, su madre… no sabe el momento exacto en que desapareció.
Eva: ¿Trata de insinuar que no soy una buena madre? No puede juzgarme sin saber por todo lo que he pasado.
Detective: Tranquila señora, no quise insinuar nada. Estoy haciéndole las preguntas adecuadas para encontrar a Gabriel lo antes posible.
Eva: Lo siento. Es sólo que estoy… preocupada.
Detective: Lo entiendo. Otra pregunta, señora, y recuerde que lo hago con todo respeto. ¿Cuándo exactamente se dio cuenta de que Gabriel no estaba en casa? Porque según su reporte, viven juntos ¿No es así?
Eva: Sí, tenemos 21 años viviendo en la misma casa. La compramos mi marido y yo poco antes de que naciera. Y en cuanto a su primera pregunta, fue hace dos semanas si contamos el día de hoy.
Detective: Generalmente tenemos que esperar 48 horas para reportar a una persona como desaparecida, mucha gente viene hasta 5 horas después de que no tienen señales de su familiar. ¿Por qué esperó tanto en venir?
Eva: Pensé que regresaría.
Detective: ¿Ya ha desaparecido antes?
Eva: No… pero siempre ha sido muy rebelde. Cada que algo se le mete en la cabeza no descansa hasta lograrlo.
Detective: ¿Cree que se haya ido por cuenta propia?
Eva: No lo sé. Llegué a pensarlo pero todas sus cosas están en casa, hasta su teléfono. Tengo miedo de que alguien le haya hecho algo.
Detective: ¿Sabe si tenía algún enemigo? En el colegio alguien que lo molestara.
Eva: Nadie veía a Gabriel con buenos ojos.
Detective: ¿Puede explicarse mejor?

Eva: Gabriel es… diferente.
Detective: ¿En qué aspecto?
Eva: ….
Detective: …
Eva: …
Detective: Señora Santamaría… sé que este es un momento muy difícil pero toda la información que pueda proporcionarnos puede servirnos para encontrar a su hijo.
Eva: ….
Detective: ¿Tiene una foto reciente de Gabriel?

Eva busca en su bolso. Saca la fotografía que contemplará en la habitación de Abril y la mira antes de entregarla a la detective.

Detective: Señora… creo que se ha equivocado de fotografía…
Eva: Es Gabriel.
Detective: Pero señora, se ha referido en toda la entrevista a su hijo en masculino. Quien aparece en esta fotografía…
Eva: Es que es un hombre… él dice lo contrario pero es un hombre.
Detective: Señora, ¿está consciente que es bastante delicado lo que está pasando aquí?
Eva: ¿Por qué?
Detective: Estuve a punto de mandar un comunicado de una desaparición de una persona de género masculino de 21 años que responde al nombre de Gabriel.
Eva: Y así es…
Detective: Mire… no es mi intención meterme en sus asuntos familiares. Pero si yo lanzo ese comunicado con esa descripción, su familiar no va a aparecer nunca.
Eva: ¿Entonces? ¿Nos quedamos sin hacer nada?
Detective: No. Señora. ¿Cuál es el nombre que utiliza su hija?
Eva: ¡Hijo!

Detective: ...
Eva: Abril.
Detective: ¿Hay algo más que no me haya contado? ¿Lo que sea?

Eva saca de su bolsa una carpeta que le entrega a la detective.

Cabeza de Poni

(Proyecto, animales de granja,
dramaturgias de la infancia)

TALIA YAEL

Cabeza de Poni

"Fui pasada de mano en mano
como un plato de fruta".
Anne Sexton

Un corral siempre es un corral.
Aunque parezca campo, no es igual.

Corro afuera de la casa.
El pasto verde debajo de mí es como una alfombra para recostarse a escuchar una historia.
La del huevo y la gallina.
La del bosque que da miedo por las hojas que crujen bajo los pies.
La del caballo que quedó pequeño.
Todo parte de un principio que se muerde la cola.
Todo es tan verde como la fruta que no se puede morder todavía, pero existen ganas de enterrarle los dientes.
Y yo soy pequeña.
Y mi pelito se mueve en ondas mientras galopo dentro del corral.
Y soy Rapunzel, pero oscura como los ojos de un caballo triste.
Mamá, en la puerta de la casa me grita:

"No importa la vida que lleves
eres tan impoluta como la porcelana china.
Podrás correr con tu pequeño cuerpo por las grandes praderas europeas.
Encantando a cazadores y sabuesos,
crecerás y serás la poni más hermosa de la tierra"

Yo nunca me he sentido linda. Pero la gente grande piensa que las cosas pequeñas son agradables. A mí también me gusta lo pequeño, como los mosquitos que vuelan sobre las manzanas que se pudren en la casa o el perrito flaco y sarnoso que corre con sus patas chuecas tras las ovejas.
Mamá dice que soy bonita, sobre todo cuando sonrío, porque una sonrisa te abre las puertas.

Mamá, yo no sé qué puerta quiero abrir.
"Tú aprende a sonreír.
A mover las piernitas con gracia, galope ágil y travieso.
No seas brusca sobre todo si te muestran cariño."
Y yo escucho todo y aprendo todo de ella.

La voz melosa cuando se necesita un favor en verano o comida para el invierno. Pero sobre todo a sonreír. Tengo un entrenamiento pulcro, impecable:
1. Mejillas hacia atrás. Justo así:
2. Movimiento suave de las crines.
3. Y pestañeo acompañado de un ligero sonido: jijiji.
Y yo lo hago tan natural que mamá tiene un poco de envidia.
La camioneta de tío Roy se detiene frente a la casa. Mamá corre a saludarlo.

El tío es un granjero, pero un granjero sofisticado porque usa chaleco de cuero con camisa blanca... La camisa blanca también te abre el mundo del negocio, dice. Mamá le abre mucho la puerta a tío Roy. Todas las puertas que tiene están abiertas porque tiene dinero. Y ella es feliz cuando salen de paseo y se monta en la camioneta y también se besan y mamá se pone loca. Me gusta que se besen porque dejan hilos de baba en el aire. Yo también si tuviera un hermano lo besaría como loca. Así como mamá y tío Roy, porque ella dice que el amor siempre está en familia.

"Es hora, Ponny. Tío Roy debe de irse"

Tío Roy toma mi maletita y la avienta a su camioneta.

"Serán unas vacaciones divertidas.
Con algodones de azúcar y chocolates todos los días"
"No le des azúcar que la pondrás gorda."
"Uy, ya lo dijo tu madre....

Pero qué tal unos tenis nuevos o unas botitas para correr..."

Mamá me sujeta del brazo.

"Ve por tu chamarra porque en la ciudad hace frío."

El tío Roy no me cae ni bien ni mal, pero no me gusta cuando come en la casa y deja muchas boronas sobre la mesa o cuando mira mis rodillas y dice que están chuecas, que seguro los doctores me sacaron por las patas. Así dice, patas, y añade: Si crece, sus piernas serán un arco de casa grande.

Con la chamarra en las manos subo a la camioneta de tío Roy.

¿Quieres escuchar algo?

Me da igual...
Hablas como tu mamá.
Tenemos el mismo nombre.
Buscaremos uno para ti solita.
No me importa tener otro.
Qué animalito tan loquito.
¡Ya, tío, no me molestes!
No me digas tío, solo Roy.

Me recargo en la ventana mientras veo mi casa hacerse pequeñita y me anda del baño… pero me aguanto. Me gusta apretar hasta el cosquilleo.

Breve tratado sobre los ponis

Clase A: 110 cm. Los más pequeños caben en un abrazo.
Clase B: 110 y 130 cm. Tiene mayores proporciones y suelen ser de más amplia monta. Responden al tacto con sonrisas tímidas.
Clase C: 130 y 140 cm. Un tamaño adecuado, de concurso. Perfectos para el engaño.
Clase D: 140 y 148 cm. En riesgo de crecer un poco más que ya no funciona como tu posible poni.

El Lobo feroz nunca se ha visto a sí mismo feroz

Todo está oscuro, como los ojos de un caballo. Una voz emerge desde lo terrible del bosque. Su respiración pausada, con pequeños jadeos. ¿Qué estará haciendo? ¿Por qué respira así? La voz avanza y se detiene al llegar a la puerta de una casita con techo rojo. Ustedes no lo ven porque está oscuro, y es mejor no ver ciertas cosas, ciertas garras en la carne. La voz se vuelve cuerpo, una mandíbula se alarga, unas patas crecen, unos ojos grandes, unos dientes picudos como las espinas que se entierran justo en la yema de los dedos. Es esto el lobo feroz que habla tiernamente, como una mami a su criatura.

El lobo feroz: Silencio… Todo es delante de mí, una potencia. Un cuento que no es claro, o un círculo que se traza con gis una y otra vez. Imagina; un día salgo de caza. Allí, en la pradera un poni. Corre con sus piernitas dentro de un corral y veo su negrura, su cuerpo en desarrollo y algo adentro se activa. Nace lo desconocido: un poco de dinero, unas palabras cariñosas y el poni deja que mi mano roce muy suave, con casi ternura, una de sus pestañas. A todos nos hacen bien las palabras

cariñosas, sobre todo si en casa nunca te las dicen: doble efecto. Todos queremos que nos rasquen la cabeza con un poco de amor o algo semejante. En lo más bajo… no… no es bajo. En el adentro de nosotros queremos darnos a otro. Entonces, sin pensarlo mucho, hinco el diente en la fragilidad del animalito. Sin violencia, una mordida en la mejilla y ella sonríe, claro, yo pienso en el favor que le hago al quererla. Nunca he sido tan tierno como con ese animalito monstruoso.

¿Piensas qué soy cruel?

¿Querer es cruel?

Hubo una vez un cuento en el que una niñita con capucha roja, *tan roja la bandera Suiza* o Asia o igual de roja que la frutilla de una tizana. No importa mucho. La niña de 128 cm. engaña a su madre para verse con un lobo. ¿Cómo? ¿No crees qué una niña sea capaz de mentir por cumplir sus caprichos?

Niña de capucha roja: Mami, la abuelita está enferma y quiero ir a cuidarla.

Mamá: ¡Oh, qué lamentable! Llévale pan dulce y una coca, que la caliente para destapar los bronquios.

Lobo feroz: No pregunten por qué la madre manda pan dulce y no una aspirina… ¿Qué les ocurre? ¿Por qué sus caras? ¿No creen en mi historia? No, ya veo… la están juzgando, ¿cierto? Sí, sé cómo piensan. ¡Ella se busca todo por engañadora! Pero que me lance la primera mordida aquel o aquella que no ha usado de pretexto a su abuelita para reventar como un botón dulce.

Seguiré con el cuento más adelante, o quizá no… todos conocemos el final. Caperuza termina matando al lobo.

Antología de letras, dramaturgia,
guion cinematográfico y lenguas indígenas
Se terminó de imprimir en Octubre del 2020 en los talleres de Fotolitográfica Argo, S. A. de C.V. ubicada en Bolívar No 838, Col. Postal, Alc. Benito Juárez, C.P. 03410, CDMX., con un tiro de 400 ejemplares. En esta edición se utilizó papel cultural ahuesado de 90 g para los interiores y couché mate de 250 g para los forros. En su composición se usaron las fuentes Montserrat, Alegraya, Alegraya Sans.

ENCU
JÓVEN
CORE

ISBN: 978-607-631-080-9
9 786076 310809

FONCA
(Sistema de apoyos a la creación y a proyectos culturales)

GOBIERNO DE MÉXICO | CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA